

HANS-ULRICH RUDEL

Memorias del soldado más condecorado de Alemania



PILOTO DE STUKAS



Hans-Ulrich Rudel.



H. U. RUDEL

PILOTO DE STUKAS

(2500 VUELOS CONTRA EL BOLCHEVISMO)

EDITORIAL ASSANDRI
CORDOBA - REP. ARGENTINA



PROLOGO

"Usted es el soldado más glorioso y valiente que Alemania ha tenido hasta hoy". — Con estas palabras, pronunciadas en presencia de la plana mayor de las fuerzas armadas del Reich, entregó el jefe Supremo Adolfo Hitler en el día primero de enero de 1945 al entonces teniente coronel Hans Ulrich Rudel la condecoración más alta que jamás otorgara: LAS HOJAS DE ROBLE EN ORO CON ESPADAS Y BRILLANTES, agregadas a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, ascendiéndolo a la vez al rango de coronel.

El jefe germano había pensado guardar esta condecoración para honrar a los más destacados héroes de su pueblo al final de la guerra, pero, considerando los singulares méritos y la inigualable forma con la que Rudel se venía destacando entre los millones de combatientes, y teniendo en cuenta que todas las incursiones de este aviador habían sido de singular importancia para el desarrollo de las batallas en todos los frentes, Hitler optó por conferirle inmediatamente esa excepcional condecoración, viendo en Rudel al primero y único oficial de sus ejércitos digno de lucirla.

Justamente por esta razón es Rudel el más indicado para escribir las memorias de esta última conflagración, que son particularmente las suyas. Nosotros estamos aún muy cerca de lo ocurrido durante la segunda guerra mundial para poder juzgar imparcialmente los hechos del choque más tremendo de todos los tiempos. Pero precisamente por eso, es de suma importancia que, quienes supieron ocupar su puesto de combate, resistiendo hasta el último cartucho, narren fielmente lo

sufrido, para que la posteridad pueda formarse una idea exacta de lo que ha sido la segunda guerra mundial, basándose en la más nítida objetividad y en lo que realmente ha ocurrido.

Hans Ulrich Rudel es, con sus 2.530 incursiones, el prototipo del luchador aéreo de nuestros días y es con sus hazañas el puntero entre los aviadores de guerra, como lo reconoce hasta el enemigo imparcial de ayer. En el curso de su actuación en los diferentes campos de batalla logró destruir desde el aire a 519 tanques soviéticos, hundiéndolo también un acorazado y dos cruceros. Cinco veces estuvo herido de gravedad.

Tan singular aporte demuestra extraordinaria fuerza de voluntad y sólo puede ser debidamente aquilatado por quien también haya empuñado la palanca de comando de un avión, conduciéndolo contra el enemigo en centenares de incursiones y venciendo en más de un caso su propio letargo. Hay que ser aviador para poder comprender en toda su magnitud, lo que significan estas cifras. Enumerar la suma de sus raids equivale decir que ha volado hasta diez veces en un solo día. Apenas estuvo de licencia en los años interminables de esta contienda, y si era enviado a la patria, debido a las heridas sufridas, apenas podía esperar el momento para volver al frente a incorporarse de nuevo en las filas de combate. El deber lo llamaba. Así ocurrió, que en el año 1945 volvió a trepar a su máquina, a pesar de haber perdido la pierna derecha. Ni esperó que cicatrizará la herida; volvió a pilotear su avión, valiéndose de una pierna ortopédica.

Hitler y Goering le prohibieron varias veces que siguiera luchando, empero, este intrépido aviador siempre supo encontrar los medios para poder volver al frente. Así siguió volando, con o sin prótesis, burlando a la fatiga y aumentando su fama con éxitos rotundos.

El no se sentía impulsado por la ambición de presumir con sus hazañas o con nuevas condecoraciones de guerra. El impulso, al que Rudel obedecía, tenía otro origen: el cumplimiento del deber y el arrojo. Rudel llevaba en su pecho la convicción que el oficial tiene su signo y que al cumplir con él, ya no se pertenece a sí mismo, sino a su patria y a sus subalternos. Por esta razón, y sobre todo en tiempo de guerra, el oficial debe ser un ejemplo para su tropa, menospreciando la propia vida y dejando a un lado al propio YO.

Estos mismos sentimientos, el desinterés y el estricto cumplimiento del deber, le guiaban, cuando le tocaba defender su opinión ante sus superiores. Yo he presenciado varias conversaciones que sostuvo con Hitler. Rudel dijo siempre valientemente lo que le venía a la boca, expresándose con toda franqueza y soltura; él no conocía otro comportamiento como oficial, sabiendo además que así debía proceder por sus camaradas combatientes y su patria. En estas ocasiones demostraba la misma valentía, con la que se supo distinguir en el combate, ganándose de esta manera la simpatía de sus superiores. Así fué formando la base de sus éxitos; sólo donde reina la confianza entre la superioridad y sus subalternos, sólo ahí se logra lo más sublime y lo más alto. Las primordiales virtudes del soldado, fidelidad y obediencia, han prefijado el camino de su vida.

Frecuentemente era citado para presentarse en el Cuartel General de la Luftwaffe (Fuerzas Aéreas), para dar ahí mismo sus consejos, siempre basados en amplias experiencias. Tanto aquí como ante Hitler, tuvo Rudel que explicar detenidamente las situaciones creadas en el frente, informar sobre la eficacia del armamento enemigo y sobre las ventajas y defectos de las propias armas; en fin, sobre todo lo que él sabía, gracias a su incalculable práctica. Sus manifestaciones eran, por consiguiente, de máxima importancia, pues suministraban un fundamento táctico muy apreciable y que en ningún caso podía ser pasado por alto, sin que la producción de armamentos adecuados se hubiera paralizado indefectiblemente.

A pesar de la creciente mecanización y no obstante los adelantos técnicos, que justamente se ponen de manifiesto en esos años de una pugna decisiva, queda, por sobre todas las cosas, el HOMBRE, que decide el éxito o la derrota, pues sólo de él depende el eficaz empleo de las armas modernas.

“Sólo el que se da por vencido, está perdido”, éste fué el proverbio de Rudel; esta convicción formaba la base de su carácter. Estas pocas palabras le guiaban en el camino arduo de su vida y gracias a ellas supo ser un ejemplo, pues era superior y compañero a la vez, y muchos han sabido expirar sus vidas en el fuego varonil de la batalla, llevando estas mismas palabras en los labios enérgicos y desagrados.

Una generación, que en el transcurso de su existencia supo jugarse la vida en repetidas ocasiones, llevando el amor sagrado a la patria en los corazones, siempre estará presente en la hora decisiva, para que lo puro y lo decente triunfe en el mundo, acercando el hombre a Dios, pues este ha sido su anhelo por los siglos de los siglos.

¡Que este libro sirva a todos los hombres de buena voluntad, alumbrando cual una pira con su fuego sagrado, el camino a seguir!

NICOLAS VON BELOW

Coronel

Ayudante de la Luftwaffe en el Estado Mayor
de las Fuerzas Armadas del Reich, desde
1936 hasta el 1º de mayo de 1945.

I

PARA DESPERTAR LA VOCACION, BASTA UN PARAGUAS...

Corre el año 1924. Soy un muchachito de ocho abriles y vivo con mis padres y mis hermanitas en la casa parroquial de Seiferdau, Silesia, pues mi padre es cura protestante. Un domingo cualquiera, mis dos hermanitas tienen la dicha de poder acompañar a papá y a mamá a una fiesta en el aeródromo de la ciudad cercana de Schweidnitz. Es de imaginar la ira que tuve que contener, al tener que quedarme en casa. No me quedaba otro remedio que esperar la vuelta de ellos y las dos chicas tuvieron que narrarme detalladamente todo lo visto.

Entre otras cosas, me cuentan cómo un hombre saltó con un paracaídas, desde un avión, llegando sano y salvo a tierra. Inmediatamente obligo a las dos hermanitas a que me hagan un dibujo, para que yo pueda imaginarme mejor lo relatado. No las dejo tranquilas. Estoy entusiasmado, y mamá me cose con restos de paño un paracaídas. Después de varias pruebas consigo ajustarle una piedra, y ahora sí que soy el hombre más orgulloso en cinco kilómetros a la redonda, cuando leo la admiración en los rostros de los "espectadores", al observar cómo piedra y paracaídas se van deslizando tranquilamente por el aire, hasta tocar el suelo. Desde este instante me martiriza la idea de que lo que puede hacer una simple y vulgar piedra, también lo podría hacer yo. No como, no duermo casi, todos mis pensamientos se concentran en este "gran problema". Pero bien se dice, que el hombre propone y Dios dispone. El domingo siguiente estoy solo en casa, y tomo la firme resolución: con un paraguas en

la mano, voy subiendo los escalones de a dos, y al poco rato, estoy semiextenuado en el primer piso de esta casa que me vió nacer, y que, quizás, me verá volar... ¿Quién lo sabe?

Con una valentía digna de un mariscal de campo logro treparme el alféizar, y con el paraguas abierto, estoy por arrojarme al jardín y a la aventura. Antes de que me invada el temor, pues acabo de echar un vistazo abajo, me encomiendo a Dios y salto. Un césped blando amortigua el golpe de mi caída, y por eso me quedo con la boca abierta de asombro, cuando tengo que comprobar, que me he recalcado casi todos los miembros; hasta me fracturé una pierna... Falsos, como suelen ser todos los paraguas, éste no tuvo la resistencia necesaria y se volvió de revés, no pudiendo frenar así la caída, como yo me lo soñaba. Sin embargo, he tomado una decisión: "¡Volaré, cueste lo que cueste!".

Más tarde visito brevemente la escuela secundaria, para quedar definitivamente incorporado en el "Humanistische Gymnasium", aprendiendo allí latín y griego. Así pasan los años, y yo sigo visitando las escuelas en las más distintas ciudades, como Sagan, Nieski, Goerlitz y Lauban, debido a que mi padre tuvo que cambiar frecuentemente de domicilio, ejerciendo su apostolado. En las horas libres, me entretengo con preferencia practicando deportes, incluyendo también mis excursiones en motocicleta. En verano, pongo a prueba mis fuerzas en el decatlón, y en los largos meses del invierno, nadie es capaz de separarme de mis esquíes. Ejercitándome así, continuamente, me voy desarrollando favorablemente, logrando obtener, de ese modo, una naturaleza robusta. Todo deporte me entusiasma, todo me interesa, y por esa razón, no me especializo en una sola materia.

En nuestro pueblo no es tan fácil conseguir todo lo que anhela el corazón de un muchacho entregado a los deportes. Los diversos equipos que tanto me hacían falta, sólo los conocía por las fotos de las revistas. Pero como, "a falta de pan, buenas son tortas", resuelvo pronto el problema a mi manera; con una estaca, que en sus buenos tiempos sirvió de apoyo a los árboles frutales, salto por encima de la sogá en la cual mamá suele colgar su ropa recién lavada. De esta manera aprendo a saltar con garrocha, y así se explica, cómo fué posi-

ble alcanzar alturas bastante considerables, en el momento que tuve ocasión de prenderme de una legítima estaca de bambú.

Era todavía un mocoso de diez años, cuando me fuí, por primera vez, "de aventuras" con un flamante par de esquís, que me los había traído recién el Papá Noel para Navidad. Medían dos metros de punta a punta; y la meta de mi excursión era unos montes a unos cincuenta kilómetros de casa. Antes de emprender el camino de regreso, ya había aprendido a esquiar... sin maestro; ¡pero a porrazos! Años más tarde, tomo en cierta ocasión dos tablones de mi padre, apoyando sus puntas sobre un caballete, en el cual acostumbrábamos serruchar la leña para el invierno. Así forma un plano inclinado, y después de revisar críticamente mi obra, enfilo como una exhalación con mi motocicleta sobre las tablas. Un breve recorrido, un salto por el aire... y ya estoy de nuevo sobre el suelo. Termino mi prueba describiendo una curva hábil y atrevida, para comenzar inmediatamente de nuevo mi juego. Como, además de mis ensayos y pruebas, debía ser también un buen alumno, nunca pude comprender por qué mis padres me observaban con miradas sombrías. Para ser sincero, debo confesar, además, que no hubo ni una sola travesura en la escuela, en la que yo no hubiese participado.

Pero ya se acercaba la hora del bachillerato y con ella mi decisión acerca de mi futura profesión. Como una de mis hermanas ya está estudiando medicina, no alcanza el dinero para enviarme a mí a una Escuela de Pilotos. ¿Qué le vamos a hacer?... Más bien resignado, me decido a ser Profesor de Gimnasia y Deportes.

Todavía preocupado con estas contemplaciones, que iban a dar rumbo y destino a toda mi vida, llega inesperadamente un día la noticia que se está formando la "Luftwaffe" (Fuerzas Aéreas) y que, por esta misma razón, se intenta crear un cuerpo de futuros oficiales de esta nueva arma. Son muchos los que se presentan, y entre éstos me considero el "patito feo", pues no cuento con la probabilidad de que justamente yo apruebe los exámenes previos de incorporación. Varios de mis parientes, que me llevan unos años de ventaja, fracasan en el primer intento, lo que confirma mis dudas. Se habla que de seiscientos aspirantes sólo aceptarán sesenta, vale decir, un diez por ciento, y yo

dudo francamente, si me veré entre estos dichosos. Pero, muchas veces, el destino decide a su manera, y en agosto del año 1936 obtengo el carnet de ingreso, debiendo presentarme en diciembre del mismo año en la Academia de Guerra en Wildpark-Werder, en los alrededores de Berlín. Para colmo, apruebo también el bachillerato, y después de dos meses de servicio de trabajo obligatorio, en los que nos llevan para regular el cauce del río Niesse, preparo las maletas.

Ahí, en Wildpark - Werder, nos toca un período de reclutas muy severo, y al cabo de medio año somos... ¡infantes instruídos! Hasta la fecha, sólo vimos a los aviones desde abajo, que nos ponían tanto más tristes, cuanto más teníamos que clavar las narices en la tierra. Como no pruebo bebidas alcohólicas y no fumo, tengo que aguantarme más de una indirecta, que me complica la vida en cierto sentido. Soy un adicto a la leche, y por lo tanto se me vé como "niño de pecho", pero por otro lado, no hago mala impresión, tanto en el adiestramiento militar como en el deportivo, y mi oficial instructor, el Teniente Fischer, no tiene porqué quejarse de mí. Claro está, que no me puedo librar de las bromas de mis compañeros, y en el concepto general, me toman por "un pescado raro, oriundo de aguas desconocidas".

La segunda etapa de nuestro adiestramiento tiene lugar en Werder, el pueblito vecino de Wildpark, que es a la vez, un lugar muy visitado por los excursionistas berlinenses. Aquí podemos trepar, por fin, a un avión, y los maestros, concienzudos, hacen proezas para compenetrarnos con los secretos de la navegación aérea. Una vuelta tras otra volamos con el Sargento Dieselhorst. Después de sesenta veces, aproximadamente, vuelo por primera vez solo, y por lo tanto, me puedo nombrar un alumno regular del montón; ni bueno, ni malo. Mano a mano con las instrucciones para pilotear, seguimos con los cursos militares y técnicos, como también con la preparación especial, tendiente a convertirnos en futuros oficiales. Al terminar esta segunda etapa, se da por concluida la enseñanza de navegación aérea, entregándonos el brevet de pilotos militares. Volvemos a Wildpark, donde comienza la tercera parte del curso. Pensábamos que íbamos a seguir volando, pero, ¡qué desilusión! Apenas si teníamos ocasión de elevarnos al firmamento. Para "equilibrar nuestro ímpetu y para encaminar debidamente nues-

tras ansias", nos ceban con táctica aérea, táctica terrestre y economía militar, además de otras materias. Durante este tiempo, me mandan en comisión, como alférez, a un Grupo de Bombarderos en la ciudad de Giebelstadt, cerca de Würzburg, célebre por ser una de las más bellas a orillas del río Main. Cada vez se acerca más el gran día del examen de promoción, y desde ya, tratamos de adivinar en qué unidades nos tocará nuestro servicio activo. Casi todos queremos ser pilotos de caza, sabiendo muy bien, por otro lado, que esto es imposible. Algunos pretenden saber que iremos a parar todos con los bombarderos. Como punto culminante, debemos aprobar el último examen, el más difícil y temido, y si salimos aprobados nos enviarán con el grado de Alférez 1º de vuelta a la unidad, a la que perteneceremos para siempre, a no ser que... Dios disponga de otra manera.

Pocos días antes de rendir este curso, vamos en viaje de instrucción a las playas del Mar Báltico, para presenciar los simulacros de una batería de cañones antiaéreos, cuando de pronto, y sin que nadie lo sospechara, hace su presencia el Supremo Comandante de la Luftwaffe, Goering. Tras un breve discurso, demanda a la tropa reunida, quién tiene interés de incorporarse como voluntario a un grupo que cuenta con un tipo completamente nuevo de aviones. Se trata de los "Stukas" (aviones de un solo motor, bombarderos, de vuelo en picada). Se ha demostrado, que se necesita en dicha arma un cierto número de oficiales jóvenes. Comienzo a meditar e inmediatamente y en pocos segundos: "Quieres ser caza — deberás ser bombardero — ¡pues bien, entonces decídette por los Stukas!". Esta resolución no me cuesta mucho, pues desde ya, no siento mucho entusiasmo por esos aviones pesados y lerdos de bombardeo. En un abrir y cerrar de ojos, me apuntan como candidato para los Stukas. Pocos días más tarde, viene la orden de traslado: *todos* se van como futuros... ¡pilotos de caza! La desilusión casi me tira por tierra, pero ya no hay remedio: soy piloto de Stukas.

No sé si reír o llorar, cuando los veo partir, llenos de júbilo... Como Alférez 1º me trasladan a una unidad de Stukas cerca de Graz en Estiria; corre el año 1938. Hace como tres meses, que entraron aquí, en Austria, las tropas alemanas, y la población está entusiasmada.

Nuestro Grupo vecino, en Thalerhof, ya fué provisto con el nuevo tipo "Ju 87", descartando para siempre al antiguo tipo "Henschel". Los nuevos temas en las horas de instrucción son vuelos en picada en un ángulo de casi noventa grados, vuelos en formación, uso de las armas de a bordo durante el vuelo y lanzamiento de bombas. Pronto estamos al tanto con este nuevo pájaro mecánico. No creo que aprendo muy ligero, y menos todavía, teniendo en cuenta, que los otros ya estaban casi perfeccionados a mi llegada. Me comparo con un automático que recién comienza a trabajar, cuando cae la moneda que le fué introducida en la ranura, y me parece que esta moneda está cayendo muy despacito; a juicio del Jefe de la Escuadrilla, demasiado despacio, pues éste ya no cree que llegará mientras él resida en este mundo. Como además, aprovecho cada minuto libre para ir a las montañas o a la pista de deportes, en vez de presentarme en el casino de oficiales, cuando lo hago, sólo para tomar mi fatal vaso de leche, choco con diversos sinsabores.

Así pasan los meses. De paso me promueven a Teniente, y para Navidad de 1938 inquiere la Superioridad, si pueden echar de menos a un oficial, para hacerle cursar la enseñanza de reconocimiento aéreo operativo. Todas las Escuadrillas comunican que no hay un solo hombre disponible para "tan noble propósito". Pero, para la 1ª, llegó la ocasión de librarse de mí, una vez por todas. Con mi vaso de leche, me mandarán "a ver si llueve". Se comprende desde ya, que hago todo lo posible para impedirlo, pues quiero seguir con los Stukas, pero todo intento mío de ponerle la marcha atrás a la maquinaria de la organización militar fracasa.

Otra vez hago mis maletas; esta vez para participar en el curso de reconocimiento aéreo en Hildesheim, comprendiendo con resignación, que soy el hombre más desgraciado del mundo. Nos instruyen allí en la forma correcta de tomar fotos aéreas, tanto en la práctica como en la teoría, y de vez en cuando, se oye el rumor que volaremos con encargos de suma importancia para la guerra aérea operativa, una vez que nos hayan designado a nuestras nuevas unidades. En las máquinas de reconocimiento el observador es, a la vez, el comandante, y por esta simple razón nos instruyen como observadores. En vez de pilotear

tenemos que quedarnos sentados, sin mover una pestaña, encomendándonos a un piloto, del cual decimos —lógicamente— “que no es gran cosa lo que nos está demostrando y que el día menos pensado nos vamos a venir todos abajo!” Tomamos fotos desde la posición vertical, desde la posición inclinada y hacemos muchas otras cositas, todo en las inmediaciones de Hildesheim. Lo que resta sólo es teoría gris en gris. A continuación, y como coronación, nos envían a las distintas unidades, y yo voy a parar al Grupo de Reconocimiento 2 F 121 en Prenzlau. Dos meses más tarde, nos trasladamos a la ciudad de Schneidemühl, presenciando aquí el comienzo de la campaña “Blitz” de Polonia. Jamás olvidaré, como pasé en esos días y por primera vez en mi vida, las fronteras en un avión. Con vivo interés espero lo que me deparará el futuro, mientras estoy sentado en la máquina. El primer cañón antiaéreo que nos tirotea, es observado con inmensa curiosidad y le tomamos muy en cuenta, y cada tanto se hace presente un caza polaco, lo que nos da tema de conversación durante varios días.

Lo que antes era instrucción teórica, sin vida y sin interés, se torna ahora en realidad, cargada de suspenso. Tomamos fotos aéreas de las estaciones en Thorn, Kulm, etc., para poder reconocer los movimientos del enemigo. Más tarde vamos más al Este, siguiendo la línea férrea Brest-Litovsk — Cowel — Luck. El Estado Mayor quiere reconocer, cómo los polacos distribuyen sus tropas en retaguardia, y además le interesa la actitud y los movimientos que adoptan los rusos. Las incursiones al Sur las realizamos, partiendo de la base en la ciudad de Breslau. Pronto pasan estos días de combate, y vuelvo a Prenzlau, luciendo la Cruz de Hierro de IIª clase. Al poco tiempo nota el Capitán de mi Escuadrilla, que mi corazón no está con los Grupos de Reconocimiento, pero me hace saber, que una petición, para lograr un traslado al Grupo de Stukas de antes, no tendrá éxito, debido a la tirantez de la situación general. No obstante lo intento, pero en vano.

No me queda otra solución que aguantar el invierno en Fritzlar, cerca de Kassel. Desde aquí partimos para cumplir con nuestros vuelos de reconocimiento hacia el Oeste y Noroeste, cambiando, según las circunstancias, de aeródromo. Estas incursiones las volamos a grandes alturas, y por esta razón, debe someterse cada tripulante a una prolija

revisación médica, para comprobar si es apto para aguantar un vuelo a esas alturas. En esta ocasión se me comunica desde Berlín, que no reúno las condiciones que se exigen. Como los Stukas vuelan más bajo, comienzan a temer en mi Grupo, que quizás tenga éxito con mi petición, mientras que yo abrigo la esperanza de poder volver a los "brazos de mi primer amor". Un día más tarde, la mala suerte lo decide así, dos máquinas de nuestra escuadrilla no vuelven a la base. Por lo tanto, hay escasez de personal, y para subsanar este inconveniente, me vuelvo a someter a la revisión. El nuevo diagnóstico dice, que poseo excelentes capacidades para efectuar vuelos a grandes alturas; ¡el primero se debe, seguramente, a un error! Del Ministerio no me comunican ni "aquí" ni "allá", y para salvar la situación, vuelvo a hacer mis maletas, pues me trasladan a un regimiento de instrucción de pilotos en un suburbio de Viena: Stammersdorf. Más tarde, cambiamos de domicilio, mudándonos a Crailsheim.

Aquí cumplo con mis obligaciones como Ayudante de Regimiento, y mientras tanto, comienza la campaña de Francia. Intento esquivar el camino jerárquico, llamando por teléfono a la División del Personal de la Luftwaffe, pero todo es en vano. Sólo por intermedio de la radio y por los diarios, tengo contacto con la guerra. Nunca me he sentido tan desalentado y tan superfluo como en estos días, y a veces creo, que todo debe ser así, que se trata de un castigo. Solamente el deporte, que sigo practicando incansablemente, me ayuda a disipar en algo las penas y las preocupaciones. Apenas si tengo ocasión de volar, y si se me presenta una posibilidad, entonces se trata de máquinas pequeñas de tipo sport. Lo principal es el adiestramiento militar de los reclutas. Para un fin de semana vuelo con un Heinkel 70, llevando a bordo a nuestro comandante, cuando casi me llevo por delante las Sierras de Suabia, debido al mal tiempo. Sin embargo, tengo suerte, llegando sano y salvo a Crailsheim.

* *

*

La infinidad de cartas y de llamados telefónicos, por fin tienen éxito; parece que se quieren librar de este individuo cargoso. Por fin

vuelvo a ver las caras conocidas de mis compañeros, que fueron trasladados cerca de Caën, a orillas del Canal de la Mancha. Desgraciadamente, ya pasaron los días de los raids contra el enemigo, y un compañero de los tiempos de antes, intenta enseñarme toda la experiencia que él pudo reunir en las campañas de Polonia y en la actual de Francia. Más de una vez, salimos los dos, y él hace todo lo posible para hacerme entender. Seguro que no falta la buena voluntad de mi parte, pues este era el instante que yo tanto añoraba año tras año. Pero, esta práctica no se obtiene de hoy para mañana; además, no soy un buen alumno que comprende e imita todo, al primer intento. Me falta la práctica, y yo mismo lo noto. Mi manera sana de vivir a la "sportsman", con el eterno vaso de leche, llama aquí, en esta Francia tan entregada a los placeres, más la atención que en cualquier otro lugar. El Grupo es trasladado al Sureste de Europa . . . ¡y a mí me mandan en comisión a Graz, donde debo incorporarme a una Escuadra Suplementaria, para seguir estudiando . . . ! ¿Será posible . . . ?

Comienza la campaña de los Balcanes, y yo quedo otra vez aparte. Para colmo, Graz viene a ser una base para los Stukas, que salen desde aquí para sus incursiones contra el enemigo y para mí no es fácil quedar en tierra, teniendo que ver cómo los compañeros se pierden en el azul del cielo, escribiendo con las estelas de sus aviones las páginas más gloriosas de la historia de nuestra patria. Quedo "en casa" y practico vuelos en formación, lanzamiento de bombas y el empleo de las armas de a bordo durante el vuelo; todo es como antes. Después de tres semanas, me digo a mí mismo, una mañana:

— Ahora, por fin, cayó esa moneda fatal. Ahora puedes hacer todo con tu máquina; lo que se te ocurra. Y así es, efectivamente. Los instructores están asombrados. Dill y Joaquín — las máquinas a diestra y siniestra, podrán seguir volando, haciendo piruetas en el tal nombrado "circo" como mejor les parezca. Mi avión quedará unido a ellos como si estuviera atado con cuerdas invisibles, igual si se trata de loopings, de vuelos en picada o de vuelos invertidos. Cuando practiquemos el lanzamiento de bombas, apenas si echo una bomba fuera del círculo de diez metros y una vez, ejercitando puntería desde la máquina en vuelo, logro más de noventa impactos de cien posibles. Hablando

en otros términos, creo que ahora me tocará por fin a mí, cuando se envíen nuevos refuerzos al frente.

Poco después de los días de Pascua, que los pasé en la grata compañía de varios compañeros, esquiando en los alrededores del Prebichl, llega este gran momento, pues nos dan la orden de llevar a Grecia máquinas para una Escuadra de Stukas, que tiene su base en el Sur del mencionado país. Exactamente a ese lugar nos envía la orden del día, y así volamos, dejando Agram, Scolpje y Argos bajo nuestras alas. Nuestra unidad, la 1ª Stuka 2 está acantonada en la punta septentrional de la península del Peloponeso, cerca de Moldai. Este vuelo a través del territorio en el cual se desarrollaban las principales hazañas de la historia antigua, queda eternamente grabado en mis recuerdos.

Inmediatamente después de mi llegada me presento en la carpa, que sirve de Mayoría al Jefe del Grupo. Estoy como apresado por la nerviosidad y las ansias de poder participar, activamente y por fin, en el desarrollo de la guerra. Llegó el momento tan ansiado para mí . . . !

Primero me presento al Ayudante del Jefe del Grupo, e inmediatamente, se vuelan todas mis esperanzas: el que está delante de mí, no es otro que mi instructor en Caën . . .

— ¿Qué quiere usted por aquí?, me interroga con una mirada insistente, y su pregunta me confunde completamente.

— ¡Quiero tomar parte en las incursiones!

— ¡Sí, pero para poder participar en ellas, es menester saber el manejo perfecto de un Stukal

Voy a atropellarle con una explicación, pero él prosigue hablando, sin disimular una sonrisa compasiva que se dibuja en su boca:

— ¿Ya ha aprendido tanto usted . . . ?

Reina un ambiente frígido, que motiva un intervalo en nuestra discusión, hasta que yo vuelvo a tomar impulso, contestándole:

— ¡Sé gobernar mi máquina perfectamente y en cualquier situación!

Con tono despectivo —por lo menos a mí me parece así— me corta la palabra, diciéndome:

—Le voy a dar parte al señor Comandante; esperemos una contestación favorable para usted. Por el momento, puede entretenerse, buscando un alojamiento.

Cuando salgo de la carpa, tengo que parpadear, no sólo debido al sol; estoy luchando contra la impresión de que debo perder toda esperanza; por otro lado, me dice la razón, que nunca hay que abandonarse a la buena ventura. El ayudante tendrá *su* concepto. *Su* opinión es una cosa — la decisión del Comandante otra. Y aún tomando el caso, ¿será posible que el Ayudante tenga tanta influencia sobre el Comandante...? No; no puede ser; no *debe* ser. Tal no será la influencia que éste pueda ejercer. El mismo querrá formarse su propia opinión.

Mientras sigo meditando así, me hacen llamar a la Carpa del Comandante. Yo me encamino a ella, teniendo plena confianza en su opinión imparcial. Al entrar en la carpa me cuadro, agradeciéndome éste el saludo con soltura. Me observa un buen rato detenidamente, y luego, comienza a hablar:

— ¡Bueno — nosotros ya nos conocemos . . . !

Como parece leer una expresión negativa en mi rostro, añade, con un gesto de su brazo:

— ¡Claro, hombre; nos conocemos! Si mi Ayudante le conoce a usted muy bien. Con esto está dicho todo. Le conozco hasta tal punto, que, para comprobárselo, le hago saber desde un principio, que usted, no volará en mi Grupo, a no ser que una vez las bajas sufridas, me obliguen a tomar otras medidas...

Mas, ya no oigo lo que me dice. Por primera vez siento, cómo se apodera de mí un sentimiento, que sólo he vuelto a experimentar años más tarde, cuando a duras penas llegaba a la base, herido de gravedad, debilitado por la hemorragia sufrida y al margen de mis fuerzas. Este “no se qué” es para mí como un pronóstico, sumido en la bruma: que el hombre es la unidad métrica con la cual hay que medir el desarrollo y los sucesos de la guerra; su voluntad, su decisión, serán, a través de los siglos, la clave del éxito.

No sé, a ciencia cierta, cuanto tiempo siguió hablando el Comandante, ni lo que dijo a continuación. Quisiera sublevarme, pues siento cómo la sangre comienza a hervirme en las venas. Pero a la vez oigo, que una voz me susurra al oído: — ¡No... no... no...! De repente, la voz del Ayudante me hace volver a la realidad:

— ¡Usted se puede retirar!

Por primera vez lo miro detenidamente en la cara; tiene una expresión como si estuviera esculpida en una roca. Ni había tomado nota de su presencia, hasta el momento, en que él abría la boca: "Usted puede retirarse!" Enseguida vuelvo a tenerme bajo control.

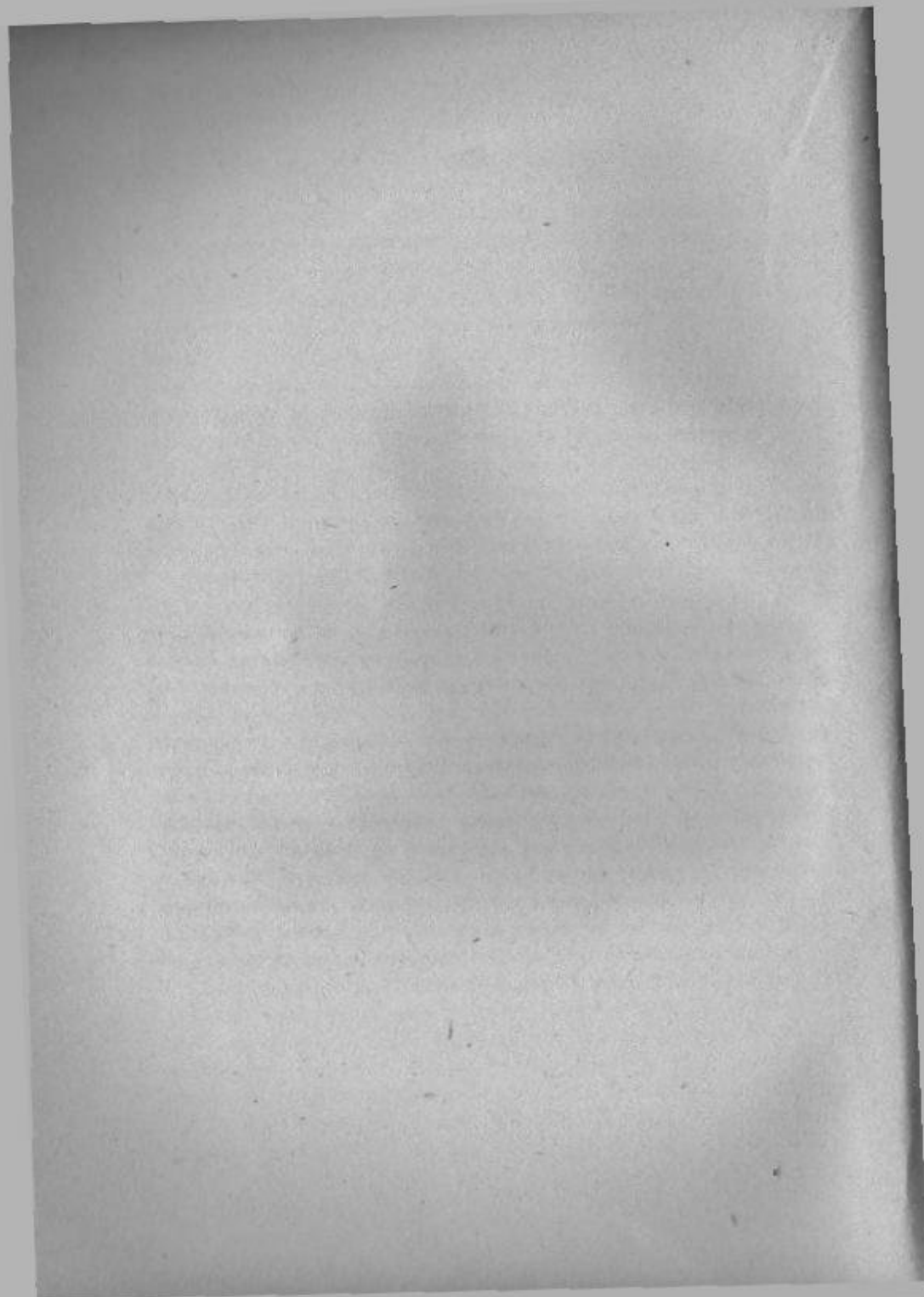
Pocos días más tarde, comienza la incomparable hazaña de Creta. En la carpa tengo que escuchar el bramido de los poderosos motores, que salen en busca de presas. Creta es la prueba de fuego entre la marina de guerra y los Stukas, pues ella es una isla, y según todas las experiencias y las teorías reunidas durante el último siglo, solamente es posible apoderarse de una isla, si se cuenta con una armada superior, capaz de arrebatársela a los ingleses. No cabe duda, que Inglaterra es una potencia naval que figura en primer plano, mientras que nosotros... Y sin mencionar siquiera el Estrecho de Gibraltar, que impide por completo el arribo de nuestras unidades. Las leyes militares, que reinaban hasta la fecha, la superioridad británica en los mares del mundo, todo es barrido por las bombas de nuestros Stukas... y yo, sentado en una carpa, como si nada fuera, en un lugar cualquiera de Grecia. — "Y comprenderá que, por el momento, no podrá volar en mi grupo..." Mil veces no bastan, en las que me veo asaltado, burlado, ofendido por estas palabras. Afuera discuten mis camaradas sus raids llenos de suspenso, llevado a cabo con hombría y coronados de destreza y valentía. Alcanzo a escuchar cada palabra.

Conversan, como nuestros paracaidistas se arrojan al peligro, con un valor jamás visto hasta la fecha. A veces, trato de convencerlos de la ansiedad que siento por acompañarlos; pero nada. Recorro al soborno, ofreciéndoles miles de cosas, pero quedando siempre en los límites del decoro militar; nada... nada. Creo poder distinguir en sus rostros varoniles, algo de la lástima que sienten por mí, y en esas ocasiones, noto como se me seca la garganta de ira.

Cuando las máquinas comienzan a rugir, corriendo por la pista para remontarse, allá al final, quisiera meterme los puños en las orejas, para no tener que aguantar este tormento, para no escuchar, lo que para mí es música dinámica, que invita a la hazaña, a la aventura. Sin embargo no puedo; tengo que oírlo, *tengo* que oírlo, algo me obliga...

— “Ya nos conocemos...” ¡Qué nos vamos a conocer! ¡Nada sabemos uno del otro! ¡No nos conocemos absolutamente nada! Estoy convencido que sería bastante útil en las incursiones, pues para mí tengo la certeza de que sé gobernar una máquina. Siento la voluntad inquebrantable de volar; quiero participar en los raids. Existe un prejuicio, que se interpone entre mis superiores y mi persona, que me impide demostrar cómo yo me sé portar en presencia del enemigo. Es un prejuicio de unos superiores, que ni me dan la ocasión, para convencerse ellos mismos, de lo errado que están al juzgarme así.

Ya llegará el momento en el que yo podré comprobar cómo se ha actuado, tratándose a mí con injusticia... A pesar de ese prejuicio formado, pese a esa mole, sabré arrimarme al enemigo. Así no se trata a un subordinado; esto lo estoy reconociendo en estos minutos. Más de una vez siento, cómo las llamas de la indignación se revelan en mi pecho, quemándose interiormente, y es entonces, cuando me repito incansablemente: Disciplina, disciplina; sólo con ella lograrás lo que te propones. Debes tener comprensión por todas las acciones de tus superiores — también por los errores y hasta por los errores más grandes. Solamente de esta manera podrás ser, un buen día, un superior mejor que los que tú has conocido. Sólo así podrás comprender tú, los errores y las aberraciones cometidas por tus futuros subordinados. Quédate tranquilo, aunque tengas que permanecer inactivo en tu carpa; ya te tocará también tu hora, si vales realmente lo que tú crees. ¡Sólo el que pierde la fe en sí mismo, está perdido...!



II

LA GUERRA CONTRA LOS SOVIETS

Poco a poco, la acción en Creta se va inclinando a su ocaso. A mí me dan la orden de llevar una máquina, a la que le hace falta un buen repaso, a Kottbus, debiendo esperar ahí mismo, las órdenes que se me impartirán. Sobrevolando Sofía y Belgrado, vuelvo a Alemania.

Aquí en Kottbus, quedo sin una sola noticia de la escuadrilla, y llega el momento en el que yo ya no sé qué hacer de desesperación. En los últimos días se han oído vagos rumores acerca de una nueva campaña, pues se pudo observar que varias unidades y personal terrestre, han sido trasladados al Este. La mayoría de aquellos con quienes converso, exponen su opinión, que obtendremos un salvoconducto de los "Ivans", para atravesar Rusia, llegando de esta manera al Cercano Oriente y tomando posesión así del petróleo y de otras materias primas de los aliados. Pero, como acabo de explicar, se trata únicamente de suposiciones.

Una buena mañana, oigo por la radio, que se inició la campaña contra la Rusia Soviética. Era el memorable 1 de junio de 1941. Esa misma mañana, me dirijo al astillero, donde se encuentran en arreglo varias máquinas de la escuadra "Immelmann", para preguntar si no hay una máquina que esté en condiciones, como para llevarla de vuelta al frente. Cerca de mediodía me entregan una y ahora ya no hay nada que me pueda retener.

En un lugar, por ahí, cerca de los límites de nuestra provincia de la Prusia Oriental con Polonia, debe estar mi escuadra. Para poder orientarme mejor, aterrizo en Insterburg, pudiendo localizarla, gracias

a la ayuda de la Mayoría de una escuadra cualquiera. Mi nueva meta lleva el sonoro nombre de Razci, y una media hora más tarde, aterrizo entre una cantidad de máquinas estacionadas. Unas se aprestan para salir con sus cargas mortíferas en dirección al enemigo, mientras que otras vuelven de sus raids. Hay tanta acción, como en un hormiguero.

Pasa un buen rato hasta que pueda localizar definitivamente a mi 1er. Grupo, el mismo que me hamacó en sus brazos, durante cierto tiempo, en Grecia y que no volví a ver más hasta este instante. En la Mayoría del Grupo, apenas si hay tiempo, para entretenerse conmigo.

Todo está en revuelo; la guerra exige sus derechos.

El señor Comandante me hace saber, por intermedio de su Ayudante, que me dirija a la 1ª Escuadra. Ahí me presento a un Teniente 1º, Jefe de la Escuadra, que también tiene posición más bien "expuesta" y que me acepta, guiándose por el simple hecho de que los otros me expulsan, por ser "la oveja negra de la majada". Como él recibe todo con escepticismo, lo que viene de parte de sus "amigos" del Grupo parece que le caigo en gracia, desde un principio. Si bien debo entregar la máquina que acabo de traer de Kottbus, me entregan otra, más vieja, con la que podré participar en el raid. Una sola idea me invade desde este momento:

— "Ya les enseñaré que soy capaz de gobernar una máquina. Ya verán si he aprendido o no, y en qué sentido se justifican sus prejuicios que tanto tiempo me vienen martirizando".

Vuelo como "segunda máquina", detrás del Jefe de la Escuadra, el que me recomendó encarecidamente hacerme cargo de la integridad de la misma en lo que se refiere a la técnica. Secundado por el Sargento Ayudante Mecánico, tengo que ocuparme de tener prontas para cada raid, tantas máquinas como sea posible, manteniendo a la vez el contacto "hacia arriba" con el Oficial Técnico del Grupo.

Durante este raid, quedo pegado a la máquina del Jefe como un abrojo. El vuela temiendo que mi máquina embista a la suya, hasta que nota que sé manejar mi avión con serenidad. Hasta el anochecer de aquel día tan memorable para mí, estuve cuatro veces en el aire, sobre los parajes de Grodno y Volcovisc. Pude divisar cantidades

enormes de tanques rusos encolumnados en tierra, junto a sus unidades de reabastecimiento. Distinguimos principalmente vehículos de los tipos KW I, KW II y T 34. Lanzamos las bombas sobre los tanques y con las ametralladoras nos ocupamos de los demás vehículos y de la infantería. Así sigo también durante los días siguientes. A eso de las tres de la madrugada ya partimos para la primera incursión y más de una vez, volvemos recién a la diez de la noche de la última. Nadie piensa en descanso durante las horas de la noche. En cada minuto disponible nos acostamos debajo de un avión, para aprovechar unos pocos instantes de calma. Si de pronto alguien nos llama, saltamos como si nos hubieran pinchado, sin saber a ciertas de dónde provino la voz. Todos los movimientos se ejecutan como en sueño.

Ya en la primera incursión, me llamó la atención, la infinidad de fortificaciones a lo largo de la frontera. Las posiciones de infantería tienen sus ramales hasta las entrañas mismas de Rusia, y en más de un caso ocupan centenares de kilómetros. En distintas partes, puedo observar fortificaciones que aún están en construcción.

Sobrevolamos pistas que todavía no están cubiertas con capa de hormigón; en otros lugares están atareados en colocarla, mientras que en las partes ya listas se reúnen las primeras máquinas enemigas. En la carretera que lleva a nuestros infantes a Witebsk, descubrimos una pista semiterminada, ocupada por aviones bombarderos tipo Martín.

¿Falta gasolina o faltan tripulaciones...? Sobrevolamos una fortificación tras la otra, un aeródromo tras otro, pienso más de una vez:

— "Menos mal que pegamos nosotros el primer zarpazo. ¿Qué hubiese ocurrido si hubiera sido al revés?... Todo cuanto vemos comprueba que los soviets estaban utilizando esta zona como trampolín, para lanzarse sobre una Europa desprevenida. ¿O alguien me puede explicar, contra quién iba a poner en marcha la Rusia Soviética estas cantidades enormes de armamentos, pertrechos y hombres? Si los bolcheviques hubieran podido teminar sus preparativos sin ser molestados, nadie hubiera sido capaz de contenerlos. Nosotros combatimos más adelante de las puntas de lanza de las fuerzas terrestres y en fiel cumplimiento de nuestras obligaciones.

Volamos en turnos de pequeños intervalos sobre Ulla, Lepel y Ianovichí. Los blancos no varían: tanques, vehículos, posiciones de campaña, puentes estratégicos, cañones antiaéreos. De vez en cuando salimos para interrumpir una línea de ferrocarril o para enfrentar un tren blindado que los rusos utilizan para apoyar a la propia artillería. Hay que quebrar toda resistencia que se oponga a las puntas de nuestras diversas avanzadas. Cuanto más echamos a un lado, tanto más fluido resulta el avance de nuestras tropas. La defensa varía, pero la terrestre, desde las armas de mano hasta los cañones antiaéreos, es, en distintos casos, notable. Respecto a máquinas de caza, sólo cuentan con el tipo J 15, la "Rata", que cobró fama en los tiempos de la guerra civil en España, pero que es muy inferior a la Me 109 (Messerschmidt).

Cuando hacen su aparición en el cielo, caen a tierra como moscas; no son un peligro serio para los Messerschmidt; empero, como son de muy fácil manejo, implican cierta amenaza para los Stukas porque son mucho más rápidos. La fuerza aérea operativa de los soviets es destruida en posteriores operaciones, ya en combates aéreos o en el suelo, pues representa una fuerza de combate más bien reducida, siendo los tipos empleados muy anticuados como, por ejemplo, el bombardero Martín y el D. B. III. De los tipos nuevos — el P. II — se ven muy pocos. Mucho más tarde recién, hacen su aparición en los campos de batalla, los envíos de los yanquis, que consisten en bimotores del tipo "Boston". Repetidas veces tenemos que aguantar en tierra ataques nocturnos, realizados con máquinas pequeñas y efectuados con el solo objeto de robarnos las horas de descanso y de interrumpir el reabastecimiento. Los resultados que logran son de poca importancia, y más de una vez tenemos el placer de comprobarlo. Unos compañeros reciben heridas mientras descansan en sus carpas, al borde de un pequeño bosque. Las esquiras de las bombas soviéticas los alcanzan. Donde aparecen esas "alambradas", como los bautizamos nosotros, debido al aspecto más bien curioso que ofrecen esos biplanos reforzados con alambres, ahí echan sus pequeñas bombas. Esto lo repiten en todas partes; también en las líneas de combate. Cuando perciben una luz, paran el motor, para que nosotros no los podamos ubicar, y a motor parado se dejan deslizar hacia abajo. Lo único que se oye, es el silbido

de los alambres rozando el aire. En el momento menos pensado cae una pequeña bomba, y en ese preciso instante, vuelve a ronronear el motor como una máquina de coser. Estos aviones son más bien un serrucho para nuestros nervios y para nuestra paciencia, que un arma eficaz.

El nuevo Jefe de Escuadra que tenemos, se llama Steen, es Capitán y también viene de la unidad en la que yo he cursado mis primeros estudios, en el año 1938. Pronto se acostumbra a que lo siga con mi máquina, como una sombra, en todas las incursiones que volamos, y que a lo sumo, me aparto de él unos pocos metros; aun cuando vamos en picada. El tiene una puntería excelente, y si no llega a dar en el medio del puente, entonces, de seguro que será yo el afortunado. Las máquinas restantes de la Escuadra que nos siguen, podrán hacerse cargo de las posiciones de la artillería antiaérea o podrán elegir otros blancos. A él no le viene mal este hecho, pues le habían informado convenientemente, de parte del Grupo, con qué clase de "ovejitas" estaba cargando, y seguramente que le habrán contado detalladamente, qué "clase de pescado era ese Rudel". Por esta misma razón, no tiene inconveniente en declarar francamente, cuando le preguntan de parte del Grupo, "¿cómo sigue con ese Rudel?": "Es el mejor piloto de mi escuadra"...

No se le volvió a preguntar nunca más.

El jefe reconoce mi arrojo, pero me pronostica una vida corta, pues, a su juicio, soy un "loco". Un tono de broma hay en sus palabras. La calificación de "loco" es muy honrosa para un piloto. El jefe sabe que, en la mayoría de los casos, suelo largarme hasta una profundidad, en la que ya no es posible errar, usando mi munición económicamente.

— "Un día se va a romper el pescuezo"—, esto me lo repite centenares de veces, y si yo no tuviera tanta suerte, creo que se hubiera quedado con la razón. Pero, con cada raid, aumenta mi experiencia; le debo muchísimo al Capitán Steen, y me siento feliz de poder pertenecer a su Escuadra.

Durante las primeras semanas en el frente, poco faltó para que el Capitán Steen hubiera visto confirmada su opinión sobre mí. Durante un ataque a poca altura, sobre una columna motorizada de los soviets,

una de nuestras máquinas se ve obligada a realizar un aterrizaje forzoso, y alcanzo a ver, cómo el avión se desliza en un pequeño claro, rodeado por tres partes con matorrales, cargados de infantes rusos. La tripulación se pone a cubierto, detrás de la máquina, a la vez que las ráfagas de las ametralladoras enemigas comienzan a arar el terreno. Si esos compañeros no logran salir inmediatamente, están perdidos. Reconozco, que los soviets están a pocos metros... pero, qué importa... hay que intentarlo. Despliego los alerones de freno y comienzo a planear, para aterrizar. En el bosque cercano alcanzo a ver los uniformes claros de los rusos. Al momento percibo los primeros impactos en mi avión; una ráfaga de ametralladora sobre el motor... Sería en vano aterrizar con una máquina que tiene el motor averiado; jamás podría remontar otra vez. Tengo que reconocer, contra mi voluntad, que los compañeros están perdidos. Lo último que alcanzo a ver, es cómo ellos me saludan, agitando las manos. El motor comienza a presentar los primeros síntomas de irregularidad, y a duras penas logro salvar el último bosquecillo que me separa de mis compañeros. Voy perdiendo aceite de tal manera, que me va empañando los parabrisas. Estoy esperando de un minuto a otro que se encajen los pistones. Si llegara a ocurrir eso, ¡adiós motor! Debajo de mi avión veo a los soviets, cómo se echan cuerpo a tierra, a la vista de mi pájaro mecánico. Algunos tienen la presencia de ánimo de abrir el fuego. La Escuadra ya se elevó a varios centenares de metros y está fuera del alcance de las armas de mano. Mi máquina aguanta justamente hasta las primeras líneas de las propias tropas, donde me veo obligado a aterrizar y desde donde salgo a toda marcha con un vehículo del ejército, en dirección a mi Escuadrilla.

Acaba de llegar el Alférez Bauer, al que conozco desde Graz, cuando estábamos en la escuadra suplementaria. Su rendimiento es excelente, y él ha de ser uno de los pocos sobrevivientes de esta guerra. Sin embargo, llega justamente un día, en el que a mí me parece que todo debía salir mal. Al aterrizar levanto una nube tal de tierra, que atropello a otra máquina, por estar completamente privado de la vista. Tengo que cambiar un ala, pero, a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo conseguir una. En estas estamos, cuando me entero que en nuestra última base, en Ulla, se encuentra una máquina, lista "para el

matadero" y que todavía dispone de un ala derecha. El Capitán Steen está tronando de ira y me da a entender: "Si consigues arreglar su máquina, podrá volar, pero antes no..." No poder volar, es para nosotros, los aviadores, el mayor castigo. Como hoy ya hicimos el último raid, me dirijo inmediatamente a Ulla, por vía aérea. Allí encuentro a dos mecánicos de nuestra unidad, quienes de inmediato se declaran con toda buena voluntad dispuestos a ayudarme; también ponen mano a la obra unos muchachos de la infantería. A las tres de la mañana, estamos listos; hay que tener suerte... Antes de que empiece la primera incursión, a las 4.30 horas, me presento ante el Capitán, con una máquina en perfectas condiciones. Steen sonríe y menea la cabeza...

Unos pocos días más tarde, me dan paso al III^{er} Grupo, en calidad de Oficial Técnico, lo que equivale a decir, que tendré que dejar a la 1^a Escuadra. El Capitán nada puede hacer, y así me convierto de un día para otro, en "T. O." (Oficial Técnico) del III^{er} Grupo.

Apenas hago mi aparición en él, cuando nos abandona el Comandante que tenía a cargo esta unidad. ¿Quién viene? El Capitán Steen... Hay que tener suerte...

— ¿No vé que no era para tanto con su pase? No hay que forzar el destino, ¿no le parece...? — Con estas palabras me saluda.

Justamente cuando el Capitán Steen llega, hay un gran revuelo en nuestra base: un cabo primero, más viejo que el padre nuestro, se estaba aprestando para cargar su encendedor, aprovechando la gasolina de un tanque repleto. Mientras lo va llenando, prueba continuamente si su encendedor todavía responde, accionando sobre la ruedita que produce la chispa. En eso está ocupado cuando una explosión hace volar el tanque por el aire. El cabo primero pone una cara, como si todo esto hubiere ocurrido en contradicción al reglamento militar. Es una lástima por la gasolina perdida, pues a muchas viejas les agrada cambiar gasolina por huevos. Se comprende, que esto estaba estrictamente prohibido, pues este líquido está destinado para otra cosa que justamente para fomentar la producción de bebidas alcohólicas, en los laboratorios caseros de viejas sedientas... Nosotros apenas si aguantamos una gota en la piel, pero ellas... Bueno, para qué discutir sobre

los gustos. Todo en la vida es costumbre. Estamos viendo tantas novedades en estas tierras... Por ejemplo, que en las iglesias tienen otra misión que en nuestra vieja Europa: aquí, en Rusia, la parte delantera sirve de cine y la de atrás, como establo...

— “Cada pueblo con su costumbre” — dice el Capitán Steen con una sonrisa irónica.

La carretera de Smolensk a Moscú es testigo de nuestras incursiones. Aquí nos encontramos con cantidades incalculables de material rodante. Tanque tras tanque, vehículo tras vehículo, están estacionados por aquí, y muchas veces en tres filas, tocando los traseros, con sus paragolpes a los delanteros.

— “¿Qué hubiese ocurrido, si todo esto se hubiera desbordado sobre nuestras tierras?” Más de una vez me asalta esta pregunta, cuando caigo en picada, para destruir lo que está a mi alcance. Ahora estamos convirtiendo todo en un montón de hierro retorcido; todo es bombardeado, y lo que queda, es presa de nuestros cañones de a bordo.

La marcha de las tropas terrestres es incontenible. Poco más tarde, partimos de nuestra nueva base en Dujovichina, al norte de la estación de Yarzevo, por la cual lucharíamos más tarde encarnizadamente.

También en estos días ocurre que una “Rata” se larga en picada sobre la máquina de Bauer, atropellándola. La “Rata” se estrella en el suelo y Bauer continúa la marcha, con su Stuka seriamente averiado. Por la noche, escuchamos a la emisora de Moscú, como vanagloria al aviador soviético que, en un acto de arrojo, atropelló a un “Stuka-cerdo”, derribándolo. En fin, la radio lo sabrá mejor, y en lo que a nosotros se refiere, desde niños ya nos encantó escuchar cuentos...

A unos tres kilómetros delante de nosotros, se está preparando una nueva ofensiva en gran escala, de parte de nuestros infantes, y así ocurre que, de pronto, tenemos que trasladarnos a una nueva base.

Nuestro aeródromo se llama Rehilbitzi y queda a unos 150 kilómetros al oeste del Lago Ilmen. Desde allí apoyamos a nuestras unidades del ejército en el Sur y en el Este, volando desde el amanecer hasta el crepúsculo.

III

UN VUELO TORMENTOSO

En Rehilbitzi tenemos que soportar todo el calor del verano, y en cada minuto disponible, nos refugiamos en las sombras de nuestras carpas de campaña. Nuestro Comandante, el Capitán Steen, comparte su vivienda con nosotros. Apenas hablo con él, y sin embargo, tengo la impresión de que nos comprendemos excelentemente. Quizás nos unen ciertas características en nuestro modo de proceder y en nuestra manera de pensar. A la tarde, después de haber cumplido con la última obligación, lo veo como realiza caminatas a través del bosque cercano, y si yo no le acompaño, es porque estoy ocupado lanzando el disco o las pesas, o porque estoy practicando una carrera gimnástica alrededor de la pista de aterrizaje. De esta manera encontramos un equivalente, que contribuye notablemente a la pacificación de nuestros nervios, proveyándonos de nuevas fuerzas para las obligaciones del día siguiente. Más tarde nos reunimos en su carpa de campaña; él mismo bebe muy poco y por lo tanto no se siente ofendido al observar que yo no tomo absolutamente nada. Después de haber leído un rato, observa de pronto a cualquiera de los presentes, dirigiéndoles las siguientes palabras, que todas las noches se repiten a la misma hora (esta vez le toca a Wernicke):

—“¿Y Wernicke?, creo que estamos cansados...” Y antes de que cualquiera pueda objetar algo, prosigue: — “¡Bueno, si es así, pues, iremos a dormir!”.

Para mí es muy agradable este método, porque de esta manera, siempre puedo acostarme temprano. “Hay que vivir y dejar vivir”. Este

es su lema. El ha hecho las mismas experiencias dolorosas que yo, hasta llegar a ser lo que representa en estos instantes. Ha aprendido muchísimo de los errores de los demás y de los propios, y por lo tanto ha tomado la firme decisión de hacerlo mejor. Es sorprendente la influencia que este hombre ejerce sobre nosotros, y principalmente, cuando nos encontramos en pleno tren de guerra. Odia desde el fondo de su alma la tupida defensa antiaérea, al igual que nosotros, pero por nada del mundo le pueden obligar a lanzar sus bombas de una altura superior a la que él acostumbra. Es un hombre con modales muy distinguidos, un muy buen piloto y excelente oficial. Porque reúne estas tres cualidades, se destaca como excepción. El Capitán siempre vuela con el artillero de a bordo de más antigüedad: este es el Sargento Ayudante Lehmann, mientras que a mí, me acompaña el más joven: el Cabo 1° Alfredo Scharnowski. Este muchacho es el décimo tercer hijo de una familia oriunda de la Prusia Oriental. Habla muy poco, y quizás por eso no hay nada en el mundo que le pueda soliviantar. Con él en la máquina me siento seguro, pues más testarudo que él, ni el mismo Iván podría serlo.

Aquí, en Rehilbitzi, se presentan frecuentemente tormentas huracanadas, pues Rusia es un país en el que sobresale el clima continental. Si deseamos que refresque un poco la atmósfera en los días calurosos del verano, tenemos que aguantarnos las respectivas tormentas. En pleno día obscurece tan pronto, que uno pierde la noción del tiempo. Las nubes van arrastrando sus vientres plomizos a ras de la tierra, mientras que el cielo y la tierra parecen unidas por una tupida cortina de agua. Llueve a cántaros. En estas ocasiones ocurre, que se corre peligro de perder la orientación hasta en tierra misma. Si nosotros podemos esquivar estos focos iracundos de la naturaleza, mientras estamos volando, lo hacemos sin pensarlo dos veces y con mucho respeto. Hasta ahora no había conocido algo parecido, pero parece que el destino me tenía preparada una sorpresa, dándome la ocasión de ver todo bien de cerca.

Estamos apoyando con nuestras incursiones a los ejércitos en los sectores de Luga, facilitándoles desde el aire una cierta libertad de movimientos, permitiéndoles consecutivamente la realización de ataques

y retiradas. Cumpliendo así con las más diversas órdenes y obligaciones, ocurre que nos vemos a veces a centenares de kilómetros detrás de las líneas bolcheviques. De esta manera sucedió, que un cierto día volamos para atacar un punto clave de reabastecimiento de los soviets. Se trata de la estación de la ciudad de Cudovo, situada entre Moscú y Leningrado. No es la primera vez que sobrevolamos esta región y por lo tanto, estamos informados sobre la densidad y la violencia de la defensa antiaérea en estos parajes. En efecto, podemos comprobar como la Flak se apresta a sembrar en todo el firmamento sus conocidos "copos de algodón"; mas, si no se presentan cazas, no habrá sorpresas desagradables.

Todavía antes de nuestra partida, atacan nuestra base unos aviones de combate rusos que llevan el sobrenombre de "Gustavos de Fierro". Como balas desaparecemos en los zanjones, hechos de exprofeso para estas situaciones, y el Teniente Stahl que viene último, me salta con sus botas sobre mis costillas. Esto es mucho más desagradable que la presencia de los "Gustavos". Nuestra Flak abre el fuego y los "Gustavos" dejan caer las bombas sin apuntar detenidamente, y desaparecen de inmediato volando a ras de suelo. A continuación salimos nosotros rumbo Noroeste, subiendo a una altura de 3.000 metros. En todo el cielo no se distingue ni una sola nube, mientras vuelo tan cerca del Comandante que puedo distinguirle el rostro a través de los cristales de su cabina, mientras que el ala de mi máquina casi toca a la suya. Leo en su rostro una firme decisión y una fe en la propia persona que sólo le confiere la serenidad absoluta de sus nervios. A poco de volar, se nos presenta a nuestra vista el lago Ilmen, allá en el horizonte. ¡Cuántas veces habremos "visitado" estos parajes!... Estuvimos más al Sur, en Staraya Rusa, y más al Norte, en Novgorod. Ambos nombres representan focos de primera categoría en estas luchas titánicas y de inmediato vuelvo a vivir las horas de suspenso sufridas y las que quedarán ligadas para siempre a estos nombres. Cerca de nuestra meta, comienzan a agruparse nubes de tormenta, pero no puedo reconocer si es detrás o delante de nuestro blanco; tampoco el Comandante lo sabe a ciencia cierta, pues veo como consulta su mapa. Hasta que podemos tomar una decisión y ya nos vemos rodeados por densos

nubarrones que son los precursores de la tormenta que se avecina. No puedo reconocer el blanco: seguramente estará debajo de nosotros, cubierto por las nubes. Pero debemos estar muy cerca, a juzgar por la hora. Como el paisaje es tan uniforme en esta región, de nada nos vale orientarnos por la característica del terreno. Por segundos nos encontramos envueltos en una oscuridad completa, poco más tarde volamos nuevamente bañados en luz. Para no perder de vista a la máquina del Comandante en esta oscuridad, me arrimo hasta casi un metro a él. En caso contrario, correríamos el peligro de embestirnos y las consecuencias serían fatales. ¿Por qué no volverá el Capitán Steen? ¿No vé que bajo estas condiciones no podemos proseguir nuestra incursión? Las escuadras que nos siguen, han aumentado la distancia; parece que tienen las mismas ideas, esperando una decisión del Comandante. Quizá esté consultando una vez más el mapa, para averiguar el recorrido de las líneas de nuestras avanzadas, pudiendo encontrar así un blanco que valga la pena de ser bombardeado. Ahora comienza a reducir la altura, pero en todas ocurre lo mismo: siempre volamos rodeados de nubes. Volvemos a subir, volando por encima de esa densa capa, comprobando que no hay ni un solo agujero que nos pueda servir de ventana para echar un vistazo hacia abajo. De pronto el Capitán deja el mapa y, con un movimiento brusco, gira con toda la máquina, parándola casi sobre la punta de un ala. ¿Se habrá convencido por fin de que la situación reinante no permite realizar lo convenido? ¿Olvidó por completo que yo le estoy siguiendo, tocando casi con mi ala la suya? Afortunadamente logro reaccionar al instante, obligando a mi Ju 87 a describir un viraje violento, evitando así la colisión. He girado hasta tal punto que estoy volando casi de cabeza, llevando en el vientre del avión nada menos que 700 kilogramos de bombas, lo que hace que la máquina se precipite de punta, clavándose a una velocidad fantástica en las nubes.

Todo a mi alrededor está sumido en la más plena oscuridad, sólo percibo el silbido del viento que es cortado por las alas y el agua comienza a filtrarse en la cabina. Por momentos estamos rodeados de una claridad ennegecedora, cuando nos ilumina un rayo y las ráfagas sacuden al avión; oigo claramente el crujir de los largueros mientras

que no puedo ver la tierra ni el horizonte por el cual me pudiera guiar. Todos los instrumentos indican el fin del mundo. El variómetro me indica las subidas y bajadas; la aguja toca el retén, sin moverse... Los instrumentos que me indican la posición de la máquina en el espacio, están como locos; en vez de colocarse uno encima del otro, como lo indica el reglamento, mientras que el variómetro debería indicar la unidad cero. El velocímetro registra cada vez mayor rapidez. Tengo que empeñarme en poner todo otra vez en su estado normal y eso a la brevedad posible, ya que el altímetro me confirma que me estoy arrojando progresivamente a la tierra. El indicador de velocidad apunta casi 600 km. por hora, lo que no es asombroso, pues estoy cayendo en ángulo casi recto. Leo las cifras luminosas que registran la altura: 2300, 2200, 2100, 2000, 1800, 1700, 1600, 1500...; si esto sigue así, pronto nos pegaremos un golpe del que todavía hablarán nuestros nietos... Estoy transpirando, sintiendo como el agua me corre por todo el cuerpo..., ¿o es el agua que penetra de afuera?... 1300 metros, 1200, 1100, 800, 600, 500...; poco a poco consigo estabilizar los instrumentos; sólo la altura me preocupa. El variómetro todavía no ha cambiado; la aguja continúa tocando el retén. Esto significa que sigo arrojándome a la tierra a una velocidad fantástica. Sigue también esa oscuridad impenetrable a mi alrededor, que se disipa sólo a la luz de los relámpagos, complicando mi vuelo, en el que debo guiarme solamente por los instrumentos y obedeciendo a la situación imperante. Con ambas manos me aferro a la palanca, tirando con todas mis fuerzas, en un último y desesperado esfuerzo para poner la máquina en posición horizontal. La sangre me late en las sienes y, a veces, estoy por abandonar esta lucha desapareja. Estoy a 500 metros; segundos después, a 400... ¿Para qué seguir tirando de los comandos? Si ya todo resulta en vano... Para colmo, recuerdo precisamente ahora que el altímetro tiene cierta inercia, lo que significa que a grandes velocidades registra la altura con una aproximación de 200 metros... Esto se debe a que acciona como un barómetro, con una válvula al vacío, y por esta razón se explica el retardo en la indicación. Para mí significa este inconveniente que, a más tardar a los 200 metros según el instrumento, me clavaré en la tierra. No, no debe ser... Hay que seguir tirando a toda

fuerza... En este momento se produce un ruido ensordecedor... Bueno, ahora estoy muerto —pienso—, pero no puede ser... pues si lo estuviera no sería capaz de pensar... Además, oigo el bramido del motor mientras me encuentro todavía sumergido en la oscuridad y también escucho a Scharnovski, quien me dice con toda la tranquilidad del mundo:

—“Mi Teniente 1º, parece que chocamos con algo”...

Esta tranquilidad de Scharnovski me consterna completamente; pero sé una cosa: todavía estoy volando... Si bien no puedo aumentar la velocidad, a pesar de actuar a fondo sobre el acelerador, puedo comprobar que voy ganando en altura. Esto me basta por el momento. Sigue la oscuridad y la brújula me indica que estoy volando con rumbo al Oeste. También esto contribuye a tranquilizarme, pues debo reconocer que me conviene en sumo grado, a no ser que se haya roto... Miro fijamente los instrumentos, los hipnotizo, porque de ellos depende nuestra salvación. Tengo que empujar la palanca hacia un rincón, pues de otra manera los instrumentos registran un desequilibrio. Estoy tratando a la máquina como si fuera un ser viviente. Le hablo en voz baja, con todo mi cariño y de pronto me da por pensar en Old Shatterhand, aquel héroe del Far West tan conocido entre los pibes de Alemania, y en su caballo Rih, que obedecía cuando él le susurraba al oído. Sigo en este estado de autosugestión cuando, de pronto, me despierta la voz de Scharnovski:

—“Tenemos dos agujeros en las alas, mi Teniente 1º, atravesados por troncos de abetos, y además, falta un buen pedazo del timón de los aletones auxiliares de aterrizaje...”.

Echo una mirada afuera y puedo comprobar que me he elevado por encima de las nubes, volando a la luz del día, constatando lo que me acaba de comunicar mi artillero: en cada ala un gran agujero que llega hasta el larguero principal y, como recuerdo, en cada uno de ellos un lindo tronco de abeto. También los alerones y el timón están tal cual me los describió Scharnovski. Ahora comprendo por qué no era posible aumentar la velocidad, pues el aire se embolsa en los boquetes, frenando a toda la máquina al producirse los remolinos. También se explican mis inconvenientes en el manejo de los diversos comandos.

¿Cuánto tiempo podrá aguantar mi Ju 87? Estoy a unos 50 km. detrás de las líneas rusas. Recién ahora se me ocurre que todavía llevo las bombas. Librándome en el acto de ellas corrijo en algo la situación general del avión.

En cada incursión tuvimos que enfrentarnos con cazas soviéticos. Si me llega a descubrir uno en este estado desastroso, ni le hará falta abrir el fuego; creo que con mirarme no más me clavaré en la tierra. Para mi bien, no descubro a ninguno y al poco rato sobrevuelo las propias líneas, enfilando hacia nuestra base.

A Scharnovski le doy indicaciones de abandonar en seguida la máquina, en el caso de que ésta no esté en condiciones para efectuar un aterrizaje reglamentario.

Intento reconstruir lo ocurrido en los últimos minutos. Ha sido, sin duda alguna, un milagro, que me dió una vez más la ocasión de salvarme la vida; estaba en el medio de la tormenta mientras probaba de regular los instrumentos a medida que la máquina se aproximaba a la tierra cayendo en picada. Una vez logrado ello, me encontraba a una distancia sumamente reducida cuando logré enderezar la máquina, tirando de la palanca como un condenado y poniéndola en posición horizontal. Esto habrá ocurrido a pocos metros de la tierra. En el preciso momento en que el avión recuperaba su estado normal, habré barrido con las alas una alameda de abetos o quizás solamente a dos árboles aislados, teniendo la gran suerte de pasar por entre ellos sin deteriorar la hélice. Si hubiese sucedido lo último, habría variado la fuerza centrífuga que acciona sobre cada paleta en forma igual, originando un desprendimiento que para mí hubiera significado la muerte segura. Sufrir averías y destrozos como lo describo en este caso y llegar, a pesar de todo, sano y salvo a la base, eso creo que sólo lo aguantaba un Ju 87.

El vuelo de vuelta al aeródromo me parece interminable; al fin descubro la localidad de Stoltzy, en la cual están estacionadas unas unidades de cazas nuestras. Noto cómo me abandona la nerviosidad y me estiro en el sillón, despezándome. Pronto estaremos en casa...

—“Scharnovski: cuando sobrevolemos la pista, usted se larga en paracaídas”. Yo no sé qué aspecto tendrá el pájaro de abajo y hasta

qué punto pueden influir los boquetes en las cualidades aerodinámicas que debe tener un avión cuando se apresta a aterrizar. No quiero que a último momento suframos todavía un percance.

—“Yo no voy a saltar, mi Teniente 1º; usted ya sabrá colocar la máquina como es debido”. — Así me contesta, con voz monótona.

¿Qué me queda por decir ante semejante voto de confianza?

Abajo veo el aeródromo, que me parece mucho más cordial y más familiar que antes. Allí podrá descansar mi Ju; allí están mis compañeros, tantos rostros y tantos compañeros que aprecio. En un lugar cualquiera, por allí abajo, está colgada mi chaquetilla, y en un bolsillo la última carta de mamá. Cuando más se leen las cartas de la madre, tanto más bellas resultan... ¿Por qué será?

Delante de la Mayoría está formado todo el Grupo. ¿Hay formación hoy o se está conferenciando acerca de una nueva incursión? En este caso tengo que apurarme. Ahora miran todos hacia arriba, como hechizados, y al poco rato rompen filas. Comienzo a planear para iniciar los simulacros del aterrizaje y, para ir seguro, tomo la pista con mucha velocidad. Tras un cierto trecho que necesita la máquina para rodar, queda inmóvil y nosotros dos llegamos sanos y salvos. Algunos de los muchachos ya acompañaban corriendo al avión mientras éste corría por la pista. Me propongo abandonar el asiento y también Scharnovski sale afuera, como si nada ocurriera. En el acto nos rodean los compañeros, felicitándonos por la suerte que hemos tenido. Al cabo de pocos minutos, me libero de este círculo amistoso, para dar parte al Comandante.

—“Teniente 1º Rudel, de vuelta de la incursión. Novedades: contacto con la tierra en la zona del blanco. Máquina fuera de servicio...”. —

Nos saluda con un apretón de mano y hasta creo poder distinguir algo como una sonrisa en su cara, cuando gira sobre los talones y enfila hacia su carpa, meneando la cabeza.

Se comprende que tenemos que narrar detalladamente todo lo ocurrido; ellos, por su parte, nos cuentan a nosotros que el Comandante había reunido a todo el Cuerpo, para pronunciar unas pocas palabras de condolencia, que eran, más o menos, las siguientes:

—“La tripulación Teniente 1º Rudel quiso hacer posible lo que no era realizable, atacando en picada al blanco indicado, traspasando los nubarrones de la tormenta. Han encontrado la muerte...”.

Hizo una pausa para proseguir con otra frase, cuando hice mi aparición al borde de la pista, con mi Ju completamente destrozado. Al verlo se puso más pálido aún, ordenando que se rompieran las filas.

También ahora, en su carpa, no me quiere creer que no he entrado con intención en la tormenta, sino que fui más bien obligado debido a la curva cerrada que él efectuó con su máquina, cayendo con la mía del día a la noche. No hay manera de convencerlo; no lo cree. Es inútil.

—“Le aseguro que no fué mi intención, mi Capitán”.

—“No va a ser, no va a ser. Usted es un loco y quería atacar a toda costa la estación..., eso es todo...”.

—“Usted me aprecia demasiado, mi Capitán”.

—“El futuro ya demostrará quién de los dos tiene razón; además, en pocos minutos salimos otra vez”.

Una hora más tarde vuelo otra vez a su lado, en una incursión que nos lleva al sector de Luga. Al atardecer va cediendo la tensión física y nerviosa del día, gracias al deporte. Y después hago algo muy importante: duermo maravillosamente.

A la mañana siguiente hacemos un raid al sector de Novgorod, y precisamente aquí es donde se precipita al agua el gran puente que une ambas orillas, por encima del río Volchov. Los soviets prueban de pasar por las aguas del citado río, más al Sur del lago Ilmen, tantos hombres y tanto material como las circunstancias les permiten antes de que sea demasiado tarde. Por esta razón, en nuestras órdenes del día siempre figuran puentes como blancos. Reconocemos que la destrucción de un puente retarda las operaciones de una tropa, pero no a plazo largo. Siempre vuelven los soviéticos a remendar los puentes, valiéndose de pontones.

Estos raids que se unen como los eslabones de una cadena, uno al otro, tienen como consecuencia el agotamiento físico casi total de las tripulaciones, lo que para nosotros significa un grave trastorno. También nuestro Comandante lo ha notado; órdenes referentes a las incursiones para el día siguiente, que casi siempre se dan cerca de

media noche por el teléfono, deben ser escuchadas y anotadas por dos personas. En varias ocasiones, se han presentado dificultades que tienen su origen en la interpretación errónea de ellas y claro está que uno le echa la culpa al otro, por la supuesta falta de atención. En verdad es que sólo el agotamiento general de la tropa es el culpable. Por orden superior estamos obligados, el Ayudante y yo, a recibir por la noche las órdenes, conjuntamente con los telefonistas de turno. Una vez llama el teléfono en nuestra carpa de la Mayoría y al atender, es el Comandante de la Escuadra que habla:

—“Steen, la protección de cazas la encontraremos mañana por la mañana a las cinco sobre Batjescoie”. Este punto es sumamente importante y buscamos desesperados en el mapa, a la luz de nuestras linternas, sin encontrar nada. Una descripción más exacta no existe. Rusia con sus parajes y nuestra desesperación tienen, en estos instantes, la misma enormidad. Por fin pregunta Steen:

—“Perdón, mi Teniente Coronel, es que no lo puedo encontrar en el mapa”.

Ahora comienza el señor Teniente Coronel, de pura ira, a hacerse entender en su dialecto berlinés:

—“¿Cómo, cómo... y usted quiere ser comandante del III^{er} Grupo y ni siquiera sabe, donde queda Batjescoie???”

—“Quizás, si el señor Teniente Coronel me quisiera indicar en qué cuadrado se encuentra...”.

Sigue un intervalo largo, muy largo, larguísimo. Nosotros nos miramos, sin encontrar una explicación. Al fin vuelve a sentirse la voz del Comandante: — “Sabe, tampoco lo puedo encontrar yo — pero le voy a comunicar con Pekun — ése sí que lo sabrá”.

Ahora se escucha la voz de su Ayudante y éste nos explica, tranquilamente, dónde debemos buscar ese caserío, en el medio de los pantanos rusos.

Un tipo curioso es nuestro Comandante de Escuadra: habla berlinés cuando se enfada y cuando se pone amable. En lo que al orden y a la disciplina se refiere, mucho le debe la Escuadra en conjunto.

IV

LUCHANDO POR LA FORTALEZA DE LENINGRADO

El centro de gravedad de las luchas se va trasladando cada día, más hacia el Norte y así ocurre que nos llevan en septiembre del año 1941 a Tyrkovo, al sur de Luga, en el sector norte del frente de Rusia. Sin descanso, volamos diariamente sobre los parajes de la ciudad de Leningrado, donde nuestras tropas se han trenzado en recias luchas con un enemigo decidido que arremete a la vez, del Oeste y del Sur. La situación de dicha ciudad es estratégicamente apropiada para el defensor, pues está situada exactamente entre el lago Ladoga y la Bahía Finlandesa, limitando de esta manera las posibilidades de un ataque eficaz.

Hace buen tiempo; los combates no cambian la situación y casi pareciera, como si estuviésemos marcando el paso, sin adelantar ni un solo metro.

Para el 16 de septiembre tenemos formación, ordenada por el Capitán Steen, en la cual se nos explica la situación militar reinante:

El adelanto de las propias tropas se ve dificultado por las acciones de la armada rusa que recorre toda la costa a lo largo, quedando siempre a una distancia prudente de ella, y con sus temibles cañones de artillería naval toma parte en las luchas terrestres, combatiendo todo objetivo que se le ofrece. El centro, la "madriguera" para decir así de esta armada, es la base naval soviética de Kronstadt, una isla en la Bahía Finlandesa. Más o menos a unos 20 kilómetros distante de esa base, se encuentra la ciudad de Leningrado con su magnífico puerto,

y más al Sur, los puertos de Oranienbaum y Peterhof. A lo largo de la costa y especialmente en las inmediaciones de esas dos ciudades, se ha concentrado una fuerza respetable de los soviets. Debemos marcar todo esto bien detalladamente en nuestros mapas, para reconocer de esta manera, el recorrido de nuestra línea principal de combate, la "H. K. L."

Ya comenzamos a sospechar que nos largaremos sobre estas unidades, a orillas del mar, aun cuando nuestro Capitán le da otra terminología a sus referencias. Vuelve a tratar sobre los mencionados navíos de guerra, explicando, a la vez, que se trata, en primer término, de dos acorazados: el "Marat" y el "Octobrescaia Revolutia".

Ambos barcos tienen, aproximadamente, unas 23.000 toneladas de registro bruto, habiendo, además, 4 ó 5 cruceros, entre ellos el "Maxim Gorkij", el "Kírov" y varios destructores. Según donde se necesita su artillería precisa y rasante, ahí se trasladan, navegando de esta manera constantemente de un lugar al otro. Los acorazados, por su parte, sólo se mueven en la ruta navegable que une las ciudades de Kronstad y de Leningrado.

Nosotros acabamos de recibir la orden de atacar estas unidades rusas en la Bahía Finlandesa, pues, en este caso especial no se pueden aprovechar los aviones comunes de bombardeo, porque se trata de un blanco demasiado pequeño y, además, hay que contar con una defensa antiaérea formidable que podremos eludir mejor nosotros que ellos, volando en picada. Tampoco servirían las bombas comunes que ellos suelen llevar y por esta razón, estamos a la espera de un envío de bombas que han sido elaboradas especialmente para estas acciones. Pesan 1000 kilogramos cada una, y tienen un percutor especial para evitar que estallen en el primer puente, como lo suelen hacer las normales; gracias a un retarde hábilmente construido, tienen la capacidad de perforar varias planchadas de un acorazado, estallando recién en el cuerpo mismo de la nave. Sólo así se puede esperar un éxito en nuestro afán de combatir a estos monstruos flotantes.

Inesperadamente nos llega la orden de atacar, de inmediato, al acorazado "Marat", pese al mal tiempo que está reinando, pues nuestros

exploradores lo acaban de descubrir en plena acción. Hay que contar con un clima adverso hasta las inmediaciones sureñas de Crasnovardeisc, a 30 kilómetros de Leningrado. Las nubes cubren el paraje, en una relación de cinco a siete décimos, corriendo a una altura de 800 metros. Esto significa, para el lector entendido en asuntos de aeronavegación, que hay que pasar una cortina de nubes que, en nuestra zona, tiene un espesor de 2000 metros. Sin embargo, toda la escuadra toma rumbo al Norte. Según los partes diarios deberíamos contar con 80 aviones, pero la verdad demuestra que somos solamente 30 y gracias; mas esto no nos preocupa, pues no siempre decide la mayoría. Lo que ya nos molesta, es el hecho de que salimos sin haber recibido las bombas nuevas de 1000 kilogramos.

Nuestros aviones no están contruidos para volar a ciegas y por eso, el comandante tiene que imaginárselas para tratar al avión como si tal fuera el caso, guiándose únicamente por los pocos instrumentos que tiene a su disposición en el tablero, mientras que los aviones restantes se tienen que arrimar tanto a la máquina del comandante, como para no perderla de vista, es decir, casi tocando el ala del compañero de al lado. Cuando volamos rodeados por la oscuridad, como en estos momentos, lo máximo que nos podemos distanciar de la otra máquina, a la derecha o a la izquierda, es de tres a cuatro metros. Si nos apartáramos más, perderíamos de inmediato de vista al vecino, corriendo peligro de embestir a otra máquina, al volar con el acelerador a fondo. Las consecuencias de una colisión en el aire y, más todavía, volando en formación tan estrecha, son de imaginar. Únicamente de la destreza del comandante y de su vuelo por instrumentos depende la salud y la suerte de toda la Escuadra.

Hasta más arriba de los 2000 metros, volamos en una capa tupida de nubes y, debido a esto, nos hemos distanciado algo los unos de los otros. Ahora, que ya volamos en mejores condiciones, aprovechamos para estrecharnos. Aún no podemos divisar ni un palmo de tierra, pero juzgando por el tiempo que llevamos ya en el aire, deberemos estar volando por encima de la Bahía Finlandesa. Seguimos meditando así, cuando un boquete en las nubes nos permite mirar hacia abajo. Vemos unas manchas azules: agua... Ya estamos en la zona de nuestro

blanco, pero... el blanco mismo, ¿dónde diablos estará?... No lo sabemos decir, pues las nubes también han cambiado de aspecto; no tenemos más la densidad de cinco a siete décimos. Todo el cielo parece empapado de leche y muy raras veces podemos ver algo que nos haga sospechar, si ahí abajo hay agua o tierra. De pronto veo algo que inmediatamente ocupa todo mi interés. Por la radiotelefonía me comunico con Steen: "Rey uno a rey dos... *bitte, kommen*: atienda, por favor"... e inmediatamente la voz del Capitán: "Rey dos a rey uno (que son nuestros nombres fingidos)... *bitte, kommen*... Atención, veo justamente abajo un barco grande... debe ser el "Marat"..."

Mientras hablo, veo como el Capitán Steen pone de cabeza a su máquina para iniciar la caída en picada, pasando por un boquete en las nubes. Apenas si termino mi frase, cuando ya le sigo a pocos metros. El Teniente Klaus, que pilota la otra máquina de la Plana Mayor, me sigue como una sombra. Ahora se puede reconocer claramente al barco. Se trata, realmente, del acorazado "Marat"... Con toda energía, trato de vencer mi nerviosidad. *Debemos* pegar en el blanco, pues dudo que todas las escuadrillas puedan pasar por este agujero en las nubes, porque tanto este boquete como también el barco, están en continuo movimiento.

La antiaérea del acorazado recién podrá abrir fuego sobre nosotros, cuando hayamos traspasado el límite inferior de las nubes que está a una altura de 800 metros. Mientras que nos encontramos por encima de ellas, sólo nos pueden tirotear guiándose por los detectores acústicos y esto no significa mucho. Por eso, la única táctica a seguir es: salir de las nubes, caer en picada, apuntar, lanzar la bomba y en seguida de vuelta al manto protector que ellas nos ofrecen. Van cayendo las bombas del Capitán Steen... y pasan rozando el barco, para sumergirse en el agua. Ahora me toca a mí... Acciono el botón del lanzamiento... Una leve vibración en la máquina... Mis bombas dieron en el blanco... Justo en la popa. Es una lástima que sólo tenga estas bombas de 500 kilogramos, pero en fin, a pesar de todo, veo como se va propagando un incendio por toda la nave. Por cierto, que no tengo mucho tiempo para observar mi éxito, pues la Flak comenzó a "ladrar" con toda su furia. Los otros, todavía van saliendo

del mismo agujero, como las avispas. Los de la Flak del "Marat", allá abajo, tampoco son tontos; ya notaron hace rato nuestra puerta de salida y apuntan todas las bocas de sus cañones en dirección del agujero, para derribar a los "Stukas nazis". Nosotros aprovechamos, como es de imaginar, las nubes que ahora son nuestras aliadas, para desaparecer; nadie pensaba que íbamos a salir tan ilesos de esta pugna, como lo estábamos, por el momento...

Apenas si llegamos "a casa", cuando ya comenzamos a adivinar la suerte que puede haber corrido el acorazado averiado. Expertos en estos asuntos exponen que con una bomba de este calibre, no es segura una victoria completa. Sin embargo, algunos optimistas siguen creyendo firmemente en una destrucción total, y sus respectivos deseos parecen cumplirse, ya que en los días siguientes, nuestros aviones de reconocimiento no pueden dar en ningún sitio con nuestra presa malherida.

Más tarde, en otra incursión al mismo sitio, logro hundir en pocos minutos a un acorazado, con una bomba.

Parece que el día del buen tiempo nos quiere abandonar por un rato, para aliarse por momentos al enemigo. No en vano se dice que los dioses son justos... Siempre nos encontramos en nuestros raids, con un cielo completamente despejado y como consecuencia infalible, nos espera una defensa antiaérea infernal, brutal, que burla todo lo que he visto, hasta el día en que tuvimos que dejar de luchar. Nuestro patrullaje aéreo nos informa que en la zona de nuestras acciones, se encuentran instalados 1000 cañones antiaéreos en un área de diez por diez kilómetros, y yo, por mi parte, no lo dudo en lo más mínimo. Las nubecillas de explosión de los proyectiles, forman bancos enteros de nubes en el aire. Para permitir una imaginación más exacta, basta decir que para oír la detonación de un proyectil de la Flak en la cabina, éste tiene que estallar a unos pocos metros de distancia. Nosotros ya no oímos las explosiones. Es un bramido constante que llena el espacio, como si fuera una tormenta en el día del Juicio Final. Esta barrera concentrada de defensa comienza apenas un aparato se acerca a la costa del mar, que todavía está ocupada por los soviéticos. Más allá, vienen Oranienbaum y Peterhof, que cuentan igualmente, con una defensa formidable. En las afueras de los puertos flotan pontones, barca-

zas, botes y barcos diminutos y todos, sin excepción, están provistos de cañones antiaéreos. El ruso aprovechó todo, hasta lo más insignificante, para instalar sus posiciones de defensa. Así impiden, por ejemplo, la entrada de nuestros submarinos al puerto de Leningrado, tendiendo grandes redes de acero que están suspendidas de columnas de hormigón armado; sobre cada una de estas columnas, una posición de la Flak.

Seguimos volando, y a unos diez kilómetros vemos a lo lejos la ciudad de Kronstadt, su gran puerto y la isla que lleva el mismo nombre. También aquí tenemos el agrado de conocer la formidable defensa aérea de los rusos. En los alrededores de esta isla, está atracada toda la armada rusa del Mar Báltico, teniendo también ella una defensa de Flak mortal. Nosotros, los de la Plana Mayor, iniciamos el ataque a unos 3500 metros. Es bastante bajo por lo visto, pero es que queremos dar en el blanco.

Al caer en picada, desplegamos comúnmente las aletas que frenan la caída, teniendo así más tiempo para poder apuntar y corregir la posición. Cuanto mejor es la puntería, tanto más grande es el éxito y esto es lo importante. Por otro lado, si aminoramos la velocidad en la caída aumentamos las posibilidades de puntería de las baterías enemigas sobre nuestras máquinas, lo que ocurre particularmente, cuando tenemos que volver a ganar altura, después del desprendimiento de la bomba, lo que sucede con cierta lentitud debido a la falta de impulso. Pero, al contrario de las otras escuadrillas que nos siguen, no empleamos esta táctica, sino que intentamos más bien alejarnos volando a poca altura sobre el agua. Cuando sobrevolamos la franja ocupada por los rusos, a lo largo de la costa, realizamos acrobacias atrevidas para dificultar así la puntería de las posiciones de la Flak y para librarnos de las persecuciones de los cazas rusos. Una vez salvado este obstáculo, ya podemos decir que estamos libres de todo peligro.

Después de estas incursiones, andamos por la pista de aterrizaje de nuestra base, en Tyrkovo, como sonámbulos, aspirando profundamente la vida que volvimos a ganar. Estos días son crueles, muy crueles.

En los paseos, junto al Capitán Steen, apenas si se habla una palabra; pero uno imagina lo que piensa el otro. Nadie abre la boca para decir cuánto cuestan estas incursiones. Tenemos el deber de ter-

minar con la armada soviética en estos parajes, por eso no se discute si es difícil o no. Nos han dado la orden, y nosotros la cumplimos. Así volvemos todas las tardes a nuestras carpas, llevando en nuestras almas y en nuestro espíritu la serenidad que nos da valor y fuerzas para volver a arrojarnos en ese infierno.

En cierta ocasión y mientras ambulamos por los alrededores, interrumpo nuestro silencio para preguntarle al capitán, no sin titubear:

—¿De dónde saca usted esta tranquilidad de espíritu y ese equilibrio moral, mi Capitán?

El capitán detiene su marcha y mirándome de reojo, me contesta:

—No crea usted, que yo siempre he sido tan tranquilo, amigo. Se lo debo a las duras experiencias que me azotaron en el pasar de los años. Usted mismo sabe cuán difícil es la vida, y más todavía, si las cosas y los problemas de la vida no se llevan de acuerdo con la vida militar; si uno tiene que comprobar que los puntos de vista de los superiores no concuerda con los propios... y si estos superiores no tienen la capacidad moral de separar estas divergencias de las obligaciones que el servicio requiere, sino que mezclan los asuntos de un mundo con otro, entonces sí que se desencadena la catástrofe. Pero usted lo sabe: el mejor acero es aquel que ha sido templado más al rojo, y si uno busca su propio camino, el modo de vivir por su propia cuenta, sin separarse por eso de las actividades y del mundo que a uno le rodean, entonces sale fortificado y equipado con las armas necesarias, para poder responder en la lucha cotidiana por la vida...

Después de sus palabras, en un intervalo meditativo, comienzo a entender por qué, justamente este hombre, ha demostrado, desde el primer instante tanta comprensión para mis problemas. Y aún sabiendo que mis palabras no cuajan del todo en el rígido marco militar, le digo:

—Ya hace tiempo que también yo, siendo aún un subalterno, tomé la firme decisión de no cometer los mismos errores que pude observar en algunos de mis superiores.

Otra pausa larga, en la que creo poder adivinar sus pensamientos. Al fin me dice:

—También hay otras cosas que forman el carácter del hombre.

Son sólo muy contados, los compañeros que están enterados y que por eso saben comprender mi seriedad, mi melancolía en la manera de ver las cosas. Yo tenía una vez una novia, a la que amaba de todo corazón. Ibamos a casarnos, y cuando fui, para el día de la boda, con el corazón lleno de júbilo... había muerto... y esto no se borra así no más del alma...

Me callo y, separándome de él, me dirijo a mi carpa. Durante horas enteras no puedo conciliar el sueño, pensando en este hombre, este Capitán Steen. Ahora le comprendo mucho mejor que hasta hace unos instantes y comienzo a descubrir, qué fuerza viril y qué comprensión profunda puede brotar de una conversación seria, callada, de hombre a hombre, en el frente de batalla y a la vista de la muerte. No es manera de ser del combatiente, perderse en palabras y en charlas: sus conversaciones son rudas y profundas. Nada tienen que ver con las modalidades burguesas, pues sus palabras son como los mismos guerreros: lentas, profundas y sinceras. La guerra les quita a todos ese manto que en la vida civil, tantas veces solemos llevar. Las conversaciones de los soldados son por eso espontáneas, reales y tal cual como llegan a la boca, así se trate de una maldición o de una divagación sentimental y primitiva. De allí es que la charla de camarada a camarada sea más valiosa y más bella que todos los discursos y todos los halagos que se pronuncian con frases rebuscadas, en los ambientes de la vida burguesa.

La guerra despierta en el hombre sentimientos fundamentales. Estos son el espejo del alma y tienen sus raíces en la capacidad de juzgar los sucesos y a los semejantes, subordinándolos a la propia persona y no a la objetividad.

Por fin, el 21 de septiembre, recibimos las dichas bombas de 1000 kilogramos, y a continuación, un patrullero de la Luftwaffe nos trae la noticia de que el acorazado "Marat" se encuentra amarrado en el puerto de Kronstadt, sospechando que le están arreglando los daños que le hemos ocasionado el 16 del presente mes. Estoy tan exaltado que me comparo, irónicamente, a un toro que ve un paño rojo. Llegó por fin el día en que podré demostrar mi capacidad. Con la ayuda de los pilotos patrulleros, me informo acerca del tiempo, la

dirección del viento y otras cosas que pueden ser de importancia para mí. Después de esto, ya no veo nada más a mi alrededor, tengo una sola ambición: quiero llegar ahí, lo más pronto posible. Sé que una vez allí, daré en el blanco, porque *debo* acertar. Así despegamos y, con el pensamiento ya en plena acción en la zona del blanco codiciado, llevando en los vientres de los aviones las nuevas bombas de 1000 kilogramos que deberán acabar hoy con el acorazado.

Nos encontramos volando bajo un cielo límpido; ni una sola nube interrumpe el azul uniforme del firmamento. Las mismas condiciones climáticas observamos al volar por encima del agua. Ya al llegar a la franja de la costa nos atacan los primeros cazas soviéticos, pero no nos pueden hacer cambiar de rumbo; faltaba más... Seguimos volando a 3000 metros de altura y la Flak que nos recibe en Kronstadt, es mortífera. Estamos a una distancia de unos diez a quince kilómetros y nos parece más lejos que nunca, pues, con una defensa tan formidable es muy probable que el enemigo dé en el blanco. Ya no podemos esperar más; el segundero de mi reloj avanza a paso de tortuga, mientras que el Capitán Steen y yo seguimos volando, con toda testarudez, en dirección recta a nuestra presa. Proseguimos nuestra marcha, aferrándonos a la suposición de que el ruso ya no nos combate individualmente, sino que tiende más bien una cortina de proyectiles, barriendo de esta manera a una cierta altura.

Los otros describen las figuras más atrevidas en el aire; no sólo las escuadrillas entre sí, sino también las subunidades, creyendo que ésta es la forma más conveniente de esquivar las probabilidades de ofrecer blanco a la defensa antiaérea, cambiando paulatinamente de altura y de posición. Diviso a las dos máquinas de la Plana Mayor de la Escuadra, distinguibles por el color azul en el casco de la hélice, rasando a través de las formaciones. Una de ellas pierde su bomba. Todo el cielo sobre Kronstadt es un infierno y el peligro de una colisión es inminente. Faltan aún unos kilómetros y alcanzo ya a distinguir, ahí adelante, al "Marat". El ruido de los estallidos a nuestro alrededor es infernal; los bancos de nubes, formados por las explosiones de los proyectiles de la Flak, flotan en el espacio, mientras los cañones antiaéreos trazan sus huellas luminosas de los más diversos colores. Si

la situación no fuera tan seria, se podría decir que se trata de "un carnaval aéreo". Otra vez vuelvo a mirar hacia abajo, hacia donde está amarrado el "Marat". Detrás del acorazado puedo descubrir el crucero "Kirov"... ¿o es el "Maxim Gorkij"?

Estas naves todavía no participan en el tiroteo, pero recuerdo que la última vez observaron un comportamiento semejante. Recién cuando caigamos en picada sobre ellas, abrirán el fuego. Nunca me pareció tan larga y penosa la inevitable ruta a través de la defensa antiaérea, nunca me pareció tan mortífera. ¿Sacará el Capitán Steen también esta vez las aletas que frenan la caída? ¿O volverá a largarse en picada "sin nada", como lo hizo la última vez? Ocupado en estas ideas, observo, a la vez, como las va sacando; yo lo imito, echando una vez más un vistazo a su cabina. Leo en su rostro la expresión de la máxima concentración. Estamos en pleno vuelo en picada y nuestras máquinas casi se rozan. Nuestro ángulo de caída será de unos 70 a 80 grados, mientras que la mira óptica comienza a localizar al "Marat" que aumenta de tamaño segundo a segundo. Todas las bocas de los cañones nos tirotean desenfrenadamente; nosotros no lo vemos, pues todos nuestros nervios están concentrados sobre el blanco, sobre nuestra tarea. Si logramos poner fuera de combate a esta nave, se ahorrará mucha sangre de nuestros compañeros que combaten en tierra. Pero... ¿y eso?... ¿qué ocurre?... la máquina del Capitán Steen se aparta progresivamente de la mía. Su avión es mucho más rápido que el mío. ¿Habrá replegado las aletas del freno?... Yo hago lo mismo, acercándome de inmediato a una velocidad espeluznante a la cola de su máquina; la mía es tan elevada que ya no puedo frenar más. Muy cerca, veo la cara de Lehmann, el artillero del Capitán Steen, y observo como se dibuja el susto en sus facciones, pues para él ya es cosa hecha que a cada momento mi hélice le corte los dispositivos del comando, originando así una colisión. Con toda mis fuerzas, intento aumentar más el ángulo de caída. Estoy sentado como sobre puntas de alfileres; ¿tendré contacto con la máquina del Capitán que está a pocos centímetros de la mía... o lograré pasar por debajo?... Casi rozando, la paso de largo... Es como si la Divina Providencia me quisiera indicar que todo irá bien hoy. Tengo al "Marat" en el centro de mi mira

óptica; mi Ju 87 cae regularmente, sin desviarse ni un centímetro de la ruta fijada. Tengo el presentimiento de que es imposible errar el tiro. Ahora veo al "Marat" en su tamaño normal. Marineros corren de un punto al otro, llevando la munición para los cañones antiaéreos, en el mismo instante en el cual acciono sobre el botón para desprender la bomba, tirando a la vez con todas mis fuerzas de la palanca. ¿Bastará la altura para poder atajar la caída de la máquina? Lo dudo; estoy en pleno vuelo en picada, sin haber aminorado la velocidad vertiginosa que llevo, valiéndome de las aletas de freno. Al lanzar la bomba, estoy a unos 300 metros sobre el nivel del mar. Recuerdo que el Capitán Steen nos instruyó que estas bombas especiales hay que largarlas, a lo mínimo, desde una altura de 1000 metros, pues el efecto de las esquirlas en el momento de la explosión puede destrozar la propia máquina. Lo había olvidado por completo. Quiero destruir al "Marat". Tiro y sigo tirando del "bastón", con toda la fuerza de que dispongo, desatendiendo toda instrucción.

La aceleración es demasiado grande; apenas si puedo distinguir algo y a la vez noto cómo se me turba la vista, sufriendo un desmayo de unos pocos instantes, lo que nunca me ocurrió hasta la fecha. Pero sigo creyendo firmemente en mi destino; si tengo tiempo para contener la caída, entonces solamente lo lograré de esta manera. Todavía no he recuperado del todo mis facultades mentales, debido a la vertiginosa caída, cuando de pronto me parece oír la voz de Scharnovski:

— Mi teniente 1º, el barco explota.

Miro fuera de la cabina. Estamos volando a unos tres o cuatro metros por sobre la superficie del agua y para poder observar con más tranquilidad, describo ligeramente una curva. Ahí está el "Marat", envuelto en una nube negra que alcanza una altura de 400 metros y, de inmediato, tengo la impresión de que le he dado exactamente en la santabárbara.

— Le felicito, mi Teniente 1º...

Scharnovski es el primero de todos los compañeros que me expresan su satisfacción y su admiración. Pero ya a los pocos segundos me llegan las felicitaciones de todas las demás máquinas de la Escuadra. De diestra y siniestra, de todas partes, me saludan lanzando sus

mensajes al éter. Una voz me sobresalta. ¿No tiene ella el timbre de voz del comodoro? ¡Cómo me invade un sentimiento de emoción, igual que después de haber vencido en una prueba deportiva, y, a la vez, creo ver en miles de ojos de mis compañeros de la infantería y de las demás tropas combatientes en tierra, cómo me agradecen esta hazaña, pues saben que de este modo se ha ahorrado mucha sangre juvenil!

Volando a ras del agua, enfilamos en dirección a la costa.

— Mi Teniente 1º, dos cazas rusos... — me anuncia la voz de Scharnovski.

— ¿Dónde?

— Nos están persiguiendo, mi Teniente 1º, describiendo círculos en medio de los estallidos de la propia Flak. Pero..., ¡caramba!..., la Flak bolchevique abate a sus propios aviones...; ahí se precipitan los dos.

Nunca había observado esas expresiones de suspenso y una voz tan exaltada en mi compañero Scharnovski.

Seguimos volando a ras del agua, a la misma altura de los pilones de hormigón, sobre los cuales el ruso ha instalado sus baterías de cañones antiaéreos. Casi podemos barrer con el ala a las tripulaciones que atienden a las piezas, observando a la vez que siguen combatiendo a nuestros compañeros que están atacando a otros barcos, pues debido a la nube producida por la reciente explosión no se puede divisar nada.

La batahola por allá, en tierra, parece ser grandiosa; algunas tripulaciones de la Flak recién descubren mi máquina, cuando ya pasa por encima de ellas. Apenas nos descubren, cuando ya giran inmediatamente sus cañones para tirotearnos, mientras nos alejamos. Todos están concentrando su atención en la unidad que vuela allá, a gran altura, y así ocurre que una vez más me acompaña la suerte. Todo el cielo está lleno de proyectiles, el "aire está cargado de metralla"; sin embargo, tranquiliza saber que esta defensa no está dirigida contra uno mismo en particular. Me aproximo a la franja de la costa que todavía está en manos de los soviets; este terreno es más desagradable para mí. De nada me vale ganar altura, porque hasta que alcance una elevación mínima, transcurriría demasiado tiempo. Por esta razón

decido volar bajo, pasando entre Flak y ametralladoras. Los rusos se echan cuerpo a tierra cuando me divisan y vuelvo a oír la voz de Scharnovski:

—Una "rata" detrás...

Me doy vuelta y veo al caza ruso a unos 300 metros detrás mío.

—Scharnovski: ¡abra el fuego!...

A pocos metros de mi cabina, veo pasar las ráfagas luminosas de los proyectiles del enemigo.

—Scharnovski, le he ordenado que dispare...

Scharnovski no dice ni una sola palabra. El ruso yerra por pocos centímetros el blanco y yo describo las figuras más locas con mi máquina, para librarme de sus arremetidas.

—Scharnovski... dígame, ¿se ha vuelto loco por completo usted? Dispare inmediatamente o va a parar al calabozo...

Scharnovski no dispara, pero me explica, con la mayor tranquilidad del mundo:

—Mi Teniente 1º, no puedo disparar porque detrás de la "rata" se prendió una Me (Messerschmitt), y si abro el fuego, puedo herir de gravedad a nuestro compañero...

Con esto está terminado el problema para Scharnovski; yo, sin embargo, estoy bañado en sudor de nerviosidad. Las ráfagas luminosas de los proyectiles no se apartan ni por centímetros de mi máquina y sigo describiendo las piruetas más locas, para no ofrecer un blanco.

—Si le parece al señor Teniente 1º, puede darse vuelta para ver cómo la Me acaba de despachar a la "rata".

Describo una vuelta, miro hacia abajo y, efectivamente, es así como lo dijo Scharnovski: allá, abajo, veo la "rata", estrellada en el suelo. En el mismo instante pasa de largo nuestra Me, balanceándose suavemente, como señal de victoria.

—Gustosos le confirmaremos su victoria a este caza, Scharnovski...

Pero Scharnovski no replica nada; parece estar ofendido porque he dudado de sus palabras. Sin pronunciar una sola sílaba, permanece sentado en su asiento, hasta llegar a la base. Esto no es nada nuevo para mí; ¿cuántos raids habremos hecho en los que Scharnovski no pronunció ni una sola palabra?

Apenas mi máquina toca la pista con su tren de aterrizaje, cuando ya tenemos que formar ante la carpa de la Plana Mayor. El Capitán Steen nos comunica que acaba de hablar por teléfono el comodoro, pidiendo el nombre del aviador que logró hundir al barco con su bomba de 1000 kilogramos, para hacerle entrega de la Cruz de Caballero, felicitando, a la vez, a todas las unidades, por su arrojo y su valor... Y, echándome una mirada, prosigue:

— No me lo tomen a mal, pero respondí que me sentía tan inmensamente feliz, que un éxito logrado por mi Grupo debía ser agradecido y recompensado a la unidad en su totalidad.

Más tarde, en la carpa, me estrecha la mano.

— No se haga mala sangre; ya no necesitará más de un acorazado para comprobar sus cualidades en el futuro.

Mientras así hablaba, me mira en la cara, teniendo en los ojos una sonrisa alegre y jocosa, como la suelen mostrar los muchachos adolescentes cuando están por cometer una pillería.

El Comodoro nos llama por teléfono; otra vez nos llega una orden, teniendo en cuenta que hoy estamos de suerte. Debemos partir inmediatamente para combatir al crucero "Kirov", que está amarrado detrás del lugar que fué ocupado por el "Marat".

— Que tengan buena suertel

Estas son las últimas palabras. Las fotos obtenidas por un "ojo de artillería", esos aviones incansables de patrullaje y observación, han demostrado que el "Marat" ha sido partido en dos. Esto se pudo comprobar una vez que se disipó la tremenda nube formada por la explosión.

Otra vez llama el teléfono y se oye la voz del Comodoro:

— Dígame, Steen, ¿usted alcanzó a ver la bomba que arrojé yo? Yo no la vi, ni Pekrum tampoco.

— Mi Teniente Coronel, este... su bomba cayó unos pocos metros antes del blanco, en el agua...

Nosotros, que somos todos unos muchachitos todavía, apenas podemos aguantar la risa. De parte del Comodoro, se oye un leve "tick" en el auricular; nada más. No se lo tomamos a mal a nuestro Comodoro, que por su edad fácilmente podría ser nuestro padre. Es de imaginar

que a esa edad ya es posible que uno apriete el botón disparador que acciona sobre la palanca del retén de la bomba, unos segundos antes de lo preciso. Más bien deberíamos reconocer ampliamente que no es cosa de todos los días, para un hombre de 50 años, pilotear un avión y compartir con nosotros todas las penurias y las privaciones. Es una gran diferencia entre veintitrés o veinticinco abríles a cincuenta; y esto nada menos que en los Stukas...

Nuevamente estamos listos para nuestra incursión número tal y tal y que está dirigida contra el crucero soviético "Kirov". Al Capitán Steen le ocurrió una pequeña desgracia al volver del primer raid: al rodar con su máquina por la pista, tuvo la mala suerte de clavar una de las ruedas del tren de aterrizaje en un pozo, parando la máquina de cabeza y deteriorando así la hélice. La escuadrilla Nº 7 facilita una y las máquinas se aprestan a despegar de la base, partiendo por escuadrillas. Otra vez tiene mala suerte el Capitán, pues choca con este avión contra un obstáculo, dejándolo fuera de combate. Ya va el número dos... Es imposible conseguir una máquina de repuesto, de la Escuadra; no hay más. Yo soy el único de la Plana Mayor que osa volar. Veo como el Capitán abandona su avión, acercándose lentamente al mío. Con un salto ágil trepa al ala y me explica:

— Ya sé, ya sé. Usted me tendrá una rabia negra, porque vengo a sacarle la máquina. Pero, ¿qué quiere que haga? No me puedo quedar si soy el Comandante del Grupo. Déjemelo a Scharnovski atrás, para hacer más fácil el cambio...

Malhumorado y sin ganas para nada me dirijo a los hangares, donde suelen estar estacionadas nuestras máquinas. Aquí me ocupo un poco de mis deberes como Oficial Técnico del Grupo. Al cabo de una hora y media vuelve el Grupo. Lo primero que noto es la falta de la máquina con el casco verde: la mía. El Comandante habrá efectuado un aterrizaje forzoso en campo abierto, entre las propias líneas, arguyo. Apenas salen mis compañeros de las máquinas, cuando ya me informo dónde dejaron al Capitán. Nadie quiere darme una contestación precisa, hasta que uno me lo cuenta de punta a cabo.

— El Capitán Steen estaba en plena picada sobre el "Kirov". Entre los 1500 y los 2000 metros fué presa de un impacto de la Flak, deterio-

rándole de tal manera los dispositivos del comando que no le era posible atajar la caída de la máquina. Yo pude observar cómo probaba de enfilar el avión sobre el crucero, accionando sobre los timones, no lográndolo del todo, pues a pocos centímetros de la borda del barco se precipitó al agua. La explosión de su bomba de 1000 kilogramos, que llevaba en el vientre del avión, dañó seriamente al crucero.

El luto que cubre con su manto a todo el Grupo, es profundo.

¡Pobre Capitán Steen y pobre Sargento 1º Scharnovskil... Esta catástrofe da al día de hoy una terminación trágica y funesta. Scharnovski, este gran muchacho..., ausente; Capitán Steen..., ausente...; fué a unirse con su novia... Ambos hombres eran, cada uno en su carácter, tipos ideales y ninguno de los dos podrá ser sustituido completamente. Sin embargo, han tenido la suerte de entregar sus vidas por Alemania, en una hora en la que ellos podían estar convencidos de que el premio de todos los sufrimientos y de todo este inmenso dolor sería la libertad de Alemania y de Europa.

Es uso que, como suplente, se haga cargo del sitio vacante el Jefe de Escuadrilla de más antigüedad, y como artillero elijo al Cabo Henschel.

Este muchacho fué transferido a nuestro Grupo proveniente de la Escuadra Suplementaria Graz, en la cual hemos pasado juntos muchas horas de instrucción. Cada tanto llevo a otro compañero atrás, en la máquina. Todos van pasando, comenzando por el oficial de Intendencia, siguiendo por el oficial de Comunicaciones, hasta el oficial Médico; todos quieren disfrutar una vez de mi "seguro de vida", como se han dado en llamarlo.

Después de cierto tiempo, Henschel y yo nos acostumbramos al trato cotidiano. Lo tengo por uno de los tripulantes experimentados. Cada vez que ha de renunciar a acompañarme, pone una cara como de niña ofendida.

Hasta el 1º de octubre seguimos rastreando todos los parajes en las inmediaciones del Golfo de Finlandia y así logramos hundir a otro crucero de los rusos. Con el otro acorazado, "Revolución de Octubre", no tenemos tanta suerte. Logramos infligirle ciertos daños, pero como empleamos bombas de un calibre reducido, no obtenemos el éxito

deseado. Cuando, volando en otro ataque, logramos hacer blanco en el centro del barco con una bomba de 1000 kilogramos, ésta, como casi todas de tal especie, no estalla. No logramos dar con el origen de este sabotaje, a pesar de haber encaminado prolijamente todas las investigaciones. Así los soviets logran salvar a uno de sus acorazados.

Las batallas en el sector de Leningrado se apaciguan con el pasar de los meses. Al poco tiempo, nos llega una nueva orden de traslado a otro foco de este inmenso frente de la defensa europea. Hemos logrado un alivio notable para infantería; pudimos aniquilar la zona ocupada a lo largo de la costa que tan reciamente fué defendida por los rusos, consiguiendo ceñir a la ciudad de Leningrado, en un círculo estrecho.

Sin embargo, esa ciudad no oae en nuestro poder, pues los defensores logran retener el lago de Ladoga, asegurándose de este modo una puerta por la cual llegan los pertrechos y los víveres para la fortaleza sitiada.

V

ANTE LAS PUERTAS DE MOSCU!

Volamos unas pocas incursiones en los sectores del Volchov, donde se batían extraordinariamente los voluntarios españoles, y en las inmediaciones de Leningrado. Notamos cada vez con más claridad que se está preparando "algo" en otros sectores, pues por aquí arriba, la situación se apacigua día a día. Así volvemos al sector del medio del frente del Este y sentimos de inmediato el ímpetu que reina en las más distintas unidades del ejército, para proseguir con el avance. Corren rumores de que pensamos avanzar en dirección a Kalinin - Jaroslav. Pasando las bases de Moschna - Kuleschewk y Reshew, nos instalamos en Staritza. El lugar vacante originado por la pérdida del inolvidable Capitán Steen, es ocupado por el Capitán Pressler quien fué transferido de una Escuadra vecina.

Poco a poco se hace sentir más el frío y comenzamos a comprender lo que significa el invierno ruso. Como Oficial Técnico me causa más de un dolor de cabeza, pues en nuestras máquinas aparecen defectos que se deben sólo a las bajas temperaturas reinantes. Todo necesita *cierto tiempo* hasta que pueda ser subsanado, valiéndonos de la experiencia reunida. Principalmente a los suboficiales mecánicos, los tienen preocupados los fríos. Cada uno de ellos pone el más vivo interés en poder presentar la mayor cantidad posible de máquinas en perfecto estado. El suboficial mío parece que no tiene bastante con todo esto, puesto que aumenta de su parte las preocupaciones; está descargando bombas de un camión, cuando tiene la mala suerte de que una de ellas le caiga al suelo, seccionándole con la cola, el dedo pulgar de un pie.

Estoy justamente a su lado cuando esto ocurre. Por un rato no dice nada, hasta que al fin, contemplando con melancolía lo ocurrido, se lamenta con lacónica ironía:

—Ahora no podré saltar más de los 6,50 metros...

El frío no es aún tan estable como para ofrecernos un cielo claro.

Repetidas veces invade la zona una ráfaga de aires cálidos, cubriéndose todo el cielo de una densa capa de nubes. Se comprende que esto no es conveniente para poder realizar nuestros planes.

Mientras tanto, ha caído Kalinin en nuestro poder, pero la defensa es muy recia y los enemigos expulsados, apenas se retiran lo suficiente de la ciudad.

Nuestras divisiones se encuentran en situación difícil, sumándose a esto el clima, que ayuda grandemente al ruso. También hay que considerar que las luchas continuas han disminuído notablemente nuestros contingentes de hombres. Además, el reabastecimiento no funciona tan bien como antes, debido a que la carretera de Staritz a Kalinin se convierte, en más de una ocasión, en línea principal de combate (HKL), debiendo ser defendida en estas luchas encarnizadas, con toda decisión. Al poco tiempo, yo mismo noto cuán difícil y cuán complicada se ha hecho la situación.

La cantidad de máquinas disponibles para el Grupo, es en estos momentos muy pequeña, a causas del clima y de las pérdidas en combate. En una de estas ocasiones dirijo yo —nuestro Comandante no estaba presente— una incursión a Torshok, importante nudo ferroviario. El ataque se dirige principalmente contra la estación y contra los movimientos de reabastecimiento. Reina un tiempo pésimo y las nubes están a unos 600 metros sobre la tierra; esto es muy poco para un blanco que cuenta con una defensa antiaérea eficaz. En caso de que empeore el tiempo, impidiéndonos volver, tenemos la orden de aterrizar en una pista al sur de Kalinin. Largo tiempo quedamos esperando en el punto convenido, donde nos íbamos a encontrar con nuestros cazas protectores. Posiblemente han decidido no venir por el mal tiempo. Lo lamentable es que hemos perdido mucha gasolina, volando vuelta tras vuelta en el lugar convenido. A poca altura comenzamos a describir nuestras vueltas sobre la ciudad de Torshok, buscando el punto débil



Con Henschel, mi artillero de a bordo.



El Coronel Von Below me recibe en el Berghof, donde el comandante supremo, instantes después, me confiere los brillantes de la Cruz de Caballero.

en la defensa. Al principio parece como si ésta fuera igual en todos los lugares, pero al fin, encontramos una brecha por la cual nos escabullimos. Inmediatamente nos dedicamos a atacar la estación. Siento alivio al comprobar que todas las máquinas emprenden el vuelo de regreso, pese al tiempo que sigue empeorando de un momento a otro; para colmo, comienza a nevar. Nuestra provisión de gasolina se nos va acabando y calculo que alcanzará justamente para llegar hasta Staritz, si no tenemos que hacer inútiles vueltas, esquivando las zonas tormentosas. Al fin, obedeciendo a una decisión repentina, me dirijo a Kalinin, comprobando a la vez que en esa región el cielo parece más despejado. Al aterrizar en Kalinin, nos llama la atención que todos llevan el casco de acero puesto. Otras máquinas de una Escuadra de aviones de combate, también están estacionadas en esta pista. Al parar el motor de mi avión, veo y oigo simultáneamente, los impactos de los proyectiles de tanques rusos. Algunas máquinas están ya perforadas. De inmediato, me dirijo a la Plana Mayor de este aeródromo para averiguar algo sobre la situación reinante y el resultado es que nos hacen preparar las máquinas en un abrir y cerrar de ojos. Los soviéticos atacan la pista de esta base con tanques e infantería, y en el transcurso de las luchas lograron acercarse hasta un kilómetro de este aeródromo. Sólo contamos con una débil línea de infantería propia, repartida en las afueras de la pista; a cada momento pueden aparecer aquí los colosos de acero.

Nosotros, con nuestros Stukas, llegamos como un regalo del cielo para este punto expuesto de la defensa. En colaboración con los aviones de combate, los Henschel 123, realizamos nuestras incursiones sobre los tanques hasta el anochecer. Sólo pocos minutos aterrizamos, para arreglar y cargar lo necesario. El personal que queda en tierra, puede seguir todas las fases de la lucha a simple vista. Arrojam las bombas con notable puntería, pues todos saben que si no logramos parar a los tanques, nos irá mal, muy mal. Pernoctamos en un cuartel situado al sur de la ciudad. Cada chirriar de orugas nos sobresalta: ¿será un tractor, realizando un cambio de posición de un cañón de nuestra Flak o será un tanque de los Ivans? Aquí, en Kalinin, todo es posible. Unos compañeros de la infantería nos cuentan que en pleno

Los cazas de la División Azul de los españoles, que luchan con un arrojo y una valentía sin igual, se ven obligados a abandonar la base de Klin.

Pronto también nos tocará a nosotros...

Estamos en vísperas de navidad y el ruso sigue presionando sobre Wolokolamsk, al noroeste de nuestro aeródromo. Con la Plana Mayor del Grupo, estamos habitando en una escuela del pueblo, durmiendo sobre el suelo de la espaciosa aula. A la mañana siguiente me cuentan mis compañeros lo que estuve charlando durante el sueño, cuando la nerviosidad y los fantasmas me acosaban. En estas ocasiones noto que las quinientas incursiones en las que he participado hasta la fecha, han dejado sus huellas.

Otra parte del Grupo se instaló en unas casas de adobe, como son usuales en toda Rusia. Al entrar en estas "habitaciones", uno tiene la impresión de encontrarse de pronto en una parte del mundo que vive por lo menos con trescientos años de atraso. Todos los hombres fuman. El tabaco que consumen, la "majorca", hunde todo en una neblina. Pero uno se va acostumbrando y al rato puede descubrir el mejor mueble: una inmensa estufa de piedra pintada de un blanco de origen dudoso. Encima de este armatoste viven, comen, ríen, lloran, se multiplican y mueren tres generaciones al unísono.

Si se trata de gente rica, entonces tienen delante de este mueble como un pequeño corralón limitado por tablas, en el que se pelean un chanchito con otros animales de las más distintas proveniencias. Cuando cae la noche se despegan del techo los ejemplares más destacados y gorditos de chinches domésticas, para compartir el lecho con uno, desarrollando una puntería tan asombrosa que seguramente pertenecen a los Stukas, entre los insectos. El aire causa náuseas; sin embargo, los "pans" y las "panincas" (los hombres y las mujeres) no dan la impresión de que estuvieran descontentos. Nunca han conocido otra cosa; así vivían sus antepasados, así viven ellos y así seguirán viviendo hasta el día del juicio final. Sólo los cuentos y las narraciones parece que han sido desplazados definitivamente. Quizás vivirán demasiado cerca de Moscú como para poder hablar y pensar lo que ellos prefieren...

El río Moscva, que lleva sus aguas hasta Moscú, divide a este pueblo en dos. Sobre el hielo de este río, practicamos hockey, cuando el tiempo no nos permite hacer nuestras incursiones. De esta manera conservamos nuestra destreza y nuestra habilidad física, si bien ocurre que uno u otro tiene que aguantarse unos buenos porrazos. Nuestro Ayudante puede describir detalladamente lo que se siente cuando a uno le doblan la nariz en dirección al Este. El deporte nos distrae de las preocupaciones cotidianas; no nos deja pensar por unas horas en lo que sucede en nuestro alrededor. Después de haberme desquitado practicando deportes de toda clase, tomo un baño en la "Sauna"; ya he descubierto hace tiempo que también este pueblito tiene este baño al estilo finlandés. Lamentablemente reina en el interior de este cuarto una oscuridad tan densa que un día piso mal sobre el suelo resbaladizo y, al caer por los escalones, voy a parar justamente contra el filo de una pala que estaba parada por ahí. Como recuerdo, me llevo una cicatriz impresionante.

Al norte y al sur de nuestro aeródromo lograron pasar los rusos, y sería conveniente que nos ocupáramos seriamente en cambiar de posición. Pero no podemos, pues desde hace unos días las nubes bajas hacen imposible intentar un vuelo de traslado. Nuestra pista está cubierta de una alta capa de nieve y, si la suerte nos abandona, recibiremos, conjuntamente con el Papá Noel, al ruso en las puertas de nuestras casas. Los rusos que pudieron adelantarse, seguramente no saben nada de nuestra presencia en ese lugar; de lo contrario, ya hubiesen venido a "retirarnos".

Así es que pasamos las fiestas de Navidad en Gorstowo, viviendo como antes en nuestra escuela. Por la noche, más de uno tiene tristes recuerdos y se sobresalta cuando oye el chirriar de las orugas de un vehículo nuestro que pasa afuera por las calles. Comenzamos a cantar nuestras inmortales canciones de Navidad y esto contribuye a ahuyentar los espectros de la melancolía, mientras que los reincidentes quedan curados con unos buenos tragos de wodka. Por la tarde viene el Comodoro de la Escuadra para hacernos su visita, aprovechando la oportunidad para entregar varias condecoraciones entre los presentes. A mí me confiere la Cruz Alemana en Oro; soy el primero de la Escuadra

que posee esta insignia. Para el 26 de diciembre invitamos en vano a nuestros compañeros de deporte de Moscú, para medirnos en un torneo de Navidad. Como consuelo recurrimos otra vez al "ice - hockey", deslizándonos sobre el hielo del Moseva. También en los días siguientes sigue el mal tiempo.

Apenas mejora un poco, cuando ya salimos con nuestras máquinas, realizando el traslado a lo largo de la carretera, volando en dirección a Viasma. Por el camino vuelve a empeorar el tiempo y seguimos volando envueltos en bruma y nieve, casi tocando las copas de los árboles de un tupido bosque. Apenas si nos alejamos uno del otro y, sin embargo, tenemos que prestar gran atención para no perdernos de vista. Todo es gris, nebuloso; cada máquina depende, en estos vuelos, de las maniobras del Jefe de la Escuadra y esto exige mucho más de nosotros que la más severa y peligrosa incursión. El día de hoy nos resulta catastrófico. Perdemos varias máquinas cuyos pilotos no pudieron responder a las exigencias del momento y del clima. Al tocar Viasma, volamos a la derecha, al Norte, prosiguiendo nuestra marcha en dirección a Sytchewka - Rhew. A unos 20 kilómetros de este pueblo, aterrizamos en Dugino. Hay tanta nieve que nuestros aviones parecen naves cuando, dividiendo el blanco manto invernal, van dejando una marcada huella. Nosotros ocupamos las "casas" de kolchos. Son las mismas habitaciones que ya fueron descritas. El frío crudo no ha disminuido y recién ahora comienzan a llegar por vía aérea los primeros pertrechos de abastecimiento. Descargamos ropas de abrigo, trineos, pieles, botas y otros elementos, y todos los días llegan varias máquinas a nuestra base, aumentando los depósitos. Pero ya es tarde para podernos apoderar de Moscú; es demasiado tarde para devolvernos a todos los camaradas que fueron segados por el frío; es demasiado tarde para hacer volver a los miles y miles de soldados que están fuera de combate por haber perdido dedos de los pies y de las manos, por culpa del frío; es demasiado tarde para devolverle el espíritu y la decisión a los ejércitos que sólo han conocido el ataque y la victoria en todos los campos y que ahora fueron obligados por el puño brutal de un invierno jamás experimentado, a permanecer en las trincheras.

Realizamos nuestras incursiones en los parajes que ya conocemos del último verano: en la región de las vertientes del Volga, al oeste de Ithew, en las mismas inmediaciones de este pueblo, y a lo largo de la vía férrea a Olinin y más al sur de ésta. La nieve profunda es un trastorno grave para nuestros soldados, mientras que los soviets se encuentran en su elemento. Cuanto más primitivo es el medio de avance empleado, tanto más grandes son sus ventajas para salir airoso. Los motores no arrancan, todo se congela, ningún dispositivo hidráulico funciona. Flarse de un instrumento técnico, equivale al suicidio. Tampoco nuestras máquinas quieren arrancar por las mañanas..., y eso que las hemos envuelto en mantas de paja, con toda prolijidad. Los mecánicos se pasan las noches enteras al lado de sus aviones, poniéndolos en marcha cada media hora, asegurándose de esta manera que podrán ser usados al día siguiente, para los distintos raids. Estas noches siberianas son las culpables de todos los entumecimientos de frío. Yo, como Oficial Técnico, me paso las horas enteras con las máquinas, siempre que lo permitan los intervalos entre una incursión y la otra, aprovechando hasta la posibilidad más insignificante, para asegurar el perfecto desenvolvimiento de nuestra organización. Pocas veces sucede que sentimos frío en las máquinas; si reina mal tiempo y estamos obligados, por una u otra razón, a volar a poca altura, o cuando nos tiene en suspenso la defensa del enemigo, sólo sentimos el calor interno, debido a la tensión nerviosa. Esto no descarta la posibilidad de que a veces entre uno en su habitación después de haber cumplido con su deber, notando con sorpresa que se presentan en los dedos de los pies o de las manos o en la cara, los primeros síntomas de una congelación.

En los primeros días de enero, aterriza el General von Richthfen en nuestra base, para entregarme en nombre del Führer y Supremo Comandante de las Fuerzas Armadas del Reich, la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Como justificativo, se hace mención de mis éxitos al hundir barcos del enemigo, destruyendo a la vez varios puentes, todo esto logrado el año pasado.

El frío aumenta todavía y ya es prácticamente imposible hacer arrancar una sola máquina. Tuve ocasión de ver en estas circunstan-

cias, a mecánicos desesperados que probaban calentar el motor de los aviones, prendiendo fuego debajo de ellos. Uno de ellos me hace saber:

— O arranca el motor, o se queman. Si no se ponen en marcha, entonces... ¿para qué los queremos? — De nada nos servirán...

Sin embargo, esta solución me parece demasiado atrevida y a mí se me ocurre otra idea. Con un tanque de gasolina vacío, fabricamos una estufa; en la parte superior nace una especie de chimenea, provista en su interior de varios coladores para impedir el vuelo de las chispas. Este aparato lo colocamos debajo de los aviones y le prendemos fuego.

La supuesta "chimenea" apunta en dirección a la bomba de pique y hacia allí es adonde dirigimos el calor. Así calentamos nuestras máquinas, hasta que vemos el éxito, y todas las hélices comienzan a girar. Es un método muy primitivo, pero es lo más indicado, aquí en Rusia. Poco a poco van llegando unos complicados coches de calefacción y también recibimos varios elementos técnicos. Se trata de construcciones excelentes, pero... tienen el lamentable defecto que también ellos funcionan con motores a explosión y éstos lubricados con aceite... y estamos en las mismas. Para que entren en acción, deben arrancar los motores con los que están equipados, y eso es precisamente lo que no hacen, debido al frío. Así la cantidad de máquinas disponibles en nuestro Grupo, sigue siendo reducida y se entregan solamente a los mejores y más experimentados pilotos del Grupo. Conseguimos, en parte, reemplazar la cantidad por la calidad.

Durante los días subsiguientes vamos realizando nuestras incursiones en el mismo sector de Sytschewa - Rhew, donde lo rusos intentan quebrantar nuestras líneas. Nuestra base sufre las mismas horas de máximo suspenso que aquella vez en Kalinin. El ejército no está en condiciones de ofrecer la suficiente protección requerida, para evitar la pérdida de esta base y así sucede que una buena noche nos vemos en Dugino cara a cara con los Ivans, provenientes de Sytschewa. El Jefe de la Plana Mayor, Teniente 1º Kresken, forma con nuestro personal terrestre y de otras unidades del vecino, un grupo de defensa y logra así quedar en posesión de esta plaza. Los buenos muchachos, mecánicos, se pasan las noches en las trincheras, armados con fusiles y bombas de mano, para luego cumplir, cuando viene el día, con sus

obligaciones técnicas. De día no nos puede ocurrir nada, porque tenemos suficiente gasolina y bombas a disposición.

Durante dos días nos acosan los batallones de caballería y de esquíadores. La situación se vuelve crítica y estamos obligados a largar nuestras bombas sobre blancos que ya alcanzan el límite de nuestra base. Las bajas de los soviets son graves. A continuación sale Kresken, ese viejo competidor de Decathlón, con los suyos, para iniciar una contraofensiva en pequeña escala. Por encima de él y sus hombres, estamos suspendidos nosotros con nuestras máquinas, arrollando toda la resistencia que se le ofrezca. Así logramos limpiar todo el terreno de enemigos. Doy por seguro, que nuestros pilotos de la Luftwaffe, no se habrán imaginado ni remotamente que algún día tendrían que luchar como infantes. El boquete producido por el ataque de Kresken es ensanchado por una unidad blindada que consigue recuperar a Sytschewka, instalando aquí su comando. Debido a esta decidida resistencia, que es igual en todos los sectores de este inmenso frente, queda estabilizada, poco a poco, una nueva línea principal de combate sobre Gschtask-Rhew. Ha terminado el período de las retiradas.

Los zorros parecen aguantar mejor el frío que nosotros; cada vez que pasamos volando por encima de los campos nevados, los observamos cómo se pasean. Se acurrucan asustados cuando volamos sobre ellos, a dos o tres metros de altura, para observarnos con ojos curiosos, apenas nos alejamos. Jaeckel tiene todavía unos cartuchos en su ametralladora y abre el fuego sobre uno de ellos, dando en el blanco. Con el "Fieseler Storch", un autogiro especial, equipado con esquís para facilitar el aterrizaje en la nieve, sale a buscarlo. Lamentablemente tiene que comprobar que toda la piel del maestro zorro está convertida en un colador. ¡Qué lástima...!

Una sorpresa desagradable me causa la noticia de que, por ahora, se me retirará del servicio activo en los campos de batalla, debido al elevado número de incursiones que llevo. Me quieren mandar de licencia, para enviarme, más adelante, a la Escuadra Suplementaria en Graz, para que las nuevas tripulaciones puedan aprovechar, en las horas de instrucción, mis experiencias recogidas en los diversos frentes. Les ase-

guro que no necesito reposo, que me siento excelentemente bien de salud y que no deseo abandonar las luchas; al contrario...

No hay nada que hacer. Ni siquiera los "torpedos" que disparo esquivando el camino jerárquico, me valen de algo. Tengo que resignarme y la despedida es un asunto serio y grave. Somos un grupo de compañeros unidos por la Divina Providencia y por la comunidad de nuestro deber. El Capitán Pressler me asegura que solicitará mi pase, en el momento en que las circunstancias lo permitan: "hay que esperar hasta que haya crecido un poco el pastito"... Con toda mi alma me aferro a esta última esperanza que me queda.

Una buena mañana salgo en dirección al Oeste, viajando en una máquina de transportes y tocando Witebsk, Minsk, Varsovia, hasta llegar a Alemania. Aquí paso mis vacaciones, esquiando en las montañas del Tirol y trato de sofocar mi rabia, practicando todos los pasos del deporte.

Esta tranquilidad en las montañas de mi patria, estos parajes cubiertos con el diáfano manto de la nieve, disipan, con el pasar de los días, la tensión nerviosa que se había adueñado de mí y que es la huella dejada por las innumerables incursiones realizadas.

VI

INSTRUCCION Y PRACTICA

Antes de dedicarme en Graz a la instrucción de las nuevas tripulaciones, aprovecho una licencia en casa, para casarme. Mi padre es todavía pastor y se hace cargo de la ceremonia. Elijo, para este acontecimiento, un pueblo de los alrededores, con el que me unen tantos recuerdos gratos de los tiempos de mi infancia en que solía intranquilizar a sus habitantes con mis chiquilladas.

Después de este gran intervalo, me traslado a Graz; esta vez llego a la escuela de aviación como maestro e instructor y no como alumno. En seguida iniciamos las prácticas de vuelos en formación, vuelos en picada, lanzamiento de bombas y tiro al blanco. Más de una vez, paso hasta ocho horas en una máquina, pues por ahora no cuento con el suficiente personal auxiliar. Cuando nos toca mal tiempo o cuando el reglamento prescribe instrucción técnica, practicamos deportes. Llegan las tripulaciones de las escuelas de Stukas para que yo los perfeccione y salen luego de aquí como aviadores avezados en todas las materias y situaciones. Quizás volveré a ver, más tarde, cierto número de estos alumnos míos en el frente, prestando servicios en mis unidades. Vale por ello la pena instruirlos lo más posible.

En mis horas libres sigo entrenándome en el Decatlón, juego al tenis, nado o hago mis excursiones a los maravillosos paisajes alpinos de los alrededores de Graz. Al cabo de dos meses recibo un ayudante; se trata del Teniente Jaeckel, el cual también ha merecido la Cruz de Caballero y ha recibido también la orden de interrumpir sus servicios en el frente. Nos consolamos realizando simulacros de incursiones,

tomando como "blanco" cualquier cosa que nos permita creer, con fantasía, que estamos en pleno frente. Como también contamos con dos cazas Messerschmitt Me 109, estamos en condiciones de representar ataques de caza enemigos, ensayándonos en la defensa.

La instrucción es dura y penosa pero, sin embargo, creo que las tripulaciones aprenderán mucho, si son capaces de aguantar, cumpliendo hasta el final con todas las exigencias. Casi todas las mañanas, me hago acompañar por toda la Escuadra en una carrera "cross-country". Son aproximadamente, diez kilómetros y observo que a todos les resulta provechoso. El deporte les prepara la resistencia física, tan necesaria en las lides del frente.

Por la tarde vamos a Andritz a practicar la natación. Mucha importancia les doy a las nombradas "pruebas de valor". Así todos aprenden a saltar de los trampolines superiores y cada uno está empeñado en ganarse el certificado de nadador.

Jaekel es aún un muchacho. No se le puede tomar a mal, si comete de vez en cuando una de las suyas, poniéndolo a uno en situaciones poco envidiables. Ríe eternamente, es alegre y vuela despreocupadamente por la vida, como un moscardón. Cierta tarde, un sábado, si bien recuerdo, me decido hacer una excursión a las sierras cercanas, tomando el colectivo que pasa frente a la entrada del cuartel y llega al centro de la ciudad. Por la banquina nos acompaña la silueta estrafalaria del ómnibus y en la sombra veo que no somos los únicos pasajeros, pues también sobre el techo se han acomodado varios que no quieren renunciar a sus horas libres — son aviadores... Se divierten grandemente, haciendo "pito catalán" y otras muecas, principalmente cuando pasa una muchacha. Por los birretes que llevan, reconozco que se trata de aviadores de nuestro cuartel. No pueden ser de mi unidad, pues recuerdo que he prohibido en más de una oportunidad, estrictamente, viajar sobre los capotes de los vehículos. Con cierta ironía en la voz, me dirijo a un Teniente 1º mecánico, sentado a mi lado:

— Esos allá arriba, sin duda, serán hombres suyos?...

Más, no salgo de mi asombro cuando el citado oficial me contesta, sin ocultar una sonrisa maliciosa:

— Usted se va a reír, pero... ¡son de los suyos!

Al bajar en Graz, les ordeno que se presenten para el lunes en la Mayoría, a las 11 de la mañana. Vienen puntualmente para llevarse el "café" y los reto:

— Ustedes saben perfectamente, que eso está estrictamente prohibido, ¿cómo se les pudo ocurrir tal cosa? Esto es imposible soldados...

Como veo en los rostros ruborizados, que desean dar una explicación, les doy una ocasión para formularla.

— Es que, mi capitán... nosotros creíamos que si el Teniente 1º Jaeckel viaja sobre el techo, también nosotros lo podríamos hacer...

Los hago salir de mi oficina, para poder reirme a solas, tratando de imaginarme a Jaeckel, encima del colectivo. Cuando le replico lo que acaba de hacer, pone su cara de inocente, y ya no me es posible contener la seriedad ni un solo minuto más.

En los últimos días de mi estadía en Graz, casi sufro un accidente fuera de las horas de servicio. Un Aero-Club, que practica vuelos sin motor y al cual le falta un piloto experimentado, me ruega tenga la amabilidad de remolcarles los planeadores con un viejo biplano checo. Consiento y obtengo, además, el permiso de poder llevar a mi esposa en este avión particular. Al cabo de dos horas y media de vuelo, se me ocurre preguntar cómo vamos con la gasolina, puesto que en el tablero no veo ningún instrumento que me lo indique. La contestación que me dan, me hace saber que este pájaro lleva gasolina como para aguantar cuatro horas en el aire. Sin embargo, no me dejo convencer, sino que por lo contrario, me decido volver inmediatamente, a la pista de aterrizaje. Estoy volando a poca altura sobre un campo de patatas, cuando de pronto, se para el motor. Casi al mismo instante, le grito a mi esposa: "¡Colócate las correas"... pues recuerdo que ella iba así nomás, y pocos segundos más tarde, estamos en medio del campo saltando con la máquina de un zurco al otro. Por último, vamos a parar en medio de un trigal, salvándonos milagrosamente el pellejo. Consigo en un pueblo cercano un poco de gasolina, y después de llevar el avión hasta una carretera, remontamos vuelo para alcanzar al aeródromo que está a tres kilómetros de aquí.

Muchos compañeros, jamás vencidos por el enemigo en centenares de batallas y combates, fueron víctimas de un accidente tonto, cuando

gozaban en sus vacaciones de la vida civil. Mi aterrizaje entre las papas me hace ver nuevamente el sentido de la regla tan difundida entre nosotros: en casa, en el deporte, en fin, fuera de las horas de servicio, hay que prestar la misma atención que si se tratara de la más severa y ruda incursión en el frente. No debemos arriesgar nunca nuestras vidas sin tener una causa justificada, pero nada nos debe retener de cumplir con nuestro deber, menospreciando la propia seguridad.

Al llegar con nuestro anticuado biplano a nuestra base, me entero de que una escuadrilla suplementaria de otra escuadra acaba de recibir la orden de traslado al frente de batalla. Salen para Rusia y juzgo que también para nosotros se está acercando la hora.

Hace rato que me molesta la idea de estar ya más de dos meses en la retaguardia y ahora, de pronto, me asalta esa intranquilidad que suelo sentir, cuando un no sé qué me impulsa hacia adelante, tanto más fuerte cuanto más me invade el presentimiento de que mi ausencia puede convertirse, sorpresivamente, en mi desgracia. Me conozco muy bien y sé perfectamente que soy tan sólo un hombre como todos los demás. Ciertas inclinaciones de mi alma desistirían agradecidas el continuo contacto con la muerte. Quiero vivir, y cada vez lo noto más en las pulsaciones de mi sangre, cuando logro burlar de nuevo a la muerte. Pero también siento lo mismo cuando me deslizo con esquíes a gran velocidad por las pendientes de los cerros alpinos. Quiero vivir, amo la vida, y cada bocanada de aire que aspiran mis pulmones me lo recuerda y vibra hasta en la última fibra de mi cuerpo. No temo a la muerte. En más de una ocasión me miró con sus ojos fríos y nunca bajé la vista, empero después de cada encuentro de esta naturaleza el júbilo invadió mi corazón y lanzando gritos de alegría, intenté más de una vez vencer el rugir de los motores.

En todo esto pienso, mientras ceno en el casino de oficiales, rememorando el incidente con el biplano. Tomo una firme decisión: insistiré a todos en todas partes, hasta que haya logrado mi traslado al frente, al lado de mis compañeros.

Pocos días más tarde, si bien no logro realizar completamente mis propósitos, puedo darme un instante por satisfecho: nos toca traslado a la Crimea y nuestra base será Sarabus, cerca del frente en Sinferopol.

Solucionamos el problema de nuestro transporte, remolcando con nuestras Ju 87 a los planeadores cargados con todo lo necesario. Volamos en dirección a nuestra meta, tocando Cracovia, Lemberg, Proskurov, Nikolajew y otras ciudades más. Al llegar a nuestro punto de destino, compruebo que la pista de aterrizaje es amplia y que, por lo tanto, se presta óptimamente para proseguir con la instrucción. Los alojamientos son bastantes primitivos, pero nos acomodamos, demostrando buena voluntad. Así todo se soluciona.

Reanudamos inmediatamente la instrucción como en Graz. A veces ensayamos aterrizajes en campo abierto, lo que encanta a todo el personal, pues por la mañana "caemos" cerca de la costa del Mar Negro, y por la tarde sobre las orillas del Mar de Azov. Nunca remontamos, sin habernos zambullido a refrescarnos un rato en las olas que mueren a nuestros pies. Por ahí, cerca de Kertsch, al Sur, se levanta la Sierra de Yalta, que corre a lo largo de la costa Sur. Esta sierra alcanza una altura de 1600 metros y es la única elevación. Todo el resto de la Península de la Crimea es llana, cubierta de grandes estepas y de grandes plantaciones de tomates. Entre esta sierra y el mar se interpone una costa más bien estrecha: La Riviera rusa. Frecuentemente venimos por aquí para buscar leña con nuestros camiones. Comparando estos parajes con la Riviera europea, llegamos a la conclusión de que la rusa sale perdiendo por varios largos. Veo unas palmeras, por aquí en Yalta, eso es verdad, pero dos o tres de estos árboles no representan una Riviera... Desde lejos se reflejan los distintos edificios sobre el mar y causan una impresión que sorprende agradablemente. Pero... que no se le ocurra a nadie ambular por las calles de Yalta, viendo todo de cerca: La desilusión es tremenda: recursos primitivos y falta de buen gusto caracterizan este centro de veraneo soviético. Las mismas condiciones prevalecen en los pueblos vecinos de Aluschta y Alupka. Mis soldados están en la gloria; descubrieron viñas entre dos pueblos y estamos precisamente en la época de la vendimia. En cada cerro prueban las uvas y con tremendos dolores de estómago vuelven a casa por la noche.

Me preocupa que todavía no hayamos logrado medirnos con el enemigo. Por teléfono le ofrezco nuestro apoyo al General de las

Fuerzas Aéreas en el Cáucaso, ya que contamos con varias tripulaciones que están en condiciones de entrar en acción, en cualquier momento. Para todos en conjunto sería una instrucción adicional de un valor incalculable y la Escuadra recibiría refuerzo de tripulaciones experimentadas. Lo único que logro es un traslado a Kertsch. Se ha descubierto que los rusos utilizan una ruta a lo largo de la costa del Mar Negro, para conducir con seguridad a sus convoyes. Desde Kertsch los podríamos alcanzar... "podríamos"... pero nunca nos tocó la suerte de verlos, a pesar de pasar horas enteras en estado de alerta. Intento forzar la suerte, piloteando un caza Me 109, para ver si no será posible abatir a un patrullero de la aviación bolchevique. Pero esos demonios, apenas remontan vuelo, salen inmediatamente a las afueras del mar y no puedo alcanzarlos nunca, debido a que sólo consigo despegar de la pista después que los he localizado. La suerte, sin embargo, no nos abandona, y tras mil y una diligencia, logro salirme con las mías. Nos trasladan a Beloretschenkaja, cerca de Maikop, uniéndonos ahí a otra Escuadra. En estos parajes operaremos en conjunto, apoyando el avance de los ejércitos hacia Tuapse.

En un abrir y cerrar de ojos nos hemos convertido en una unidad combatiente, cargada de deberes. Desde la madrugada hasta las últimas luces del ocaso, volamos contra las concentraciones del enemigo en los sectores del valle del Psich, en Chadykenskaia-Nawaginskaia, en el valle de Goitsch y en dirección a Tuapse, y nos encontramos con más de una dificultad. Usamos en nuestra Escuadrilla máquinas de un tipo anticuado, mientras que los otros tienen a su disposición los últimos modelos. La desventaja se nota principalmente en la velocidad de crucero y en el vuelo a grandes alturas.

Nuestros vuelos de lucha entre los estrechos valles son emocionantes. Sin que nos demos cuenta, los rusos nos tienden trampas cuando los perseguimos o cuando testarudamente probamos descubrir sus guaridas. El ruso es un maestro en asuntos de camoufflage y sabe esconderse en los lugares más imposibles. Cuando entramos en uno de los numerosos valles estrechos, ocurre que no podemos girar más, y a veces nos encontramos con un grandioso cerro que nos cierra sorpresivamente el paso. Tenemos que reaccionar de inmediato, en estas situa-

ciones, y si hemos salido ilesos, se lo debemos únicamente a las buenas cualidades de navegación de nuestras máquinas. Sin embargo, todo esto no es nada, comparado con lo que ocurre, cuando, encerrados en un valle, buscamos afanosamente la salida y ya a 200 metros sobre nosotros los cerros hunden sus crestas en densas nubes...

Las cúspides de los cerros oscilan más o menos entre los 1200 y 1800 metros. Después de haber estado repetidas veces en los más distintos valles, ya se nos hace más fácil salvar situaciones desagradables; ya sabemos cuáles de ellos tienen salida y dónde podemos recuperar la libertad con maniobras; pero nuestra pericia local no sirve, si reina mal tiempo. Cuando volamos bajo, en el fondo de un valle, combatiendo al enemigo en retirada, nos pasa frecuentemente, que los cañones antiaéreos nos tirotean desde arriba, porque tienen ocupadas las laderas de los cerros. Nuestras tropas alpinas, muy inferiores en número, se batien con valor contra un enemigo superior que se vale de sus posiciones en el seno de las rocas. Estamos en estrecho contacto con las tropas terrestres, probando de aliviarles toda situación. Estas luchas en los cerros y los bosques, son altamente dificultosas, porque no podemos distinguir entre aliado y enemigo. Si el Oficial indicador de blancos en tierra, nos solicita el ataque de tal o cual paraje de un bosque, cumplimos con su pedido, aún tomando el caso que no sepamos a quién castigamos. Y la ironía del destino lo quiere así: que justamente en tales ocasiones nos llega una felicitación de las tropas terrestres, con respecto a la eficacia y el rendimiento de nuestra Escuadrilla.

El Cerro Geiman y las laderas inmediatas están en poder alemán y, librando crueles luchas, vamos ganando paulatinamente terreno hacia el Sur. Nuestros compañeros ahí abajo están apenas a 20 kilómetros de Tuapse.

Luchas encarnizadas y muy prolongadas se libran por la posesión de la estación de Goitsch. Un tren blindado de los rojos lanza sus proyectiles de gran calibre entre las desmembradas filas de nuestras unidades de asalto, y hay que reconocer que cumple con su misión. Parece un dragón lanzando fuego a diestra y siniestra, retirándose luego a su guarida que sólo Dios sabe dónde está.

Después de afanosas búsquedas podemos dar con la madriguera:

es un túnel en un cerro, en la cercanía de Tuapse. Apenas nos aproximamos, cuando ya se retira como un bólido a su caverna y nos quedamos con las ganas. Una vez, casi lo tomamos de sorpresa... Nos arrimamos a él cautelosamente como felinos, pero a pesar de nuestro extremo cuidado, parece que le han prevenido. Lo averíamos, pero al cabo de unos días, vuelve a hacernos sus desagradables visitas, más precavido que antes. No podemos sorprender al monstruo metálico ni una sola vez. En éstas estamos cuando se nos ocurre una gran idea: con una bomba especial le cerramos la salida del túnel, evitando así futuras incursiones del tan odiado tren y aliviando a la vez notablemente las acciones de nuestros infantes. Por un buen rato tendrán la tranquilidad que tanta falta les hace. "Dar y recibir, ésta es toda la filosofía de la vida", dice mi artillero, sonriendo maliciosamente.

Se comprende que también atacamos al propio puerto de Tuapse. Cuenta, como todos los puertos rusos, con una defensa antiaérea sumamente activa y eficaz. Nos ataca cuando volamos a 3000 metros de altura, antes de que nosotros podamos llegar a nuestro destino, pues está apostada sobre las colinas, rastreando los últimos kilómetros que a nosotros nos hace falta recorrer. Estas circunstancias nos obligan a volar a sólo 1200 metros de altura, pues las crestas de los cerros llegan hasta 1800 metros. Nuestros ataques se dirigen en primer lugar, contra las dársenas, los depósitos y contra barcos petroleros. En la mayoría de los casos, todo empieza a moverse en círculos grandes y pequeños en cuanto nos divisan en el cielo, aumentando así nuestras dificultades de puntería. Si mis muchachos no lo eran hasta la fecha, serán de ahora en adelante pilotos experimentados. La Flak que tiene a su cargo la protección del puerto no se puede comparar con la de Kronstadt pero, a pesar de ello, es también bastante impresionante. La altura de los cerros no nos permite retirarnos pronto. Como generalmente caemos profundamente en picada, en el puerto, el único remedio consiste en salir rasando la superficie del agua, intentando ganar el mar abierto. Sólo así salimos ilesos de la cortina de la defensa. Pero afuera nos espera otra sorpresa: los "halcones rojos" —los cazas de los rusos—. Entrelazados en combate aéreo, durante los cuales generalmente se pierde altura, estamos obligados a remontar hasta 3000 metros para

luego poder pasar con 1000 metros por lo menos por encima de la Flak que está apostada en las montañas.

Más o menos iguales son las condiciones para el ataque en el sector de Gelenshik, donde nos toca, alternadamente, realizar raids dirigidos contra la base aérea, así como contra blancos de la marina de guerra sobre el Golfo que lleva el mismo nombre.

Es de suponer que los rusos no tardan mucho en descubrir nuestra base. Nos atacan de noche con bombas. El daño material no es alarmante, mas origina una grave pérdida en la Escuadra que nos ha recibido de huéspedes: en uno de esos ataques muere el Comodoro, Mayor Orthofer. Yo aterrizo en el preciso momento en el que caen las bombas. Mi máquina recibe su parte y queda fuera de combate, pero yo logro salir ileso.

Frecuentemente nos visita el General Pflugbeil, quien tiene a su cargo las unidades de la Luftwaffe en este sector. El nos anuncia que pronto seremos trasladados más al Este, a un lugar cerca del río Terek. Deberemos apoyar a otra operación que se desarrolla en aquellos parajes y que tiene como meta la región de Grossny — Mar Caspio. Las unidades de asalto de los "Panzer" ya están a las puertas de Okshokodnice. Un buen día nos mandan a Soldatskaia, pasando por Georgiewski, Piatigorsk y Mineralnya Wody. Volamos a lo largo del panorama fantástico del gigantesco macizo del Elbrus. En Mineralnya Wody aterrizamos, para descansar del largo trayecto. Es increíble la cantidad de ratones que existen en este pueblo; es una verdadera plaga. En el colchón, en los armarios, en todos los rincones se oyen y los hay por todas partes. Hasta en nuestras mochilas se instalan cómodamente, roviendo todo lo que está a su alcance. Parece imposible conciliar el sueño, porque hasta en las almohadas habitan estos roedores. Desesperado comienzo a golpear todo con los puños, logrando de esta manera ahuyentarlos por un momento. Pero esto dura solamente pocos minutos. Al poco tiempo vuelven a aparecer, como antes. El Soldatskaia ya no nos molestan más. Posiblemente se encargarían las bombas de los rusos de espantarlos a corto plazo.

Por desgracia, contamos con una Flak sumamente débil. Habíamos pensado que nuestros raids iban a ser dirigidos, en primer lugar,

contra los tanques, pero resulta que las incursiones nos llevan a regiones situadas más al Sur. A los pocos días, tropas rumanas y alemanas ocupan Naltchik. Cada vez que volamos para combatir al enemigo, podemos contemplar el hermoso paisaje de nuestro alrededor. Delante nuestro divisamos las cumbres de 5000 metros del macizo, y abajo, las praderas acostadas en las laderas de los cerros, interrumpidas con manchones rojos, azules y amarillos: son plantas y flores. Cuando el sol ilumina todo este paisaje, descubrimos los matices más exóticos, y encima de nuestras máquinas, un cielo como pocas veces le es concedido ver al ojo humano. A veces olvido por completo mis bombas, cautivado por esta belleza impresionante. Todo produce una impresión de paz y tranquilidad. El macizo que rodea al cerro más alto, el Elbrus, es inmenso y estoy seguro de que toda la sierra de los Alpes tiene sitio en un solo valle del Cáucaso.

En cuanto nuestras tropas se han apoderado de Naltchik, volvemos al sector del Frente Oriental, en las inmediaciones del Terek, donde todavía se sigue luchando violentamente. Y otra vez nos vemos en Tuapse, lugar al que nos ligan tantos recuerdos.

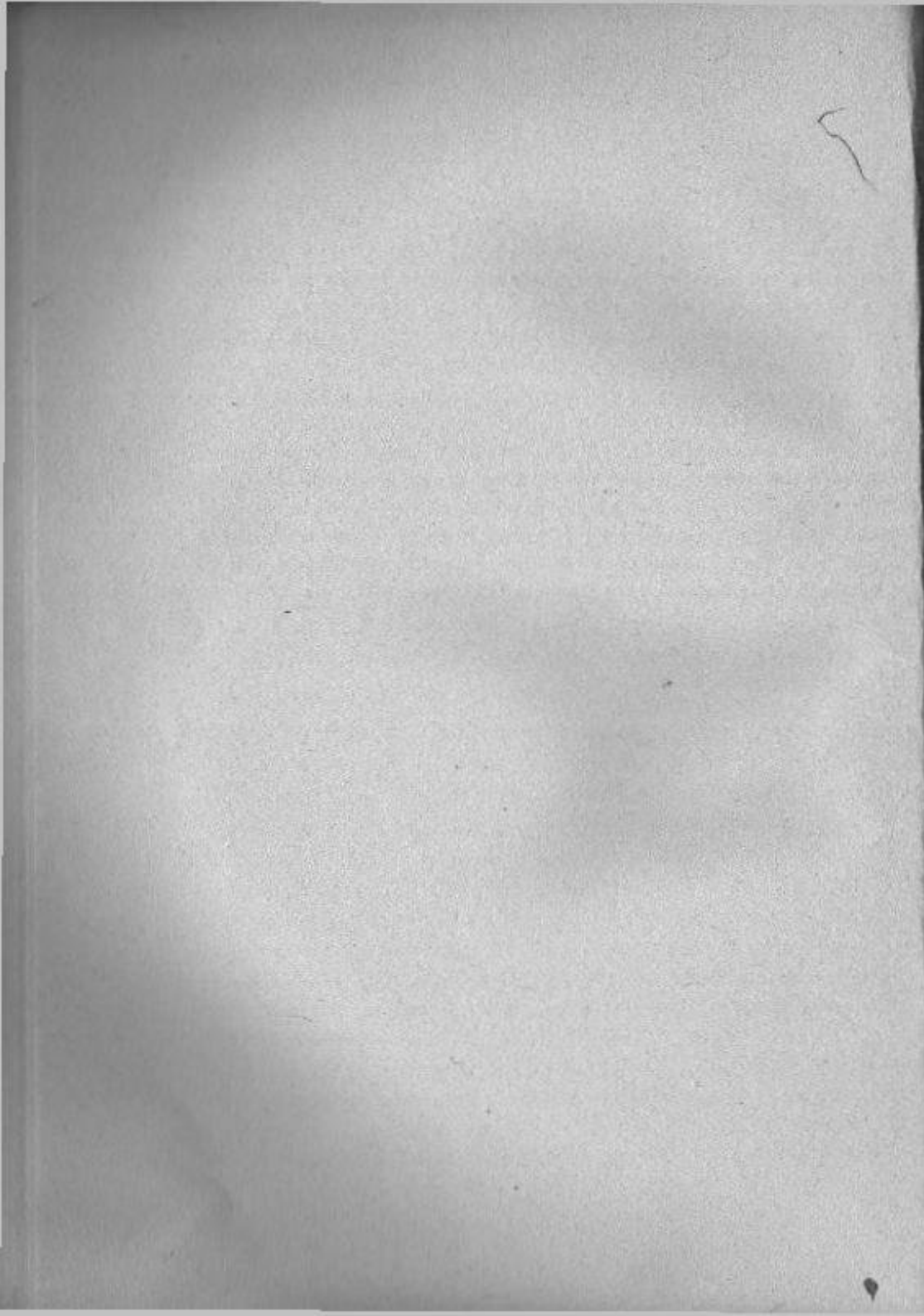
Se va acercando el mes de noviembre y realizo mi raid Nº 650, notando a la vez, que desde ya hace unas semanas no me siento bien. Un diagnóstico me revela que estoy padeciendo ictericia. Diciendo la verdad, hace ya un buen tiempo que lo sé, pero abrigaba la esperanza de que un día iba a pasar, sin que estuviera obligado a abandonar el frente de combate. Pero ya no lo puedo ocultar — y los ojos y la piel me delatan; han tomado un color amarillo que se ve a la distancia. Cada vez que me preguntan, lo discuto seriamente, en primer lugar, cuando se trata del General Pflugbeil. El General me está observando desde hace tiempo y me temo que en el momento menos pensado, me mandará a la cama.

Las malas lenguas dicen que he comido demasiado crema de leche; quizás tengan razón. Cuando festejamos mi 600ª incursión, apareció el señor general, trayendo como suntuoso regalo, un cajón de champaña. Casi se muere de asombro cuando nota que a mí ni siquiera me llama

la atención. Le contesto que los muchachos de la Escuadrilla se alegraban mucho cuando reparta las botellas, pero que mi debilidad de abstenerme son las cosas dulces. Unos días más tarde, llegan varias tortas y dos baldes con crema de leche, que abunda en estos parajes montañosos con tantas vacas. Durante dos días no hemos hecho otra cosa que comer tortas con crema, y el resultado fué que apenas podíamos contar con una tripulación en condiciones para hacer un raid.

Ya estoy más amarillo que un limón y por esta razón, llega un buen día una Me 108 (Taifun) para llevarme, por mi voluntad o por la fuerza, a un hospital de campaña, cerca de Rostov. Por lo menos, consigo todavía comunicarme con mi Escuadra en Karpowka, cerca de Stalingrado. Así salgo por vía aérea en dirección al Norte, pasando por Elista; trato de quedar en ésta para entregar el comando de la Escuadrilla, pero fracaso en mi intento, logrando únicamente que el Comodoro de la Escuadra me prometa entregarme más tarde el mando de la primera Escuadrilla — pero... "antes al hospital"...

De esta manera quedo encerrado en Rostov, en uno de esos odiados hospitales.



VII

STALINGRADO

La inactividad me destruye los nervios. Sólo a duras penas me pueden mantener en la cama de un hospital de campaña. Desgraciadamente no mejoro casi nada. Por el contrario, la dieta rigurosa y la falta de ejercicio contribuyen a mermar mis fuerzas. No puedo contar con visitas de mis compañeros, pues estamos bastante lejos del frente.

A pesar de la cercanía del mar, ya empezamos a notar los primeros fríos invernales. Brisas heladas entran por las ventanas de mi cuarto, cuyos cristales destruidos por las detonaciones han sido reemplazados con tablas de cajones.

El médico que me atiende, es una excelente persona, pero demasiado flemático para un caso como el que represento yo en estos instantes. Así sucede que un buen día me rebelo contra su autoridad profesional. Entra a mi cuarto y me dice:

— En estos días sale un tren de la Cruz Roja para Alemania. He arreglado todo para que usted vaya con él.

Ante tamaña noticia pego un salto en mi cama y le grito un terminante: ¡Nunca!, al que responde, ya profundamente ofendido en su dignidad de buen galeno, con una indicación tan terminante que suena como una orden indeclinable. Conviene ir al grano del asunto y reacciono correspondientemente:

— Por una enfermedad sin importancia no me dejaré trasladar a la extrema retaguardia. Su hospital es muy simpático, pero yo ya estoy harto de permanecer acostado.

Y para convencerle cabalmente de la seriedad de mis palabras, añado:

— ¡Debo volver inmediatamente a la Escuadra!

Ahora sí que se enoja el señor médico. Abre la boca para volverla a cerrar, sin haber pronunciado una palabra, hasta que, al fin, me dió jadeante de ira:

— Bueno, como usted quiera, pero una cosa téngala por seguro: Yo rechazo toda responsabilidad, ¿me comprende? Toda responsabilidad rechazo. — Calla un momento, con visible nerviosidad, para agregar con energía:

— Además, le entregaré mi opinión por escrito.

Comienzo a arreglar mis cosas y al cabo de un rato, recibo mi documentación y... ya estoy en camino al aeródromo...

Recuerdo que aquí trabajaba un astillero de campaña, donde en más de una ocasión han arreglado máquinas averiadas de nuestra Escuadra. Recién acaban de terminar una que deberá salir de inmediato a Karpowka, a unos 15 kilómetros de Stalingrado. No puedo decir exactamente que me siento muy firme sobre las piernas; camino más bien como un sonámbulo. No le echo tanto la culpa a la enfermedad, como al aire libre que vuelvo a respirar después de haber estado encerrado más de una semana, casi sin haber visto la luz del sol. Dos horas más tarde aterrizamos en Karpowka, después de haber sobrevolado Tarsinskaja, Surwikino y Kalatsch, a orillas del Don. La pista de aterrizaje está repleta de máquinas; en primer lugar, Stukas de nuestra Escuadra y de una vecina. La plaza está completamente a la vista del enemigo. No se puede recurrir a ningún elemento que facilite un camouflaje. Hacia un lado se observa una leve declinación del terreno.

La orientación exacta, en tierra y en el aire, ha sido siempre orgullo de nuestro Grupo. Nuestros cartelitos indicadores me permiten encontrar al poco tiempo la Plana Mayor de nuestro Grupo. Se ha alojado en una cueva cubierta que nosotros solemos llamar "Bunker". Este "Bunker" está al borde de la pista. Tengo que esperar cierto tiempo, para presentarme al Comodoro de la Escuadra, ya que el jefe acaba de salir con mi amigo Kraus, en un raid. Apenas vuelve, le doy personalmente el parte de alta. Grande fué su asombro al verme tan pronto de vuelta y lo demuestra, exclamando:

—Hombre, por Dios, qué aspecto tiene usted. Pero, ¡si los ojos y la cara están amarillos como un limón!

No me queda otro remedio que decir una pequeña mentira dictada por las circunstancias y por eso declaro con toda frescura:

— Si estuviese enfermo, tenga usted la plena seguridad de que no estaría aquí, como usted me ve.

Por suerte tengo éxito. El Comodoro contesta, luego de haber echado una mirada desesperada al médico del Grupo:

— Si este tipo está sano, entonces sí que entiendo más de ictericia que cualquier médico. Además, ¿dónde tiene usted sus documentos que certifican su baja en el hospital?

Confieso que esta pregunta es más bien complicada... es que en la pista de Rostov, en cierta situación, necesité urgentemente algo de papel y en mi desesperación hice uso de la declaración médica, destinándola para algo más eficaz y práctico... por lo tanto, tengo que inventar inmediatamente una contestación... ya la tengo:

— Toda mi documentación se enviará oportunamente por el correo militar.

Así me volví a hacer cargo de mi vieja Escuadrilla, como convenido hace diez días, con el Comodoro.

Mientras tanto se han hecho pocas incursiones operativas; sólo una vez han volado a un puerto a orillas del Volga, en las cercanías de Astrakán. Mucho más importancia se atribuye a los raids dirigidos contra la ciudad de Stalingrado. Los soviets la defienden como si se tratara de una fortaleza. Mi Comodoro me entera de los pormenores y me comunica que no hubo ningún cambio en el personal terrestre. Todos han quedado en sus puestos, comenzando por el encargado de compañía Goetz hasta el primer Contramaestre Técnico, Pissarek.

No ocurre lo mismo con el personal aéreo. El porcentaje de bajas ha sido elevado, pero los muchachos suplentes han pasado por la Escuadrilla Suplementaria de Graz y por consiguiente, están compenetrados con mis métodos. Los alojamientos, las oficinas de la Plana Mayor y la Mayoría, todo está instalado bajo tierra. Al poco tiempo me acostumbro y me siento a mis anchas.

Al día siguiente volamos sobre Stalingrado. Dos terceras partes de la ciudad están en nuestro poder. Los rusos defienden el resto de la urbe con fanatismo ya casi religioso. Stalingrado es la ciudad de Stalin, y Stalin es el dios de esos jóvenes quirguiz, uzbekos, tártaros, turcomanos y de otros muchos pueblos más. Se han aferrado a cada trozo de ruina que aún les queda, y acechan detrás de cada obstáculo. Para Stalin forman una guardia de animales bélicos que lanzan de sus fauces ráfagas segadoras. Si estos animales algún día desistieran de seguir luchando por el bolchevismo, entonces las balas certeras de los Politruks (los comisarios políticos del Ejército Rojo) se encargarían de hacerlos permanecer en sus puestos. Estos alumnos asiáticos del comunismo integral y los Politruks, a sus espaldas, obligarán, en este Stalingrado arado por los proyectiles y empapado en torrentes de sangre, primero a Alemania y más tarde a toda la humanidad a sepultar para siempre la inocente creencia de que el comunismo es un mero punto de vista político, una simple manera de ver los problemas sociales. Aquí en Stalingrado nos convencerán a nosotros y a todos los pueblos del mundo, de que ellos son discípulos de un nuevo evangelio. Stalingrado se convertirá en el Belén del Siglo XX; pero será un santuario de odio, de guerra, de destrucción y de aniquilación moral y material.

Semejantes pensamientos nos preocupan, mientras realizamos una incursión tras otra, contra la fortaleza roja. Como el sector ocupado por los soviets linda con el río Volga, los rojos aprovechan el camino fluvial para traer, bajo el manto de la noche, todo lo que necesita el soldado soviético, la "guardia roja". Por un edificio, por un sótano, por el trozo de una pared de una fábrica cualquiera, se libran las luchas más crueles de esta guerra. Debemos arrojar nuestras bombas con una precisión jamás exigida hasta la fecha, pues sólo unos metros más allá, en otro sótano, ya están nuestros propios compañeros.

En nuestros planos fotográficos podemos reconocer cada casa; a cada uno se le indica minuciosamente el blanco que deberá poner fuera de combate. Con la guía de la ciudad en la mano hacemos nuestros raids y nadie debe lanzar su bomba antes de haberse cerciorado, con la mayor precisión posible, si se trata realmente del blanco que se le ha indicado y sin antes haber reconocido claramente las posiciones de

las propias tropas. Nos asombra observar la tranquilidad y la despreocupación que reina en la parte occidental de la ciudad, que ya está en nuestro poder: todos, hasta los civiles, se portan como si estuvieran a no sé cuantos kilómetros detrás de la línea principal de combate. Sólo la parte oriental, en dirección hacia la orilla del río Volga, cuenta con varios puntos de resistencia de los rusos y es el escenario de encoñadas luchas. La Flak de los rusos sólo puede combatirnos hasta el mediodía, porque los abastecimientos que le aportan todas las noches, no dan para más. Del otro lado del Volga remontan vuelo los cazas rusos, los "halcones rojos", e intentan impedir o perturbar nuestros raids contra la ciudad tan arduamente disputada. Pero permanecen siempre sobre el sector ruso. Apenas nos persiguen sobre el terreno ocupado por los nuestros. En la mayoría de los casos abandonan, en cuanto se dan cuenta que no tienen compañeros bolcheviques debajo de sus alas.

Nuestro Grupo está instalado en un campo que linda con la ciudad; al tomar altura nos vemos obligado a describir dos o más círculos sobre ella, antes de poder proseguir nuestro rumbo. Esta maniobra es indispensable para llegar a las zonas de combate con altura suficiente, pero le sirven al ruso como prevención y como prematuro aviso para la defensa antiaérea.

Ante semejante situación, no puedo ni por el más mínimo instante abandonar a mi Escuadrilla; el asunto se está tornando demasiado grave como para atender exigencias de índole particular. Sentimos el peligro con el instinto, y con cada palpitación de nuestros corazones. Esta vez mi salud será puesta a prueba. El miedo de perder mi escuadrilla por un hígado descompuesto me confiere más energías para resistir la lucha.

Durante quince días me sentí más cerca del infierno que de la tierra, pero ya noto como, poco a poco, voy recuperando mis fuerzas. En estos días volamos, de vez en cuando, también al sector Norte de la ciudad, donde nuestras tropas han echado también el cerrojo. Aquí el frente se cierra hacia el río Don. En otras ocasiones, hacemos nuestras incursiones sobre blancos en las cercanías de Beketowka, lugar destacado por la violencia de la Flak. Prisioneros nos informan que las

dotaciones de esta Flak se componen de mujeres. Por eso decimos, cuando tenemos que hacer nuestras visitas por ahí:

—Hoy vamos a visitar a la Flak femenina.

Sin embargo, no se trata de un desprecio cuando hablamos así; todos los que han estado en ese sector han podido "apreciar" la buena puntería de las mujeres belicosas.

Con ciertos intervalos aparecemos también sobre las cabezas de puente sobre el Don, más allá, al Norte. La más grande de todas se encuentra en la localidad de Kletskaia y está celosamente cuidada por la Flak roja. Prisioneros, nos hacen saber que aquí se encuentra el Estado Mayor de un Comando rojo. De día en día aumenta el tamaño de esta cabeza de puente; los soviets la rellenan cada vez más con hombres y pertrechos. La destrucción de puentes retarda, naturalmente, estas operaciones, pero de inmediato proceden a la restauración de los destruidos, sustituyéndolos con pontones a medida que van cayendo al agua, mortalmente heridos por las bombas de nuestros Stukas. De esta manera siempre logran mantener un vivo tráfico entre ambas orillas. Frente a ellos luchan unidades rumanas que tienen el deber de mantenerlos a raya, mientras que en la propia ciudad de Stalingrado lucha el glorioso 6º Ejército Alemán.

Un buen día sale nuestra Escuadra en dirección al mencionado lugar, obedeciendo a un llamado de alarma. El día es pésimo; las nubes casi tocan el suelo; copos de nieve bailan alrededor de nuestras máquinas y la temperatura estará por cerca de los 20 grados bajo cero. Estamos volando casi a ras del suelo cuando de pronto descubrimos... Pero no..., no puede ser... ¡Que Dios nos ampare!... ¿Rusos?... No...

A mitad del camino de nuestro punto de acción nos encontramos con masas turbulentas de seres humanos, todos vestidos con uniformes de color caqui; pero no son rusos...; son rumanos... ¡Nuestros aliados!... Podemos distinguir cómo varios tiran hasta sus armas de mano para poder correr más rápido. Es una escena dantesca. Sospechamos el advenimiento de una catástrofe, de una hecatombe. Seguimos volando a lo largo de las columnas fugitivas hasta llegar a las posiciones de artillería de nuestros aliados. Las piezas de campaña

han sido abandonadas sin ser destruidas previamente. Todo está sembrado de munición. Un poco más allá nos encontramos con las primeras unidades de los rojos, ya en posiciones rumanas abandonadas. Inmediatamente los atacamos con bombas y con los cañones de a bordo, pero, ¿para qué? Ya nadie les ofrece resistencia en tierra... Una ira incontenible nos invade y volvemos a temer lo más horrible, lo jamás esperado... ¿Cómo podremos salvar esta situación, cómo hacer para detener la marcha de esta catástrofe que se cierne sobre nuestras tropas? Con una amargura jamás experimentada lanzo mis bombas y rastreo con mis ametralladoras las olas asiáticas que se lanzan sobre nuestros ejércitos. Como un mar de color amarillo sucio, avanzan las masas bolcheviques, incontenibles, sin límites... Ya no me queda ni una sola bala, ni siquiera para poder defenderme contra posibles cazas. Vuelvo ligero a la base para cargar de nuevo gasolina y para abastecerme con munición; nuestros ataques son, bajo estas circunstancias, como una gota de agua sobre una plancha caliente, pero no quiero pensar en eso ahora.

Al volar de vuelta a la pista sobrevuelo a los rumanos fugitivos. Para el bien de ellos, no tengo ni un solo cartucho para detener esta fuga cobarde. Sus buenas posiciones, la artillería pesada, montañas de munición, todo lo han abandonado, dándose a la fuga. Por su cobardía, serán responsables de una catástrofe que desolará a todo el sector. Sin encontrar resistencia se vuelcan las divisiones rusas sobre el terreno "recuperado", dirigiéndose sus puntas en dirección a Kalatsch, formando así un semicírculo alrededor de la parte de Stalingrado ocupada por nuestras tropas.

En la zona urbana se defiende nuestro 6º ejército. Bajo una lluvia de proyectiles bolcheviques que, con su fuego concentrado, lo azota día y noche, ve cómo las olas de los rojos se lanzan contra él; pero siempre las vuelve a rechazar. El 6º ejército se está desangrando, peleando de espaldas contra una muralla que, en vez de ofrecerle protección, se está desmoronando. Y, sin embargo, todavía está en pie y sigue rechazando. Al sur de Stalingrado, el frente corre a lo largo de una zona cubierta de lagos y salta de ahí a la estepa. Recién a unos centenares de kilómetros se llega a un punto habitado, situado como una isla: Elista.

El frente pasa al Este de esta localidad y, desde aquí, una división de infantería motorizada alemana controla toda esta región inmensa.

Entre dicha división y el 6º ejército en Stalingrado, contamos con aliados que nos ayudan a cerrar los boquetes, y justamente aquí es donde los bolcheviques suponen nuestra flaqueza: principalmente al norte de estos lagos pasan los soviets, en dirección al Oeste. Quieren llegar al Don... Pocos días le cuesta al ruso realizar este plan, y ya están a orillas de este río fatal. A continuación se lanza una cuña de los rojos al Noroeste. Quieren alcanzar Kalatsch... Lo logran, y con esto comienza a definirse el destino del 6º ejército. Ambas fuerzas rusas se dan la mano en la zona de Kalatsch, y así queda cerrado el anillo opresor en torno a Stalingrado. Los compañeros se encuentran apresados en una trampa inmensa...

Todo esto se desarrolla a una velocidad inquietante y misteriosa; muchas de nuestras unidades de reabastecimiento son desbaratadas por los tanques rusos y apresadas por tenazas bolcheviques, antes de que tengan tiempo de enterarse de lo que está ocurriendo allá, más adelante.

Tragedias, acciones de heroísmo sin iguales, todo se agolpa en estos pocos días. Ni una sola unidad alemana se entrega sin antes haber luchado hasta la última bala de pistola, hasta la última bomba de mano, hasta su trágico final... Volamos ahora en este bolsón que se acaba de formar, apareciendo allí donde nos parece conveniente y necesario. Sigue la presión de los rusos sobre el 6º ejército, pero el soldado alemán todavía resiste. Donde el ruso consigue irrumpir, inmediatamente se le corta el contacto hacia retaguardia, restaurando de esta manera, la situación de antes. Estos muchachos resisten, sabiendo perfectamente bien que están interrumpidas todas las comunicaciones terrestres, porque la cobardía y la traición le abrieron el camino a la invasión moscovita.

Nuestra pista se convierte ahora frecuentemente en blanco de los aviones rojos, los cuales nos hacen sus visitas. Comparando el material y las cantidades que emplean, las pérdidas y bajas que nos infligen son pequeñas. Mucho más desagradable es que está comenzando a escasear la gasolina, las bombas y la munición en general. Nos vemos

obligados a retirarnos del bolsón. Dos o tres incursiones más y todo estaría agotado y no podríamos contar para más tarde con un abastecimiento desde el aire, con un puente aéreo. Por ello nos decidimos a dejar una Escuadrilla especial al mando del Teniente 1º Jungklausen, en el foco mismo de las luchas, para que apoye al 6º ejército en tierra, mientras que tenga todavía una pista apropiada. Todas las otras unidades de nuestra Escuadra abandonan el fatídico bolsón, trasladándose a Oblivskaia, más o menos a unos 170 km. de Stalingrado.

Unidades alemanas reforzadas realizan luego un contraataque desde la región de Salsk, apoyadas por dos divisiones de "panzer".

Estas divisiones están completamente restablecidas y tienen fama de ser unas de las más excelentes. Se trata de un ataque en forma de cuña avanzada del Sudoeste en dirección al Noreste, persiguiendo la intención de restablecer el contacto terrestre con Stalingrado para liberar así al 6º ejército. Desde el alba hasta el anochecer apoyamos nosotros estas operaciones con nuestros Stukas, sabiendo que tiene que resultar "a toda fuerza" si queremos libertar a nuestros compañeros. Vamos adelantando progresivamente y nuestros compañeros en tierra ya avanzaron más allá de Abganerowo, faltándoles unos treinta kilómetros para llegar al bolsón de Stalingrado mismo. Han vencido sesenta kilómetros luchando arduamente. La resistencia se afirma algo más pero los nuestros siguen adelante... Si los soldados del 6º ejército pudieran empujar desde adentro de ese bolsón para arrimarse de esa manera antes a los compañeros de afuera, se facilitaría grandemente toda la operación. Pero los muchachos encerrados apenas están en condiciones de hacerlo, y ni siquiera una orden habría cambiado algo, puesto que ya estaban físicamente agotados; lo único que los mantiene en pie es la esperanza y una voluntad de acero. Las unidades del ejército encerrado se han debilitado muchísimo, dado que al poco tiempo, ya comenzaron a escasear los útiles más necesarios y que siempre son los mismos: víveres, munición y gasolina. La temperatura siempre se mantiene por los 20 y 30 grados bajo cero; es paralizadora. Un "puente aéreo" solucionaría el problema, abasteciendo la tropa combatiente con lo más esencial. Pero el Dios del tiempo está a favor del enemigo. Malas condiciones climáticas nos impiden durante

varios días realizar el abastecimiento. Hasta ahora, siempre hemos podido salvar a nuestras unidades encerradas, pero en este caso... sólo una ínfima parte de los abastecimientos llega al lugar de destino.

Más tarde se sumaron a estos inconvenientes, las dificultades para aterrizar, en vista de que nuestros muchachos del 6º ejército tuvieron que ceder más y más terreno. Recurrimos a arrojar lo esencial con paracaídas, perdiendo de esta manera una buena parte de ello.

Volamos hasta en las tormentas de nieve, pero con el inconveniente de que varios de aquellos elementos valiosos caen en manos de los rusos. Nos llega otra noticia espeluznante:

En la zona de Bogoduchow mantienen el frente nuestros aliados del Sur, los italianos. Los soviets han logrado ahí una irrupción tremenda. Si no paramos el avance rojo que se acaba de iniciar a través de esta brecha, todo el frente sur corre serio peligro. Hay que bloquear de inmediato esta entrada... No contamos ya con reservas para cumplir debidamente. Sólo las divisiones que se han puesto en marcha para levantar el sitio de Stalingrado pueden salvar la situación. Por esta razón se procede a privarlas de las fuerzas más eficaces, para tapar con ellas el nuevo foco que se acaba de producir. Diariamente acompañamos a las puntas de lanza de nuestros ejércitos, sabiendo perfectamente cuánto arrojo y cuánto valor serán necesarios para quebrar definitivamente la resistencia del enemigo. Volamos por encima de sus cabezas, como las aves de rapiña, protegiéndolos de todo posible ataque.

Indudablemente, las divisiones alemanas hubieran alcanzado el bolsón de Stalingrado, liberando así a los encerrados.

Nuestra desgracia y la muerte de los combatientes de Stalingrado se deben a que tuvimos que desviar nuestras fuerzas para tapar la brecha en el frente italiano. El 6º ejército esperó en vano que lo libertaran, y desde ese momento ya había quedado sellado su trágico destino... Habrá costado muchísimo decidir que este grupo fuerte y grande suspendiera su marcha a Stalingrado y las fuerzas restantes no lo lograrán.

En dos puntos, nuestros aliados cedieron a la presión de los bolcheviques, y sin que el soldado alemán lleve la culpa se pierde el 8º ejército y con él... STALINGRADO!

Con Stalingrado se nos va para siempre la posibilidad de poder aislar definitivamente el principal centro de energía de los ejércitos rojos.



VIII

LA RETIRADA

Jungklausen ha gastado sus bombas y su gasolina en el bolsón de Stalingrado, y de acuerdo a lo convenido, regresa para reunirse al resto de la Escuadra. Ha cumplido con su deber, solucionando excelentemente todos los problemas, burlándose de las situaciones más difíciles. Un día, por la mañana, percibimos de pronto disparos cerca de la base, que provienen de armas de infantería. Más tarde nos enteramos de que el personal mecánico y terrestre en general está combatiendo a una unidad regular del ejército rojo. Un aviador de la observación meteorológica dispara una bengala roja en señal de alarma y en vista de las circunstancias, ordenó remontar vuelo. Una vez en el aire puedo divisar casi al instante y a escasa distancia, caballos con jinetes rusos. Hacia el Norte se ve como un mar de lomos de caballos, hombres y pertrechos. Como todavía no conozco cabalmente las condiciones que me imponen la defensa de esta plaza, me apresto a ganar algo más de altura, para ampliar, desde aquí arriba, un poco más el perímetro de mi observación. Aquí se está arrimando una división de caballería, y nadie les corta el paso. Al norte de nuestra base ya no existe un frente organizado. Así pudo pasar esta división, aprovechando una nueva brecha en nuestra línea de defensa. La masa de esta unidad se encuentra a unos cuatro o cinco kilómetros de nuestra base, mientras que las puntas de reconocimiento ya han entrado en contacto con nosotros, en el momento de alcanzar el límite del aeródromo. No hay tropas disponibles. Entramos en acción y combatimos primero a la artillería con bombas y cañones, antes de que ésta pueda defenderse; después nos dedicamos al trabajo detallado, poniendo fuera de com-

bate a los otros componentes. Una unidad montada que queda privada de su material equino, es una unidad condenada a la inmovilidad, y por esto no nos queda otro recurso que aniquilar a todos los caballos... ¡Pobres animales...!

Sin intervalo van y vienen los aviones; es una columna interminable. Nada nos puede detener; todos estamos en un trance nervioso, defendiendo la propia vida.

Si no llegamos a liquidar todo, estamos esta misma noche en inminente peligro. Por la tarde descubrimos a unos tanques rusos que van a toda marcha, en dirección a nuestra base. Tenemos que destruirlos antes de que lleguen hasta allí, ya que en caso contrario, estamos irremediablemente perdidos. Comenzamos a combatirlos, valiéndonos de nuestras bombas, mientras que ellos describen las figuras más grotescas para esquivarlas, dificultándonos a la vez, la puntería. Obedecemos al derecho que siempre se le confiere al que obra en defensa propia, observando una puntería como pocas veces la hemos tenido. Una vez terminada esta lucha, nos reunimos a cierta altura, para emprender el corto trayecto de regreso. Me siento satisfecho y tranquilizado cuando repaso lo que hemos logrado hoy, cuando de pronto veo por ahí adelante, a otro tanque de los Ivan... Imposible... El último tanque soviético se ha salvado del baile y quiere obrar ahora por su propia cuenta. El solo puede, si quiere, convertir a nuestra base en un montón de ruinas humeantes. Caigo en picada y la bomba lo destroza pocos metros antes de que pudiera realizar su diabólico propósito.

Al anochecer vuelo por décimoséptima vez en este día, patrullando los lugares de nuestra actuación reciente. Todo está sumido en el más profundo silencio; todo está destruido. Espero que esta noche dormiremos tranquilos. Durante las últimas luchas, nuestra Flak trasladó sus posiciones algo más hacia afuera, formando una especie de dique, por si al ruso se le ocurriera esta noche cambiar de dirección. Yo mismo dudo de que lo hará... Los pocos sobrevivientes irán a la Plana Mayor de la División, para dar el parte de que esa ex división se ha perdido, que ya no volverá más y que será conveniente darla de baja definitivamente.

Poco antes de Navidad, estamos cerca de Morosowkaia, donde nos sucede algo parecido, puesto que el ruso nos está acechando sólo unos pocos kilómetros más allá, en las inmediaciones de la localidad de Urjupin. El tiempo hace imposible una incursión, por más pequeña y limitada que sea. Para el 24 de diciembre nos trasladaremos por lo menos a otro lugar más al Sur; no es nuestra intención dejarnos apresar de noche por el Iván, sin poder ofrecer resistencia desde el aire. Sin embargo, el tiempo empeora de tal manera que nos vemos obligados a interrumpir nuestro vuelo, para volver inmediatamente a nuestra vieja base, pasando la fiesta de Navidad aquí en Morosowkaia y confiándonos a la Divina Providencia. Todos sabemos que en el momento menos esperado, los centinelas pueden dar el grito de alarma, llamándonos a defender nuestro aeródromo, con todas las máquinas disponibles. Nadie se siente despreocupado; a unos se le nota más, a otros menos. A pesar de las canciones de Navidad que siempre vuelven a llenar de encanto el ambiente, no conseguimos entronizar la alegría y la despreocupación. Pissarek se prendió a la botella, tomando un sorbo que casi la arruga; luego se prende del Teniente 1º Jungklauseu y mide con él toda la pieza de una punta a otra, haciendo pasos de baile; parece un oso amaestrado. El ambiente mejora notablemente cuando cambia de compañero, repitiendo la hazaña con el único anti-alcohólico... yo, y arrastrándome de un lugar a otro. La Escuadra está encantada y en el acto quedan borrados todos los pensamientos melancólicos y las diferencias entre los distintos grados. Todos se sienten firmemente unidos y decididos a encarar cualquier situación.

Al día siguiente, nos enteramos, cómo los soviets lograron sorprender a otra unidad de la Luftwaffe; se trata de una unidad de transportes aéreos alojada a unos 50 kilómetros más al Norte, cerca de la población de Tazinskaia. Los bolcheviques han causado los estragos más diabólicos: los cadáveres de nuestros compañeros están mutilados horriblemente. Les han sacado los ojos y a muchos de ellos, les han cortado las orejas y las narices.

Recién comenzamos a ver claramente las dimensiones y las consecuencias de la catástrofe de Stalingrado. Durante los días de Navidad, llegan nuevas unidades de aviadores incorporados a la infantería — una

consecuencia de la falta de aviones — y a la vez, se forman grupos de combatientes compuestos de unidades de abastecimiento, que no tienen la experiencia y la audacia de las veteranas formaciones de la gloriosa infantería alemana. Paulatinamente se va formando, de este modo, un cerco de defensores alrededor de nuestras bases. Solamente optimistas incurables pueden nombrarlo "frente de batalla". Recién recuperan esta designación, cuando algunas viejas unidades, que han podido salvarse de otras situaciones inmerecidas, consiguen librarse de las arremetidas de un enemigo muchas veces superior. Claro está que el tiempo que transcurre hasta que por fin se restablece el orden y la resistencia, es la prueba más severa para nuestros nervios. Mucho hay que improvisar, para salvar la situación, aunque sea aparentemente. Debido a la nueva situación creada, ya no es posible apoyar al frente que se ha formado a lo largo del río Tschir, pero lo hacemos ahora en las zonas de Nishtschirskaia y Surwikino.

Este frente resucitado es la primera represa en dirección Este-Oeste y debe romper todas las arremetidas de un enemigo que se aproxima desde el Norte. El terreno es completamente llano y no ofrece ningún obstáculo. Todo en nuestro alrededor es estepa, todo cuanto el ojo puede abarcar. La única posibilidad de camoufflage que tenemos, para cuidarnos de las miradas curiosas de los aviones patrulleros enemigos, son las llamadas "balkas", grietas en la superficie, que alcanzan una profundidad de diez metros. Estas "balkas" son relativamente anchas, de tal modo, que los vehículos y cañones estacionados en ellas no sólo pueden ubicarse uno tras otro, sino también en posición lateral. Así se extiende este paraje por centenares de kilómetros, desde Stalingrado hasta Rostov. Si no sorprendemos al enemigo en marcha, entonces sabemos donde buscarlo: en las "balkas".

En las noches frías y claras de invierno nos encontramos con una capa espesa de niebla que a veces recién se presenta cuando ya estamos en vuelo. Así nos sucede durante una incursión al Tschir. Ya en vuelo de regreso, nos vemos de pronto envueltos en un tupido manto que impide ver la tierra. Inmediatamente aterrizo con toda la Escuadrilla en un campo grande, no pudiendo divisar nada que nos delate la presencia de propias tropas. Henschel sale con una parte de los artilleros

para investigar el terreno y para prevenimos, en el caso de que se encuentren estacionadas tropas rojas en las inmediaciones. Vuelven sin novedad. Los últimos metros hasta nuestras máquinas, los recorren guiándose únicamente por nuestros llamados; apenas se ve a medio metro de distancia. Para el mediodía aclara algo. Proseguimos nuestro vuelo, y poco tiempo más tarde aterrizamos en nuestra base, sanos y salvos.

Está por pasar ya el mes de enero y otra vez tenemos que cambiar de lugar, instalándonos temporariamente en Tazinkaia, hasta pasar en definitiva a Schachty. Desde esta base combatimos principalmente las fuerzas que intentan abrirse paso a la cuenca del Donetz. Para los puntos situados más al Norte, utilizo con mi Escuadrilla la pista de la ciudad de Woroschilowgrad, teniendo en cuenta que la distancia desde aquí a la cuenca del Donetz, no es grande. Podemos combatir con cierta facilidad cualquier intento del enemigo, dispuesto a pasar el río. Debido a las incursiones sin intervalo y sin tregua y a las luchas por Stalingrado, contamos con una fuerza efectiva relativamente pequeña. Todo el Grupo comparable apenas con un batallón, tiene apenas la fuerza efectiva de una Escuadra (compañía). Solamente en casos aislados vale la pena volar por propia cuenta, decidiéndonos más bien realizar las próximas incursiones en formación, y en este último caso, llevo el mando de la unidad. Toda la cuenca del Donetz está llena de instalaciones industriales, ocupando entre ellas, la minería un lugar privilegiado. Donde los rojos han logrado instalarse en este terreno, resulta muy difícil expulsarlos, ya que les brinda miles de posibilidades de camouflagé. Los ataques a ras de tierra dan resultados insuficientes, debido a las chimeneas y a los distintos armazones; los pilotos se ven obligados a prestar más atención a los obstáculos, no pudiendo concentrar su puntería contra el enemigo.

Uno de estos días, los Tenientes 1º Niermann y Kufner festejan su "re-nacimiento". Estamos buscando tanques al noroeste de Kamensk. Los aparatos de la Escuadrilla se separan algo más de lo común. Detrás de la máquina tripulada por Niermann y Kufner aparece un caza ruso, un Lag 5. Yo los prevengo por la radio. Niermann me pregunta: "¿A dónde?...". Claro está que él no lo puede ver. El avión enemigo se

la arrimado de tal manera que queda cubierto. Casi al instante de mi alarma, el Lag 5 abre fuego. Doy una vuelta cerrada con mi avión, pero sin esperanzas de llegar a tiempo ya, para poder ayudar. En último momento lo abato con una ráfaga certera, antes de que mis dos amigos se estrellen en el suelo, perforados por los proyectiles "made in Rusia". Desde ese día, Niemann ya no sostiene la opinión de "que él ve en toda circunstancia cualquier caza enemigo...".

Nuestras fiestas de "re-nacimiento" son muy alegres; se festejan con muchas bromas, así también esta vez. Desde hace unos días tenemos como suplente a un médico, del cual las malas lenguas militares dicen "que no le agrada el ruidito que producen los disparos". Estamos a una hora bastante avanzada, cuando Jungklausen se cuega del auricular del teléfono, quitándole el sueño a nuestro médico. Jungklausen se hace pasar por un médico superior de la Flota:

— Prepárese inmediatamente para participar en un vuelo al bolsón...

— ¿Cómo...? ¿Cómo dice...?

— Que se prepare inmediatamente para entrar en la ciudad sitiada de Stalingrado. Lo he elegido para que releve a un colega ahí mismo.

— ¿Có... có... cómo dice...?

El médico vive solamente un piso más abajo y nos asombramos de que no alcance a oír los gritos de Jungklausen — será la nerviosidad...

— Pero... si usted sabe muy bien que estoy muy enfermo del corazón...

— Yo no tengo nada que ver con su corazón. Prepárese para el vuelo al bolsón y basta.

— Pe... pe... pero si usted sabe muy bien que recién hace poco tiempo que me acaban de operar. ¿No sería posible encontrar a un colega que se haga cargo de esta misión...?

— Pero, por favor. Usted no está hablando en serio. No me puedo imaginar que usted se pierda esta ocasión. ¿Adónde vamos a parar si usted también quiere comenzar a flaquear?

No podemos contener la risa. Al día siguiente, lo vemos rondar por el edificio, con una cara, como si fuera un gato que acaba de

perder la cola; pero a todos les cuenta, dándose mucha importancia, que "han recurrido a él, para que cumpla con esta misión realmente seria y peligrosa".

Al cabo de dos días se da cuenta de la broma, pues lo trasladan a otro lugar. Mejor para él... y para nosotros...

En estos días utilizamos la pista de Rowenki, por breve tiempo no más, trasladándonos más tarde a Corlowka, cerca de Stalino, que es el centro de la cuenca del Donetz. Una alta capa de nieve nos impide el desarrollo normal de nuestra organización y transcurre mucho tiempo antes de que todos estén en el aire.

Como "nuevo" me mandan al Teniente Schwirblat y éste tiene el "honor" de volar conmigo su primera incursión que nos llevará a las inmediaciones de Artemawsk. Ya despegué y me adelanté un poco; parece que él no se las puede arreglar del todo con la nieve que cubre la pista. Ahora, por fin, está en el aire, pero en vez de acortar el camino para arrimarse a mi máquina, describe la misma vuelta que acabo de hacer yo. Unos Lags enemigos se gastan la broma y lo usan de blanco, como si se tratara de un ejercicio de tiro deportivo. Es un milagro que todavía no se viniera abajo. Sigue tranquilamente volando, como si nada fuera; parece que está convencido de que así debe ser. Por fin, me alcanza y yo coloco mi máquina detrás de la suya, con lo cual consigo que los cazas se dispersen. Después de haber aterrizado, descubre tanto en el fuselaje del avión como en los dispositivos de comando varios impactos y me dice:

— La Flak me tuvo a raya. Supongo que fué la Flak, puesto que no he distinguido ningún caza.

Con cierta burla, le contesto:

— Le felicito cordialmente por el excelente artillero que tiene usted, parece que persigue el fin de no ver nada, ni siquiera cuando los Lags practican puntería sobre su máquina.

A pesar de todo, este mismo Schwirblat iba a ser uno de mis mejores pilotos, poseedor de una resistencia ejemplar. Todos en la Escuadrilla lo nombran mi sombra. Siempre me sigue en todas las incursiones, sin perder una sola vez el contacto. Además practica deporte con el mismo entusiasmo que yo, no fuma y no bebe. Ya

pocos días más tarde, Schwirblat tiene ocasión de demostrar sus cualidades que lo consagran definitivamente como buen piloto. Casi siempre vuela detrás mío como segundo, y no pocas veces volamos completamente solos. Tenemos que establecer siempre estrecha vigilancia sobre los soviets, ya que éstos tienen la intención de cruzar la carretera en dirección al Oeste, que une las localidades de Konstantinowska-Kramatorskaia y Slawiansk. En una de estas incursiones festejo mi raid Nº 1000, y la Escuadra me felicita y me obsequia la figura de un deshollinador (símbolo de la buena suerte) y un lechoncito vivo (en Alemania, también un lechoncito rosadito significa buena suerte).

Con la incursión número 1001 terminan por un tiempo mis acciones bélicas, a pesar de mi tenaz oposición.

IX

STUKAS CONTRA TANQUES

Me han indicado que me vaya de licencia, pero antes de hacerlo, quiero ir a Berlín. Me han destinado para un asunto especial y debo presentarme en una de las dependencias del Ministerio del Aire. La culpa la tiene mi número elevado de incursiones contra el enemigo; si estas son las consecuencias, entonces prohibiré en adelante que las sigan contando.

En Berlín no se sabe nada.

¿Será un malentendido por parte de la Escuadra?

Por desgracia no. El Ministerio y sus dependencias niegan todo lo que pueda referirse a equivocaciones. Se inician varias conversaciones telefónicas, y por último debo presentarme en Rechlin, una vez terminada mi licencia. Se están haciendo ensayos con armas antitanques, empleándolas desde aviones. El encargado de estas investigaciones es el Capitán Stepp, un conocido mío.

Más tarde iría esta junta investigadora a Briansk para experimentar lo inventado. Esto ya me suena mejor, aunque no se trata de una Escuadrilla de combate. En esta ocasión también me felicitan por mi promoción a Capitán.

Paso quince días esquiando en San Antón, donde se desarrolla una competencia de esquiadores. Me eligen como capitán de equipo, por ser oficial con más antigüedad de los presentes y porque participo activamente. Contamos con varios campeones de renombre, como: Jennewein, Ffeifer, Gabl y Schuler. Con cierto orgullo me entero que también ellos son miembros de la Luftwaffe. Es hermoso vivir así, y al cabo de estos quince días he vuelto a recuperar mis energías.

No tengo interés en ir primero a Rechlin. Quiero llegar lo más pronto posible a Briansk, donde se encuentra la nueva Escuadrilla con

cañones antitanques, recogiendo las primeras experiencias. Se trata de máquinas del tipo Ju 88 bimotor, con un cañón antitanque de 7,5 bajo la cabina del piloto, y de Stukas del tipo Ju 87, como las que suelo usar en mis incursiones, equipadas con un cañón antitanque de 3,7 bajo cada ala. Utilizarán estas armas una munición especial con un alma de wolframio, capaz de perforar cualquier blindaje y explotando recién en el propio cuerpo del blanco. El Stuka, que no es un avión veloz, perderá aún más velocidad y cualidades aerodinámicas, debido a los cañones suspendidos bajo ambas alas. También se restringe su agilidad de maniobras, aumentándose a la vez considerablemente la velocidad de aterrizaje.

Pronto desistimos del uso de la Ju 88 con el cañón de gran calibre. Las dificultades que se presentan son superiores al éxito esperado. También con la Ju 87 sufrimos en las primeras incursiones de ensayo considerables bajas. La mayoría de nuestro Comando abriga recelos con respecto a esta nueva arma; a mí, en cambio, me impresionan sus posibilidades y su certeza en el blanco, que oscila entre los 20 y 30 centímetros. Estoy convencido de que, arrojándose lo suficiente, el piloto puede dar en los puntos vulnerables de un tanque. Valiéndonos de fotos y dibujos detallados, aprendemos de memoria los diversos tipos de tanque utilizados por el ruso y la ubicación de sus partes principales: el tanque de la gasolina, el motor y el depósito de munición, pues para poner fuera de combate a un tanque hay que buscar y dar con los elementos explosivos o inflamables que éste transporta en su interior. Así pasan quince días, más o menos, hasta que nos llega la orden de trasladarnos a la Crimea. Allí donde los soviets empujan con brío, intentando obligar a los nuestros a ceder terreno, se nos ofrece un vasto campo de actuación y de ensayo.

Es imposible volar a poca altura y disparar simultáneamente, si el enemigo cuenta con una defensa de Flak estacionaria y potente. Las bajas serían mayores que el éxito. Dado el caso de que se recurra definitivamente a esta arma, podrá ser empleada únicamente en sectores donde el enemigo esté en movimiento y no cuente con una defensa antiaérea ubicada en posiciones firmes y tácticamente repartidas.

El Capitán Stepp quedará, por el momento, en Briansk, pasando

por Konotop-Nikolajew y Kertsch. Allí me encuentro con los compañeros de mi vieja Escuadrilla y el corazón se me oprime al pensar que por el momento no pertenezco a esa unidad. Ellos prosiguen con sus incursiones contra la cabeza de puente del Kuban, en Krimskaja, donde se están librando cruentas batallas. Mis viejos compañeros me cuentan que los tanques rusos salen sólo uno o dos kilómetros de su línea principal de combate, para combatir los blancos indicados, lo que significa que tendremos que atacarlos mientras se encuentran todavía bajo la eficaz protección de la Flak, ubicada en diversos puntos firmes de la misma línea. En este sector del frente la defensa es más que concentrada, debido a la estrechez del terreno disponible. De las regiones más apartadas, de las orillas del Mar Caspio, de los yacimientos petrolíferos, de todas partes se han reunido fuerzas sobre este sector. Han pasado por Mosdok, Piatigorsk, Armawir y Krasnodar, para llegar hasta aquí. En los primeros días ya tenemos ocasión de hacer nuestros primeros ensayos, al sur de Krimskaja. Tanques rusos fueron descubiertos por la infantería cuando operaban a unos 800 metros delante de la línea principal de combate. Al poco rato los localizamos, y ahora vamos a ver cómo responderemos. Nuestra eficacia es mínima, pues mi máquina recibe un impacto de la Flak mientras estoy volando todavía sobre las propias líneas. Tampoco los otros tienen mayor suerte que yo. Para colmo se aproximan cazas: un tipo viejo de Spitfire, que nosotros vemos por primera vez desde que estamos en Rusia. Un joven teniente cae con su máquina en una quinta... Por la noche vuelve a la base con mucha fruta y... con colitis.

Los primeros ensayos no se nos presentan de color de rosa. Donde aparecemos con nuestros pajaritos, nos tienen lástima, y todos nos pronostican una vida corta. Sin embargo, cuanto más seria se pone la defensa antiaérea, tanto más rápido desarrollo mi táctica. Comenzamos a reconocer claramente que es de primordial necesidad llevar bombas además de las armas antitanques, para poder poner fuera de combate a las posiciones de la Flak. Pero resulta que no podemos llevarlas nosotros, los que estamos destinados para la destrucción de tanques. Nuestras máquinas tendrían que soportar un sobrepeso que les sería perjudicial. Además tenemos que renunciar a nuestro método típico, el

vuelo en picada, debido a que por exigencias aerodinámicas llegarían a quebrarnos las alas. Por lo tanto, sería recomendable que nos acompañasen los Stukas normales con sus cargamentos de bombas de gran calibre, cuando salimos a realizar nuestras incursiones.

Gracias a una nueva operación de los bolcheviques se aproxima nuestro gran día: al noroeste de Temjruk intentan los soviets derrumbar nuestro frente, realizando una maniobra de enlace. Para tal propósito comienzan a trasladar dos divisiones en botes, a través de lagunas y pantanos, para lograr así el desmoronamiento de nuestras defensas. Contamos solamente con unos pocos puestos de emergencia, distribuidos en los pantanos y muy distanciados. Estos puestos tienen una fuerza activa muy limitada y de ninguna manera podrán resistir a la nueva ofensiva soviética.

Nuestros aviones patrulleros descubren las aglomeraciones de botes de todas clases y tamaños en el puerto de Jeisk, siendo atacados por nuestros Stukas. A pesar de ello no lograremos detener el avance del ruso, debido a que los blancos son pequeñísimos y aparecen en cantidades exorbitantes. Ya comenzamos a trasponer las lagunas, iniciando día y noche un movimiento continuo de transportes. Como los lagos están unidos entre sí por una infinidad de pequeños canales, los rojos consiguen aproximarse más y más a nuestra línea principal de combate, llegando así hasta Temjruk, por detrás del frente del Kuban e infiltrándose profundamente en nuestras retaguardias. Cuando sienten la necesidad de descansar, se refugian entre los altos juncos, dificultando grandemente la búsqueda. Pero tarde o temprano tendrán que salir al agua si quieren proseguir la marcha. Todos los días estamos doce horas en el aire cazando sobre el agua y manteniéndonos a ras de los juncos. Buscamos los botes y los encontramos; pocas veces vemos una lancha a motor. Además de sus armas de infantería, conducen los rojos también morteros y ametralladoras. En los pequeños botes se van aproximando de a cinco o de a siete, y en los más grandes están amontonados como las sardinas, llevando hasta 20 hombres por embarcación. No utilizamos en estas luchas nuestra munición especial, ya que no es necesario perforar chapas blindadas. Necesitamos, más bien, una munición que estalle en el instante de tocar los tablones de los botes,

esparciendo inmediatamente una cantidad elevada de esquiras. Después de varias pruebas, nos decidimos por la munición de la Flak, la que lleva una espoleta altamente sensible. El que intenta cruzar por el agua, está irremediablemente perdido. Las pérdidas de hombres y botes son graves para el Iván. Yo solo logro destruir con mi máquina más de setenta de esas embarcaciones en pocos días.

La defensa rusa aumenta paulatinamente, pero nos molesta poco. El Teniente 1º Ruffer, un artillero excelente de una Escuadrilla vecina, que vuela aviones del tipo Hs 129, se precipita con su máquina en el medio de estos lagos, yendo a parar a una pequeña isla, igual que Robinson Crusoe. Pero, a pesar de todo, tiene suerte: una patrulla de la infantería alemana logra rescatarlo. Después de un tiempo, reconocen los soviets, convencidos por las cifras de bajas y pérdidas, que deben desistir de estas operaciones. Con tales bajas nadie es capaz de triunfar...

Era el 10 de mayo 1943, cuando me dan la noticia de que el Führer me acordó las "Hojas de Roble" y que debo presentarme a la brevedad, para recibirlas personalmente. A la mañana siguiente no vuelo con mi Ju 87, equipado con sus cañones antiaéreos a la búsqueda de botes en el estrecho de Kertsch, sino que me dirijo con un Me 109 a Berlín. Durante el viaje, que es bastante largo por cierto, tengo tiempo de preparar mis planes tendientes a conseguir nuevamente el traslado a mi Escuadra. En la Cancillería del Reich me hace saber el Teniente Coronel von Below, el Ayudante de las Fuerzas Aéreas, que, conjuntamente conmigo, se harán presentes doce soldados para recibir esta alta condecoración de las manos del Supremo Comandante. Se trata de miembros de las más distintas armas. Participo a von Below mi intención de pedirle al Führer que ordene mi regreso a la Escuadra Immelmann y me vuelva a conferir el mando de mi antigua Escuadrilla. Solamente bajo estas condiciones aceptaría la condecoración. El Teniente Coronel me aconseja, empero, no realizar mi propósito, prometiéndome a la vez que él mismo haría todo lo humanamente posible para solucionar mi situación en el sentido deseado. Nada le digo sobre los trámites que he iniciado por mi propia cuenta, dirigiéndome al mando de la Flota Aérea por telegrama.

Pocos minutos antes del gran momento de presentarme ante mi Jefe Supremo, aparece el Teniente Coronel, trayéndome la noticia feliz de que todo está aclarado: volveré a mandar mi Escuadrilla, pero tendré que ocuparme, adicionalmente, del desarrollo del nuevo método recién experimentado, informando sobre las posibilidades prácticas de los nuevos "pájaros". Encantado por el éxito, le explico que estoy de acuerdo. Recién ahora me alegro ampliamente de lo que ha de suceder dentro de pocos minutos.

El Führer nos entrega las "Hojas de Roble", conversando con nosotros más de una hora, tratando la situación bélica de antes, la presente y la del futuro, mencionando el primer invierno en Rusia y la catástrofe de Stalingrado. Todos nosotros, los que hemos tenido ocasión de seguir todo de cerca, estamos asombrados de la certeza de sus palabras, que comprueban que está al tanto de todo, conociendo hasta los más mínimos detalles. No le echa la culpa al soldado combatiente alemán, sino que lo ve tal cual es y como nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. Está lleno de nuevas ideas y planes, irradiando una seguridad y una confianza única en el destino. Subraya varias veces que el bolchevismo debe ser vencido por nosotros, puesto que, de lo contrario, sumirá a todo el mundo en el caos, del cual jamás nos podremos salvar. Por esa suprema razón, así nos asegura, debe quebrarse el bolchevismo al arremeter contra nuestra defensa, tanto más si tenemos en cuenta que los aliados occidentales no han notado aún la política fatal que están siguiendo y la catástrofe que amenaza desencadenarse para el resto del mundo.

Su persona emana una tranquilidad y un equilibrio mental tan fuertes que todos nosotros nos sentimos poseídos de los mismos sentimientos. Con nuevos bríos continuamos todos con el cumplimiento de nuestro deber.

Yo vuelvo a Kertsch, presentándome en la Plana Mayor de mi Escuadra. El Teniente Coronel ha cumplido con su palabra. Inmediatamente me hago cargo de mi Escuadrilla, estando rodeado nuevamente por los rostros de mis compañeros, con los cuales he compartido tantas peripecias.

X

A ORILLAS DEL KUBAN Y EN LA ZONA DE BJELGOROD

He llevado conmigo una máquina cañonera y les presento el nuevo "pájaro" a mis soldados. Donde sospecho que vale la pena que entre en acción, allí la llevo, acompañándola con las demás máquinas. Más tarde formo una Escuadrilla Antitanque que opera independientemente, si bien quedando tácticamente a mis órdenes. También regresa el Capitán Stepp, incorporándose a la Escuadra.

Para nuestros Stukas bombarderos hay bastante trabajo. Los soviets han logrado alcanzar el Mar Negro, detrás de nuestro frente, formando al mismo tiempo cabezas de puente al este y al suroeste de Noworossisk, a pesar de la costa rocosa. Estos puentes son frecuentemente el blanco de nuestras bombas, dado que al puerto y sus dependencias llegan cada vez más pertrechos y abastecimientos. Atacamos también a los soviéticos cuando los encontramos en el mar. La defensa es parecida a la de todos los puntos importantes, en esta cabeza de puente del Kuban, y más de un buen compañero participa en estos raids por última vez. Mi Comandante del Grupo se ve obligado a ponerse a salvo con el paracaídas y la suerte le es propicia, gracias al viento favorable, que lo lleva hacia las propias líneas.

Así luchamos, turnándonos entre estos puntos y Krimskaja. En la mayoría de los casos ataco con mi Escuadrilla en picada, apartándome a continuación para quedarme con la máquina a ras del suelo y eligiendo como línea de escape, en la cabeza de puente, el mar abierto; en cambio, en las incursiones más al Norte, donde la defensa es más débil,

tomo por las zonas pantanosas. Como lanzamos nuestras bombas a escasa altura, logramos buenos resultados, debido a que la Flak enemiga todavía no se ha adaptado a nuestras retiradas, efectuadas a poca altura.

Cuando comienza a cubrirse el cielo de los "copitos de algodón" de la Flak, en nuestros raids en la zona de Krimskaja, a más de uno de las nuevas tripulaciones se le oprime el corazón, pero vuelven a tranquilizarse cuando oyen por la radio las conversaciones de los "viejos zorros" que matizan los espectáculos con expresiones y canciones humorísticas. Alguien exclama: "Maximiliano viene a la silla...", refiriéndose con esto a nuestro Comandante del 2º Grupo, quien tiene la costumbre "incurable" de pasearse de un lado a otro, en medio de las explosiones de los proyectiles y sin decidirse a comenzar el ataque en picada, confundiendo a las demás máquinas, que al poco rato ya no saben para qué lado tomar. Pero no pasa mucho tiempo y todos se sienten contagiados por esta tranquilidad que nace de lo más profundo del propio ser y que infunde confianza entre los principiantes. No son raras las veces que yo mismo describo un looping o una vuelta por el eje longitudinal de la máquina o cualquier otra figura acrobática. ¿Se sentirá burlada y ofendida la Flak bolchevique?

El tiempo no nos ofrece ningún trastorno en estos parajes. Casi siempre volamos bajo un cielo claro, y el sol nos manda sus rayos al interior de nuestras cabinas. Si un día no salimos a una incursión, lo aprovechamos para irnos a bañar y a nadar a orillas del Mar Negro o del Mar Azov, donde nos encontramos, en partes, con playas hermosas. Si Schwirblat y yo sentimos ganas de saltar, vamos al puerto de Kertsch, donde se nos ofrecen los más diversos atractivos, practicando toda clase de saltos ornamentales desde los guinches y las grúas.

La plaza de Kertsch IV está tan ocupada que nos vemos obligados nuevamente a efectuar un traslado. De esta manera estamos al poco rato en Kertsch-Bagerowo, donde nos alojamos en un "kolchos" (granja colectiva del Estado). Como disponemos de suficiente madera, nos dedicamos a construir una pequeña casa para la Escuadrilla. Estando la gasolina severamente racionada, solamente volamos cuando las necesidades lo exigen. Debido a este inconveniente, podemos disfrutar,

durante la semana, de diversas horas libres, que cada uno de nosotros las emplea a su propio gusto. Schwirblat y yo vamos conociendo poco a poco las inmediaciones, en nuestras carreras de entrenamiento por sobre diez kilómetros, después de haber observado el mismo terreno desde las cabinas de nuestros aviones.

Todas las noches tenemos "visitas" de los soviets, los cuales nos atacan con máquinas del modelo P2 y con viejísimos DB III. Sus ataques se dirigen contra la estación, el puerto y la pista de Kertsch IV. Disponemos de Flak, pero bien podría ser un poco más fuerte. De vez en cuando tenemos también cazas nocturnos. En la mayoría de los casos observamos los espectáculos. Casi siempre cae una que otra máquina enemiga, envuelta en llamas y ardiendo como una pira. La eficacia de nuestros cazas no es gran cosa, pues parece que aún les falta experiencia. Sin embargo, una vez tienen suerte y consiguen dar con un tren de municción que está estacionado en un desvío. Durante horas enteras se estremece la tierra bajo explosiones fantásticas, que a la vez iluminan el cielo. Pronto nos acostumbramos a estos raids del enemigo y ni siquiera vemos ya la necesidad de interrumpir nuestro sueño, que tanta falta nos hace.

Nos estamos aproximando al mes de julio y con esto, también se va acercando el fin de nuestra estadía en la península de la Crimea. Con motivo de un gran proyecto, tendiente a la construcción de una importante carretera a Kertsch, nos visita el ministro del Reich Speer, junto con él nos hacen el honor unos visitantes japoneses.

Estos días coinciden con el cumpleaños del Mayor Kupfer, Jefe de nuestra Escuadra, y demás está decir que el motivo es más que suficiente para festejarlo debidamente. En la residencia de veraneo de la Escuadra, en un hermoso jardín, se entonan las simpáticas melodías de música dinámica, ejecutadas por una banda de una unidad terrestre de la Luftwaffe. Tocan todo lo que uno desea, hasta "jazz", y cada uno es tratado con equidad. En estas horas, uno ya no piensa que la patria está tan lejana y que estamos en plena guerra. Salvando el espacio y el tiempo que nos separan, las notas nos transportan a un mundo invisible de armonía, ritmo, belleza y paz; en aquel mundo no se conoce un "Krimskaja", ninguna "cabeza de puente", ninguna

bomba y ninguna miseria humana. En estas horas, que nos restablecen moralmente, devolviéndonos por instantes lo que nosotros ya creíamos perdido, recuperamos nuestro ímpetu y nuestra fe.

La presión de los rusos, para los principios del mes de julio, ya no es tan potente y el frente alemán está todavía en condiciones de contenerla. Sólo ha retrocedido unos pocos metros y se ha instalado de manera decidida e inmovible entre las localidades de Krimskaja y Moldawanskoie. No podemos estrenar la casita recién edificada. Sorpresivamente nos llega para el 4 de julio una nueva orden de traslado. ¿Cuándo no?... Nadie sabe, a ciencia cierta, adónde nos llevará el destino; pero, sea como fuere, tenemos la orden de volar por el momento a Melitopol, donde nos darán mayores detalles. Cumpliendo con lo ordenado, nos elevamos al azul del cielo, cruzando el mar en dirección al Norte.

Melitopol es una ciudad de retaguardia muy distante del frente de combate. En la pista descubrimos una Escuadrilla de aviones de bombardeo del tipo He 111, y los compañeros de esta formación nos hacen saber que acaba de llegar una "troupe" de artistas alemanes. Se trata de un cuerpo de baile de hermosas chicas, todas entre 18 y 20 años. Como flechas dejamos nuestras máquinas en condiciones y en un abrir y cerrar de ojos, estamos todos instalados en las cómodas butacas del teatro. Hace rato que no vemos lindas chicas alemanas y no tendríamos que ser combatientes del frente ruso, para perdersen semejante ocasión — sin diferencias de edades, se comprende... El Teniente 1º Jaeckel, quien siempre encuentra algo con qué hacer sus bromas, arranca con ademán decidido, los pequeños arbustos que adornan el teatro, para ofrecerlos como flores. "El título obliga", y por eso, los muchachos de las organizaciones "de tierra" de la aviación, no están con ganas de "entregar terreno", desarrollándose, por esta causa, una encarnizada lucha para conquistarse los corazones de las chicas. Para ser sincero, debo decir que no sé ciertamente, si sólo es el hecho de que estas damitas nos parecen simpáticas de verdad o si es que nosotros, aquí en Rusia, hace tanto que no vemos lindas mujeres y que tomamos por lindo y simpático todo lo que lleva polleras. Tampoco Schwirblat lo sabe decir. Finalmente me dice, que hubiéra-

mos hecho mucho mejor en dedicarnos a nuestra carrera de 10 kilómetros, así nos habiéramos ahorrado toda duda.

A la mañana siguiente, vuelven a cantar nuestros motores la canción que ya nos es tan familiar. Sabemos por fin, adónde iremos. El lugar se llama Charkow, donde aterrizamos en la pista norte, alojándonos en las afueras de la ciudad. La ciudad de Charkow no nos impresiona mal y es, sin duda alguna, uno de los letreos de propaganda del comunismo ruso, como no se ven con frecuencia.

Un rascacielos situado en la Plaza Roja nos da una idea de la arquitectura soviética y es motivo de orgullo para el Iván. Ese edificio es admirado con curiosidad por los habitantes del "paraíso de los obreros", a pesar de que está algo dañado por las acciones de guerra. Esta misma ciudad cuenta con parques, una red amplia de calles, con cines y teatros.

Salimos al amanecer del día siguiente, en dirección a Bjelgorod. Aquí tendremos trabajo para las semanas venideras. En tierra, nos encontramos con viejos camaradas del frente del Este; se trata de excelentes divisiones, y gustosamente las acompañaremos en todas las situaciones. Sabemos firmemente que aquí se adelantará y que no sufriremos desilusiones desagradables. Además de Divisiones Blindadas, luchan en este sector la Guardia del Führer, la unidad "Totenkopf" (La Muerte) de la "SS", y la División "SS-Großdeutschland" (Gran Alemania). La punta de lanza será en dirección a Kursk, es decir, hacia el Norte, donde se han descubierto considerables fuerzas del ruso. De un flanco arremeten nuestras divisiones contra la avanzada del frente ruso que alcanzan, en el Oeste, la ciudad de Konotopp y que se ve limitada, al Sur, por la ciudad de Bjelgorod, y al Norte, por los parajes del Sur de Orel. Lo ideal sería instalar una línea principal de combate directa desde Bjelgorod a Orel, pasando por Kursk. ¿Nos bastarán las unidades de que disponemos para realizar este propósito? De nuestra parte ponemos todo nuestro empeño para lograrlo; volamos desde la madrugada hasta el anochecer, para abrirles el paso a las avanzadas de nuestros tanques que ya han ganado 40 kilómetros de terreno, amenazando con sus cañones a la localidad de Obojan.

La resistencia de los soviets, también en el aire, es severa. En

una de las primeras mañanas, veo como una Escuadrilla nuestra de He 111 se aproxima a Bjelgorod para atacar los puntos indicados. La Flak la tirotea. Una máquina es alcanzada por un proyectil enemigo que la destroza totalmente; como una lluvia de pequeñas partes incandescentes, va cayendo a tierra. Estos espectáculos forman el carácter inquebrantable del soldado... Los sacrificios que aportan nuestros compañeros no deberán ser en vano. Al poco tiempo atacamos nosotros posiciones de asalto del ruso, manteniéndonos forzosamente al alcance de la Flak enemiga. Durante las caídas en picada y los vuelos a escasa altura, veo más de una vez, las partes brillosas de las piezas de alguna He 111 destrozada. Por la tarde me visita un oficial de la aviación, para comunicarme, que en el día de hoy, acaba de morir un primo mío. Quien no se imagina la sorpresa del Capitán, cuando le explico detalladamente todas las fases de su muerte, sospechando que habrá participado hoy en un raid contra Bjelgorod, piloteando una He 111, con la que se ha precipitado a tierra. Este muchacho es el tercero de mis primos que da su vida por la patria. A su padre, mi tío, lo anuncian, poco tiempo más tarde, como "desaparecido"...

Las semanas siguientes nos traen graves pérdidas en nuestra Escuadra. El Capitán Wutka, ex compañero mío de la Escuela de Guerra y actual Jefe de la 8ª Escuadrilla, cae, como asimismo el Teniente 1º Schmidt, el que acababa de perder a un hermano en las batallas aéreas sobre Sicilia. Tanto en el caso de Wutka como en el de Schmidt, no sabemos claramente, si la máquina explotó en el momento de comenzar el vuelo en picada o en el instante de accionar sobre el botón para lanzar la bomba. ¿Será posible que un acto de sabotaje haya originado estas lamentables pérdidas, formando un corto circuito en la instalación eléctrica? Unos meses más tarde, cuando se repiten semejantes casos misteriosos, nos asaltan las mismas sospechas, pero a pesar de investigaciones minuciosas, no es posible dar con la causa.

Bajo nuestras alas se desarrollan, mientras tanto, las batallas más cruentas, ofreciéndonos espectáculos como no los vimos más desde las luchas por allá en el año 1941. En terrenos libres, se desafían las fuerzas blindadas de ambos lados, contando cada una por su parte,

con un cordón de cañones antitanques que están apostados en la retaguardia. En una que otra ocasión, también se utilizan para tal propósito, tanques enterrados en la tierra, si éstos, a pesar de estar inmovilizados, todavía pueden participar con sus cañones en la lucha. Como siempre, nos superan enormemente en cantidad, pero en lo que se refiere a la calidad, inmediatamente se nota la superioridad de nuestros "panzer" y de nuestra artillería de asalto. Por primera vez en la historia de esta guerra, empleamos nuestro nuevo modelo de tanque, el "Tigre", el cual supera todo lo que se ha conocido hasta la fecha. Todos nuestros "panzer" son más rápidos en las maniobras de disparo y tienen una puntería superior. Esto se debe, por una parte, a la mejor calidad de las armas que llevan, y por otra, a los hombres que las manejan, y esto último es lo que decide la suerte de la batalla.

Más peligrosos para nuestros "panzer" resultan los cañones antitanques del Iván, que cuentan, en su mayoría, con calibres respetables y que hacen su aparición en cualquier punto del campo de batalla donde se requiere su presencia. Como los rusos son maestros del camouflage, nos resulta sumamente difícil descubrir a esta "pak" para destruirla.

Al ver estas cantidades de tanques, me acuerdo de pronto de mi máquina cañonera que he traído de la Crimea para ensayarla. Aquí sería posible probarla, ya que tengo tantos tanques enemigos a mi disposición... Si bien la defensa de la Flak en la zona invadida por los tanques es grande, me digo, por otro lado, que ambos bandos combatientes están separados únicamente por una franja de 1200 a 1800 metros, y si no tengo justamente la mala suerte de recibir un impacto tal que me caiga como una piedra del cielo, siempre tendré la posibilidad de echar mi máquina hacia las propias líneas. Así me decido a intentarlo, haciéndome acompañar por toda la Escuadrilla.

En el primer ataque logro hacer explotar cuatro tanques, perforándolos con los proyectiles especiales de mis cañones. Hasta el atardecer se eleva el número de mis presas a doce. A todos nos invade ahora algo semejante a una pasión por la caza, que nace de esa convicción íntima de que uno acaba de contribuir así a ahorrar sangre de su sangre. Después de este primer raid, todos los mecánicos, los

"plomeros" tienen mucho trabajo para volver a poner en condiciones a mi pájaro, que ha sufrido bastante. Pienso que las vidas de estas aves será bastante limitada; pero lo principal es que hemos barrido con todos los complejos, presentando una nueva arma para combatir eficazmente la temible cantidad de tanques bolcheviques, tratándose, además, de un arma que puede estar en cualquier punto de emergencia, gracias a su velocidad y porque no está ligada a las carreteras o a las líneas ferroviarias, como lo está, por ejemplo, la Flak.

En la Escuadrilla, en la Escuadra, en el Grupo, hasta en la Flota, reina alegría, debido a los resultados altamente satisfactorios. Para asegurarnos un reabastecimiento con máquinas nuevas, teniendo en cuenta las pérdidas infligidas por el enemigo, sale inmediatamente una orden para todas las formaciones experimentales, tendiente a que todas las máquinas se trasladen en el acto a este sector. Así nace la Escuadrilla Antitanques, que en los diferentes raids e incursiones dependerá tácticamente de mí.

Los días subsiguientes completan las observaciones hechas. Logramos nuevos éxitos. Mientras que las máquinas cañoneras atacan a los tanques, los bombarderos dan cuenta de la defensa en tierra, a la vez que la otra parte describe círculos a grandes alturas para protegernos contra eventuales ataques por parte de cazas soviéticos.

Así, paulatinamente, voy dando con los detalles tácticos necesarios. Pero, por otro lado, recién se aprende después de haber sufrido un daño. Así nos sucede que perdemos máquinas en zonas que cuentan con una Flak más bien débil, y esto se debe a que nos hemos atrevido con nuestras máquinas en regiones en las que se libran duelos entre ambas artillerías. Aprendemos que tenemos que evitar las zonas de estas trayectorias, pues de lo contrario corremos peligro que nos abatan "por osualidad".

Al cabo de poco tiempo se adaptan los soviets a nuestro nuevo método de combatir tanques. Siempre que las circunstancias se lo permitan, llevan consigo, hasta en las líneas más avanzadas, a su temible Flak. Los tanques del Iván llevan ahora cartuchos flumígenos, para impedírnos la visual y con eso la puntería o para simular un incendio, creyendo que el atacante desistirá de proseguir la arremetida,

suponiendo de que fueron sus proyectiles los que lo incendiaron. Pero tripulaciones experimentadas no se dejan burlar con estos métodos, pues un tanque que arde mostrará, tarde o temprano, relucientes llamas y me parece que imitar éstas les resultará un poco arriesgado a los señores de la liberación mundial...

En la mayoría de los casos explotará, pues el fuego no tardaría en alcanzar a la munición que todos los tanques llevan a ambos lados en su interior. A nosotros nos resulta muy desagradable si a uno de estos colosos se le ocurre volar al aire en el preciso instante en el que lo sobrevolamos a una altura de 5 ó 10 metros. Así me ocurre una vez a mí, en los primeros días, al sorprenderme una de esas explosiones, y pensé:

— Bueno, Hans, esta vez te tocó a ti...

Pero no me tocó y salí sano y salvo al otro lado de la hoguera, si bien pude observar que el calor me chamuscó toda la pintura verde de camouflagé del fuselaje y de las alas. Además, las partículas metálicas que en el momento de la explosión del tanque volaron por el aire, se incrustaron en mi máquina, convirtiéndola en un vulgar colador.

Unas veces, nos largamos de atrás; otras, por uno de los costados, para terminar con ellos. El ángulo de deslizamiento no debe ser demasiado perpendicular, para no encontrarse con dificultades en el momento de atajar la caída, teniendo, por lo tanto, suficiente espacio como para efectuar las maniobras del momento. Si la máquina es lerda y no responde de inmediato, es inevitable un contacto con la tierra, con todas sus consecuencias desagradables.

Tenemos que intentar dar siempre en la parte más vulnerable de los tanques. El frente de los vehículos blindados es siempre el más resistente, y es por eso que siempre "sacan el pecho" cuando se inicia un tiroteo. En los flancos ya es algo más débil; pero la parte más tentadora es atrás, porque ahí está ubicado el motor. Como cada motor a explosión necesita una refrigeración, sólo se puede colocar una chapa blindada de espesor reducido en este centro calorífero, perforándose ésta en la mayoría de los casos para aumentar la irradiación del calor. Aquí sí que vale la pena apuntarle al tanque...

Donde hay un motor, lógicamente debe haber también gasolina y aceite, y ambos son altamente inflamables. Desde el aire es fácil reco-

nocer la parte trasera de un tanque, pues sólo hace falta observar de dónde brota la nubecilla azulada de los escapes. A los costados suelen almacenar los tanques, la gasolina y la munición, pero, como acabo de decir, el blindaje no es tan débil, como precisamente lo es atrás.

Son frecuentes los casos, en los cuales los tanques son acompañados por infantería que va montada en ellos. Si aparecemos en zonas donde ya somos conocidos y temidos, podemos observar como estos discípulos de Stalin se arrojan de sus protectores, aunque estos se encuentren en plena marcha; prefieren estar en tierra firme cuando se inicie el encuentro.

En la segunda mitad del mes de julio, se refuerza la resistencia de los rusos en forma decisiva. Tenemos que vencer represa tras represa y cada vez es más dificultoso nuestro avance. Todos los días estamos en el aire, desde la madrugada hasta el atardecer, apoyando las unidades de choque que ya han avanzado, por allá lejos, pasando la línea férrea de Bjelgorod al Norte y salvando, al mismo tiempo, el río Pskoll.

Cierta mañana, mientras que nos aprestamos a partir, nos sorprende una Escuadrilla de aviones de combate rusos, del tipo IL 2, la cual ha conseguido acercarse a nuestra base, volando a escasa altura. Todos, en forma desordenada, queremos levantar vuelo. No faltan máquinas que salen corriendo por la pista en dirección contraria; sin embargo, no ocurre nada, lo cual parece un milagro, mientras nuestra Flak ya hace rato que abrió el fuego y esto, al parecer, impresiona a los rusos. Observamos cómo la munición normal de 20 mm rebota en los blindajes que llevan los Iváns. A pesar de todo, la Flak consigue bajar con la munición antitanque, varios de los Iváns acorazados.

Sin que nadie lo esperara, como generalmente ocurre, nos llega otra vez una orden de traslado, indicándonos como nueva base, la ciudad de Orel, que viene a quedar al otro lado del frente. Aquí los soviets han iniciado una ofensiva que amenaza la nombrada localidad. Pocas horas más tarde, aterrizamos en la pista de Orel-Norte, llegando por vía Konotop. Lo que se nos comunica por intermedio del parte oficial, está más o menos en relación con los rumores que acabamos de oír en Charkow: el ruso ataca a la ciudad por el Norte, Este y Sur.

En todo el ancho del frente fué paralizado nuestro avance.

Nosotros podemos seguir todas las fases que condujeron a esta situación: primero la invasión de Sicilia, más tarde el golpe de estado contra Mussolini, y en cada caso estábamos obligados a retirar partes de nuestras mejores divisiones, para lanzarlas a los distintos focos europeos. Cuántas veces habremos dicho entre dientes que los soviets deben su existencia como fuerza militar, únicamente a sus aliados occidentales.

Este mes de agosto se torna caluroso en todo sentido. Al Sur estamos entrelazados en sangrientas luchas con los soviets, disputándonos la posesión de Kromy. En uno de estos raids me ocurre algo realmente curioso:

Mientras voy cayendo en picada sobre un puente que acababa de elegir como blanco para mi bomba, veo como un tanque bolchevique se apresta a pasarlo, unas fracciones de segundo después de haber comprobado yo, que estaba libre. Apenas se encuentra en el centro, cuando es presa de mi bomba de 500 kilogramos que estaba destinada para el puente solamente. De este y del tanque quedó tan sólo un montón de hierros retorcidos.

La defensa en este sector es sumamente fuerte. Pocos días más tarde recibo un impacto total de la Flak en mi motor, y la cara se me llena de pequeñas esquirlas. En el primer momento tengo la intención de saltar con paracaídas pero, vaya uno a saber adónde se lo lleva el viento, y además he visto Lags que se encuentran por acá cerca. Por suerte logro efectuar un aterrizaje forzoso en las primeras líneas alemanas, planeando hasta aquí con el motor parado. Una unidad de infantería me lleva dos horas después a mi Plana Mayor en Orel. No pierdo tiempo y en seguida vuelvo a salir, de vuelta al mismo sector. Es un poco raro, cuando uno pasa pocas horas más tarde, por el mismo punto donde acaba de ser abatido. Todos los pensamientos melancólicos y fúnebres se dispersan en estos momentos.

Ahora nos dedicamos a las posiciones de asalto del ruso y como vuelo algo más arriba, observo tranquilamente a la Flak de gran calibre. Abre el fuego sobre nuestra unidad y puedo reconocer sus posiciones, gracias al fogonazo de las bocas de sus cañones. De improviso la ataco, ordenando a la vez que también las máquinas restantes sigan mi ejem-

plo. Llevando la segura y tranquila convicción de que también ellos recibieron su merecido, emprendo el vuelo de regreso a la base.

Todas las noches nos atacan aviones rusos en nuestras bases de Orel. El primer tiempo estamos alojados en carpas de campaña, pero más tarde, nos trasladamos a casas de material. Al lado de las carpas se han hecho trincheras y en estas nos debemos refugiar, cuando comienza la "bendición" de arriba. No obstante, la mayor parte de nuestros muchachos no se molestan y se quedan tranquilamente en sus lechos; necesitan unas horas de descanso. Además, resulta lo mismo porque el Iván lanza sus bombas durante toda la noche. En uno de estos raids pierdo a mi amigo Walter Kraus, Comandante del 3er. Grupo. Después de haber cursado sus estudios en la Escuadra Suplementaria, en aquellos tiempos de Graz, este ex boy-scout pudo compenetrarse excelentemente de sus nuevas tareas y deberes, siendo de esta manera, al poco tiempo un gran valor en nuestra Escuadrilla. Recién acababa de ascender a Mayor, confiriéndosele a la vez las "Hojas de Roble". Es inmensa la pena que siento por este buen amigo y camarada; es conmovedor... ¿Cuántas veces tendremos que soportar todavía estos golpes del destino que a nosotros nos parecen incomprensibles?

Me separan ahora de la 1ª Escuadrilla, entregándome el mando del 3er. Grupo, como Comandante. Lo conozco lo suficiente porque antes he sido su Oficial Técnico, y si se me presentan rostros nuevos no me son del todo ajenos, ya que tuve ocasión de conocerlos en mis frecuentes visitas. Tampoco me resulta muy dificultoso acostumbrarme a mis nuevas tareas y esto se lo agradezco en primer lugar al Capitán Becker, a quien hemos puesto el apodo de "Fridolin". Este hombre está compenetrado de lo más insignificante y es, por lo tanto, el "alma mater" del personal de los servicios en tierra. En lo que se refiere a la atención médica, contamos con el Capitán médico Gadermann, quien está también en estrecho contacto con todos. Así resulta que toda la Jefatura del 3er. Grupo se transforma en una familia, en la cual todo problema se soluciona con tranquilidad y unanimidad. Tampoco en el aire significa algo nuevo este cambio para mí, dado

que en el último año he debido, en más de una ocasión, hacerme cargo del Ser. Grupo.

Al poco tiempo cumplo en este Grupo mi raíd Nº 1200 y me acompaña, entre otros, un grupo de cazas, al cual también pertenece el esquiador Jennewein. Entre las incursiones conversamos, siempre que las circunstancias y el tiempo lo permitan, de nuestras montañas, allá en la patria lejana, y del deporte en esquís también, se comprende... En una ocasión, en la que partimos todos juntos, no vuelve más y su unidad lo anota en sus listas como "extraviado". Se sospecha que fué alcanzado por la defensa aérea del enemigo, pues lo último que dijo por la radio fué:

—Tengo un impacto en el motor; vuelvo en dirección al sol...

Ahora bien, hay que considerar que el sol se encontraba, a la hora de su último mensaje, en el occidente, y esta dirección de vuelo en este caso especial no es la más conveniente, ya que en esta zona de ataque donde luchamos actualmente el ruso logró adelantarse en nuestro terreno cerca de Bolchow, formando como una prolongada manga en dirección Este-Oeste. Si el amigo Jennewein voló hacia el Oeste, significa que se ha mantenido en el medio de la zona invadida por el ruso, quedando de este modo siempre sobre terreno rojo. Sólo unos pocos kilómetros más al Sur hubiesen bastado para caer entre las propias tropas, porque aquella manga es bastante angosta...

Nuestro período de desgracias no parece terminar jamás aquí en Orel. El Jefe de mi 9ª Escuadrilla, Teniente 1º Hoener, vuela con su artillero; es portador de la Cruz de Caballero, siendo uno de los oficiales más antiguo en nuestro Grupo. Después de haber sido atacado por la defensa antiaérea, se desliza en ángulo agudo, practicando un aterrizaje sin hacer uso del tren de aterrizaje, en la "tierra de nadie", quedando con su máquina acostada en la ladera de un pequeño barranco. Al principio estoy inclinado a creer que se trata de un aterrizaje forzoso, pero parece que ya fué herido gravemente en el aire, calculando que el contacto con la tierra ha sido demasiado brusco. Sobrevuelo repetidas veces su máquina, no pudiendo comprobar movimiento algu-

no. Gadermann se adelanta, y con la generosa ayuda de fuerzas terrestres logra llegar hasta el lugar del siniestro, comprobando a la vez que ya nada se puede hacer en favor de la tripulación. Llevamos a un cura al lugar del accidente y de esta manera por lo menos les ofrecemos un entierro digno, para que sus almas descansen eternamente.

Se habla muy poco durante estos días en nuestro Grupo; tratamos sólo lo más esencial. La dureza de lo vivido nos oprime, y también las otras unidades sufren momentos semejantes. Una mañana nos dirigimos a diversas posiciones de artillería al Este de Orel y mi Grupo es acompañado por varias Escuadrillas del 1er. Grupo, la segunda a las órdenes del Teniente 1º Jaeckel. Este se ha desarrollado favorablemente, hasta llegar a ser un excelente piloto. Apenas logra divisar cazas enemigos cuando ya los ataca, sin tener en cuenta que ellos le superan tanto en velocidad como en armamento. Ya en el frente del Kuban ha sido varias veces el protagonista de las más distintas bromas. Siempre vuelve a insistir que su Ju 87 tiene una velocidad que la distingue de las demás del mismo tipo, y, claro, cuando acelera a fondo consigue adelantarse a su Grupo!... En varias ocasiones este muchacho alegre logra derrotar a un caza enemigo, tomando el aspecto de un ciervo que atraviesa el bosque de un lugar al otro para dar con el cazador y ensartarlo con sus astas. Es, sin duda alguna, el más alegre de toda la tripulación de su Grupo. Es capaz —y lo realiza— de contar chistes desde las nueve de la noche hasta las cuatro de la mañana, sin repetir uno. Muchos autores conocidos y muy difundidos en el ejército son su predilección; en primer lugar el afamado Bonifacio Kieseewetter.

Esta mañana acaba de atacar con su Grupo una batería vecina y ya nos encontramos en el vuelo de regreso, acercándonos a nuestras líneas, cuando de pronto uno da la voz de alarma:

—¡Atención, cazas!...

Los puedo distinguir; están aún muy lejos y no demuestran ninguna intención para el ataque; pero Jaeckel... ¡este Jaeckel, vuelve su máquina y al poco rato está trenzado con ellos en combates aéreos. Al cabo de unos minutos logra abatir 4 uno, pero Jentsch, "el gordo", su

artillero, que siempre tiene sus ojos en todas partes a la vez, parece estar mirando hacia adelante en vez de prestar atención hacia atrás, como lo manda el reglamento. Una Lag se le pegó y a la vez veo con estupor cómo su máquina describe una vuelta forzada, para estrellarse en el suelo, envuelta en llamas. Sólo me lo puedo explicar pensando en que Egberto se olvidó de que estaba a muy escasa altura como para realizar esa clase de acrobacias. Por lo ocurrido también perdemos a este buen camarada.

A varios de nosotros les ocurre pensar: "Ahora que uno tras otro de los viejos nos abandona, puedo calcular matemáticamente y valiéndome del almanaque, cuándo me tocará a mí"...

Pero todo en la vida pasa. También los períodos de mala suerte. No obstante, hace tanto que lo estamos esperando... El compartir la vida con los compañeros, eternamente amenazado por la muerte, educa al fatalismo y forma cierta testarudez. Ya ninguno de nosotros se levanta de la cama cuando ataca el enemigo. Casi muertos de sueño, oímos todas las noches, mitad despiertos, mitad dormidos, los estallidos de las bombas que lanzan los rojos en nuestras inmediaciones.

Cada vez notamos con más angustia los inconvenientes originados por la irrupción de los rusos en nuestro frente del Norte que corre del Este al Oeste. Están amenazando también la localidad de Kareitschew. Para estar más dispuestos, acortando al mismo tiempo las distancias que nos separan, nos volvemos a mudar. Esta vez nuestro destino se llama Kareitschew, puesto que desde esta base podemos abarcar mejor el sector de Shisdra. Las luchas se desarrollan casi siempre en zonas cubiertas de bosques tupidos, lo que nos dificulta muchísimo la observación. Los soviéticos tienen, gracias a estos inconvenientes, posibilidades excelentes para camuflarse hasta la perfección, complicándonos las probabilidades de dar con ellos, para aniquilarlos. Como casi no se presentan tanques, vuelvo a utilizar mi máquina bombardera. Al hacerme cargo del Grupo había conseguido unir aún más estrechamente la Escuadrilla antitanque conmigo, y con eso también más al Grupo, y la Plana Mayor de éste consiguió, en un lapso relativamente corto, adaptarse a las nuevas exigencias técnicas y de vuelo que exige el "pájaro cañonero".

Poco tiempo permanecemos en Kareitschew. Hace varios días que corren rumores acerca de un traslado al Sur, donde "las papas queman". Realizamos unas incursiones partiendo desde Briansk y al poco tiempo puedo comprobar que, excepcionalmente, se confirma lo antedicho, dado que debemos trasladarnos a la brevedad a Charkow, pero con la diferencia de que esta vez ocuparemos la base situada al sur de la ciudad.

XI

LA RETIRADA AL DNIEPR

Desde que nos fuimos, hace ya unos meses, ha cambiado mucho esta zona. De parte nuestra se han retirado varias divisiones, mientras los bolcheviques comenzaron a lanzar una contraofensiva. En los primeros días de nuestra presencia el fuego de la artillería rusa alcanza la zona urbanizada de la ciudad. Como no contamos en esta base con una reserva suficiente de gasolina y bombas, no nos sorprendería un nuevo traslado a otra que reúna condiciones más favorables. Y así sucede. Nos trasladamos a la localidad de Dimitriewka, unos 150 kilómetros más al Sur. Como estamos más bien alejados del actual frente de lucha, usamos simultáneamente dos bases: Barwenkowo, para poder alcanzar el frente del Donetz, cerca de Isjum, y Stalino, para abarcar el frente del Mius. Cada base cuenta con un pequeño destacamento, el cual tendrá como deber el aprovechamiento de nuestras máquinas durante el día. Nuestros mecánicos y armeros son llevados todas las mañanas a estas sub-bases. Tanto en el sector Isjum, en el Donetz, como a lo largo del Mius, se ha estabilizado nuestro frente, que ahora se está defendiendo decididamente contra las arremetidas de los soviéticos, los cuales atacan con considerables concentraciones de hombres y de material. Como en la mayoría de los casos, se vuelven a repetir los mismos hombres de los valles y parajes, hacia los cuales nos dirigen los oficiales observadores en tierra. Pronto estamos en condiciones de volar sin la necesidad de consultar el mapa, según el método del Capitán Steen: "los niños grandecitos ya saben qué hacer"...

Volando en el sector de Isjum oigo en una ocasión la voz de un guía aéreo:

—“Hannelore” (este es mi nombre camuflado), ¿no es usted el cascanueces de antes?

Como no contesto, vuelve a repetir siempre la misma pregunta, como un fonógrafo, hasta reconocer en él la voz de un oficial conocido que en aquel tiempo guiaba nuestras incursiones desde tierra, recordando a la vez que cuando obrábamos en conjunto con esta división todo salía a pedir de boca. Sé que me lo prohíbe el reglamento, ya que no debo violar el secreto, pero, sin embargo, le contesto que sí, que soy el mismo y que “a él le gusta jugar al fútbol”. El lo afirma jubiloso y todos los muchachos del Grupo que han sido testigos de esta curiosa conversación están igualmente contagiados por la alegría y “le muestran el hombro frío a la Flak”, esto es, que le vuelven la espalda con gesto despectivo. Este Teniente 1º de comunicaciones aéreas es un excelente centro delantero de un quipo vienés. Como está prestando servicios en una unidad “élite” que ha de ser un pilar en nuestra defensa, nos veremos seguramente con frecuencia.

Aquí, en el frente del Mius, muere el Teniente 1º Anton, quien se había hecho cargo de la 9ª Escuadrilla, sustituyendo al Teniente 1º Hoerner, pereciendo de la misma manera misteriosa que muchos otros anteriormente. Su máquina es destrozada en átomos en el momento de comenzar el vuelo en picada. Uno más de los “viejos”, un caballero portador de la “Cruz de Caballero”, nos abandona para siempre. En el personal de nuestra unidad estamos continuamente en un movimiento de vaivén; nunca se restablece la tranquilidad; es el ritmo severo de la guerra...

Ya comenzó el otoño cuando recibimos la orden de trasladarnos al frente del Dnjepr; esto significa que nos retiramos más hacia el Oeste. Por unos pocos días nos instalamos en la pista de Krasnoarmaiskoie, al noroeste de Stalino. Los rojos avanzan provenientes del Este y del Noroeste sobre el centro industrial en la cuenca del Donetz. Parece que se han propuesto mucho, pues están en todas partes. Además, atacan con aviones americanos del tipo “Boston” continuamente nuestra base; esto no nos conviene desde ningún punto de vista, porque así logran un retardo en los trabajos tendientes a preparar nuestras máquinas para las futuras incursiones, lo cual lleva como consecuencia

lógica que aparezcamos con un retardo más bien considerable en nuestros puntos de acción. Durante estos raids enemigos nos refugiamos en las trincheras, esperando hasta que haya bajado toda la "bendición". Menos mal que las pérdidas en máquinas y materiales son ínfimas. Comienzan a pasar varias unidades del ejército, pero ninguno de los soldados nos dice que ya son las últimas formaciones que se desenlazan del enemigo y que los rojos les están pisando los talones. Pronto lo notaremos.

Partiendo de esta pista, sobrevolamos la ciudad, reuniéndonos a cierta altura, en cumplimiento de una orden que nos imparten para combatir concentraciones del enemigo, a más o menos 40 ó 50 kilómetros distantes de nuestra base.

Al límite opuesto de la ciudad distingo seis u ocho tanques que llevan el color de camoufflage y que por su forma se parecen muchísimo a los nuestros. No obstante, me llama la atención su silueta. Henschel disipa mis sospechas diciendo:

— A la vuelta les vamos a dar un vistazo más detenido a esos tanques alemanes...

Así seguimos volando para cumplir nuestro deber en el sector indicado, descubriendo al mismo tiempo una fuerte aglomeración de unidades enemigas, notablemente avanzadas en dirección occidental.

Al volver, no olvidamos de inspeccionar con más detenimiento los tanques que habíamos tomado por alemanes. Como podemos comprobar inmediatamente, se trata de T34 rusos; las tripulaciones se han reunido afuera, en semicírculo, estudiando un mapa. Seguramente estarán estudiando la situación. Cuando hacemos nuestra aparición se dispersan atemorizados, buscando protección en el interior de sus vehículos blindados. Por desgracia no podemos accionar por falta de munición. Nos demoramos cierto tiempo, que es empleado por los soviets para penetrar en la ciudad; pero al cabo de diez minutos estoy listo y ya me encuentro en el aire para buscarlos entre los edificios. Mientras los atacamos, se defienden dando vueltas y más vueltas alrededor de las casas, logrando de esta manera que los perdamos por momentos de nuestras miras ópticas. Consigo destruir a cuatro de ellos; ¿dónde estarán los demás?

A cada momento pueden presentarse en nuestra pista de aterrizaje. Estamos con las manos atadas, puesto que no podemos salir antes de que esté reunido todo el personal, que todavía se halla disperso en los diversos distritos de la ciudad y que debe abrirse un camino para llegar hasta aquí. Además, me acuerdo que he enviado un vehículo con un encargado de abastecimiento a la parte oriental de la ciudad, para que se ocupe de la provisión de víveres para nuestros muchachos. Si la suerte lo abandona, será fácil presa de los bolcheviques. Más tarde, aquel encargado me cuenta que salió del edificio de aprovisionamiento en el preciso instante en el que un tanque ruso T 34 se arrimaba por el otro lado cortándole, por poco, el camino de regreso. Con un susto estupendo y con el pie hasta el fondo sobre el acelerador, logró salvarse a último momento.

Salgo con mi máquina para cumplir con otra incursión. Vuelo solo. El Grupo no me puede acompañar, debido a la escasez de gasolina, la cual necesitaremos para nuestro traslado a Pawlowka. Espero que, mientras tanto, todo mi personal se reunirá en la pista. Después de buscar durante cierto tiempo, doy con dos tanques más a los que pongo inmediatamente fuera de combate. Seguramente, estos iban camino a nuestra base para terminar de una vez con el nido de los pájaros Stukas. Nos tocó la hora definitivamente y salimos, después de haber entregado a las voraces llamas todo los aviones que no podíamos llevar con nosotros por diversas razones. Mientras describo unas vueltas sobre la pista, dando de este modo tiempo a los demás para que se reúnan, veo los primeros impactos de las granadas de tanques en nuestra base — así que ya están por aquí... pero nosotros nos hemos escabullido a tiempo...

Volamos rumbo Oeste-Noroeste y por largo tiempo seguimos el curso de una carretera importante, donde nos encontramos sorpresivamente con una columna motorizada, la cual nos recibe con un fuego tupido de Flak y lleva tanques. Disolvemos nuestra formación estrecha y comenzamos a describir nuestros típicos círculos para darnos cuenta de lo que se trata. Son tanques rusos, camiones, en su mayoría de origen norteamericano, y otras cosas más; no cabe duda: son rusos. No comprendo de dónde habrán aparecido, tan avanzados en dirección

occidental — pero son rusos. Nos reunimos a cierta altura, y doy orden de combatir primero a la Flak, para luego, con más tranquilidad, hacer lo mismo con los vehículos restantes. Una vez puesta fuera de combate la Flak, comenzamos a separarnos, dedicándonos con todo esmero a los vehículos blindados y a los camiones, convirtiendo todo en un montón de hierros doblados y humeantes. Durante esta acción va cayendo la noche y la carretera ofrece el aspecto de una serpiente encendida. Son los vehículos que arden como antorchas. Como estaban tan estrechamente reunidos, no tuvieron oportunidad para esparcirse en el terreno y buscar entonces la primera protección que se les ofreciera. Apenas dejamos a uno; la pérdida en materiales para el ruso es bastante importante, juzgando a simple vista..., pero... ¿y eso? ... Siento como si se me congelara la sangre...

Al sobrevolar los primeros vehículos de la columna, distingo con horror nuestra bandera de guerra, con la cruz svástica, sobre los capotes.

Estos camiones son de fabricación alemana...

En eso se dispara una señal blanca de uno de los zanjones adyacentes a la carretera..., esta es la señal convenida para las propias unidades... Nunca me sentí tan mal; quisiera tirarme con máquina y todo en cualquier lugar del campo. ¿Así que se trataba de una columna alemana?... Todo está envuelto en llamas. Pero, ¿cómo es posible que nos hayan recibido con un fuego tan violento?... ¿Cómo se explica que los camiones restantes son de procedencia yanqui?... ¡Dios mío! Pero si yo mismo he visto correr soldados que vestían uniformes de color kaki...

Siento sudor en la frente y me invade un sentimiento de pánico...

Ya es bastante oscuro cuando, al fin aterrizamos en Pawlowa. Nadie del personal habla, pero yo sé que todos están pensando lo mismo...; es horrible... ¿Habrá sido una columna alemana que estaba emprendiendo una retirada a último momento?... La incertidumbre y la angustia nos ahoga a todos por igual. No me es posible enterarme telefónicamente, aunque llame durante horas, para cerciorarme de qué clase de vehículos se trataba. A eso de medianoche, vienen unos soldados de una unidad de infantería motorizada y mi oficial de servicio

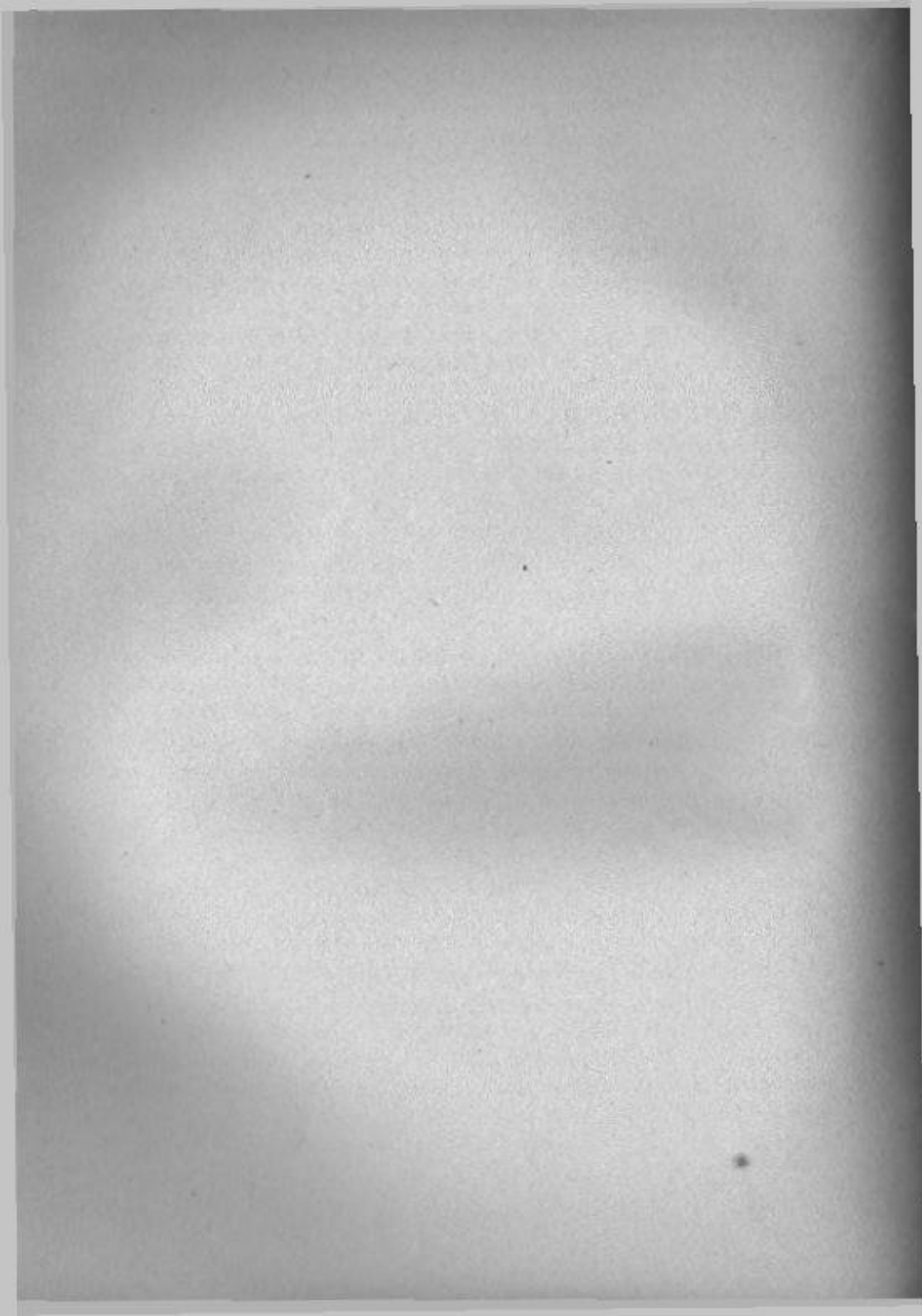
me despierta, arrancándome de un sueño que, excepcionalmente, no es tranquilo. Me explica que se trata de algo muy importante. Los camaradas del ejército me quieren dar las gracias personalmente, puesto que debido a nuestra intervención fueron salvados de la prisión rusa, contándonos en términos incoherentes, cómo fueron alcanzados por una unidad rusa, mientras ya estaban en plena retirada. Lograron, a último momento, salir de sus vehículos y refugiarse en las zanjas, estando así protegidos de los proyectiles rusos que les pasaban zumbando por las cabezas, cuando aparecimos nosotros, destruyendo totalmente la columna bolchevique. Nuestros camaradas aprovecharon la situación para seguir corriendo unos 200 metros más adelante, no sin antes haberse dado a conocer por medio de bengalas blancas para avisar que se trataba de alemanes.

Me siento inmensamente feliz, notando como el peso que me oprimía el corazón, empieza a dar lugar a que éste pueda palpar ahora, lleno de júbilo.

Poco tiempo más tarde estamos estacionados en Dnjepropetrowsk, encontrándonos sobre el lado oriental del río. Tenemos un camino bastante largo hasta poder llegar a nuestro alojamiento en el centro de la ciudad. Dnjepropetrowsk nos hace la misma impresión que antes Charkow. Otro letrero para atraer admiradores ansiosos de conocer el "paraíso de los campesinos y obreros". Casi cotidianamente se entre-tienen los aviadores rusos practicando puntería contra un puente en el corazón de la ciudad. Seguramente que tienen la intención de cortarnos, de este modo, nuestra vía de acceso para mantener la ayuda a nuestras fuerzas, en materia de aprovisionamiento, víveres y armamentos. Hasta ahora no hemos comprobado un solo impacto en este puente. Quizá no es lo suficientemente grande... vaya uno a saber...

Los habitantes civiles del lugar están en la gloria. Después de cada raids bolchevique, corren todos con baldes, jarros y otros recipientes, a todo lo que les dan las piernas, a la orilla del majestuoso río. Debido a las diversas explosiones, pueden recoger todos los peces que les da la gana. Calculo que desde hace años esta ciudad no habrá comido tanto pescado como en estos días.

Diariamente volamos contra el enemigo. Ahora al Norte, luego al Sur y después al Este, dado que los soviets empujan con ímpetu en la cuenca del Donetz, para perturbar a nuestras tropas, quitándoles la tranquilidad de poder elegir e instalar sus posiciones de defensa a orillas del Dnjepr. Junto con el traslado de mi Grupo, pues nos dirigimos a Bolschaja Costromka, a unos 120 kilómetros de Dnjepropetrowsk, pierdo a Becker, a quien envían a la Plana Mayor de la Escuadra. En vano me defiendo contra esta decisión, puesto que Becker pertenece a nuestra "familia". Pero ya no hay nada que hacer, y después de mucho tira y afloja, tengo que resignarme. ¡Qué pena...!



XII

SIGUE LA RETIRADA AL OESTE

Bolschawa-Costromka es un típico pueblo ruso, con todas sus ventajas y desventajas, aunque hay que confesar que para un europeo, tiene más de las últimas. Esta población está muy dispersa y se compone en su mayoría de casas construídas de barro; sólo unos pocos edificios tienen el lujo y la aristocracia de presentar paredes de material, es decir, de piedras y rocas. Ni hablemos de un sistema de calles en esta localidad, pues no cuenta más que con callejones de tierra, en los cuales, nuestros vehículos se hunden hasta los ejes en la época de las lluvias. A veces, es imposible transitar en este barrial. Nuestra base está situada en el extremo Norte del pueblo, lindando con la "carretera" a Apostolowo. Tampoco este camino puede ser usado por nuestros vehículos, en la mayoría de los casos. Debido a estas circunstancias, todo el personal ha aprendido el manejo de caballos y bueyes, para poder cumplir en cualquier ocasión con las obligaciones cotidianas que exigen estas luchas. Así se da el caso de presentarse el curioso cuadro de que nuestros aviadores, sin duda más firmes en sus máquinas que sobre un mancarrón o un rumiante antidiluviano, se arriman a aquellas, montados, para saltar de éstos al ala del avión, ya que la "pista" tampoco es mejor que las mal llamadas "calles". La base se asemeja más bien a un lago fangoso, interrumpido en algunos trechos por unas islas, y a veces pensamos que sería mejor emplear hidroaviones. Solamente los neumáticos anchos con que están equipadas nuestras máquinas nos permiten despegar del suelo, a pesar de que todo es fango. No hay duda alguna: se nota la proximidad del Dnjepr. Nuestros alojamientos

están situados en distintos lugares del pueblo; sólo la Plana Mayor del Grupo está alojada en una casa de piedra que según las crónicas, ha servido una vez de escuela y que se encuentra al Sur de este caserío. En este mismo "edificio" hemos instalado algo así como un "Casino". En la mayoría de los casos, nuestra pista está cubierta de una capa uniforme de agua y cuando hace mucho frío, aprovechamos para jugar al hockey sobre el hielo. El pobre de Ebersback y el no menos desdichado Fickel son mis sacrificados. En el último tiempo se han vuelto más bien escépticos... ¿será por los múltiples moretones que en toda la gama de que es capaz mostrarse el color azul, ostentan sus piernas?

De vez en cuando y si el tiempo nos obliga, instalamos los "arcos" en nuestra pieza, si bien esto no entusiasma sobremanera a nuestros arqueros, pues, dado la escasez de espacio se aumenta la violencia y el ímpetu. Por lo menos, no podemos dañar los muebles, porque... no existen.

Los rusos se asombran de todas las pequeñeces que cada soldado lleva consigo. Dicen que las fotos de nuestras casas, de nuestras habitaciones y de nuestras novias son todas vil propaganda, pero, poco a poco, los vamos convenciendo de la legitimidad de lo demostrado y ellos se convencen de que "no todos" los alemanes son canibales. Ya no creen más en esa frase que han estudiado durante meses "Germanski nix kultura" (los alemanes no tienen cultura). Como en todas las regiones, no pasan muchos días y los rusos se nos acercan para preguntar tímidamente si les permitimos que vuelvan a colocar sus crucifijos y sus imágenes de vírgenes, puesto que hasta la fecha los han conservado celosamente ocultos, debido a que un hijo, o una hija, o el comisario mismo, no lo aprobaba. Pero como nosotros no tenemos por qué prohibirlo, nos van teniendo más confianza cada día que pasa, llenándose de respeto y de agradecimiento para con nosotros. Al contarles que en nuestra patria podemos ostentar crucifijos y celebrar procesiones, apenas lo creen, mirándonos con ojos incrédulos. Son como niños que escuchan un cuento de hadas. Al poco tiempo, cada hogar tiene su pequeño altar y todos desean que esto quede eternamente así como lo han permitido los "germanskis" que tienen "nix kultura". Sin embargo, viven muy atemorizados por los comisarios, ya que estos vigilan

a cada uno del pueblo, olfateando hasta en el último rincón. Casi siempre ejerce este oficio el maestro del pueblo. Pobre gente... ¿Qué suerte habrán sufrido después de la "liberación" por parte de los bolcheviques?...

Momentáneamente estamos pasando un período de lluvias, lo cual se hace sentir en el desarrollo normal del aprovisionamiento y sobre todo, comenzamos a notar cierta escasez de víveres. En diversas ocasiones, volando a poca altura por sobre la tierra, puedo observar tanto a nuestros propios soldados como al enemigo, ocupados en pescar a orillas del río, valiéndose de bombas de mano. Estamos en guerra y el Dnjepr es zona de batalla; por lo tanto estamos autorizados a aprovisionarnos de víveres, sin reparar en los métodos. Así es que me decido a hacer caer una bomba de 50 kilos al agua. Gosler, "el hombre encargado de hacer algo de comer", es enviado con unos muchachos en dirección al Dnjepr, no sin haberle indicado antes detalladamente, en qué vuelta del río lanzaré mi bomba en las proximidades de la costa. Dejo caer la misma al agua desde unos 20 a 30 metros, luego de haberme asegurado bien de la presencia y de la ubicación de los compañeros. Como se trata de un proyectil con retraso, pasan unos segundos antes de que se produzca la explosión. Supongo que más de uno se habrá asustado. Desde la cabina de mi máquina puedo ver como todos están tendidos cuerpo a tierra, como sapos. Con las olas producidas por la bomba casi vuelco a unos "graciosos" que se habían provisto de un bote, esperando poder recolectar así mayor cantidad que los demás. Desde aquí arriba veo las panzas blancas de los peces que se distinguen a través de la superficie del agua. Todos los soldados están ocupados en recolectar el mayor número posible, en el tiempo más breve. También los habitantes de esta zona, pescadores desde hace generaciones, salen de sus guaridas, llevando a tierra todo lo que encuentran a su alcance. Claro está que a ningún pescador apasionado le gustará este método. Ni a mí tampoco. Unas horas más tarde llega el camión con su botín, transportando varios centenares de kilogramos de pescados; entre ellos descubrimos ejemplares de 30 y 40 kilos de peso. Se trata principalmente de esturiones y de cierta clase de carpas de río. Diez días lo pasamos comiendo pescado y debo admitir que

todos estamos altamente satisfechos y entusiasmados. Sobre todo, los esturiones, ahumados o hervidos, son exquisitos, y las carpas gigantes no tienen ningún gusto a barro. A las pocas semanas, repetimos esta acción pesquera.

Nuestras incursiones realizadas diariamente, van en las más distintas direcciones. Del Este y del Sudoeste siguen los rusos arremetiendo contra nuestra cabeza de puente en Nikopol sin desmayo, atacando, en primer término, de la zona de Melitopol. En la zona disputada, descubrimos, al pasar con la vista por el mapa, muchos nombres alemanes, como Gustavfeld, Heidelberg, Gruental... aquí viven colonizadores alemanes, y sus antepasados han hecho de esta tierra un jardín.

Más al Norte, sigue el frente corriendo a lo largo de la villa opuesta del Dnjepr, pasando al Este de Saporoshje, para desembocar en la zona de Kremetschuk, luego de haber cruzado el río a esa altura. En la retaguardia de los rusos está la ciudad de Dnjepropetrowsk... Como lo hemos experimentado tantas veces, el ruso presiona nuestro frente en los lugares más distintos y frecuentemente logra irrumpir en nuestra defensa. En contraofensivas de escala limitada que casi siempre son llevadas por divisiones de "panzer", logramos restablecer el frente inicial. La ciudad Kriwoi - Rog dispone de una pista de hormigón, pero a nosotros no nos sirve.

Una de estas avanzadas soviéticas logra alcanzar la citada ciudad y su aeródromo. Las principales fuerzas rusas llegan de los parajes situados más al Norte, de Pitichatki. Ahí mismo es donde perdemos a nuestro Teniente 1º Mende. A pesar de que lo buscamos afanosamente durante todo el día, no podemos dar con su paradero; la inmensa y misteriosa Rusia lo ha devorado... para siempre.

También aquí conseguimos restablecer el status quo de antes, echando a la vez a los rojos unos kilómetros más al Norte. Como los abastecimientos para estas unidades soviéticas llegan con interrupción, nos proponemos atacar los puentes que cruzan el Dnjepr. Cada tres o cuatro días, nos llega del Korps una nueva orden que nos indica un puente como blanco y en casi todos los casos, nuestras presas están comprendidas en la zona entre Kremetschuk y Dnjepropetrowsk. Cierta día, una nueva irrupción de los bolcheviques en dirección Norte-

Sur me obliga a volar por la mañana y como si esto nada fuera, también me las tengo que arreglar con el mal tiempo. Quiero investigar las condiciones del enemigo y si es posible atacar con una formación más bien grande, no obstante el mal tiempo reinante. Antes de mi partida, me comunican que una población está todavía en nuestro poder, pero que sus ocupantes están en una situación angustiosa y que por lo tanto, se solicita ayuda, para librarlos de esta situación. La orientación que necesito, me será prestada por un oficial de comunicaciones aéreas desde tierra y éste se encuentra entre el personal de la citada unidad.

A poca altura nos acercamos de a tres a la zona citada y al poco tiempo percibo la voz, para mí ya conocida, del oficial de comunicaciones; por lo menos, espero que sea éste y ningún otro. Cada uno está afanado en ganarnos para su propia tropa: por esta razón, nos vemos obligados a pedir se nos dé la contraseña convenida para despistar al enemigo. La necesidad de aviones que tenemos es enorme. Deberíamos contar con veinte veces más para poder corresponder a todos los pedidos. Según puedo reconocer por la voz, allá abajo está el "Epp" del fútbol, con quien he sostenido hace unos meses, aquella conversación graciosa, en medio de los estallidos de los proyectiles de la Flak. Inmediatamente me pongo en contacto con él, pero antes de que me pueda indicar un blanco que valga la pena, descubro por mí mismo una concentración del enemigo, a unos 1,5 a 2 kilómetros.

Todavía estoy volando sobre propio terreno, cuando ya me tirotea la Flak, según puedo ver por los fogonazos. No puedo ver las nubes-cillas de los estallidos, para poder apreciar la dirección de los tiros que se pierden en las nubes. De pronto oigo una tremenda explosión en mi motor y en mi cabina: tengo de fragmentos de granada de Flak en las manos y en la cara y a cada momento se me puede parar el motor. Sigue sacudiéndose durante dos minutos más... y se para definitivamente. Al mismo tiempo descubro, por suerte, una pequeña pradera al Oeste de un pueblito, calculando que los rusos todavía no le habrán echado el ojo.

A los pocos segundos consigo aterrizar normalmente, comprobando, además, con gran alegría, que la máquina del Teniente 1º Fickel me sigue detrás, para ir a parar a pocos pasos de la mía. Como no

sabemos cuánto tiempo quedará en nuestro poder este terreno, procedemos a sacar todo lo importante de la máquina, como armas, relojes, paracaídas... y nos acomodamos en el avión de Fickel. El tercer avión había volado de inmediato a la base para dar parte de lo sucedido. Un poco más tarde, aterrizamos también nosotros, sanos y salvos, en nuestra base de Costromka.

En estos días, también le acompaña "la suerte" al Teniente 1º Fritzsche. Cazas soviéticos le obligan a abandonar la máquina, al sureste de Saporoshje. Llega bien a tierra, si bien se lastima algo con un ala. Después de un breve período de convalecencia, este excelente Capitán de Escuadrilla y portador de la Cruz de Caballero vuelve a nuestra unidad, cumpliendo con su deber.

Sin embargo, la suerte no siempre nos es propicia. Así nos ocurre que cierto día volvemos de una incursión al Noreste de la zona disputada, encontrándonos ya en las inmediaciones de nuestra base y preparándonos para el aterrizaje, después de haber sobrevolado la pista y comenzado la disolución de la formación, cuando de pronto, nuestra Flak abre el fuego. A lo alto y sobre nuestra pista, vuelan unos cazas rusos. No demuestran ninguna intención de atacarnos, pero no obstante nuestra Flak los tirotea, probando de hacer puntería por entre medio de nuestros Stukas. El Teniente Herling, Capitán de la 7ª Escuadrilla, y el Teniente 1º Kruminga, oficial técnico del Grupo, son alcanzados por los propios proyectiles, estrellándose ambos en tierra. Pocos días más tarde, muere el Teniente 1º Fritzche. Así dan sus jóvenes vidas por la Patria, estos tres espléndidos muchachos que han vivido unidos como las hojas del trébol. Esta pérdida nos abate fuertemente, como si una mano vil y traicionera nos azotara. A veces tenemos aquí en el frente de combate situaciones embrujadas, en las cuales parece que todo ha de salir mal y que nunca terminará el período de la mala suerte y de las desgracias.

Para el mes de noviembre llega un mensaje telegráfico, comunicando que me acaban de conferir las Hojas de Roble con Espadas para la Cruz de Caballero, debiéndome presentar a la brevedad en el Estado Mayor del Führer en la Prusia Oriental. Esto fué en el tiempo en el que yo acababa de abatir el tanque número 100 con mi avión cañonero.

Personalmente me alegra y me enorgullece esta nueva condecoración, que honra la eficacia de todo mi Grupo. Sin embargo, lamento por otro lado que todavía no se haya aprobado mi solicitud de conferirle la Cruz de Caballero al amigo Henschel. ¿Dónde estará traspapelada? Por lo tanto, me decido a llevarlo conmigo, pues acaba de cumplir su raíd 1000, y como además ha salido triunfante de varios combates aéreos, logrando abatir al enemigo, es él el artillero que más se ha destacado en toda la aviación. Así partimos hacia los alrededores de Goldap, en la Prusia Oriental, donde el Führer instaló su Estado Mayor.

Por el momento aterrizamos en Loetzen y aquí me presento al Teniente Coronel von Below, quien me comunica que conjuntamente conmigo le será entregada la misma condecoración al Mayor Hrabak. Nos presentará simultáneamente. Como traje a Henschel, le pregunto a von Below si él sabe algo acerca de esta solicitud. Lo niega, pero me promete a la vez que se ocupará del asunto, recogiendo los informes del Mariscal del Reich, Goering, personalmente. Resulta que tampoco ahí se sabe nada, pues la nota debería estar ya para que el mariscal la apruebe, pasándola luego a quien corresponda. El Teniente Coronel von Below salva la situación, solicitando él mismo el consentimiento verbal del Mariscal del Reich. Inmediatamente se presenta al Führer, comunicándole que acabo de llegar y que me acompaña Henschel, contando con la aprobación de Goering para que se le confiera la Cruz de Caballero. La contestación de Hitler es clara:

— Que Henschel entre también. No hay ningún inconveniente.

Es de imaginarse que para mi artillero esto fué el suceso más grande de su vida. Solamente muy pocos reciben esta condecoración de manos del Führer, pues el Comandante Supremo recién inicia la entrega de condecoraciones con la Hoja de Roble.

Sucede así que los tres nos vemos frente al Führer: Hrabak, Henschel y yo. Nos hace entrega de las condecoraciones de guerra; luego pasamos a la sala de trabajo, donde somos invitados a tomar el té con él. Conversa con nosotros de las diferentes operaciones militares que fueron realizadas en los últimos meses y de la formación de nuevas unidades de la reserva, indicando que éstas serán muy necesarias, debido a que se está esperando una ofensiva de parte de los aliados en

el Oeste. La patria estará en condiciones de formar varias divisiones nuevas y la industria bélica las podrá proveer de armas. Mientras tanto, los inventores alemanes siguen trabajando afanosamente, ocupándose con los proyectos más grandiosos y el Führer cree firmemente que con la concentración de toda la energía y de toda la mejor buena voluntad del pueblo alemán será posible parar la invasión bolchevique, destruyéndola definitivamente y librando así al mundo entero de su peor enfermedad: el comunismo. Solamente el pueblo alemán será capaz de realizar esto; siempre lo vuelve a repetir. Se siente orgulloso de sus soldados del frente del Este y sabe muy bien las penurias y los sufrimientos que están pasando, todo en el fiel cumplimiento de su deber. Hitler hace una impresión de hombre sano, ocupado con grandes ideas, mientras la energía le brilla en los ojos, mirando confiadamente hacia el futuro.

A continuación partimos otra vez con nuestro avión, desviándonos algo del rumbo de Hohensalza, para pasar por Goerliz. En esta ciudad hacemos descansar un poco a nuestra Ju 87. Henschel no vive lejos de aquí, en la provincia de Sajonia, y se decide a seguir con el tren hasta su casa, quedando en que nos volveremos a ver dentro de dos días, para continuar nuestro vuelo de regreso.

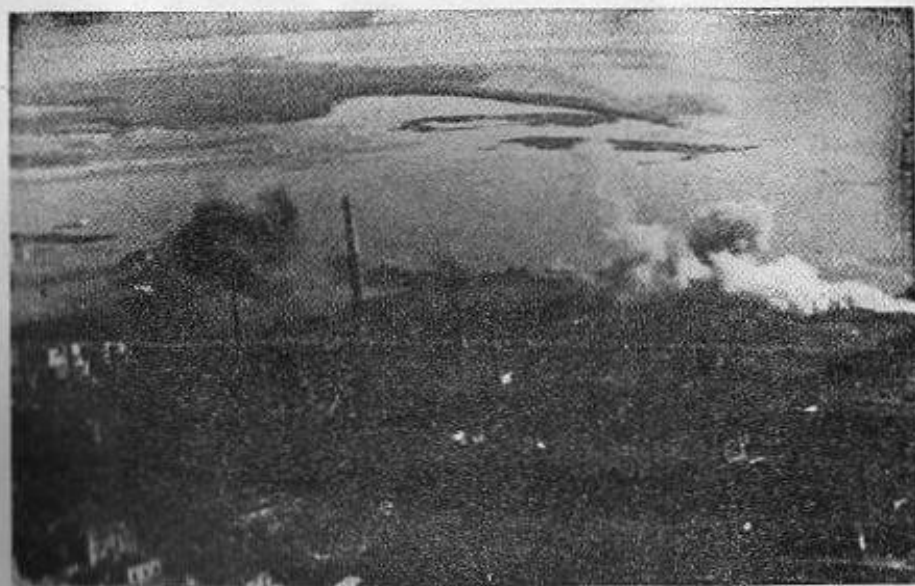
Una vez vuelto Henschel, seguimos volando bajo las más pésimas condiciones atmosféricas y eligiendo el rumbo que nos lleva por Viena, Cracovia, Lemberg y Winitza, hasta llegar a Kirowograd. Cuanto más nos acercamos al Este, tanto más notamos la proximidad del invierno. Las nubes bajas nos impiden la visual, dificultándonos la orientación; para colmo, empieza a nevar tupidamente. Recién suspiramos con alivio cuando sentimos cómo la máquina se desliza sobre la pista de nuestra base en Costromka, sabiéndonos, por fin, en medio de nuestros compañeros. Aquí el frío ya es bastante intenso, pero esto nos viene bien, debido a que el hielo forma una especie de capa de asfalto natural sobre el barro y los charcos, en las inmediaciones del pueblo. Grandes partes de la localidad se convierten así en espejos, y a veces no es fácil transitarlas sin estar provistos de patines. Claro está que volvemos a hacer lo de siempre, cuando el mal tiempo nos impide salir: jugamos al hockey sobre el hielo. Obrando así, hasta los soldados más



Practicando el deporte



Stalingrado



El terreno fabril en el Volga, reciamente combatido. Allí donde se observan las nubes de explosión, nidos de resistencia rusos, oponen caprichosa defensa. A través de los 8 kilómetros de anchura del Volga, los soviéticos son revitalizados de noche

reacios a toda clase de deportes son arrastrados por los demás, convirtiéndose al poco tiempo en los participantes más entusiastas. Todo nos sirve de instrumento deportivo: empezando por la paleta reglamentaria y terminando con las escobas y las palas que sólo el diablo sabrá de dónde se las habrán provisto. Los patines más primitivos del ruso compiten en estas ocasiones con los superpatines más modernos, para practicar este deporte. Muchos participan en estos "torneos" usando únicamente las botas de piel. No importa... Lo principal es moverse a gusto.

De pronto todo vuelve a convertirse en un inmenso barrial, en cuanto sobrevienen unos días más cálidos. Quizás el Mar de Asov y el Mar Negro tengan algo que ver con esto. No nos es posible responder a todas las exigencias cuando nos encontramos en estas condiciones y es por eso que nos trasladamos a otra base que cuenta con una pista hormigonada, que vale mucho más en estos periodos "embarrados".

Precisamente para Navidad y Año Nuevo tenemos la mala suerte de pasar uno de estos intervalos desagradables. Por esta razón cada unidad está obligada a festejar las fiestas por su propia cuenta, y no como el año pasado, que se reunió todo el Grupo. Sin embargo, el Papá Noel tiene una sorpresa para cada uno y, juzgando por los regalos, uno no calcularía que ya nos encontramos en el quinto año de guerra.

Para principios del año 1944 se restablece el tiempo, teniendo como consecuencia el aumento paulatino de la acción en el aire. Los soviets arremeten desde el Este de Dnepropetrowsk, empujándonos hacia el Este y Sureste y logrando interrumpir transitoriamente la carretera que une las ciudades de Kriwoi-Rog y Kirowograd. Nuestros viejos amigos, las Divisiones Blindadas 14 y 24 inician una contraofensiva que tiene el mejor de los éxitos, pues además del botín de guerra, que es bastante apreciable, logran reponer la tranquilidad y la seguridad en este sector... por un tiempo. Siempre salimos de Kirowograd cuando vamos de incursión y nuestros alojamientos se encuentran al borde de la pista. La Plana Mayor del Grupo se instala al lado y ya el primer día se nos presenta una sorpresa poco agradable:

El Ayudante de la Escuadra, Mayor Becker ("Fridolin"), y el oficial técnico, Capitán Katschner, todavía no se han compenetrado del todo

con los métodos rusos de calefacción y así sucede que en una de estas noches se produce en el cuarto en el cual duermen, un escape de gas de óxido de carbono. Menos mal que Katschner se despierta en el preciso momento en que ve desmayado a "Fridolin". Sin perder tiempo se arrastra al aire libre, llevando a remolque a "Fridolin", salvándose los dos de una muerte segura. Morir como soldado, no debido a la acción del enemigo o de sus armas, sino por una tontería cualquiera, eso sí sería más que trágico. En lo sucesivo les gastamos más de una broma sobre este suceso.

Durante el desarrollo de las presentes luchas somos testigos de un espectáculo que sólo se presenta en los casos más aislados:

Estamos entretenidos al sur y al suroeste de Alenxandrija cazando tanques, y en uno de aquellos momentos, cuando ya volvemos a nuestra pista para cargar nueva munición y gasolina, volando a poca altura a lo largo de un seto que divide el terreno llano, cuando de pronto descubro a doce tanques que se van adelantando en dirección al Norte, en fila india. Reconozco inmediatamente que se trata de tanques rusos del tipo T 34. He ganado algo más de altura para observar de dónde habrán venido y tratando de reconocer sus intenciones. Mientras estoy murmurando maldiciones por hallarme sin una sola bala, distingo allá lejos una polvareda. Será a unos tres o cuatro kilómetros de aquí. ¿Quién sabe en dónde estarán estos colosos cuando nosotros recién podamos despegar de nuestra base para salirles al encuentro? ¿Qué estragos habrán causado en este lapso?

Los tanques rusos no se preocupan mayormente de mi presencia, sino que prosiguen su marcha. Para disipar un poco mi mal humor, me traslado hacia esa nube de polvo que acabo de descubrir, ¡y quién no se explica mi asombro!... Son "panzer" alemanes del tipo IV... Tranquilamente se van adelantando por el otro lado del seto los comandantes asomados en sus vehículos, pensando en qué se yo qué cosa, pero no en una posible batalla que quizás le cueste la vida a más de uno de ellos. No se pueden ver los unos a los otros. Los bolcheviques corren en una zanja que se estira a lo largo de un terraplén. Empiezo a hacer señales, disparo una bengala roja y al mismo tiempo les arrojo una cápsula que contiene la novedad que les pre-

viene de lo que se les está acercando si prosiguen en esta dirección. Haciendo simulacros de picada más o menos disimulados les indico lo mejor que puedo el lugar donde se encuentran los rusos. Sin embargo, ambas columnas prosiguen su marcha. La situación se está tornando peligrosa y nos decidimos a describir círculos para observar de cerca lo que ocurrirá. Mientras tanto, nuestros "panzer" detienen la marcha; los arbustos están interrumpidos en este lugar y a cada momento se puede producir el encuentro, viéndose los unos a los otros a muy corta distancia. Estoy curiosísimo por ver cuál de los dos bandos precisará más tiempo para reaccionar. Los rusos, por su parte, han resuelto cerrar las tapas de las torres de sus tanques. ¿Estarán desconfiando, debido a nuestro comportamiento llamativo? Todavía prosiguen su marcha a elevada velocidad, calculando que la distancia lateral será, a lo sumo, de unos 15 a 20 metros. Ahora llegó el momento...

Los rusos se han arrimado procedentes de abajo, hasta el boquete del seto y, de pronto, se ven con el enemigo ante sus narices. Dos segundos más tarde arde el primero de los tanques bolcheviques, alcanzado por un proyectil de uno de los "panzer", a una distancia de veinte metros. Los trozos del Iván vuelan por el aire. Todavía no pude observar ni un solo disparo por parte de los rusos cuando, a los pocos segundos, ya cuento seis tanques de los rojos envueltos en llamas. Todo da la impresión de que los rusos han sido sorprendidos completamente y que aún no llegan a comprender lo que está ocurriendo. Algunos de los T34 se acercan más a los arbustos, para esconderse, mientras que otros prueban a salvarse pasando por el terraplén. Acto seguido caen perforados por los proyectiles de los "panzer", los que han obtenido un campo de tiro excelente valiéndose del citado boquete. Un minuto dura esta contienda, que es única en su género, dado que sin una sola baja de los propios "panzer", éstos consiguen destruir los doce tanques enemigos. Los camaradas, allí abajo, en la tierra, están locos de alegría y orgullosos por el éxito obtenido; debo decir que nuestro entusiasmo se une al de ellos.

Arrojo una cápsula, esta vez con un mensaje en el cual les expresamos nuestras felicitaciones, acompañándolo de unos trozos de chocolate con cafeína. Al poco rato ya estamos volando rumbo a casa.

Después de varios raids más bien livianos, nos toca de vez en cuando uno que produce el efecto de una lluvia helada. Estamos volando de a tres, los Tenientes 1º Fickel y Staehler me acompañan con sus máquinas bombarderas para la caza de tanques. No tenemos defensa propia de caza y acabamos de pasar a una unidad de "panzer" cuando, de pronto, nos vemos arremetidos por 12 ó 15 Airocobras. Todos llevan el casco de la hélice de color rojo y, al parecer, pertenecen a una unidad destacada. Como locos empezamos a describir las figuras más descabelladas cerca del suelo y recién me siento feliz y tranquilo cuando veo que mis dos acompañantes logran alcanzar conmigo la pista, si bien con las máquinas más o menos agujereadas. En diversas ocasiones volvemos a recordar este episodio y tanto Fickel como Staehler dicen unánimes:

— Esa vez sí que casi nos tocó a nosotros, ¿eh?

Sin embargo, a nuestros aspirantes les sirve esto para darles una idea de cómo hay que portarse en el caso de un combate aéreo.

Ya hace un buen tiempo que el 1er. Grupo fué trasladado algo más al oeste de nuestra base, en las cercanías de Nowo Ukrainka, por Slynka. Ahora también el 3er. Grupo, el "mío", recibe la orden de trasladarse al lugar citado, debiendo cumplirla de inmediato el personal con sus máquinas, mientras que el personal de tierra procederá a mudarse aprovechando una carretera a lo largo del río Bug, que los llevará a Pervomaisk. Como para ponerle un punto final a este episodio, me llega la noticia de que fuí promovido al grado de Mayor.

Parece que recién aquí, en Slynka, el tiempo se ha decidido presentarnos un invierno como lo esperábamos. Casi todos los días sopla un viento helado del Este y el mercurio en los termómetros baja hasta 20 y 30 grados bajo cero. Se comprende que este clima influye sobre la disponibilidad de nuestras máquinas. Esta situación se agrava aún más cuando nos llega la noticia de que los soviets lograron pasar al norte de Kirowgrado, llegando con sus unidades de choque hasta el valle de Marinowka. Sus unidades de asalto son seguidas por las demás formaciones, que cuentan con considerables fuerzas y que tratan de ensanchar esta brecha para instalar en ella una nueva base, la cual

les servirá como madriguera para futuras arremetidas. Todas las máquinas disponibles tienen que participar en las luchas, volando raids a poca altura. En uno de estos vuelos al este de nuestra pista, el Teniente 1º Fickel se ve obligado a efectuar un aterrizaje forzoso. Menos mal que el terreno que acaba de elegir es bastante llano, permitiéndome a mí aterrizar a su lado y llevármelo junto con su artillero. Al cabo de unos pocos minutos estamos de vuelta, lamentando la pérdida de una máquina, lo que precisamente hoy es sumamente desagradable.

Son raros los casos en los cuales los rusos atacan con sus tanques aprovechando la noche. En estos días, sin embargo, nos hacen una visita, y principalmente nuestros compañeros más al Norte saben contar sobre este suceso.

A medianoche, me despierta el oficial que tiene a su cargo la distribución de los raids, para comunicarme que acaban de llegar varios miembros de un Grupo de cazas estacionados en Malaja Wisky, pidiendo mi inmediata intervención. Tanques rusos acaban de arrasar su base, atropellando todo lo que encontraron a su paso. La noche es estrellada y me levanto para hablar personalmente con los fugitivos. El lugar mencionado se encuentra a unos 30 kilómetros del nuestro y en esa base se han instalado varias unidades con sus máquinas respectivas.

— Mucho no lo podemos decir, mi Mayor —me dicen, llenos de nerviosidad—. Estábamos durmiendo tranquilamente cuando de pronto, oímos los disparos, sin saber en el primer instante, de qué se trataba. Cuando sacamos las cabezas para ver lo que ocurría, llegamos a distinguir en la oscuridad a varios tanques del Iván que pasaban a toda marcha, llevando infantería montada sobre ellos.

Parece seguro que todo se ha desarrollado en pocos minutos, sorprendiéndolos completamente, por lo visto, pues la mayoría de ellos visten solamente pijamas. A pesar de todo, estoy convencido de que una acción inmediata de parte mía, de nada les servirá. Para combatir tanques necesito cierta claridad que me permita reconocer los blancos. Esta noche estrellada no me basta para poder cumplir con mi propósito y debo esperar de todas maneras, hasta la salida del sol.

Tampoco puedo lanzar bombas para dispersar por lo menos a la infantería, pues la localidad está ocupada por tropas nuestras.

Se trata, además, de unidades de retaguardia que son indefensas contra ataques concentrados de tanques.

Por la mañana, apenas el sol envía sus primeros rayos, salimos en dirección al punto indicado. Lamentablemente, tendremos que imponernos a la neblina, cuando volvamos, ya que a esta hora, las condiciones atmosféricas son bastante sospechosas. Volando a poca altura, distinguimos al llegar, a nuestra Flak pesada en plena acción contra los tanques soviéticos. Han logrado destruir unos de los más atrevidos, mientras que otros pudieron ponerse a cubierto, saliendo de esta manera del ángulo de tiro de nuestros artilleros.

Todo el personal de pilotos se ha repartido en los límites de la pista, para probar de esta manera por lo menos de contener al enemigo. Cuando pasamos con nuestras máquinas por encima de ellos, empiezan a bailar de alegría como los pieles rojas, pues estos buenos muchachos están convencidos de que dentro de muy poco tiempo, los libertaremos de estos colosos que atentan contra sus vidas. Uno de los tanques del ruso se metió en la Oficina de Plana Mayor y lo descubro como está parado sobre los escombros, inclinado, dando la impresión de hallarse ebrio. Otros se han refugiado en el terreno de una fábrica y nos resulta muy difícil atacarlos, debido a las altas chimeneas. Debemos prestar sin igual atención para no llevarlas por delante. Los cañones de nuestros aviones empiezan a disparar en todos los puntos del pueblo y en las afueras también arrojamos bombas, convenciendo a varios de los bolcheviques que sería conveniente emprender la retirada. En su mayoría tratan de ganar la salida del pueblo que da al Este, donde el terreno presenta varias gargantas, en las cuales creen encontrar suficiente protección. También en ese mismo lugar han estacionado a sus camiones, cargados de munición, gasolina y diversos pertrechos; con la Flak liviana y mediana, tratan de impedir nuestro ataque. De inmediato comenzamos a combatirla, lanzándoles primeramente las bombas, para destruir con nuestros cañones lo que queda. Al poco rato calla y los camiones quedan envueltos en llamas.

Los Iváns salen corriendo por la nieve, en dirección al Este.

Esta vez nos cuesta mucho aterrizar en Slynka, ya que la neblina nos impide la visualidad. Hasta la noche realizamos siete incursiones contra los rojos y sus tanques, volando yo mismo quince veces con mi máquina. Por fin barremos con todos los bolcheviques y Malaya-Wisky se ve nuevamente libre de la opresión. Han dejado 16 tanques en el campo de batalla, todos ellos abatidos por nuestros Stukas.

Apenas si pasamos unos días en esta base, cuando nos vuelve a alcanzar una orden que nos traslada a Pervomaisk Norte, donde ya nos esperan nuestras unidades en tierra. La base misma está provista de una pequeña pista de hormigón, pero ésta sólo nos sirve para estacionar las máquinas, impidiendo de esta manera que se nos hundan hasta las alas en el barro. Casi es imposible aterrizar y despegar cuando llegan los días con temperaturas sobre cero grados; todo es un solo pantano. Cerca del aeródromo contamos con un barrio de alojamiento, en el cual vivimos. Aquí tiene que practicar deportes Gadermann, sea después de la última obligación o cuando el tiempo nos impide la acción en el aire. El se resiste, pero no hay caso; tiene que acompañarme. Después de la carrera "cross country" tomamos una ducha, alternando el agua caliente con la fría, para revolcarnos a continuación en la nieve, mostrándonos olímpicamente desnudos. Es indescriptible el estado de satisfacción que uno siente después de este proceso; es como si uno hubiera resucitado. Unos Pans y Panincas (hombres y mujeres), que desde ya no son muy amigos del agua fría, se quedan con la boca abierta cuando nos ven, al pasar casualmente delante de nuestra casa, ofreciéndoles este espectáculo antisocial. En vista de ello doy por seguro que acentuarán en sus cabezas la opinión tantas veces lanzada por la propaganda soviética: "Germanski nix kultura".

Resulta poco conveniente salir con todas las máquinas disponibles, mientras que reina este tiempo. En más de un caso sucede que llegamos a destino, encontrándonos con una capa de neblina tan densa que nos obliga a emprender el camino de regreso sin haber podido realizar nuestro ataque; sería una lástima derrochar tanta gasolina, que está tan severamente racionada, y, además, resulta en cierto sentido peligroso volar en grandes formaciones, que aumentan las posibilidades de una colisión en el aire, originando las catástrofes más lamentables.

Para salvar esto tengo a mano una orden de Grupo, la cual prescribe que cada mañana debe salir una "patrulla climática", para inspeccionar la situación, teniendo como único deber informarnos sobre las condiciones atmosféricas en nuestra zona de actuación. Unicamente esta patrulla aérea decide si saldremos o no al combate. Como doy suma importancia a estos vuelos de reconocimiento, prefiero volar personalmente y en casi todos los casos me acompaña Fickel, a no ser que necesite descansar. Así parto todas las mañanas, con la primera luz del alba, en dirección al frente. Al realizar estos vuelos no lo hago solamente por el tiempo, sino que aprovecho la ocasión para recordar lo más detalladamente posible las posiciones del enemigo, en el instante que la iluminación me lo permite.

A veces puedo distinguirlo ya antes; al observar los fogonazos de su artillería y según las concentraciones de fuerzas que veo, puedo calcular, aproximadamente, la situación para el día que se inicia. Se comprende, desde luego, que marco todas las posiciones de artillería prolijamente. Quién sabe si un poco más adelante las podré ubicar tan nítidamente, logrando de este modo que unas pocas horas más tarde se encuentren bajo la lluvia de nuestras bombas. También debo mencionar, con relación a este asunto, que los camaradas de la infantería y de las demás unidades en tierra tienen el mismo sumo interés en mis reconocimientos. Volando así a poca altura por sobre las líneas de combate, estoy en condiciones de facilitar a estas unidades los datos que indican los principales focos de la lucha y concentraciones del enemigo.

De este modo descartamos desde un principio toda probabilidad de un asalto sorpresivo por parte de los rusos. El espectáculo que se me presenta todas las mañanas, volando en la penumbra, es impresionante y a veces creo estar sobrevolando una inmensa estación, en la cual titilan las luces de las señales. De vez en cuando suben collares de perlas fosforescentes hasta cerca de mi máquina, estableciendo algo así como un puente entre ésta y la tierra. Cada tanto trepa una bengala a la bóveda del firmamento, mostrando los más diversos colores; son las señales de reconocimiento convenidas entre las distintas unidades de ambos lados.

Poco a poco estamos apurando demasiado al bolchevique con nuestras visitas puntuales. Ya puede poner el reloj a hora, guiándose por nosotros. Estas visitas le resultan cada vez más desagradables, pues día a día les atrapamos más tanques. Como también ellos quieren aprovechar la media luz para sus incursiones, nos encontramos frecuentemente, lo cual significa que yo los dejo fuera de combate. Por lo tanto, no hay que tomárselo a mal al Iván, si comienza a mandar a sus halcones rojos sobre las primeras líneas, y no son pocas las veces, en las que nos trenzamos luchando en el aire. Para los dos es realmente agradable si nos las tenemos que ver a solas con ellos, porque en la mayoría de los casos, estamos en inferioridad de condiciones. Fickel se pone muy pálido en estas situaciones y Gadermann me aconseja que desista por un tiempo a hacerme acompañar por él o que, por lo menos, no lo obligue a volar conmigo. Si bien Fickel me dice, mitad en broma y mitad en serio, cada vez que volvemos de nuestras patrullas: "Esto me volvió a costar valiosos años de mi vida", noto al poco tiempo que no es un atleta y que sus fuerzas no son inagotables. Sin embargo, tengo muy en cuenta que jamás se ha negado a acompañarme, y en tales momentos siento profundamente la inmensidad de lo más valioso que tiene el soldado: el compañerismo.

Los focos, contra los cuales dirigimos cotidianamente nuestros vuelos de reconocimiento, están situados en las zonas noroeste y suroeste de Kirowgrado, donde los soviets intentan irrumpir en nuestras líneas, valiéndose de sus inagotables masas de hombres. Siempre que el tiempo lo permita, salimos, apenas media hora después de mi regreso, con todo el Grupo, para combatir los objetivos que acabo de reconocer. Ahora, que estamos en pleno invierno, la densa niebla convierte a todas nuestras observaciones en vagas suposiciones y partimos de nuestra base sin saber con seguridad, si en una hora podremos aterrizar aquí mismo. De pronto nos vemos envueltos en un manto de los más densos; se mantiene durante horas enteras, y creo poder decir que un simple y vulgar automóvil nos resultaría de mayor provecho en estas situaciones...

Cierta vez, acabo de terminar mis observaciones, aprovechando la situación para efectuar unos ataques en picada en la zona de combate.

y siempre acompañado por el fiel Fickel. Ya comienza a entrar el día, cuando, volando de regreso en dirección al Este, nos sorprende una de esas nieblas. Fickel vuela pegado a mi máquina para no perderme de vista. Apenas podemos distinguir la tierra. A último momento descubro, en Nowo Ukrainka, unas chimeneas que a duras penas logro sobrepasar. La capa es tan alta que nos resulta imposible volar por encima. ¿Quién sabe cuántos centenares de kilómetros de extensión están cubiertos de esta manera? Estoy obligado a bajar en un punto cualquiera. No me conviene volar en dirección al Este, hasta que me alcance la gasolina, ya que corro peligro de tener que efectuar un aterrizaje forzoso, precisamente en una zona sembrada de guerrilleros. En este caso, podrían pasar muchos días, hasta que consiguiera volver a mi unidad, lo cual no debe ser, pues ahí me necesitan urgentemente. Además, me doy cuenta de que hemos gastado mucha gasolina en el vuelo que acabamos de finalizar. No me queda otro remedio que quedar casi pegado a la tierra para conseguir llegar, con un mínimo de visibilidad, hasta nuestra base. Todo lo que me rodea está completamente gris. No puedo ver ni el horizonte, y para colmo, compruebo que no me acompaña más la máquina de Fickel. Desde Nowo Ukrainka no lo he vuelto a ver. ¿Se habrá llevado por delante una chimenea?...

Mientras que el terreno sigue llano, podemos seguir volando de este modo. Pero apenas se me presenta una colina, un palo de telégrafo o un árbol, tengo que tirar con toda fuerza de la palanca, penetrando de inmediato en la densa cerrazón. Sería una barbaridad si intentara salir gradualmente de esta masa gris, pues recién a unos 3 ó 4 metros sobre el suelo, puedo distinguir algo. ¿Qué hago si de pronto se me presenta un obstáculo? Estoy guiándome únicamente por mi brújula, y según mi reloj estoy a unos 20 minutos de la base en Perwomaisk. Cada vez la situación se torna más seria; sea que el terreno presenta irregularidades, sea que se densifica la niebla más aún. Apenas tiro algo de la palanca, cuando me veo sumergido nuevamente en el mar gris. A duras penas acabo de "saltar" por encima de unos palos. Ahora me cansé definitivamente:

— Henschel, prepárese, que vamos a aterrizar...

¿Adónde? Yo mismo lo ignoro. No veo absolutamente nada. Todo

está envuelto en bruma. Ahora saco los alerones auxiliares de aterrizaje, disminuyendo algo la marcha, manteniendo la máquina paralelamente al suelo. Así voy tanteando en dirección a la tierra. Tengo una suerte única, pues nada me impide aterrizar reglamentariamente. Henschel corre el techo de la cabina, salta ágilmente afuera y exclama:

— Esta vez sí que hemos tenido suerte, ¿no le parece?

También aquí en tierra, apenas si podemos ver a 50 metros en nuestro alrededor. Parece que nos encontramos sobre una colina, donde la neblina se hunde por las laderas. Como oímos ruido de motores, mando a Henschel para que revise la situación y el terreno mientras me siento cómodamente en mi fiel Ju 87, gozando plenamente de mi suerte que me permitió, una vez más, salir con vida. Al poco rato vuelve Henschel confirmándome mis suposiciones, puesto que me trae la noticia de que a pocos metros, existe una carretera. Unos conductores del ejército le han dicho que de aquí hasta Perwomaisk quedarán unos 50 kilómetros aproximadamente y que la carretera conduce directamente hasta aquella localidad. En vista de esto, ponemos en marcha el motor, corriendo con toda la máquina en dirección a la carretera. La visibilidad sigue pésimamente mal; apenas se puede ver a unos 30 o 40 metros. Una vez en esta carretera que es, por cierto, sumamente amplia, proseguimos la marcha con nuestro avión, como si fuera un automóvil, atendiendo las reglas del tráfico y desviando cuando nos vienen al encuentro, otros vehículos grandes.

Cuando el tránsito se pone muy denso, detengo el avión, para impedir que se produzca una desgracia o que me estropeen la máquina. Recién a muy corta distancia, los conductores reconocen a mi pájaro y en sus rostros puedo distinguir que más de uno de ellos cree ver fantasmas. Así seguimos esta curiosa marcha subiendo y bajando por las diversas colinas, hasta que llegamos a un paso a nivel, donde dos grandes pilones me impiden el paso, aunque ponga la máquina como quiera. Me resigno y estaciono el avión al borde de la carretera. En fin: sólo me faltan unos 12 kilómetros hasta Perwomaisk.

Aprovechando un vehículo que pasa en el momento a nuestro lado, llego a la base en pocos minutos, mientras que Henschel se queda de imaginaria hasta que lo releve el primer mecánico. Todos se alegran

sinceramente al verme sano y salvo. Ya se estaban preocupando cuando pudieron comprobar que había pasado el tiempo de vuelo que me permitía la carga de gasolina, sin haber recibido, hasta el momento, un llamado de algún lugar. Por desgracia, no hay noticias de Fickel, y todos lo sentimos profundamente. Hacia el mediodía empieza a dispersarse la neblina y vuelvo a la máquina, para partir con ella en dirección a la pista de nuestra base, aprovechando nuevamente la carretera. Pocos minutos después está de vuelta en nuestro medio, y los suboficiales la acarician con sus miradas, como si se tratara de un hijo recuperado.

Ni bien cae la tarde, cuando ya partimos nuevamente contra el enemigo; al volver de este raid, Gadermann me comunica que Fickel acaba de llamar por teléfono, anunciando que se encuentra en Nowo Ukrainka, habiendo logrado salvarse tanto él como su artillero, de los peligros que representa la neblina y que había tenido que aterrizar en cuanto me habían perdido de vista. Ahora sí que reina la alegría por todos lados...

Durante los días siguientes, se va corriendo nuestro escenario más al Norte; dado que en la zona de Tcherkassi fué encerrada una unidad alemana y ahora es preciso liberarlos, lanzando reservas hacia ese nuevo foco. Este ataque que lleva como propósito aliviar a los soldados encerrados en sus continuas intenciones de recuperar la libertad, proviene principalmente del Sur y del Suroeste. En nuestras incursiones nos toca casi siempre apoyar a las Divisiones Blindadas Nos. 11 y 13, las cuales adelantan al este de Nowy Mirgorod en dirección al Norte, habiendo alcanzado ya una zona por la que corre un río. Detrás de éste, los rusos cuentan con fortificaciones (fuertes de campaña) y por lo tanto, encontraremos muchos objetivos que valdrán la pena. El movimiento en el aire es sumamente activo, participando las fuerzas de ambos lados; en primer lugar los "Gustavos de fierro", aquellas máquinas rusas fuertemente blindadas, tratan de hacernos la competencia, atacando a nuestras unidades de choque, a los "panzer" y a las formaciones que les acompañan en el transporte de munición y pertrechos. Quisiéramos estrechar las distancias que nos separan de los "JL II", a pesar de que nuestros Ju 87 son relativamente lerdos para ahu-

yentarlos, pero por desgracia, tenemos que convencernos de que son un poco más rápidos que nosotros, pues al contrario de nuestros Ju's, están en condiciones de replegar el tren de aterrizaje y esto significa muchísimo. Además de esto, debido a su blindaje, tienen un peso propio más elevado que el de nuestras máquinas, lo cual les resulta especialmente ventajoso cuando atajan la caída, logrando de esta manera, velocidades superiores a las nuestras. En la mayoría de los casos, estamos tan ocupados con nuestros ataques a ras de tierra que no tenemos ni ganas ni tiempo de perseguirlos, aún cuando lo quisiéramos.

Sucede así que en uno de estos días me acompaña la suerte al encontrarme con esos "Gustavos" blindados en nuestro sector. Mientras que mis máquinas bombarderas combaten a una posición de reserva de los rusos, describo mis círculos algo más arriba de mi unidad. Como vuelo con la máquina del comando, tengo que ganar una impresión más amplia y, además, hasta ahora no puedo encontrar ni un solo tanque de los bolcheviques — esto me amarga. Volando así, ubico de pronto a una formación de "JL II" que vuelan en dirección Sureste, a unos 300 metros más abajo que yo, llevando como protección, a varios cazas del tipo "Lag" y "Airocobra". La segunda máquina que me acompaña lleva bombas; ordeno atacar de inmediato este grupo del enemigo y al poco rato, estamos en plena persecución de los rojos. Ya me aproximé a unos 100 metros cuando tengo que observar que no me es posible arrimarme aún más, distinguiendo a la vez, como los "JL II" vuelven a ganar terreno. Los cazas demuestran cierto interés por mí. Ya se cuelgan dos de mi máquina. A pesar de que la distancia es demasiado larga, apunto sobre uno de estos pajarracos, disparando un sólo tiro de cada uno de mis dos cañones que están cargados de munición antitanque. En fracción de segundo, el "Gustavo" se convierte en una pelota encandecida que se divide en miles de piezas que caen como lluvia a la tierra. Parece que los restantes se han asustado de tal manera que prefieren aumentar la distancia que nos separa. También para mí ya es hora de que me retire, pues los cazas se están aprestando para castigar al malhechor, que soy yo. Mientras describo las maniobras de defensa, me voy plegando a mi Grupo, lo cual indica

a mis enemigos que sería conveniente abandonar; sospechan que volamos con protección de cazas.

Al día siguiente volamos en el mismo sector, y en este raid el Teniente Kunz queda para siempre; con los 70 tanques abatidos que van a su cuenta, fué el piloto con el número más elevado de victorias en la Escuadrilla antitanque. Este muchacho inició valientemente su brillante carrera en las inmediaciones de Bjelgorod y Charkow, por allá, en el mes de julio, aumentando hasta la fecha, en gran escala su experiencia y su arrojo. Para nosotros, esto significa una pérdida irreparable y el claro que deja su ausencia en este círculo estrecho de compañeros, no se cerrará nunca más...

La ofensiva, tendiente a liberar a los sitiados, se ve coronada por el éxito. Las unidades que acudieron en ayuda de ellos, lograron formar como un corredor, uniendo este bolsón con el resto de nuestro frente. Una vez restituida la comunicación con nuestro comando, se procede a retirar este punto adelantado en la línea principal de combate, igualando de este modo, todas las puntas de lanza que nos podrían ser molestas. Para nosotros significa este hecho, que cambiamos de Perwomiansk a Rauchowka, mientras que la zona de Nowo Mirgorod viene a quedar ahora por allá atrás, en la retaguardia rusa.

Poco más tarde, aterrizan en Nowo Mirgorod unidades de bombarderos del yanqui, luego de haber cumplido su misión funesta sobre Alemania, habiendo convertido las ciudades en escombros y sembrándolas de cadáveres. Aquí, bajo la protección del aliado —del cómplice— se preparan para atacar nuevamente a mujeres y niños alemanes. Muchas de estas unidades tienen sus bases en las distintas zonas del Mediterráneo.

Mucho ha cambiado también al sur de nuestra base. Después de luchas encarnizadas, tuvimos que entregar la cabeza de puente de Nikopol, y el enemigo sigue empujando con toda fuerza, luchando violentamente con nuestras tropas en los parajes de Nikolajew y al norte de esta localidad.

XIII

MI FUGA EN LAS INMEDIACIONES DEL DNIESTER

En marzo de 1944, nuestro frente Sur está librando recias luchas, en la zona de Nicolaiev, luchando desesperadamente contra el empuje de las fuerzas rusas que intentan irrumpir con todos los medios en nuestras líneas de defensa, abriendo una brecha, para poder aniquilar así, de una vez, a toda la agrupación de los Ejércitos del Sur.

Yo me encuentro con mis Stukas a unos 200 km. al norte de Odesa, en un pueblo que lleva el nombre de Raujovca, para apoyar a las diversas unidades terrestres. Atacando continuamente de la mañana a la noche, intentamos aliviar a nuestros compañeros en tierra de las tremendas penurias que deben aguantar en los combates, destruyendo con nuestros aviones tanques, posiciones de artillería y baterías de lanzacohetes (que se componen de los temidos "órganos de Stalin"). Hasta ahora logramos frustrar todas las irrupciones de los soviéticos, y los ejércitos del Sur logran replegarse en orden, en dirección al Occidente.

En estas circunstancias, entre las más diversas indicaciones, también recibo una orden que me manda a lo largo del río Dniester, debiéndolo sobrevolar en dirección Oeste-Noroeste. A nuestra altura, el citado río forma como un lazo, y de las formaciones rumanas que luchan a nuestro lado, nos llega la noticia, que se han observado movimientos de los rojos por sobre este río, conduciendo unidades motorizadas y tanques; a esta hora estarían en dirección sur en la zona de Iampol y al oeste de ésta. Por el momento, esta noticia no nos parece digna de crédito, pues si éste fuera el caso, los rusos hubiesen irrumpido

en el momento preciso de iniciar su ofensiva en el Sur, también en el Norte y estarían en estos momentos a unos 200 kilómetros a nuestra retaguardia, en la zona de Transistria. Con otra máquina que encuentro a mi disposición efectúo, yo mismo, el vuelo de reconocimiento, y por desgracia, tengo que comprobar la veracidad de las noticias; respetables fuerzas rusas, compuestas de todas las armas, están ganando la otra orilla en la citada zona y, además, están construyendo un gran puente.

En vista de esto, uno se pregunta inconscientemente cómo es posible, que esta operación del enemigo recién ahora fuera descubierta. Sin embargo, esto no significa nada nuevo para nosotros; cuántas veces ya lo hemos vivido en la campaña contra la Unión Soviética...

Desde ya, el frente en el Este nunca tuvo una dotación de hombres suficientemente densa; en más de un caso, grandes extensiones cuentan con sólo unas pocas patrullas, que controlan las inmensas llanuras, y están en un continuo movimiento de vaivén entre los distintos focos, en los que se decide la suerte de la batalla. Si el enemigo logra pasar estos fortines de campaña, se encuentra de pronto en la retaguardia de nuestros ejércitos, es decir, con zonas completamente indefensas. Mucho más atrás, quizás, les ofrece débil resistencia una Compañía de Panaderos o cualquier otra unidad de reabastecimiento, que no tiene la pujanza necesaria, para detener el ímpetu del enemigo. Estos terrenos inmensos son los aliados más eficaces del ruso, pues sólo él está en condiciones de ocuparlo íntegramente, gracias a sus cantidades inagotables de hombres.

A pesar de que la situación en la zona de Iampol se torna seria, no la damos por perdida. Aquí luchan rumanos, y se trata nada menos que de la entrada en su propia patria. Por eso se menciona en la orden que estoy cumpliendo en estos instantes, que se cuenta con la presencia de unidades rumanas en este sector y que, por lo tanto, hay que observar el más minucioso empleo de las armas de a bordo. No es fácil distinguir a rusos y rumanos desde el aire, guiándose solamente por los uniformes.

Las intenciones operativas del ruso quedan desde ya delatadas. Seguir con la formación de un bolsón al Sur, con el cual se persigue



Ataques a tanques enemigos



(Arriba): Con mal tiempo nos entretenemos jugando al hockey. Muy a la izquierda el teniente Fickel, el tercero de la derecha, teniente Ebersbach.

(Medio): Entre dos vuelos enemigos con el Dr. Gadermann.

(Abajo): ¡Suerte debe tener el hombre! El chanchito de la suerte en el 1500º vuelo enemigo. A mi lado, mi amigo Fridolin (Mayor Becker); atrás, a la izquierda, Gossler.



la neutralización o la aniquilación de nuestras unidades, y al mismo tiempo, atravesar los parajes al Norte de Iassy hasta los yacimientos petrolíferos de Ploesti, en Rumania. Como también se exige, diariamente, la presencia de mi Grupo en la zona de Nicolaiev, sólo podemos efectuar una o dos incursiones por día en esta nueva zona. Para todas estas acciones contra el enemigo, utilizamos como base operativa la pista de Cotovse, al sur de Balta; vale decir, que volamos, contra nuestra costumbre, al Oeste, para buscar nuestras presas. Los puntos principales, contra los cuales dirigiremos nuestros ataques, serán concentraciones de tropas y el puente que se está armando. Después de cada incursión, los rojos se apresuran a arreglar los daños ocasionados, valiéndose de pontones, y hacen así todo lo que está a su alcance, para finalizar de una vez esta obra. Con notables concentraciones de cazas y Flak se esfuerzan en impedir nuestros propósitos, pero ni una sola vez nos dejamos ahuyentar.

Nuestros éxitos encuentran su confirmación en los mensajes de radiotelefonía que emiten los rusos, y que nosotros logramos sintonizar. Estos se componen, en su mayoría, de quejas contra los propios Halcones Rojos. En estas ocasiones son acusados de cobardía en presencia del enemigo, y se les culpa por las pérdidas sufridas en hombres, pertrechos y puentes. Más de una vez somos testigos "invisibles" de las conversaciones que sostienen entre ellos, es decir, entre los guías en tierra, que dirigen a los aviones contra los blancos indicados, y los Halcones Rojos. En mi Grupo cuento con un oficial de habla rusa; este sintoniza las emisoras de los bolcheviques, y traduce, a medida que va escuchando, las charlas, o los insultos... según. Con frecuencia gritan todos a la vez desaforadamente, como locos, para interferir nuestras comunicaciones. Nuestra banda en el dial está inmediatamente al lado de la de los soviets y en repetidos casos intentan darnos blancos erróneos; se comprende que estos se hallan entre nuestras propias líneas. Hablan un alemán correcto, pero nosotros ya nos hemos dado cuenta que hay "gato encerrado". Cada vez que me llega una nueva indicación para un blanco, sobrevolamos a escasa altura el lugar mencionado. Muchas veces oigo una voz:

— No atacar blanco indicado. ¡Propias tropas!

Se entiende, que las "propias tropas" son rusos hasta la médula. En casi todos los casos, sus voces son sofocadas por los estallidos de nuestras bombas. Este es el mejor método para cerrarles el pico, y entonces nos divertimos con los insultos y las injurias que los sobrevivientes lanzan al éter. También los Halcones Rojos reciben su merecido:

"¡Halcones Rojos, vamos a dar parte de vuestra cobardía en presencia del enemigo al comisario, al "politruc" (encargado político en el ejército rojo, que debe velar por la integridad de la idea política y por el espíritu de lucha de los infantes y soldados en general; como suelen emplear métodos brutales para hacerse respetar, son muy temidos entre los combatientes rojos; cada unidad rusa en campaña cuenta con un "politruc"); ataquen a los odiados nazis! Otra vez hemos perdido todo nuestro material para la construcción del puente y gran parte de nuestros pertrechos".

El poco espíritu de lucha de los "halcones", no es nada nuevo para nosotros. Sólo unas pocas unidades "élite" forman la excepción. Además, las noticias de las bajas sufridas son para nosotros justamente el comprobante que esperábamos.

Unos pocos días antes del 20 de marzo de 1944, una serie de aguaceros nos condena a la inercia. Reina un tiempo horrible. Nosotros, los aviadores, acostumbramos decir en estas ocasiones, "que hasta los gorriones están obligados a ir a pie". Es imposible volar en estas circunstancias. Los soviéticos, por otro lado, pueden proseguir la marcha, sin que nosotros lo podamos impedir, pasando día y noche más y más material a la otra orilla. Ni pensar, en un frente alemán que actúe de represa para contener el desborde que ya nos amenaza, pues al sector Nicolaiev no podemos enviar ni una sola compañía en su ayuda; además, no contamos con reservas. Sin embargo, creemos indefectiblemente en una cosa: estamos convencidos que los rumanos lucharán fanáticamente por su propia existencia y por el destino de su patria, sustituyendo así a las fuerzas alemanas que faltan.

Para el 20 de marzo, vuelo con mi Grupo siete veces sobre los sectores de Nicolaiev y Balta. La octava incursión queda reservada para el puente ya hartamente conocido. Será el primer raid, después

de una interrupción de cinco días. Nos cubre la bóveda de un azul límpido, y hay que contar con que los rusos ya han aprovechado este intervalo, para aumentar el número de cazas y de Flak.

El aeródromo que ocupamos por el momento y que nos sirve de base, está embarrado a tal punto, que decido trasladar el Grupo de cazas a la ciudad de Odesa, pues ahí tenemos a disposición una pista de hormigón. También la pista de Raujovca está en el mismo estado, pero, no obstante eso, nuestras máquinas tienen los neumáticos más anchos y por lo tanto no corremos el riesgo de hundimos tan fácilmente. Por teléfono convenimos un punto de reunión a unos 50 kilómetros antes del blanco, a una cierta hora y a 2500 metros sobre el codo del Dniester. A pesar de este arreglo telefónico, parece que mis cazas han tropezado con un inconveniente, pues no están presentes a la hora convenida, teniendo yo que renunciar a la protección que ellos nos podrían ofrecer. El blanco se puede distinguir claramente: atacaremos, no hay ninguna duda.

Integran mi Grupo unas tripulaciones nuevas, y la calidad no es ya la de antes. Los ases operan desde hace tiempo en otros puntos. A eso se suma el lamentable hecho, que la escasez de nafta nos obliga a gastar lo menos posible, unos pocos litros solamente, para la instrucción de los novicios.

Nos hemos aproximado a unos 20 kilómetros y ya trasmito la voz de alarma:

— ¡Atención...! ¡Cazas enemigos!

Más de veinte soviets del tipo Lag 5 se cuelgan de nosotros, usando nuestra estela como guía infalible. Nosotros estamos impedidos en nuestros movimientos, debido a la carga de bombas que llevamos. Como puedo comprobar que los cazas rusos intentan bajarme la última máquina de mi formación, comienzo a describir elipses, para colocarme detrás de los enemigos. A pesar de los combates aéreos, que ya están en pleno desarrollo, nos vamos acercando al blanco. Unos pocos Lag 5 se aprestan para atacarme de adelante, pero les quito blanco, volando con la mayor movilidad posible: en último momento, pongo la máquina de cabeza y paso por debajo, o desvío con un elegante viraje hacia arriba, observando como el soviet se desliza por debajo de mi avión. Si

los "novatos" logran mantenerse hoy, podrán decir, que han aprobado el "bautismo de fuego" y que, de hoy en adelante, serán pilotos experimentados.

— Listo para el ataque... ¡Estrechar...! ¡A la carga!

¡Caramba! Se están agrandando notablemente las distancias entre las máquinas y eso no debe ser, porque de esta manera, no estamos en condiciones de recibir a los cazas soviéticos con fuego cerrado, garantizando la defensa. Estos últimos prosiguen con sus arremetidas, y para evitar pérdidas innecesarias, prevengo a los lerdos:

— ¡Sigan volando... estrechen más las distancias! ¡También nosotros hemos conocido el miedo!

Más de una maldición brota de mis labios. A unos 400 metros de altura atajo la caída, y al pasar de ella al planeo, veo como la bomba cae a la derecha del puente. Esto significa, que sopla viento de izquierda.

— ¡Atención! ¡Viento de la izquierda; apuntar más a la izquierda!

La tercer máquina logra destruir el puente con un impacto en el centro. Mientras tanto, yo sigo volando en serpentinas y puedo ver las posiciones de la Flak. De inmediato doy la orden de combatirla.

— ¡Lindo bailecito les vamos a dar hoy! —dice Henschel, mi acompañante.

Por desgracia, dos de los nuestros han quedado más atrás, y ya se ven perseguidos por Lags. Uno de ellos está completamente trastornado y pasa a mi lado como una exhalación, enfilando directamente sobre terreno enemigo. Pruebo alcanzarlo, para evitar la catástrofe, pero por el otro lado, no puedo abandonar a mi Grupo. No oye mis gritos en el micrófono aunque vuelvo a perderme en maldiciones. ¡Es en vano! Ya está sobre el lado ruso del Nniester; de su máquina se desprende una columna de humo, que queda unida a él como una cola. Con facilidad podría llegar planeando hasta las propias líneas, como lo intenta otro de los nuestros.

— Perdió completamente los nervios. ¡Qué bárbaro! — dice Fickel en mi auricular.

Por el momento no me puedo ocupar de él. Debo atender ahora a mi Grupo para que no se disperse. Describiendo serpentinas,

los voy llevando, poco a poco, "a casa". Después de un cuarto de hora, más o menos, en el que nos han perseguido los cazas, nos abandonan, sin haber logrado su propósito. Nosotros podemos continuar ahora nuestra marcha con toda tranquilidad, hasta nuestra base, volando en formación. Al Jefe de la 7ª Escuadrilla le ordeno llevar al Grupo sano y salvo hasta que toque tierra en la pista, y con la segunda máquina de nuestra Plana Mayor, pilotada por el Teniente Fischer, vuelvo sobre la ruta que acabamos de recorrer, volando a escasa altura sobre las aguas del Dniester, enconado a diestra y siniestra por las barrancas del río. Algo más adelante puedo distinguir el puente, y por encima de éste, a una altura de más o menos 1000 a 2000 metros, y describiendo círculos, descubro a los cazas rusos. Aquí, acurrucado casi al río, es muy difícil que me descubran y, además, tengo la plena seguridad, que al que menos esperan es a mí. Dando un pequeño salto con el avión, puedo distinguir por encima de la barranca y a unos seis kilómetros de distancia, a nuestra máquina, que está en el medio del campo. ¡Aterrizaje forzado! La tripulación se encuentra en las inmediaciones del avión. Los sobrevuelo a poca altura, y apenas me divisan, empiezan a agitar los brazos en el aire como locos, llenos de alegría, para hacerse ver. "Si ustedes me hubieran prestado más atención — como ahora por ejemplo — cuando les daba mis indicaciones, esta maniobra estaría ahora demás". Así voy meditando, a medida que describo una vuelta para inspeccionar si el terreno se presta para un aterrizaje en campo abierto. Al poco rato me convenzo que es el caso y, venciendo a mi segundo yo, que no está muy entusiasmado, me decido a comenzar la aventura. ¡Adelante! Esta será la séptima tripulación que saco delante de las narices de los rusos.

El Teniente Fischer se ocupará de mantenerme limpio el cielo de cazas rusos, mientras que yo bajaré, para prestar auxilio. De todas maneras, vale estar prevenido de los Lags.

Recuerdo muy bien la dirección del viento pues, al largar la bomba, tuve oportunidad de observar el desvío que me hizo errar el puente.

¡Afuera los frenos del ala! Sin acelerar el avión, me voy arrimando al lugar elegido; a cada momento puedo tener contacto con la tierra.

Pero, ¿qué es eso? No me alcanza el espacio para aterrizar y estoy obligado a remontar de nuevo, describiendo así una vuelta más. Es la primera vez que me ocurre esto. ¿Será acaso una señal del cielo, para que no me precipite al peligro?

En fin; estoy a poca distancia del blanco que acabo de atacar. Además, me encuentro detrás de las líneas rusas, por varios kilómetros. ¿Cobardía...?

Otra vez repito la maniobra... planeo... ya me estoy deslizando por la tierra, notando, a la vez, que ésta es sumamente blanda; apenas si necesito frenar. Exactamente al lado de la máquina accidentada termino el recorrido. Se trata de una tripulación novata: un Sargento y un Cabo 1º. Henschel corre el techo de la cabina del Stuka y yo les hago ademanes para que se apresuren a subir. Todavía está en marcha el motor, y en un instante, se acomodan en nuestro avión. Unos Halcones Rojos están describiendo sus círculos por encima de nosotros.

— ¡Listo, Henschel!

— ¡Ordene, mi Mayor, todo listo!

Ya vuelvo a acelerar el motor, apretando el freno de la rueda izquierda. Tengo la intención de usar la huella de entrada para despegar.

Nada... la rueda izquierda se hunde en el lodo; cuanto más acelero, tanto más se va clavando en el suelo. La máquina no se mueve ni un centímetro de su lugar. Posiblemente se debe ésto sólo al hecho, que el barro impide que gire la rueda, por haberse taponado entre ésta y el revestimiento.

— ¡Henschel, salga afuera! Quítele el revestimiento a la rueda; quizás esto nos ayude.

El puñal de aviadores se rompe; el revestimiento queda. Todo, como si nada fuera. Casi estoy convencido que, aún quitándolo, nada ganaríamos. Estamos ahora hundidos del todo. Tomo la palanca del acelerador hasta apretarla contra el estómago y pruebo de librar la máquina del fango que la retiene, dando repentinos y fuertes tirones. Nada. Lo único que lograría, sería parar la máquina de cabeza, que de nada nos serviría, por supuesto. El Teniente Fischer pasa casi rasando el suelo, preguntándome por radiotelefonía, si deseo que aterrice. Después de reflexionar un breve instante, llego a la conclusión,

que tampoco con esto nos podrá sacar de esta situación más que difícil, y por eso le contesto:

— No, gracias. No aterrice. ¡Vuelva a la base!

Ahora miro en mi alrededor, y quién no se explica mi sorpresa, cuando veo como, desde unos 400 metros, se aproximan los rusos en cantidades. Inmediatamente abandono el avión, y al grito: ¡Sigámonos salimos corriendo a todo lo que nos dan las piernas, en dirección al Sur. Recuerdo que, al sobrevolar estos parajes, el río estaba a unos seis kilómetros. Hasta la otra orilla tenemos que llegar de cualquier modo; cueste lo que cueste. De lo contrario seríamos una fácil presa de los rojos, que nos persiguen. No es precisamente cómodo, correr con botas de piel, como las usan los pilotos, camperas del mismo material y pantalones comunes del ejército, que tampoco reúnen, justamente, todas las exigencias de la comodidad. Ya no se trata de "transpirar"... Pese a todo esto, no es necesario incitar a los otros. Nadie tiene interés de caer en manos de los soviéticos. Sabemos que, en más de un caso, para un aviador de Stuka, la captura se ha convertido en muerte instantánea. Así llevamos corriendo, quizás media hora, lo que dá lugar a la suposición, que habremos puesto entre nosotros y nuestros perseguidores unos 1000 metros, cuando nos vemos, de pronto ante una barranca casi perpendicular; abajo corre el río. La altura es de unos 30 a 40 metros y nosotros comenzamos a correr de un lugar a otro, para ver si podemos encontrar una posibilidad que nos permita bajar hasta él. ¡Es imposible! Por otro lado, los rusos nos están pisando los talones. En ésta nos encontramos, cuando se me ocurre una idea. Recordando las tácticas que en casos semejantes emplean los pieles rojas en los libros de mi infancia, nos dejamos caer de rama en rama y de copa en copa de los pinos, sin dañarnos mayormente. De las grietas de las rocas brotan una especie de espinillos, y a causa de ello todos llegamos abajo con la ropa y la piel desgarradas. Por fin estamos al pie de la barranca, valiéndonos de esta trepa, cuando Henschel grita, con cierta nerviosidad en la voz:

— ¡Adentro... al agua! ¡Prefiero ahogarme, antes de caer en manos de los rusos!

Consigo convencerle que así como estamos, agitados y casi sofocados, es peligroso internarse en el río. Para no perder el tiempo, lo aprovechamos para quitarnos lo más molesto. Mientras tanto, ya llegaron los Iváns al borde de la barranca, jadeantes por la carrera. No nos pueden ver, pues nos encontramos en un ángulo muerto, por lo tanto, estamos seguros de no ser descubiertos. A medida que van corriendo de aquí para allá, observan minuciosamente el terreno, no pudiéndose imaginar adónde diablos habremos ido a parar. Con seguridad que ellos desechan, desde un principio, la posibilidad de que nosotros hayamos bajado esta pronunciada barranca, que, al parecer, no ofrece descenso alguno.

El Dniester está crecido. Estamos en la temporada del deshielo, lo que podemos comprobar de inmediato cuando divisamos varios témpanos que arrastra la corriente. Calculamos la distancia de una orilla a la otra, opinando que serán fácilmente unos 600 metros; el agua tendrá una temperatura de unos 3 a 4 grados sobre cero. Los otros tres ya están aprestándose para entrar en el agua, mientras que yo todavía estoy ocupado en esconder las botas y la campera. A los pocos minutos me interno yo también, vestido de pantalón y camisa, bajo el brazo el mapa y en el bolsillo mi última condecoración: el broche con brillantes. Además llevo la brújula.

Al primer contacto con el agua, pienso subconscientemente: "Aquí sí que no vas a entrar jamás en toda tu vida". Pero, inmediatamente pienso en las consecuencias de si no lo haría, y cuando lo quiero pensar una vez más, ya me encuentro flotando como los demás.

Al poco tiempo, la baja temperatura del agua comienza a paralizar mis miembros; apenas tengo aire para respirar y ya no noto en absoluto los movimientos que estoy haciendo para adelantar. Los otros van más adelante. Tengo que concentrarme con toda energía, imaginarme los movimientos natatorios y ejecutarlos. A veces, tengo la impresión, como si la otra orilla no se aproximara nunca. De pronto, pienso en Henschel. Este muchacho aprendió a nadar conmigo en la Escuela de Aviadores en Graz. Espero que, con voluntad, podrá repetir los veinte minutos reglamentarios que tuvo que cumplir aquella vez, y quizás, algo más también. En la mitad del río, estoy a la misma altura

con él; unos metros más adelante nada el artillero de la otra máquina, y mucho más distante, el Sargento. Debe ser, sin duda, un excelente nadador.

Lo único que experimentamos ahora, es la inquebrantable voluntad de querer vivir. Esta voluntad nos provee de nuevas fuerzas; estamos nadando por nuestra pobre existencia. Admiro a mis compañeros. Yo mismo estoy acostumbrado a sufrir agotamientos físicos, como buen deportista. Comienzo a recapacitar: la última prueba eran los 1500 metros, varias veces al pleno sol, y después de haber cumplido con las otras nueve pruebas que exige el Decatlón. Ahora veo los frutos de esta acumulación de energías. Hablando en términos deportivos: lo que se exige en este instante de mi cuerpo viene a ser el noventa por ciento de lo que yo soy capaz de rendir.

El Sargento sale del agua y se acuesta en la orilla; poco después llego yo y casi al mismo tiempo, sale también el Cabo 1º. A Henschel le faltan unos 150 metros escasos. Los dos están tendidos a mi lado, casi duros de frío. El artillero de a bordo balbucea sin coherencia... ¡pobre muchacho!

Estoy sentado observando a Henschel. Le faltan apenas 80 metros cuando, de pronto, lanza los brazos al aire, gritando:

—¡No doy más! ¡No doy más...!

Al instante desaparece de la superficie. Una vez más emerge; es la última vez...

Sin pensarlo mucho más, me lanzo al agua con el diez por ciento de fuerzas que quizás tengo todavía, y con unas brazadas alcanzo el lugar donde desapareció el buen compañero. Quiero bucear, pero no lo logro. Necesito aire para intentarlo, y no me es posible; no puedo llenar los pulmones suficientemente. Varias veces lo intento, pero sin éxito. A duras penas alcanzo yo mismo la orilla, poniéndome a salvo. Si hubiese logrado prenderlo, estaría ahora con él, en el fondo del río... Tenía mucho peso, y dudo si hubiese estado en condiciones físicas de realizarlo. También yo me tiro al suelo... desesperado... agotado, y en un rincón del corazón, el dolor por la pérdida de mi buen amigo, me oprime angustiosamente. Unos minutos más tarde rezamos un Padre Nuestro por él, por nuestro compañero.

El mapa está arruinado por el agua, pero lo sé todo de memoria. ¿Dónde diablos, estarán los rusos? ¿O nos encontraremos con rumanos? Aprovecho la ocasión para tomar revista de nuestro armamento: yo mismo tengo una pistola calibre 6,35 con seis cartuchos; el Sargento tiene una pistola calibre 7,65 con un almacén cargador completo; el Cabo 1º perdió la suya, al atravesar el río y sólo tiene para la defensa propia el puñal roto de Henschel. Con estas armas proseguimos nuestra marcha al Sur.

Recuerdo el paisaje, con sus colinas, cuando lo sobrevolaba con mi avión: diferencias en la altura, unos 200 metros, más o menos, pocas poblaciones, y a unos 50 kilómetros más al Sur, una línea férrea en dirección Este - Oeste. Con respecto a esta línea, recuerdo dos nombres: Balta y Floresti. Aunque la hayan traspuesto los rusos, esta vía estará libre aún, del enemigo.

Serán las 15 horas. El sol está al Sud - Oeste, deslumbrándonos, dado que nos ilumina casi de frente. Bajo este mismo sol vamos adelantando penosamente por un pequeño valle, protegiéndonos con las sombras de las colinas, que lo limitan. Todavía estamos completamente entumecidos de frío, y el Cabo 1º sigue balbuceando incoherencias, lo que me impulsa a prevenir a su compañero. de todas maneras, tenemos que preocuparnos de evitar todo lo que se asemeje a una población, y para ir más seguros, le encargo a cada uno, un cierto sector que debe observar continuamente.

El hambre comienza a acosarme, pues la fatalidad lo quiere así que justamente ahora se me ocurre, que estoy en ayunas. Me acuerdo del chocolate con cafeína. ¡Lo dejé en la campera! Era el octavo vuelo, y yo no tuve tiempo como para tomarme la libertad de probar un solo bocado siquiera. Apenas si hablamos comunicado telefónicamente las novedades del último vuelo a la superioridad, cuando ya recibíamos las órdenes para el siguiente raid. Los intervalos eran aprovechados para cargar las máquinas con bombas, munición y gasolina. Una vez terminados estos trabajos, ya nos veíamos otra vez en el aire, rumbo al enemigo. Las tripulaciones, en cambio, podían aprovechar estos intervalos para descansar, puesto que de estos trabajos se encargaban las

sesiones terrestres especializadas. Yo no me contaba, a este respecto, entre la tripulación.

El sol está por ocultarse en el ocaso, perdiendo ya su fuerza, lo que significa para nosotros, que nuestras prendas comienzan a escarcharse. El sol no las pudo secar. De súbito me parece ver algo. ¿O me equivoco? ¡No...! ¡Es realidad!

Directamente en dirección al sol, apenas los puedo distinguir, se nos aproximan tres individuos. Automáticamente calculo que estarán a unos 300 metros, y seguramente nos habrán descubierto a nosotros, antes de que nosotros los pudiéramos descubrir a ellos. A lo mejor estaban echados cuerpo a tierra, detrás de estas colinas que corren a lo largo. Se trata de unos tipos altos; seguramente son rumanos. Ahora los puedo distinguir algo mejor: los dos de afuera llevan un fusil al hombro, el del medio está armado con una pistola ametralladora. Este último es bastante joven, mientras que los otros dos son ya de más edad. Seguramente son reservistas, de unos cuarenta años. Su comportamiento no da lugar a sospecha alguna, al contrario; mientras se arriman, vestidos en sus uniformes color kaki. Se me ocurre de pronto, que no llevamos uniformes reglamentarios y que por lo tanto, no les será fácil reconocer nuestra nacionalidad. Por eso le aconsejo al Sargento en último momento, que guarde su pistola; yo también hago lo mismo, para que los supuestos rumanos no se pongan nerviosos y abran el fuego contra nosotros. Ahora estamos a un metro de distancia, y los tres nos observan con mal disimulada curiosidad. Quiero explicarles a nuestros aliados, que somos aviadores alemanes que tuvimos que efectuar un aterrizaje forzado, y que tengan la amabilidad de proveernos con ropa y alimentos, y que, además, deseamos volver lo más pronto posible a nuestro Cuerpo. Con esa intención me dirijo a ellos:

— Somos aviadores alemanes y tuvimos que efectuar un aterrizaje forzado...

Al instante cambian las expresiones en los rostros de los tres e, inmediatamente, nos vemos frente a frente a las bocas de tres armas. El joven me quita de un manotazo mi pistola.

Estaban parados contra la luz del sol, mas ahora tengo tanto tedio que me dedico a observarlos detenidamente: hoz y martillo... ¡rusos!

Ni un momento pienso en entregarme; tengo que huir. El uno por ciento de las posibilidades está a mi favor, para lograrlo. Mi cabeza tiene un precio respetable para los soviéticos, más todavía, mi captura. No puedo emplear el arma, porque me la acaban de quitar. Lentamente giro mi cabeza... Ellos sospechan una fuga y me gritan:

— ¡Stoil (en ruso: ¡altol).

En un santiamén me agacho, describo una vuelta a retaguardia y salgo corriendo en zig-zag, acompañado por los disparos de los fusiles y el tableteo de la pistola ametralladora. Siento un dolor punzante en el hombro. A corta distancia, lograron herirme de un balazo de pistola. Los otros dos no dieron en el blanco.

Como una liebre, continúo yo mi carrera subiendo la colina. Arriba, abajo, a la izquierda, a la derecha, veo los impactos de los proyectiles en la tierra. Los Iváns me persiguen. Corren... disparan... corren... disparan... corren... Unos pocos instantes antes, creí que era incapaz de mover mis miembros prácticamente inertes, y ahora ya estoy corriendo la carrera de mi vida. Nunca he atravesado los 400 metros en un tiempo mejor. La sangre me sale a borbotones del hombro y tengo que reunir toda mi energía para no sucumbir, pues noto que se me está nublando la vista. Llevo una ventaja de 50 a 60 metros, y las balas silban a mi alrededor. Tengo una sola idea en estos momentos: "Sólo el que se da por vencido, está perdido". La colina parece llegar hasta el cielo y yo sigo corriendo contra el sol, para complicarles la puntería a los Iváns. No es cosa fácil mirar contra el sol, y no son raros los casos, en los que uno se equivoca; yo acabo de hacer esta experiencia... Ahora alcanzo a duras penas una especie de cresta. Estoy prácticamente agotado, y para racionar un poco más mi resistencia, me decido a correr a lo largo de ésta. Ya no me creo capaz de correr a través del campo, cuesta arriba y cuesta abajo. Así, sigo corriendo a lo largo de la cumbre, en dirección al Sur.

Casi no atrevo a fiarme de mis ojos: sobre esta misma cresta me vienen unos veinte bolcheviques al encuentro. Posiblemente habrán observado todo desde aquí y vienen ahora para cazar a esta presa malherida. Empiezo a dudar de Dios. ¿Por qué me hizo creer inicialmente, que iba a lograr la fuga? y ahora, EL me quiere entregar inde-

tenso, sin que yo pueda aprovechar cabalmente la última arma que me queda: mi físico! No puede ser, no *debe* ser; mi espíritu se rebela... yo quiero vivir porque amo la vida y porque amo la libertad. Me dedico a bajar hacia la derecha, es decir, de donde acabo de venir. Detrás mío, a unos 200 ó 300 metros, los primeros de mis perseguidores, y a un lado, los nuevos. Los primeros son sólo dos por ahora, y no me pueden ver por el momento, porque acabo de bajar por el otro lado de la colina. Uno de aquellos tres se habrá quedado para llevarse a mis dos compañeros, que se habían quedado parados cuando yo inicié mi carrera. Los perseguidores a mi izquierda, corren ahora paralelamente en mi dirección, bajando también la colina, con la intención de acortar el camino. Entro en un campo arado, tropiezo y tengo que desviar algo mi mirada que estaba siempre fija sobre los rusos. Estoy completamente rendido; otra vez me llevo por delante un montículo, cayendo a tierra. Así quedo, agotado.

Ahora se aproximará el final. Maldigo una vez más el hecho de no tener la pistola, para quitarles así, a los rusos, el último triunfo: el de tomarme prisionero. Mi mirada todavía está fija sobre los Iváns, para no caer. Buscando, siguen caminando unos quince metros para detenerse de pronto. Están mirando a la derecha, donde estoy tendido yo. Por el momento estamos a la misma altura, separados por unos 250 metros aproximadamente.

Están delante mío, en ángulo oblicuo. Ahora detienen la marcha y vuelven a buscar detenidamente; no pueden comprender, dónde me habré metido.

Mientras tanto sigo tendido en el suelo. Con los dedos intento cavar un pozo en la tierra, pero todo está helado. Los pocos terrones que consigo arrancarle a la madre tierra, los reparto sobre mi cuerpo, que yace acurrucado en espera del destino. Otros trozos más grandes, los apilo delante mío, levantando así una pequeña colina, que me ofrece cierta protección.

Mi herida sigue sangrando todavía, pero no tengo nada para vendarla, para detener la hemorragia; con la ropa empapada busco sostén y amparo en la tierra helada, y sin embargo, estoy hirviendo de la tensión nerviosa que me tiene en suspenso. En cualquier instante me

pueden descubrir. Las posibilidades son una contra ciento, de no ser descubierto, pero ¿no es mejor creer en lo que ya parece imposible? Sólo así, se logra lo que otros quizás les parezca mera locura.

Ya vienen los rusos en mi dirección, acortando de esta manera cada vez más la distancia lateral, buscando individualmente, sin orden. Tal vez esto fué lo que me salvó. Algunos investigan en lugares completamente erróneos; éstos no me preocupan..., pero ahí viene uno que avanza exactamente en dirección al sitio en el que yo me encuentro; mi situación es angustiosa...; a veinte pasos delante mío detiene la marcha. Ahora me mira atentamente... ¿O es que me equivoco? Su mirada está fija en el lugar donde estoy... Pero, ¿por qué no viene? ¿Cuánto tiempo quiere esperar todavía?... Ya transcurrieron varios minutos en esta situación llena de suspenso, que a mí me parecen una eternidad cada uno de ellos. De vez en cuando gira algo la cabeza, un poco a la izquierda, un poco a la derecha. Parece como si estuviera escudriñando el paisaje. A veces estoy por recuperar mis esperanzas, pero inmediatamente vuelvo a ver el peligro en toda su enormidad, y ya vuelvo a ser tan pequeño e insignificante como antes. Mientras tanto, puedo observar como ya se distinguen las siluetas de mis perseguidores allá en frente, en la cima de la colina. Parece que le dan suma importancia a esta caza, puesto que se ocupan tantos cazadores de una sola presa. Todavía ocupado con esta última reflexión, oigo de pronto el rugir de aviones, que proviene de un punto situado detrás mío, en ángulo oblicuo. Al darme vuelta veo, casi instantáneamente, a mi Grupo de Stukas sobrevolando el Dniester, acompañados por una fuerte protección de cazas y por dos "Fieseler Storch" (avión alemán de un motor, usado para aterrizar en lugares estrechos; era preferido para servir como "ojo de artillería" y como avión de inspección aérea para el Estado Mayor; se usaba en lugar del helicóptero, a pesar de su diferente sistema y construcción; fué empleado para rescatar a Mussolini). Esto significa para mí, que el Teniente Fischer dió la alarma y que ahora se aprestan para rescatarme. Naturalmente, ellos ahí arriba no se pueden imaginar que están buscándome en un terreno completamente equivocado y absurdo y que yo ya me encuentro de esto

tado del río, diez kilómetros más al Sur. No me puedo dar a conocer desde aquí; si ni me atrevo a mover el dedo meñique de la mano...

Una vuelta tras otra van describiendo en el aire, y cada una a distinta altura; ahora desaparecen en dirección al Este, y más de uno de ellos pensará: "Esta vez sí que lo prendieron..."

Allá van, volando "a casa"; con nostalgia vehemente los sigo con la vista. "Ustedes sabrán dónde dormir esta noche, protegidos y sin preocupaciones... Ustedes no tienen por qué temer por la vida, mientras que yo, no sé cuantos minutos me quedan aún". Así pienso y me martirizo.

El sol se va ocultando... ¿Por qué no me han descubierto todavía?

Desde la colina se aproxima un grupo de Iváns, conduciendo perros y caballos; van en fila india, y otra vez vuelvo a dudar de la justicia del Todopoderoso, pues justamente ahora, en la oscuridad, es cuando debiera estar más protegido que nunca. Siento cómo tiembla la tierra, al compás de los pasos, y vuelvo a vivir minutos de máximo suspense. Me atrevo a mirar de reojo. A unos cien metros pasa la caravana de hombres y animales, uno detrás del otro. ¿Cómo es posible que no me olfatee ningún perro, que nadie me descubra? Apenas me pasaron, abren la fila y avanzan en sentido frontal, con dos metros de hombre a hombre. Si se hubieran decidido a hacerlo unos cincuenta metros antes, me hubieran pisado. Los hombres y sus animales se pierden en el ocaso.

La oscuridad no se hace esperar y, tras una corta transición, la noche abarca todo el firmamento, dando paso a las primeras estrellas. Mi brújula no tiene cifras luminosas, pero sé que mi dirección debe ser al Sur. Todavía puedo distinguir la aguja y veo en el cielo una estrella que sobresale por su brillo de las demás; tiene un pequeño compañero. Este astro me servirá de guía. Dios solo sabe qué nombre tiene esa lucecilla en el firmamento ruso. Ahora reina la oscuridad y me incorporo, después de haberme cerciorado que ya nadie me puede descubrir, e inmediatamente me acosan el hambre, la sed, el dolor y la rigidez. Evito todo lo que tenga contacto directo con el hombre: caminos, calles y poblaciones, que posiblemente estén custodiados por centinelas del Iván. Así es que comienzo a seguir a mi estrella, cami-

nando a campo traviesa; subo y bajo colinas, atravieso arroyos, zonas embarradas, pantanos y maizales, que me lastiman los pies con sus hojas filosas. Voy descalzo, y al poco tiempo ya tengo los pies en carne viva. Cuando tengo que atravesar campos cubiertos de guijarros, me hiero más aún, pero con el pasar del tiempo me vuelvo apático. Todavía me impulsa la decisión de no abandonar...; quiero seguir viviendo, quiero ser libre. Estos deseos forman un solo bloque de resistencia en mi espíritu; sin libertad, la vida es comparable a una fruta hueca.

¿Hasta dónde habrá avanzado el ruso? ¿Cuánto tendré que caminar aún? Apenas oigo el ladrido de un perro, cuando ya desvío mi marcha, suponiendo que ahí no vivirá un amigo. Delante mío, bien lejos veo, de vez en cuando, el fogeo de la artillería. A juzgar por los estampidos, parece que los rusos están ocupados en provocar un vivo tiroteo, lo que significaría que ya están a una profundidad respetable. Muchas veces me ocurre que, al pasar por valles, en la oscuridad tropiezo, yendo a parar a un zanjón que está lleno de lodo que me alcanza hasta la rodilla, reteniéndome de tal manera, que mis fuerzas no me bastan para volver a salir. En estas situaciones, me dejo caer con el pecho en la ladera de enfrente, dejando las piernas enterradas en el barro. Así quedo tendido, completamente exhausto, pudiendo compararme con una batería que ha gastado toda su carga. Después de cinco minutos, creo sentir que ella volvió a recuperar algo de su carga y tengo suficiente fuerza como para trepar la ladera. Sin embargo, no significa que con esto pasó todo; al contrario, a más tardar en el otro valle, se repite el mismo accidente. Voy caminando de esta manera hasta las nueve de la noche. Ya no puedo más. No me es posible recuperar algo de mis fuerzas, aún ampliando algo los intervalos. Reconozco que, sin comida, sin agua y con sueño me es imposible proseguir esta marcha, y por lo tanto me resuelvo a pedir albergue en alguna casa que encuentre aislada.

A lo lejos percibo los ladridos de unos perros, y por éstos me guío. Parece que no estoy muy lejos de una población, y a poco caminar llego a distinguir una casona separada de las demás. Los perros me causan contratiempos; apenas si me puedo defender de ellos. Mucho me molestan los ladridos ininterrumpidos. Me temo que, debido

a ellos, se podría alarmar un centinela vecino. Ahora golpeo con los nudillos, pero nadie me abre; quizás esté abandonada. Lo mismo me ocurre en la segunda choza, y sigo a la tercera. Cuando tengo que comprobar que, aparentemente, también ésta está desocupada, en un arrebato de impaciencia rompo los cristales para poder entrar. En eso se abre la puerta, y una anciana me atiende, con un farol triston en la mano. Ya estaba por entrar por la ventana, pero al verla, bajo y entro por la puerta. La mujer anciana me quiere impedir la entrada, pero paso decididamente a su lado. Al darme vuelta, le pregunto a la viejita, señalando con el dedo hacia el pueblo: "¿Bolchevisti?". Ella afirma con la cabeza. Ahora sé, por lo menos, que esta población está ocupada por los soviets. El farol que porta la mujer ilumina escasamente la habitación. Veo una mesa, un banco y un armario desvencijado. De un rincón percibo el ronquido fuerte de un anciano, que descansa sobre una tabla ligeramente inclinada. Calculo la edad del viejo en unos setenta años. Esa tabla será, sin duda, el lecho para los dos. Sin decir una sola palabra, enfilo hacia esa "cama" y me acuesto; también... ¿qué voy a decir, si no sé ni jota de ruso? Ya habrán notado y visto que no he venido con malas intenciones. Harapiento, descalzo. La camisa que me cuelga en jirones, empapada en sangre que se ha coagulado, me da más la apariencia de una pobre presa que logró burlar a sus perseguidores que de un criminal. Heme aquí acostado, después de todo. A mi lado la anciana, que también me hace compañía; los tres bañados por una luz mórbida y titilante, que se filtra hasta nosotros desde el techo, donde la vieja acababa de colgar el farol. Ni me viene la idea de preguntar si tienen unos trozos de lienzo para mi hombro perforado y para mis pies heridos...; sólo pienso en dormir... nada más.

Vuelvo a sentir otra vez cómo el hambre y la sed me acosan. Me incorporo en la tabla que nos sirve de lecho, y ahora, sentado, le doy a entender a la anciana, con gestos, que deseo comer y beber algo. Luego de titubear, me trae, efectivamente, un jarro con agua y un trozo de pan mohoso de harina de maíz. Nunca en toda mi vida he saboreado de tal manera algo comestible. Con cada bocado siento cómo me vuelven las fuerzas, cómo de pronto vuelven a presentarse la iniciativa y la voluntad de vivir. Al principio como casi sin masticar los bocados,

pero, poco a poco, me voy saciando, y mientras doy cuenta de las últimas migajas, reconstruyo mi situación y empiezo a pensar en el futuro. El pan y el agua ya están consumidos, y ahora siento el deseo de descansar hasta la una de la mañana. Son las 21.30 horas, y el sueño me hace falta, y por eso vuelvo a la tabla, al lado de la vieja, para descansar, mitad despierto y mitad durmiendo. Con la puntualidad de un reloj, me despierto cada quince minutos y me cercioro de la exactitud de la hora. En ningún caso debo utilizar toda la noche exclusivamente para descansar, perdiendo así la protección que me ofrece el manto de la oscuridad. Más bien debo aprovechar justamente esta circunstancia, para ganar varios kilómetros en mi marcha hacia el Sur. Las 21.45..., las 22.00..., las 22.15...; así sigo consecutivamente. Las 24 horas..., la 1.00... ¡Arribal! Inmediatamente afuera! La vieja me abre la puerta, y ya me veo llevándome por delante los escalones resbaladizos. No sé a ciencia cierta si fueron los escalones, la noche negra o el cansancio, que me hicieron tropezar.

Ahora, para colmo, llueve. No veo mis propias manos en esta oscuridad, más negra que boca de lobo. También he perdido mi estrella, que me debía guiar... ¿Cómo hacer ahora para orientarme? Se me ocurre que al llegar llevaba el viento a mis espaldas, y quiero repetir este método... ¿Habrá girado el viento?

Todavía me rodean las distintas chozas del pueblo; el viento es atrapado formando remolinos y sopla de todos los lados a la vez. Temo que estoy caminando en un círculo. Noche tupida, obstáculo por doquier; otra vez chocan mis pies con un objeto. El ladrido de los perros es cada vez mayor... ¿Quiéreme decir esto que todavía estoy en el pueblo? ¡Ojalá no me vea de pronto cara a cara con un centinela de los rusos!

Por fin llego a un lugar libre, y ahora aprovecho para guiarme por el viento, que me sopla a mis espaldas. Al mismo tiempo me libré de los canes. Nuevamente emprendo la marcha, una vez hacia arriba, otra vez para abajo, através de maizales, campos rocosos y bosques, donde se me dificulta la orientación que me brinda el viento.

En el horizonte veo los fogeos ininterrumpidos y también oigo las explosiones. Esto me sirve de guía. De esta manera puedo conservar mi dirección Sur. Cuando oigo un rumor sospechoso en mis in-

mediaciones, lo esquivo inmediatamente. Se aproximan las tres de la mañana; a mi izquierda comienza a despuntar el alba. Por fin, amanece. Gracias a esto puedo comprobar que el viento no giró durante la noche. He caminado efectivamente en dirección Sur.

Calculo que habré caminado desde la una de la mañana unos diez kilómetros. Antes habré recorrido unos quince a veinte, lo que, en resumida cuenta, equivale a unos veinticinco a treinta kilómetros, que he ganado en mi marcha al Sur del Dniester.

Delante mío distingo ahora una colina de unos 250 metros más o menos, y resuelvo treparla, pues espero tener desde allí arriba una mejor visibilidad, que me servirá para fijar puntos de referencia. Ya aclaró y, sin embargo, no descubro nada llamativo desde la cima. Sólo dos o tres poblaciones, más bien pequeñas, a diestra y siniestra, que se encuentran a unos pocos kilómetros de distancia. Mucho más me llama la atención que, a partir de esta colina, se extienda una loma que corre en dirección Norte - Sur, es decir, exactamente en mi trayecto. Las laderas están descubiertas y no presentan un declive muy pronunciado, lo que a mí me permite una amplia observación, estando así prevenido si alguien se aproximara. Cualquier individuo que intentara perseguirme, tendría que subir la loma, lo que significaría para él un grave percance. Además..., ¿quién sospechará de mí en estos instantes? Estoy de buen humor. A pesar de la luz del día, creo que podré ganar varios kilómetros hacia el Sur. Es mi intención ganar mucho terreno, empleando un mínimo de tiempo.

Estimo a simple vista que la loma tendrá una longitud aproximadamente de 10 kilómetros, y eso es mucho. Pero, ¿es realmente tanto? "Diez kilómetros son una distancia que antes tú la corrías, cuando practicabas deporte. Este trecho lo has puesto tras de ti más de una vez y en 40 minutos. Lo que antes has podido hacer en 40 minutos lo podrías hacer en 60. El precio es tu ansiada libertad, pues inténtalo...".

Debo ofrecer un aspecto de arte desnaturalizado, así como voy corriendo sobre la cresta de esta montaña, al trote, vestido con harapos, con los pies descalzos y heridos y el hombro contenido en un gesto escalambrado.

"No te rindas...; debes lograrlo...; piensa en tus disputas deportivas...".

Hablando conmigo mismo, sigo corriendo..., corriendo...

De vez en cuando tengo que volver, a la fuerza, al paso de indio, prosiguiendo mi marcha de esta manera; pero sólo por poco tiempo; ya nuevamente vuelvo a trotar: uno, dos..., uno, dos... Seguramente que emplearé nada más que una hora...

Termina mi trayectoria; el camino descende, y así estoy obligado a abandonar mi ruta. Delante mío se extiende un campo extenso, y justamente, en prolongación de la loma corre una pronunciada hendidura. Esto es algo peligroso. Aquí se me pueden presentar los inconvenientes más desagradables, lo que es más posible cuanto más adelanta la hora, y ya son las siete de la mañana. Otra vez se me agotó mi batería de energía...; siento la necesidad invencible de beber..., de comer..., de descansar. Hasta el momento no he divisado ni un alma... ¿Será necesaria la cautela todavía? ¿Qué debo hacer?...

No llevo armas; lo único que poseo es hambre y sed. ¿Precaución...? Ella es una virtud, pero el hambre y la sed impulsan a las acciones más violentas. Guiado por la necesidad, me descuido. A mi izquierda, puedo distinguir, casi en el horizonte, dos casonas, que se reflejan en los rayos matutinos. Inmediatamente tomo una decisión: "Ahí debes ir...".

Bajo el marco de un portón que da entrada a un granero, me detengo, "olfateando" con toda cautela. El edificio está completamente vacío. No ha quedado nada, absolutamente nada. No hay herramientas agrícolas, no hay ganado; casi diría, que no existe en esta tristeza un solo ser viviente fuera de mí... pero... ahí corre una rata de un rincón al otro. En el patio, descubro un montón de hojas de maíz, que están en estado de putrefacción, y con un afán incontenible, comienzo a revolverlo. Y si solo fueran unos pocos choclos, los que encontrara o menos todavía, unos granitos de maíz..., pero nada... nada... Sigo escarbando lleno de avidez, pero no encuentro absolutamente nada. No lo quiero creer, pero tengo que convencerme: no hay nada... nada.

Así estoy, entretenido en mi búsqueda infructuosa, cuando de

pronto oigo un ruido sospechoso a mis espaldas. Alcanzo a ver, como se deslizan dos siluetas en un edificio vecino; — no sé si son rusos o fugitivos acosados por el hambre, como yo. ¿O serán quizás saqueadores, que todavía se llegan con la vil esperanza de encontrar algo por aquí? Sigo al segundo edificio, y aquí me ocurre lo mismo que en el anterior: no encuentro nada.

Reviso también el montón de paja de maíz que encuentro aquí, y con el mismo resultado: no hay nada que sirva para saciar mi hambre.

Desilusionado, comienzo a meditar: ya que no hay nada comestible, por lo menos podría descansar. Para tal propósito, comienzo a cavar un hueco en la paja del maíz, y estoy por acostarme cuando me sobresalto. Otra vez vuelvo a oír algo. Miro y veo en un camino adyacente, como pasa un carro rústico, arrastrado por un caballo cabizbajo. Los ocupantes son un hombre con un gorro de piel y una niña. Con la convicción de que la presencia de una niña nunca puede significar peligro, voy al encuentro de ellos. La gorra de piel, me invita a deducir que se trata de un chacarero rumano.

Le dirijo la palabra a la niña:

— ¿Tiene algo para comer?

— Si se conforma con esto, — me replica, extrayendo a la vez de un bolsón una especie de galleta reseca. El campesino detiene el caballo. Recién ahora se me ocurre que acabo de preguntar en alemán y que me han contestado en el mismo idioma.

— ¿De dónde, diablos, sabe usted alemán?

Ella me explica que se unió a unos soldados alemanes, compartiendo el camino de ellos desde Dniepropetrovsc, teniendo así ocasión de aprenderlo. Por ahora, se decidió quedar con este campesino rumano, para huir con él de los rusos.

— Pero, si ustedes van directamente en dirección hacia ellos.

Puedo distinguir en sus rostros, que no me lo quieren creer.

— ¿Ya penetraron los "Ruskis" en esa ciudad, ahí atrás?

— No. Esa ciudad se llama Floresti.

No contaba con esta contestación, y por eso me siento inmensamente feliz en estos momentos; para mí, significa que me debo encontrar justamente sobre la línea férrea Balti-Floresti.

— Díme, niña, ¿me puedes quizás decir, si hay todavía por ahí, soldados alemanes?

— Alemanes ya no hay, pero seguramente todavía rumanos.

— Muchas gracias y buen viaje.

Con la mano me despido del carruaje, que prosigue ahora su marcha.

Me parece oír ya las preguntas llenas de asombro que me dirigirán otros... ¿Por qué no me adueñé del vehículo?... Ni he pensado en esto: ¿No son ellos fugitivos como yo? ¿No debo, en cambio, estarle profundamente agradecido a Dios, que me guió tan prodigiosamente hasta aquí?

A medida que se disipa la tensión nerviosa que acabo de vivir, siento como la fatiga y el agotamiento se adueñan de mí. En estos últimos diez kilómetros, comienzo a sentir fuertes dolores en el hombro y en los pies, los que al ya no estar entumecidos me hacen sufrir aún más. Por el camino me encuentro en diversas ocasiones, con fugitivos que, llevando sus últimos bienes en pequeños carritos, intentan ponerse a salvo de la invasión que les amenaza. Por doquier, reina la nerviosidad y el apuro. Al llegar a las inmediaciones de Floresti, veo a dos soldados parados al borde de una fosa de arena. ¿Llevan uniformes alemanes?

Unos pocos metros más, confirman mis esperanzas: es un cuadro inolvidable, cuando les grito:

— ¡Eh, vengan aquí!

Ellos me contestan:

— Un momento... ¿Desde cuando: "Vengan aquí"?

— Soy el Mayor Rudel.

— No, mi amigo, esa traza no tiene ningún Mayor.

No tengo ningún documento, pero llevo en el bolsillo la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y Espadas. La extraigo, mostrándola. Inmediatamente me da a entender el Cabo 1º:

— Y bueno, no vamos a ser así; se lo vamos a creer.

— ¿No hay por aquí una Comandancia alemana?

— No. Sólo existe una Comandancia de retaguardia, que pertenece a un hospital de campaña que se encuentra en retirada.

Eso es, precisamente, lo que me faltaba. Los dos me toman al medio, y gracias a esta ayuda, nos ponemos en marcha hasta ahí. Yo no puedo hablar de "caminar", — me arrastro, en todo el sentido de la palabra.

Un médico me quita con ayuda de una tijera los pantalones y la camisa. Toda la ropa está pegada al cuerpo. Los pies, que están en carne viva, y también el hombro, los desinfectan con iodo.

Durante este proceso, unos bocados, ¡los más sabrosos de mi vida! Aprovecho también la ocasión para uniformarme, si podría contar, tal vez, con un vehículo que me llevara hasta el aeródromo de Balti. Espero, que desde ahí, podré tomar una máquina que me transportaría hasta mi Grupo.

— Pero, dígame... ¿Con qué se quiere vestir usted, — me pregunta el médico; si él mismo me había cortado todo lo que yo osaba nombrar "ropa". — Lo siento en el alma, pero nosotros no tenemos ni un hilo.

Pues bien; me envuelven tal cual me hizo Dios, en una manta, y ya salimos en un coche en dirección a Balti, hasta parar delante del edificio de la Mayoría del Aeródromo... Pero no,... no puede ser... pero, ¿quién es ese que se aproxima ahí...? El Oficial Técnico de mi Grupo, Teniente Ebersbach, me abre la puerta.

— Con permiso, mi Mayor, Teniente Ebersbach, conduciendo una avanzada ocupada en organizar la mudanza del Tercer Grupo de Jassy.

Detrás de él, un soldado que lleva una muda de ropa de fajina para mí. Habían comunicado por teléfono mi llegada en ropaje de Adán, a este aeródromo, y la casualidad lo quiso así que el Teniente Ebersbach se encontrara justamente en la Mayoría, donde se pudo informar que su comandante iba a llegar unos instantes más tarde, "olímpicamente desnudo".

Un Ju 52 me lleva a Raujovca, que es la ciudad en la que se instaló mi Grupo. Antes de mi arribo a ésta, ya corrió la noticia de mi llegada, como un reguero por todo el aeródromo, y el cocinero Punkel de la escuadra, está sumamente ocupado en preparar una torta. Los muchachos de mi Grupo están formados, y veo ojos radiantes de

alegría. Siento como si hubiera resucitado a una nueva vida; como si se hubiese producido un milagro. He regresado a esta tierra, y la recompensa más grande para mí, es la de poder estar otra vez con mis compañeros, confundíendome con ellos en abrazos y apretones de mano. Este es el premio más sublime, después de todas las penurias y de la carrera por mi pobre vida.

Sin embargo, reina una profunda tristeza. Todos recordamos con cariño a nuestro compañero Henschel, a este excelente artillero que contaba con más de 1200 incursiones contra el enemigo...

La noche nos ve reunidos alrededor de una fogata; todo tiene un ambiente festivo. Entre los nuestros, también una delegación de la aviación acompañada por un médico, quien tiene el "grato" deber de custodiarme en la cama, para que no me evada. Me trae las felicitaciones del General, el cual me prohíbe, además, participar en las futuras incursiones y la orden de que me vaya inmediatamente de licencia, por vía aérea, tan pronto lo permita mi constitución y mi estado general.

Me temo mucho que tendré que desilusionar una vez más al buen General, pues siento una nerviosidad que no me deja estar tranquilo un solo minuto... ¿Cómo vamos a parar a los soviets que avanzan con respetables fuerzas en dirección sur, después de haber pasado el río Dniester? Ni un sólo día aguantaría yo en la cama...

Al día siguiente decidimos trasladarnos todos a la ciudad de Jassy; el tiempo es horrible y estamos obligados a renunciar al vuelo. Como todos tenemos que descansar por la fuerza, estoy en condiciones de cumplir con los pedidos y las exigencias del médico.

Un día más tarde, volamos todos a Jassy. Desde ahí, nos queda más cerca para nuestras futuras incursiones al Dniester. Mi hombro está completamente vendado, casi no lo puedo mover, pero eso no es importante si uno quiere pilotear un avión. Mucho más desagradable es el hecho de que tengo los pies en carne viva; así no puedo caminar. Cada apoyo en los pedales del timón, me causa tremendos dolores, y como no puedo hacer ni un solo paso, ordeno que me lleven en andas hasta mi máquina.

Jassy es una ciudad rumana universitaria muy pintoresca, y hasta el momento, completamente intacta. Nos ofrece un panorama mara-

villano... ¡Cuánto lo tuvimos que echar de menos!... Nos recuerda a nuestra patria. Nos detenemos asombrados ante los escaparates, y en nuestros rostros reina la alegría. Nos sentimos como niños.

Las patrullas que parten al día siguiente, traen la novedad de que hay concentraciones de tanques y tropas motorizadas al norte de Ialtí y quizás también en la ciudad misma. El tiempo sigue malo por el momento. Las cumbres más altas están rodeadas de niebla. La situación es seria, pues en la zona neutral no contamos con unidades propias. En un medio día pueden estar aquí las fuerzas motorizadas del enemigo... ¿quién lo va a impedir?

Estamos solos; las patrullas nos comunican que las tropas rusas cuentan con una defensa antiaérea respetable; Lag 5 y Airocobras acompañan a la punta de lanza de los rojos, describiendo serpentinas en el aire. El frente Sur en Rusia, los yacimientos petrolíferos de Rumanía, ambos factores de suma importancia, que están en peligro. No reconozco ningún consejo con respecto a mi salud. Sólo sé, que hay que frenar el impulso de los rojos; hay que aniquilar a los tanques que representan la fuerza ofensiva. Hasta que nuestros compañeros de tierra puedan formar una represa, pasarán ocho días.

El Sargento Ayudante Rothman, mi fiel primer encargado mecánico, me lleva en andas hasta la máquina. Seis vuelos rigurosos hasta las tres de la tarde, con un tiempo desastroso y con una defensa antiaérea formidable, exigen todo mi esfuerzo. Casi después de cada excursión, tengo que cambiar de avión, porque los proyectiles del enemigo lo convierten en un colador. Me siento físicamente mal; sólo me mantiene de pie mi decisión inquebrantable de parar el ataque de los soviets, con todos los medios que tenga a mi disposición. Además, se trata de las tropas que por poco me tomaron prisionero, y que el mismo día todavía, propalaron por la radio de Moscú que habían capturado al Mayor Rudel. Seguramente estaban convencidos de que no iba a lograr reunirme con nuestros soldados. ¿Habrán delatado los compañeros que quedaron en sus manos, quién era el fugitivo?

Atacamos continuamente con nuestras bombas y cañones, tanques, vehículos de forrajes cargados de nafta y víveres, infantería y caballería.

Efectuamos las incursiones a alturas de diez a doscientos metros, porque el tiempo sigue detestable.

Volando a ras de tierra, con las máquinas de la escuadrilla anti-tanque, con sus cañones de 37 mm, voy cazando los tanques. Poco a poco ya no vuela ninguno de mis compañeros; a medida que tengo que cambiar de avión, debido a los impactos de las esquirlas, voy dejando a uno por uno sin máquina. Se presenta el caso, que el abastecimiento de nafta para todo el Grupo demora demasiado. Para acortar este intervalo, hago cargar la mía y otra más, ocupándome a la vez del amunicionamiento de las armas, volando de esta manera una incursión de a dos, mientras el Grupo está en tierra preparándose para el siguiente vuelo.

Casi nunca contamos con propios cazas que nos puedan ofrecer su protección, y es por eso, que los rusos se sienten valientes, fiándose de su mayoría numérica.

Mucho esfuerzo me cuestan los combates aéreos con sus loopings y sus vueltas cerradas, pues como tengo los pies malheridos, apenas puedo accionar los pedales del timón. Sólo maniobro con la palanca de comando. Hasta el momento, registro únicamente impactos de la defensa desde tierra; por cierto, que no tengo porqué quejarme de la puntería, lo cual se comprueba, cada vez que vuelvo a la base.

Para el último vuelo no me toca una máquina con cañones de 37 mm. y me tengo que resignar a atacar como los restantes del Grupo: caigo en picada, valiéndome de las bombas y de los cañones de 20 mm. Estos últimos no bastan para perforar el blindaje de los tanques.

Parece que los rusos ya no esperan una visita en hora tan avanzada. Nosotros sólo queremos ver dónde ha quedado el grueso de sus unidades, para poder formarnos así nuestra propia opinión. Esto es de suma importancia para mañana.

Volamos a lo largo de las dos carreteras, hacia el Norte, en dirección a Balti, mientras el sol ya se aproxima al ocaso. Adelante, hacia la izquierda, veo una polvareda que se levanta del pueblo de Falesti y pienso, que podría ser una columna rumana.

Dejando al Grupo más arriba, voy descendiendo en dirección a esa cortina de tierra, y al sobrevolar el pueblo, me recibe una defensa

cerrada. Al mismo tiempo, alcanzo a ver a una cantidad de tanques, seguida por un convoy de camiones. ¡Forraje e infantería motorizada! Me llama la atención los tanques, pues llevan dos o tres tambores de nafta... ¡qué notable! De pronto descubro lo que significa. Ellos ya no cuentan con ser molestados por nosotros para hoy y se aprestan a pasar a toda marcha, si es posible, hasta el corazón mismo de Rumanía: a los yacimientos petrolíferos. Esto significaría, que nuestro frente del Sur quedaría pendiendo en el aire. Han elegido la oscuridad y la noche, pues bajo mis Stukas no se pueden mover a gusto.

Es por eso que llevan tambores de nafta sobre los tanques. Ello significa que proseguirán la marcha, aunque no tengan abastecimiento de retaguardia. Tienen una misión de gran valor operativo y ya están en marcha, como puedo comprobarlo.

Nosotros somos los únicos que lo sabemos; toda la responsabilidad pesa sobre nuestros hombros.

Inmediatamente ordeno por radiotelefonía:

— ¡Atención... atención! ¡Incurción de máxima importancia! ¡Lanzad las bombas individualmente!... ¡A continuación, ataques a ras de tierra, luchando hasta el último cartucho!... ¡Los artilleros también se ocuparán de tirotear los vehículos, con sus armas de a bordo!...

Lanzo mi bomba, e inmediatamente me dedico a cazar tanques con mi cañón de 20 mm. En general, es una lástima, desperdiciar proyectiles de este calibre sobre tanques; pero hoy... hoy llevan tambores con nafta, y esos sí que valen la pena.

Cuando caen las primeras bombas, el ruso quiere proseguir la marcha en forma ordenada, defendiéndose con furia contra el atacante del aire. ¡Son unos testarudos! Nosotros no nos dejamos ahuyentar, y al poco rato notan que el asunto es serio. Poseídos de pánico, abandonan la carretera, desparramándose por el terreno, describiendo locamente círculos para dificultarnos la puntería.

Yo me ocupo en destruirles los tambores con mi minución incendiaria y con la común. Parece que la nafta se filtra por no sé qué brechas, produciendo resacas y remolinos. Varios tanques que esperaban bien escondidos en la sombra la suerte de la batalla, explotan encandilándonos con el fogonazo. Cuando vuela al aire la munición

de un tanque, se nos ofrece un espectáculo completo de fuegos artificiales en el cielo, y si un tanque lleva, además de ésa, munición para señales, entonces somos testigos de una orgía de colores.

Cada vez que vuelvo a enfilar con mi máquina, sintiendo la enorme responsabilidad que llevamos, nace en mí la esperanza de que podremos lograr nuestro propósito. ¡Cómo nos favoreció el destino, que nos hizo encontrar este convoy! Se me terminó la munición. Cinco tanques fueron las presas de mi cañón, pero todavía faltan unos colosos que, en parte, siguen maniobrando en el terreno. También a estos quisiera darles su merecido.

—“Hannelore 7, 1” —este es el nombre de “camouflage” del Capitán de la 7ª Escuadra, para el día de hoy— “después de haber gastado el último cartucho, diríjalos a la base”.

Yo mismo vuelo a todo lo que da mi “pajarito” de vuelta a ella, acompañado por mi segunda máquina. No es necesario cargar nafta, todavía hay. Sólo necesitamos algo de munición. Estamos sumamente apurados. Se aproxima la oscuridad. Todo va lerdo, a mi parecer, a pesar de que los excelentes muchachos encargados de las bombas y de la munición hacen todo lo humanamente posible.

En pocas palabras les informé de lo que se trata, y ellos no quieren ser inferiores a sus camaradas pilotos.

Diez minutos dura todo esto; ya despego de la pista y veo como me viene al encuentro mi Grupo. Llevan las luces de posición, debido a la oscuridad reinante.

Después de un rato, llego al lugar de acción. Desde lejos puedo divisar los incendios producidos por los tanques envueltos en llamas, y de vez en cuando, una explosión ilumina fantásticamente el firmamento. Apenas si hay luz solar. Volando a ras de la tierra y guiándome por la carretera, descubro a dos de esos colosos de acero en su intento de ganar terreno hacia atrás, para llevar la triste noticia.

Describo una vuelta y los enfrento. A último momento los distingo cuando voy volando, tocando casi el suelo. Es muy difícil tener puntería, pero como también ellos, al igual que los anteriores, llevan los tambores de nafta, logro hacerlos volar, si bien derrochando toda mi munición.

Con estos dos llevo hoy diecisiete tanques en mi haber.

Aproximadamente la misma cantidad fué destruída por el Grupo, lo cual significa que el Iván tuvo una baja de más o menos treinta pérdidas totales. Fué un día aciago para los moscovitas...

De todas maneras, hoy dormiremos tranquilos en Jassy, eso es seguro. El día de mañana dirá, hasta qué punto logramos sofocar el impulso bolchevique.

En plena noche se desliza mi avión por la pista de nuestra base. Noto recién, como va aumentando el dolor, y la tensión nerviosa se disipa en forma muy lenta.

Los diversos comandos de las fuerzas aéreas y del ejército quieren saber hasta los detalles más insignificantes, y tengo el agrado de pasar toda la noche con el auricular en la mano.

La orden del día para mañana está claramente definida: combatir las mismas fuerzas de hoy.

Apenas llega el alba, salimos con nuestras máquinas, aprovechando la luz del día. Es de esperar que también el ruso sabrá emplear esta claridad a su favor.

El tiempo es horrible; las nubes están a una altura de 100 a 150 metros del suelo, y sospecho que San Pedro está otra vez a favor de los otros, por hoy. Las colinas que nos rodean, están igualmente sumidas en tinieblas, y esta circunstancia nos obliga a volar a lo largo de los valles, encajonados a diestra y siniestra, entre las laderas. Estoy sumamente intrigado, porque quisiera saber lo que nos espera. Sobrevolamos Falesti, divisando a los tanques que destruimos ayer. Recién al llegar a Balti, nos encontramos con los primeros tanques y con convoyes. La defensa es tremenda; cañones antiaéreos y otras defensas de tierra nos dan la bienvenida. Parece que cundió la noticia que ayer estuvimos "de racha". Sinceramente, no tendría ganas de aterrizar forzosamente entre ellos...

Atacamos sin intervalos. En cada incursión nos tenemos que defender de los cazas rusos. Lamentablemente los nuestros son tan pocos que apenas valdría la pena mencionarlos. Además, nos preocupa mucho el mal estado del tiempo. Estamos obligados a volar a ras de la tierra, lo cual nos inflige bajas muy lamentables.

Pero debemos conservarnos firmes. Estamos en legítima defensa y luchamos por nuestro propio bien. Si paralizamos nuestras incursiones, tendremos a los rusos en nuestra base, dentro de muy poco tiempo. Mucho lamento el deplorable hecho de no poder contar más con Henschel. Este fiel compañero hubiese podido aliviar grandemente mi tarea, con sus experiencias como artillero de a bordo. Detrás mío llevo hoy al Sargento Ayudante Rothmann, mi primer encargado mecánico. El se bate con hombría, pero le falta rutina. A todos les agrada volar conmigo, pues dicen: "Si todos quedan, el viejo vuelve seguro"...

Temo perder demasiado tiempo hasta que comience la segunda incursión y para ganar tiempo, realizo una incursión aparte con el Teniente Fischer, que me acompaña en una segunda máquina. Nuestra misión consiste en combatir a los tanques en las inmediaciones de Balti.

Algunos cazas propios nos prestarán su protección sobre este sector, y alentados, volamos en esa dirección. El tiempo empeora de un momento a otro; la visibilidad no permite distinguir objeto alguno a más de 800 metros de distancia. Quiero encontrarme con nuestros cazas, para ello enfilo la máquina hacia arriba. Ahí están los cazas... pero no los nuestros; todos son rusos.

— ¡Atención, Fischer, todos Airocobras, estreche... más!

Ya nos descubrieron; son como veinte y nosotros dos solitos. Justamente lo que ellos se habían soñado. Inmediatamente nos acosan como el diablo a un alma en pena. No nos basta el espacio para desviar hacia arriba. Estamos volando a ras del suelo y aprovechando cualquier accidente del terreno lo suficiente grande, para desaparecer en él. No estoy en condiciones de hacer grandes virajes para confundirlos, porque con mis pies lastimados, apenas puedo accionar sobre los timones. Sólo con el bastón (palanca que actúa sobre el timón de profundidad) puedo desviar un poco de la ruta. Estas maniobras no me bastan para nada; si me persigue un caza que sabe ejercer su profesión, puedo contar los minutos que me quedan... y el que ahora me persigue sabe su oficio. Rothmann está por perder un poco la serenidad:

— ¡Nos van a voltear!

Yo le grito que se calle la boca, indicándole que haría mejor si se ocupara un poco más con su cañón... pero el sigue gritando.

Los impactos perforan constantemente mi avión. No puedo mover los timones; estoy en condiciones inferiores, ya que no me puedo defender. Lo distingo claramente en los impactos: son proyectiles de calibre mayor. La Airocobra me tirotea con su cañón de 37 mm, además de los de 20 mm. ¿Hasta cuándo lo aguantará mi fiel Ju? ¿Cuándo empezará a arder mi pájaro mecánico? ¿Cuándo comenzará a desarmarse en el aire? Treinta veces fui abatido en esta guerra y siempre lo logró la defensa antiaérea desde tierra; nunca fui presa de un caza. Siempre estaba en condiciones de accionar el timón, lo que equivale a volar. Esta es la primera y última vez, que un caza logra hacer blanco en una máquina que piloteo yo.

— ¡Rothmann, hombre, abra el fuego! El no dice ni una sola palabra. Lo último que oigo es:

— Atascamiento... ¡ay!...

Esto significa para mí, que ya no puedo contar con una defensa hacia atrás. Los Iváns lo notaron inmediatamente y se sienten alentados. Me atacan a la vez de atrás, de la izquierda y de la derecha. También de adelante me molesta uno de estos cazas. Apenas veo que la envergadura de mi avión me lo permite, cuando ya desaparezco en un valle. Volando así sin poder accionar el timón, soy un blanco humano, y la puntería de estos individuos no es mala. Un proyectil tras otro me perfora la máquina. Vuelvo a perder las posibilidades de poder regresar a casa, con el pellejo sano y salvo. Así, me acompañan casi hasta nuestra base en Jassy; parece que se han quedado sin munición...

He perdido de vista a Fischer, y tampoco Rothmann sabe dónde habrá quedado. ¿Lo habrán obligado a intentar un aterrizaje forzado? ¿Habrá perdido la vida? No lo sé. La pérdida de este joven y valiente oficial nos hiere profundamente.

Mi máquina está convertida en un colador, debido a los proyectiles de 20 mm. También cuento ocho impactos de 37 mm. El Sargento Ayudante Rothmann ya no se fía incondicionalmente de mi "seguro de vida"...

Después de una incursión como ésta, se es fácil presa del agotamiento y del cansancio mental y puede uno compararse con un animal que ha sido acosado. Pero, ¿de qué vale?, ¡Adelante! Otra máquina, y

otra vez a combatir al enemigo. Hay que contener a los rusos, cueste lo que cueste. Este día pude destruir nueve tanques. En los días subsiguientes ya me tengo que ocupar con más dedicación para encontrar coches blindados del enemigo. Sin embargo, esta circunstancia me tranquiliza, pues significa para mí, que hemos quebrado el empuje más impetuoso del ruso; la infantería sola no se atreverá a proseguir mucho más adelante, pues le falta el apoyo de las unidades motorizadas.

El vuelo de patrulla a la mañana siguiente confirma mi suposición. Todo el paraje presenta un aspecto tranquilo, casi fúnebre. Vuelvo a la base, y al aterrizar, un joven soldado de la Sección de Mantenimiento de armas y afines salta sobre una de las alas de mi máquina, loco de alegría, moviendo los brazos como un remolino. Me felicita, pues acaban de conferirme los brillantes agregados a la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y Espadas. Me dice, que recién llegó un radiograma del Führer, dando la buena nueva, y que, además de eso, se me prohíbe que participe en adelante en las incursiones. El motor de mi avión está todavía en marcha, y la mitad de sus palabras son entrecortadas por el estrépito; sin embargo, pude entender. Para no tener que verlo por escrito, que no podré volar más, evito hacerme presente en la Mayoría, cuando vuelvo de cada incursión. Prefiero quedar junto a las máquinas, inspeccionando los diversos trabajos, hasta que estas estén otra vez listas para el combate. Por la tarde me alcanzan una orden del General en la cual se me hace saber, que debo presentarme a Odesa.

Mientras tanto, llegan de todos los puntos cardinales las felicitaciones por radiograma. También varios miembros del Gobierno del Reich envían sus congratulaciones. Tendré que librar una lucha sin cuartel, para salir con la mía: *quiero seguir volando!*

No me agrada ver como mis camaradas se preparan para un nuevo vuelo contra el enemigo, mientras que yo me tengo que alistar para partir a Odesa. Me considero un expulsado. Si esto está en relación con mi condecoración, entonces es una carga para mí, para mi conciencia, en vez de ser un premio en reconocimiento de mi rendimiento, que me debería llenar de alegría y de orgullo.

En Odesa no puedo averiguar nada nuevo al respecto; sólo oigo lo que ya sé y lo que, por lo tanto, no quiero oír. Como si vinieran de

lontananza, escucho vagamente las distintas felicitaciones y alabanzas, mis pensamientos no están aquí presentes. Estoy con ellos a la par de mis compañeros, que no son tan desdichados como yo, pues todavía pueden empuñar el timón de vuelo.

Quiero volar, sí señor, ¡cueste lo que cueste!...

Estoy lleno de envidia cuando pienso en ellos...

Debo presentarme a la brevedad en el Cuartel General del Führer, para recibir "los brillantes" de sus propias manos.

Por el momento, nos trasladamos a Tiraspol, y de aquí parto con una Ju 87 vía Focșani—Bucarest—Belgrado—Keskemed—Viena—Salzburgo. Comienzo a meditar. Pensándolo bien, me estaría acompañando ahora mi artillero inolvidable: Henschel. Pero él ya no figura entre los vivos... En su lugar llevo al Sargento Ayudante Rothmann.

Presentarse al Jefe de Estado en blandas y cómodas botas de piel, como las usan los aviadores, no es, por cierto, nada común. Sin embargo, le doy las gracias al cielo, pues así, por lo menos puedo intentar caminar de un lugar a otro, si bien con grandes dolores. El Teniente Coronel von Below me recibe en Salzburgo. Rothmann sigue en tren hasta su casa. A la vuelta lo he de levantar cuando pase por la provincia de Silesia.

Ya llevo dos días de perezoso descanso en la magnífica azotea del "Berchtesgadener Hof", la casa de huéspedes de la residencia privada del Führer, respirando a todo pulmón el maravilloso aire puro de las montañas de mi tierra natal. A pasos lentos voy recuperando mi equilibrio, después de los acontecimientos de las últimas semanas.

Al tercer día, me veo frente a frente con Adolfo Hitler. El está al tanto de todo lo ocurrido durante los últimos quince días, hasta el más pequeño detalle, y me expresa su alegría y su satisfacción, de verme sano y salvo; la Providencia me prestó su ayuda, para poder realizar lo casi imposible. El Führer me hace la impresión de una persona de sentimientos sumamente sinceros. Casi quisiera decir, que aquí reina un ambiente de paternal cordialidad. Me hace entender, que, por ahora, bastan mis manifestaciones y mis rendimientos, todos hechos por el bien común. Por eso se me ha prohibido la participación en futuros vuelos e incursiones. Justifica su opinión, explicándome, que no todos

los excelentes soldados deben sacrificar su vida por la patria, sino que éstas y sus experiencias son necesarias para ejemplo y escuela de la juventud. Al oír esto, le replico que, si éstas son las condiciones que me permitirán ostentar la condecoración que se me acaba de conferir, si esto significa renunciar definitivamente a volar a la cabeza de mi Grupo, estoy decididamente resuelto a no aceptar "los brillantes".

Su rostro refleja una expresión severa; se produce un intervalo cargado de tensión. Al fin dice, sonriendo:

— Bueno... ¡Entonces, vuela usted!

Recién ahora me siento feliz y contento. Las caras de mis compañeros, cuando se enteren que seguiré con ellos... ¡quisiera verlas en este instante!

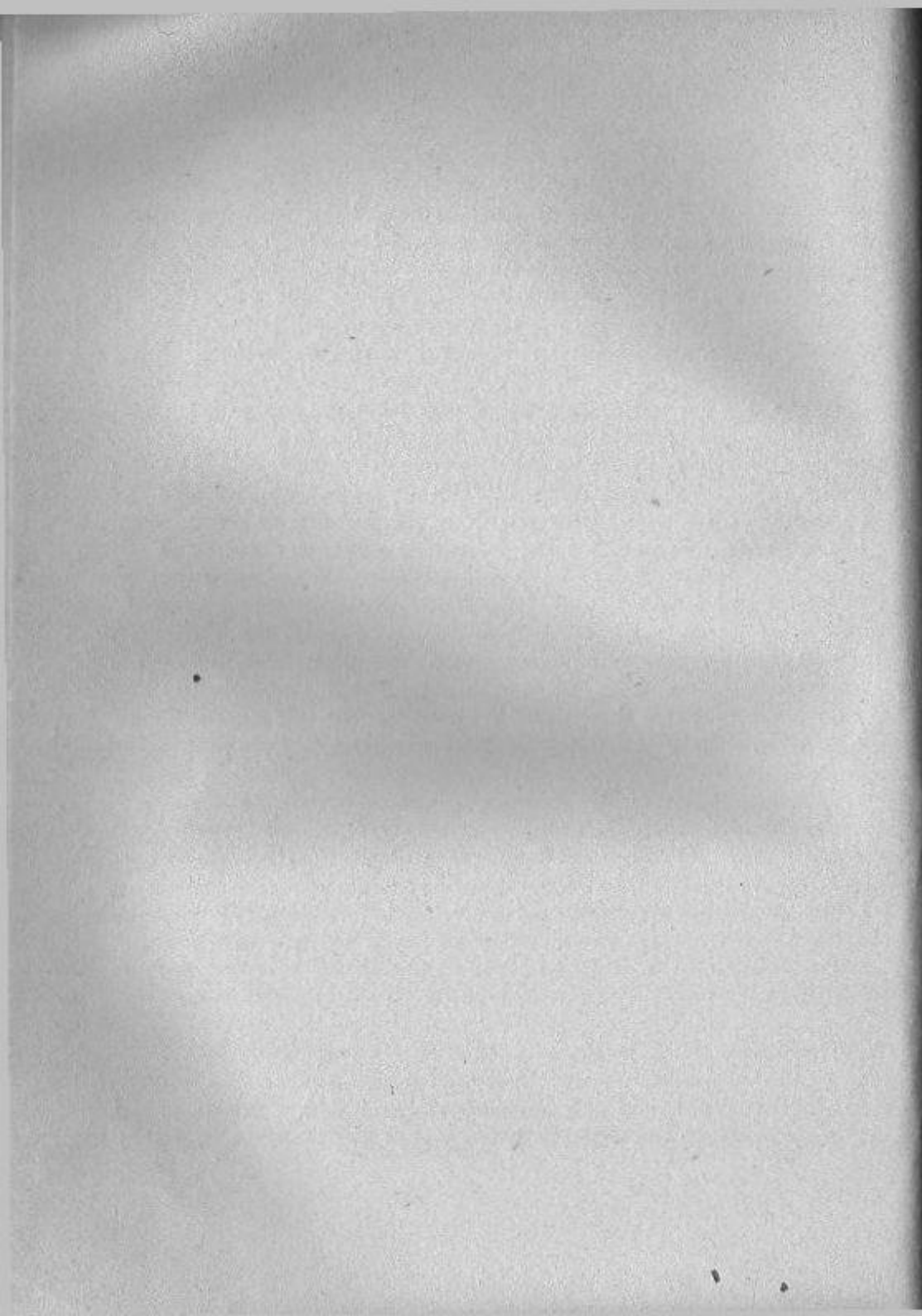
A continuación pasamos juntos a tomar té, conversando más de dos horas. Innovaciones en la técnica armera, fragmentos de la historia y la situación mundial son los temas principales, alrededor de los cuales gira nuestra conversación. Especialmente me explica las armas "V" que acaban de hacer su primera aparición en el escenario de esta guerra. Es su opinión que, por el momento, no se deben exagerar las condiciones de un cohete de esta clase, ya que todavía no cuentan con la precisión de puntería. Esto no es importante por el momento, porque a él le interesan ahora, cohetes que vuelen sin dificultades. Más adelante llevarán otra carga explosiva que la conocida actualmente. Según sus palabras se trata de un explosivo tan potente que, gracias a éste, quizás podremos decidir la suerte de la guerra a favor nuestro. Ya estamos notablemente adelantados en este sentido, y dentro de poco tiempo podremos contar con una producción satisfactoria en todo sentido. Todo esto es para mí "tierra incógnita", y apenas si me puedo formar una vaga idea. Mucho más tarde pude enterarme, que este nuevo explosivo para los cohetes "V" se basaba en la desintegración del átomo. Durante largo tiempo me repercute esta visita en la residencia del Führer.

De Salzburgo vuelo a Goerlitz, una ciudad que ya pertenece a la órbita íntima de mi tierra. Las recepciones y los buenos deseos que se me ofrecen por doquier, me agotan más que una serie de incursiones al enemigo. Así me ocurrió, que uno de estos días estaba aún a las siete

de la mañana abrazado a mi almohada, cuando de pronto me sorprende un coro de niñas. Mi esposa tuvo que usar no sé qué artimañas, para arrancarme un sonriente ¡Buenos días! de los labios.

No es fácil hacer entender a esta buena gente, que también un "soldado con brillantes" necesita descansar, puesto que ésta es la manera más remota de recuperar las fuerzas, y que, por lo tanto, no deseo ninguna clase de honores ni ovaciones. Quiero descansar; nada más que descansar. ¿Es mucho pedir...?

Unos días los "robo", para permanecer junto con mis padres y mis familiares más íntimos, en mi pueblito natal. Con el corazón palpitante escucho por la radio los boletines oficiales del frente ruso, y ya vuelvo a estar con el pensamiento al lado de mis compañeros. Nadie me puede retener. Llamo por teléfono a Rothmann, que está en Zittau, y más tarde vuela un Ju 87 vía Viena - Bucarets, rumbo al Sur..., otra vez al frente ruso.



XIV

EL VERANO FATAL 1944

Pocas horas más tarde aterrizo en Focșani, en Rumania, mientras que mi Grupo se instaló en Husi, algo más al norte de este pueblo. El frente se ha estabilizado algo más, comparándolo con la situación de hace quince días, corriendo a lo largo del terreno al norte de Jassy, siguiendo las márgenes del río Pruth, hasta llegar al río Dniestr.

Este pueblito está rodeado de colinas que, en parte, están cubiertas de viñas, pero, ¿quién sabe, si estaremos todavía aquí para la temporada de la vendimia...? Nuestro aeródromo queda exactamente al otro lado de la localidad, y cuando tenemos que alcanzarlo, estamos obligados a cruzar todo el pueblito. La población se muestra muy interesada, observando detenidamente nuestras maniobras, y cuando conversamos con ellos, siempre volvemos a comprobar que nos aprecian sinceramente. Principalmente los representantes eclesiásticos mantienen un contacto estrecho con nosotros, y en más de un caso, soy huésped de ellos, encabezando estas manifestaciones, el obispo personalmente. Siempre me vuelve a repetir que el clero ve únicamente en nuestra victoria la posibilidad de ejercer libre e independientemente su religión, deseando de tal modo, el triunfo de nuestras armas.

En el pueblito hay una gran cantidad de comerciantes, contando éstos con una infinidad de pequeños comercios. ¡Qué diferencia con la Rusia soviética!, donde ha desaparecido completamente la clase media, totalmente absorbido por el monstruo del proletariado.

Lo que más me llama la atención, al pasar el pueblo, es la gran cantidad de perros que hay, y al parecer, ninguno tiene dueño. Vaga-

bundean los canes por toda la localidad, pues en todas partes uno se encuentra con ellos. Desde hace cierto tiempo, habito una pequeña casa, comparable a un chalet; cuenta con una viña y con un pequeño arroyo, en el cual me puedo bañar. Por la noche, este parque es concurrido por procesiones de perros de todas las razas y tamaños. Van desfilando en grupos, contando de a veinte y treinta. Cierta mañana, todavía me encuentro en la cama, al notar que un perro me observa plácidamente por la ventana, apoyándose con sus patas, en el alfeizar.

Detrás de él, apoyados igualmente sobre las patas delanteras, cuento a unos quince consocios más, sosteniéndose cada uno con sus patas sobre el lomo del delantero. Todos miran por mi ventana. Al fin los echo y entonces salen, cabizbajos, sin un solo ladrido, prosiguiendo su marcha sin rumbo.

No tenemos ninguna dificultad en lo que se refiere a la alimentación. Como nos pagan en "Lei", podemos comprar, por lo menos huevos en cantidades suficientes, ya que otras cosas son más bien escasas. Entre los oficiales "consumidores de huevos" mantiene el récord el Teniente 1º Staehler, no pudiendo comprender yo hasta hoy, adónde fueron a parar todos esos huevos...

Unos pocos días más tarde, estando nosotros impedidos de volar, aprovechamos en seguida, para ver hasta qué punto rinde sus frutos esta nueva fuente de energías. Todo el Grupo practica deportes; en la mayoría de los casos practicamos el ya conocido "cross-country", después la gimnasia, y por último, cómo iba a ser de otra manera, fútbol. Las agujetas, esos dolores musculares tan conocidos, están a la orden del día. A mí mismo me cuesta algo, en el primer tiempo, pues mis pies no se han curado del todo todavía; además siento también pinchazos en el hombro, cuando hago un movimiento brusco. Sin embargo, para el Grupo en general, esto significa un recreo inapreciable. Algunos, los más entusiastas, utilizan las horas libres para recorrer los bosques cercanos, o para practicar otra clase de deportes.

Casi siempre salimos a las 4 o a las 5 de nuestra pista, para medirnos con el enemigo. Todas las veces nos encontramos, al llegar al otro lado del aeródromo, con una majada inmensa de ovejas que son precedidas por un asno. Este simpático borrico tiene una crin que

le cuelga casi hasta el suelo, tapándole hasta los ojos y nos asombramos, que todavía esté en condiciones de ver algo. Esta particularidad le confiere un apodo que le hemos dado inmediatamente: el burro del oscurecimiento. Una buena mañana pasamos bien cerca de su majestad asnal y uno se gasta la broma de tironearlo un poco de la cola. Primero pateo furiosamente, a la manera de los caballos, para recordar, al cabo de unos segundos que lleva sangre de borrico, quedando parado, como si hubiera echado raíces. Instantes más tarde, comienza a latir su corazón de lebrón e inmediatamente sale a la carrera, como una exhalación. La majada de ovejas que tiene a su cargo, parece que todavía no pudo percatarse de lo ocurrido. El asno ya está bastante lejos de ellas, cuando se llena el aire de balidos estentóreos, siguiendo todas al galope a su señor y protector.

Qué importa, que unos minutos más tarde estemos rodeados por la defensa antiaérea más formidable. Todavía vivimos llenos de alerfía esos instantes que nos ofrecieron estos inocentes animales, llevando la alegría de la vida en nuestros corazones. Con esto, la amenaza de muerte pierde mucho de su efecto.

Nuestras incursiones nos llevan ahora a un sector más o menos estabilizado pero, sin embargo, podemos reconocer que los rusos siguen concentrando fuerzas para preparar una ofensiva que estará dirigida contra el corazón de la misma Rumania. Nos dirigimos, principalmente, a la zona comprendida por la ciudad de Targul Frumos al Oeste y de varias cabezas de puentes al Suroeste, todas situadas sobre el Dniestr, al Sur de Tiraspol. Entre estas localidades, al norte de Jassy, queda la zona donde el ruso intenta repetidas veces arrebatarnos el altiplano de Carbiti, situado en las inmediaciones del Pruth. En la cima de un cerro que nosotros nombramos "el cerro del castillo" se libran luchas encarnizadas por la posesión de las ruinas del castillo Stanca. Estas son las luchas más violentas en este sector. Varias veces ya hemos perdido este punto estratégico y varias veces volvimos a recuperarlo.

En estas zonas, los rusos cuentan con un abastecimiento eficaz. Ya no sé decir a ciencia cierta, cuántas veces hemos atacado los puentes en este paraje. Pasado el Pruth, se llega al Dniestr, dejando Kischinew al Este. Koschnitza, Grigoriopol, la cabeza de puente Butor... todos

estos son nombres eternamente grabados en nuestro recuerdo. Por unos pocos días, compartimos nuestra base con unos camaradas de la Escuadra de Cazas 52. Su jefe es el Mayor Barkhorn, un gran experto en la materia. En varias ocasiones nos acompañan en nuestras excursiones y estoy seguro de que les han salido canas con nosotros, pues el nuevo tipo de avión soviético, el Jak 3, los ha tenido en jaque bastante a menudo. Un puesto de comando, perteneciente al "Korps" de la Aviación, está estacionado en Jassy y desde aquí, le es permitido, observar profundamente a la retaguardia aérea del enemigo. El General en Jefe de este "Korps" se adelanta hasta ahí en más de una ocasión, para observar la colaboración de sus unidades con las tropas terrestres. Su puesto de comando dispone de radiomochilas, y éstas le permiten seguir todas las conversaciones que sostienen entre la tierra y el aire. Los cazas hablan entre ellos; éstos, por su parte, se comunican con los oficiales observadores en tierra; los Stukas conversan, conectándose igualmente con los que quedan en tierra, y otros más. Claro está que cada unidad utiliza distinta banda para transmitir sus mensajes. Cómo este General se ocupa de sus "ovejitas", lo demuestra la narración del siguiente episodio que él mismo me contó, en ocasión de una oportuna visita a nuestra base.

— Estaba observando la llegada de mi Grupo de Stukas sobre Jassy y volábamos con rumbo al Norte, para ponernos en contacto con nuestros orientadores en tierra, los cuales nos iban a indicar los blancos que debíamos atacar. Fuimos recibidos exactamente sobre la misma ciudad de Jassy, pero desgraciadamente no por nuestros cazas, sino por una formación de Lag 5, con los cuales comenzamos de inmediato los combates aéreos. Estábamos en inferioridad de condiciones, luchando con esos cazas veloces como saetas, mientras que nosotros estábamos impedidos, además, por la carga de bombas que llevábamos. Nuestro General observa este espectáculo y los sentimientos más contradictorios le cruzan la mente. El Capitán de la 7ª, creyendo que yo no he apercibido a un Lag que se apresta a atacarme, me avisa por la radio:

— ¡Atención, Hannelore! ¡Enseguida lo van a abatir!

Yo ya hacía rato que había descubierto a mi atacante, teniendo bastante tiempo como para escurrirme de sus ráfagas. Como a mí no

me agradan los gritos que llenan el éter, confundiendo a las tripulaciones y limitando, a la vez, la seguridad, le contesto:

— ¡No nació aún el tipo que me pueda mandar al suelo a mí!

Mas, no ha de interpretarse esta frase como una expresión que delate fanfarronería. Los muchachos de mi Grupo muy bien lo saben. En estas palabras se reflejan, más bien, la tranquilidad y la sangre fría que se transmite a todos los demás pilotos. Radiante de alegría, me cuenta el General:

— Cuando oí eso, no tuve más temor, ni por usted ni por sus muchachos, y desde ese momento observé el espectáculo en el cielo más bien con cierta diversión, pero no con la preocupación de antes...

Cuántas veces le habré dicho a los miembros de mi Grupo, antes de salir para una nueva incursión:

— El que no estrecha las distancias, quedando pegado a mí, será abatido; el que se queda atrás, será fácil presa de los cazas enemigos, pues, ya no se le puede ayudar más. Un impacto de la Flak es cosa del destino; en casa también os puede caer un ladrillo en la cabeza, también podéis caer del tranvía, si tenéis mala suerte; y al fin y al cabo, la guerra no es precisamente un seguro de vida.

Los "zorros" ya conocen mis expresiones y mi manera de ver las cosas. Cuando instruyo a los "nuevos", observo como se sonríen, y más de uno de ellos pensará: "Vaya a saber; en una que otra cosa tendrá razón...". Claro está que estos "nuevos" deben saber gobernar más o menos la máquina, si quieren participar en las incursiones; de lo contrario pondrían en grave peligro a los demás compañeros. Un buen día nos ocurre, por ejemplo, que nos encontramos en la misma zona, atacando los blancos indicados, bajo la constante amenaza de fuertes concentraciones de cazas bolcheviques. Un Teniente nuevo, quien pertenece desde hace poco tiempo a nuestro Grupo, al caer en picada, se acerca a tal punto a la máquina delantera, que con su hélice le destroza toda la cola al avión del compañero. Afortunadamente, el viento lleva a los paracaídas sobre propio terreno, mientras que nosotros rondamos a los compañeros suspendidos de ellos, pues los cazas soviéticos acostumbran acribillar a las tripulaciones de Stukas, hasta matarlos. Unos meses más tarde, Rehn se ha convertido en un excelente

piloto que en varias ocasiones conduce pequeñas unidades, haciéndose a veces también cargo de la Escuadrilla, en carácter accidental. Para pilotos que aprenden despacio, tengo una paciencia angelical...

Pero, por otro lado, mi Teniente Schwirblat no tiene tanta suerte. Este muchacho realiza sus incursiones con el 1er. Grupo y es portador de la Cruz de Caballero, habiendo participado en más de 700 incursiones. Su máquina es averiada por la Flak enemiga, viéndose obligado a aterrizar forzosamente, apenas atrás de las propias líneas. La mala suerte lo quiere así y este excelente compañero pierde la pierna izquierda, sacrificando, a la vez, varios dedos de las manos. Sin embargo, poco antes de terminar la guerra, lo vuelvo a ver en plena acción.

No solamente al norte de Passy se libran recios combates aéreos, también en las cabezas de puente orientales, sobre Dniestr, se lucha encarnizadamente. La tarde está bastante avanzada cuando me decido a volar sólo con tres máquinas, a la vuelta del Dniestr, donde acaban de localizar a cierta cantidad de T 34. El Teniente Fickel y un Sargento me acompañan, volando máquinas bombarderas, mientras que contamos con protección de cazas propios en la zona de combate. Ya nos acercamos al codo del río, cuando diviso, en lejanía, a varios aviones de caza; como soy optimista, creo desde ya que se trata de los nuestros. Pero qué desilusión; ¡todos son Iváns! Como estamos buscando a los tanques del enemigo, estamos separados, volando cada uno por su propia cuenta, lo que facilita el ataque al enemigo. Para colmo, los dos compañeros míos no se apresuran a estrechar distancias conmigo para colocarse en posición adecuada, detrás de mi máquina. Aparte de esto, parece que esta vez nos las tenemos que ver con pilotos excepcionalmente buenos, lo que es algo fuera de lo común. En menos de un segundo comienza a arder la máquina del Sargento, y observo cómo, semejando una enorme antorcha, se desplaza en dirección al Oeste. También el Teniente me grita por la radio, que tiene varios impactos y que se retira. Justamente de mi máquina se cuelga un piloto de un Lag 5 que demuestra ser un excelente aviador, mientras que otros siguen a cierta distancia. Esta Lag siempre queda pegada a la mía, no obstante las maniobras que describo para librarme de ella. El piloto rojo ha sacado los auxiliares de aterrizaje, para volar algo más

despacio. Vuelo desesperadamente, buscando de aprovechar todas las irregularidades del terreno, para obligar así al halcón rojo a desistir de mí, amenazado por la cercanía de la tierra, que le puede resultar fatal. Pero, no obstante, queda encima de mi máquina, tiroteándome de tal manera que veo pasar las huellas luminosas de sus proyectiles a pocos centímetros de mi cabina. Mi artillero de a bordo, Gadermann, me grita excitado que este caza terminará por abatirnos; yo, por mi parte, comienzo a describir todas las figuras de defensa, quedando en el mismo lugar, ya que alcancé un paraje algo más adecuado al sur-este del codo del río. Gadermann me grita:

—¡Más estrechas!

Pero no puedo estrechar más los círculos, pues ya llevo apretado el bastón contra mi vientre; la Lag 5 sigue la persecución. A mí ya me resulta un milagro, cómo hace este ruski para no perderme y, para colmo, Gadermann me comunica que tiene un atascamiento en sus ametralladoras. ¡Lindo baile! Me corre el sudor por la frente; sigo tirando, tirando con toda fuerza del bastón... Es inútil... Tengo que ver siempre la huella luminosa de la munición pasando a escasos centímetros debajo de mis alas. Cuando me doy vuelta, puedo distinguir claramente el rostro enérgico y concentrado del Iván. Los otros Lag se han retirado; parece que están esperando el triunfo del colega. Además, claro está, esta manera de volar ya no es nada común para ellos, pues estamos describiendo "loopings", a 10 y 15 metros de altura sobre el suelo. Al borde de una pequeña barranca, veo de pronto a varios soldados alemanes, que agitan desenfrenadamente las manos. Parece que todavía no han captado lo que está ocurriendo, cuando oigo la voz agitada de Gadermann:

—Mi Mayor... ¡Lag se vino abajo!

No sé a ciencia cierta si Gadermann logró abatirla con sus ametralladoras traseras o si le fallaron las curvas estrechas, interrumpiendo la corriente de aire en las alas. A mí me viene igual. En los auriculares oigo cómo los rusos discuten acaloradamente este acontecimiento. Han sido testigos de este combate sin igual y parece que se trata de algo especial. Como no veo al Teniente Fickel, decido emprender solo el regreso a casa. Habré volado cierto tiempo, cuando localizo, por ahí

abajo, a la máquina del Sargento, aún envuelta en llamas. Todavía alcanzo a ver cómo se acercan unos soldados a'emanes, para prestar sus auxilios; menos mal, ¡mañana estarán de vuelta en la base! Poco antes de comenzar las maniobras de aterrizaje, me encuentro con el Teniente Fickel. Ambos, Fickel y Gadermann, son de opinión que sobran razones para festejar debidamente "cumpleaños". Más tarde los veo homenajear a Baco.

Al día siguiente me llama el oficial indicador en tierra, comunicándome con qué temor fueron testigos ayer de esa lucha aérea, felicitándome cordialmente en nombre de toda la División. Como siempre estamos escuchando las transmisiones del ruso, sacamos en conclusión que este Halcón Rojo fué un excelente piloto de los soviets, quien fué nombrado, en varias ocasiones, "Héroe de la Unión Soviética". Ha volado excelentemente ese piloto, luchando como un hombre; hay que decir las cosas como son.

Dentro de muy poco tiempo, tengo que presentarme al Reichsmarschall Hermann Goering. Por primera vez aterrizo en Nuremberg, visitando el castillo de sus antepasados. Estoy completamente sorprendido, cuando lo descubro en compañía de su médico, cómo está practicando puntería sobre un blanco, valiéndose de arcos y flechas, estando ataviado con una antigua vestimenta alemana de cazadores. En un principio no se deja interrumpir, pudiendo yo observar que apenas una de las flechas no da en el centro. Espero que su amor propio no le incite a hacerme probar a mí la puntería, pues entonces notaría que, debido a mi hombro lastimado, todavía no estoy en condiciones de sostener el arco y menos todavía de disparar una flecha. Además de esto, mis botas de piel, que solamente se usan en campaña, hablan un idioma elocuente, descubriendo mi estado general. Como me hace saber más tarde, suele ocuparse mucho en esta clase de deportes, pues le sirve para su educación física; el pobre médico de Cámara se ve obligado, en más de una ocasión, a participar en estas disputas, quiera o no. En oportunidad de celebrar un almuerzo más bien modesto, en el círculo de sus familiares e interrumpido únicamente por la presencia del General Loerzer, me entero del motivo de mi invitación.

Sin grandes ceremonias, me entrega el Broche de Oro con Brillantes para Pilotos, pidiéndome a la vez que me ocupara de formar una nueva unidad de aviones Me 410, equipados con cañones de 50 mm., haciéndome cargo de ellos. Con estas máquinas espera obtener un éxito decisivo sobre los cuatrimotores americanos. En cuanto a mí, no puedo quitarme la idea de la cabeza que me quiere convertir en piloto de caza, más aún teniendo en cuenta que me acaban de conferir la Cruz de Caballero con Brillantes. Seguramente estará pensando en los tiempos de antes, por allá en la Primera Guerra Mundial, cuando todavía era lógico que un portador del "Pour le Mérite" —la Cruz de Caballero de hoy— tenía que ser, forzosamente, piloto de caza, como lo había sido él mismo. Desde ese tiempo data su predilección por esta rama del arma aérea y todos sus pensamientos se concentran para convertirme a mí en algo igual. Yo le cuento con qué ganas hubiese sido caza hace tiempo atrás, haciéndole saber, a la vez, los inconvenientes que lo supieron impedir. Pero ahora ya ha cambiado la situación: quiero aprovechar mis experiencias como piloto de Stuka y, por lo tanto, le ruego quiera tener a bien desistir de esta intención suya. A continuación me hace saber que tiene la autorización del Führer, pero que aquél no se demostró del todo convencido de que yo me decidiera a volver la espalda a los Stukas. Pero dejando a un lado todo esto; es la orden y a la vez el deseo, tanto del Führer como de él mismo, que en el futuro deje de socorrer a tripulaciones en peligro detrás de las líneas bolcheviques. Si las circunstancias demuestran que es necesario proceder así, entonces que se arriesguen otros. A mí me preocupa mucho esta orden, porque entre nosotros decimos que si uno se cae, el compañero lo saca: "¡Uno para todos; todos para uno!" En estas situaciones creo que yo soy el indicado para realizar estas misiones, pues soy el más práctico y, por lo tanto, puedo contar más que otros con la posibilidad de salir airoso de un salvataje. Pero sería en vano si quisiera argumentar algo en contra, en vista de esta situación momentánea. En el momento decisivo se procederá actuando así como sea necesario y como el destino lo prescriba. Dos días más tarde vuelvo a volar con mis compañeros, en el sector de Husi

Apenas se presentan unos días algo más tranquilos, cuando me decido volar a Berlín, para celebrar una reunión que ya hace mucho tiempo tenía que haberse realizado. Aprovecho este vuelo para aterrizar en Görlitz, haciendo una breve visita a mi casa. Desde ahí prosigo mi vuelo, tocando Voeslau en las inmediaciones de Viena, para seguir con rumbo al Este. A primera hora me llega, en casa de mis amigos, la noticia que se me estaba buscando todo el día sin haber podido dar con mi paradero. Me comunican que se me ha dirigido un llamado telefónico del Estado Mayor de Goering y que se me ha seguido por toda mi trayectoria, sin haber podido alcanzarme en ningún lugar. En vista de esto, me hago comunicar inmediatamente con el ayudante de Goering y éste me informa que me debo presentar sin demora en Berchtesgaden, en la residencia del Führer.

Como sospecho que se trata de una misión lejos de todo contacto con el frente de combate, por ahí en cualquier Estado Mayor, me informo si este asunto es en mi favor o no. El ayudante ya me conoce.

—No creo que será justamente adversos a sus intenciones —me comunica—.

Así continúo mi vuelo a lo largo del río Danubio, pensando en esto y aquello, confesando que ninguno de estos pensamientos me tranquiliza. El tiempo es de los peores; las nubes llegan a 40 metros sobre la tierra, y casi todas las bases tienen prohibido la salida y el aterrizaje para las respectivas máquinas de sus unidades. El bosque de Viena está sumido en una densa neblina, y así decido volar a lo largo del valle, pasando San Poelten - Amstetten, en dirección a Salzburgo —la ciudad natal de Mozart—, donde aterrizo. Aquí ya me esperan, conduciéndome inmediatamente a la residencia de veraneo del Reichsmarschall Goering, que está situada en las inmediaciones de la del Führer, en el Obersalzberg. Goering se encuentra en compañía del Führer, participando de una reunión en la que se trata la situación reinante, y recién vuelve cuando nosotros ya estamos dando cuenta de los distintos platos del almuerzo. Su hijita Edda ya es bastante grandecita y es una niña muy educadita; tan educada que se le permite compartir la mesa con nosotros. Después de un paseo en el jardín, para ayudar a la digestión, la situación se torna cada vez más oficial, y estoy

curioso de lo que se ha estado tramando con respecto a mí. Puedo observar de paso que tanto la casa como el jardín están dispuestos con un gusto distinguido; nada refleja torpeza ni cursilería. El ambiente que reina en la familia es modesto y simple. Ahora me presento en su sala de trabajo, que está iluminada por varias ventanas, que permiten ampliamente el acceso del sol. Mirando por ellas, se puede apreciar toda la belleza majestuosa de los cerros de este paisaje maravilloso. Parece que nuestro Goering tiene debilidad por las costumbres antiguas; se presenta en un ropaje que yo no sé definir exactamente: se trata de algo parecido a una toga, como la usaban los antiguos romanos, sostenida por un broche de oro. No alcanzo a definirlo completamente; de todas maneras, para mí es una vestimenta completamente nueva. Fuma de una pipa tan larga, que llega hasta el suelo, llevando en su extremo una cabeza hábilmente pintada; es de porcelana finísima. Puedo recordar que también mi padre poseía un instrumento semejante; en aquellos tiempos, su pipa era mucho más grande que yo mismo.

Cada vez aumenta más mi curiosidad, pues todavía no sé para qué me han citado aquí. Ahora comienza a conversar, después de haberme observado un largo rato; otra vez se trata de una condecoración. Se me entrega el Broche de Oro con Brillantes, en reconocimiento de mi incursión número 2000, que acabé de cumplir hace tiempo. Este broche consta de oro macizo, llevando en el centro un arco de platino, en el cual se distinguen dos espadas cruzadas. De este broche está suspendido un "pendant" que ostenta el número 2000, formado por una infinidad de diminutos diamantes. Estoy contento, pues me doy cuenta de que no se trata de una nueva misión, y menos desagradable para mí. A continuación, conversamos sobre la situación reinante, y el Reichsmarschall objeta que sería tiempo de que vuelva a mi sector, donde se están librando encarnizadas luchas. Está demás decir que esto, desde ya, ha sido mi intención. Ahí mismo queda planteada una nueva operación, y se anuncia que dentro de pocos días se iniciará el primer golpe. Recién se acaba de tratar todo minuciosamente, en la reunión sostenida en presencia del Führer. Queda muy asombrado cuando le digo que no he notado lo más mínimo de estas preparacio-

nes, más aún cuando se cuenta con el apoyo de 300 panzer. Al pronunciarse esta cifra me sobresalto. ¿Cómo había dicho: 300? Esta cifra será posible para el ruso; nosotros ya no sabemos lo que significa estar en posesión de esa cantidad de panzer *proprios*. Le hago saber que me cuesta creerlo, y si él quisiera tener la amabilidad de nombrarme las diversas Divisiones, pues estoy al tanto sobre las fuerzas activas de la mayoría de estas unidades. Antes de mi partida acababa de conversar con el General en Jefe de la División Blindada 14, el cual me abrió su corazón, confesándome que sólo poseía *un solo tanque*, en el cual se habían instalado todos los elementos indispensables para la comunicación radiotelefónica, lo que para él era más importante que un carro blindado en condiciones de sostener un encuentro con el enemigo. Justificó este punto de vista diciéndome que muchos focos de resistencia del Iván que su panzer no podía poner fuera de combate, sería, tarde o temprano, una presa de mis Stukas, si él conseguía guiarme con la radio desde su vehículo. Por lo tanto, conozco la fuerza efectiva de la División mencionada: *¡un solo tanque!* El mariscal del Reich no lo quiere creer, pues a él le han dado otro informe. Mitad en broma, mitad en serio, me dice:

— Si yo no le conociera lo suficiente a usted, Rudel, lo haría meter en el calabozo, por haberse expresado de esta manera. Pero ya lo vamos a ver...

Así se dirige al teléfono y se hace comunicar con el Jefe del Estado Mayor:

— Dígame, ¿usted acaba de dar la cifra de 300 tanques para el informe que solicitó el Führer, con respecto a la acción X...?

La conversación es bastante alta, como para permitirme entender también cada palabra.

— Efectivamente, mi Reichsmarschall.

— A ver, déme los nombres de las respectivas Divisiones que participarán en esta operación y nómbrame a la vez la cantidad de tanques disponibles. Aquí tengo a alguien que acaba de llegar de este sector, conociendo perfectamente la situación reinante por ahí.

— Ah... ¿Quién es? —pregunta el Jefe del Estado Mayor—.

— ¡Uno de los míos, quien está perfectamente al tanto! —le repite el Mariscal del Reich. Para su desgracia, ese Jefe comienza mencionando la División Blindada 14, dando como cantidad efectiva la de 60 Panzer. Goering apenas se puede contener de ira.

— El aviador que está aquí me acaba de informar que ustedes cuentan con *uno solo*

Al otro lado del cable se produce un intervalo prolongado.

— ¿Cuándo ha salido su aviador del frente?

— ¡Desde hace cuatro días!

Otra vez se produce un intervalo, y al cabo de un rato vuelve la voz:

— 40 panzer todavía están en camino al frente de combate. El resto puede ser exacto, pues éstos se encuentran en la retaguardia de la tropa, en talleres y en lugares semejantes, y estarán seguramente presentes para la fecha indicada. ¡Con esto quedará cumplido el número indicado!

Más o menos semejante es la situación en las demás Divisiones. Goering corta la comunicación, lanzando con rabia el auricular sobre el aparato.

— ¡Con que éstas tenemos! Ahora me explico cómo el Führer recibe noticias inexactas, formándose, forzosamente, de esta manera una situación completamente equivocada. Después se asombra de que las acciones no tengan el éxito que se había prometido. Casualmente usted pudo aclarar hoy esta calamidad; ¿cuántas veces habrán llegado partes y noticias hasta Hitler sin que éste sospechara nada, fiándose ciegamente de sus subalternos? ¿Cuántas veces se habrá procedido partiendo de estas utopías? El Suroeste está constantemente bajo las "alfombras de bombas" que tienden los angloamericanos. ¿Quién sabe, cuántos de estos 40 panzer alcanzarán efectivamente el frente de combate? ¿Quién sabe si los talleres obtendrán a tiempo las piezas imprescindibles como para asegurar el arreglo a último momento? ¡Inmediatamente pondré este asunto en conocimiento del Führer!

Cuando efectuó un aterrizaje en Semlin, el aeródromo de Belgrado, somos testigos de un raid realizado por los cuatrimotores del yanqui, que han elegido esta pista como blanco. Todavía se está deslizando

mi máquina, enfilando a su punto de estacionamiento, cuando ya puedo observar cómo comienzan a huir de todas partes los pilotos y los miembros de las unidades terrestres hacia el Oeste de la pista, donde hay unas colinas, en las cuales han sido voladas unas cavernas, que tienen por objeto ofrecer protección y albergue a la tropa, en casos semejantes a éste. Veo a la formación enemiga muy cerca de la base, y un mal presentimiento se adueña de mí. Tan ligero como me lo permiten mis botas de piel, emprendo a correr en la dirección en la que todos se retiran precipitadamente. Apenas entro en uno de estos refugios, cuando ya comienza a caer "la alfombra" de bombas, elevando una torre de tierra y piedras al cielo, acompañada por el crepitar de los proyectiles. Me parece completamente imposible que un solo objeto pueda quedar intacto después de semejante bombardeo. Poco después comienza a disiparse el humo y aprovecho para iniciar mis investigaciones; cuando llego a las máquinas descubro que casi todas están totalmente destruidas. Entre los pocos pájaros mecánicos que han salido más o menos ilesos, también cuenta mi fiel Ju. Si bien tengo que comprobar que está perforada de lado a lado por una infinidad de esquirlas, doy gracias a Dios, que por lo menos ha quedado intacto el motor y las piezas vitales del comando de direcciones. También el tren de aterrizaje está en buenas condiciones. Contando con todo esto puedo intentar la continuación de mi vuelo y después de haber elegido un trecho adecuado fuera de la pista, puesto que ésta misma fué convertida en un paisaje de luna, mi Ju 87 enferma comienza a desprenderse del suelo para elevarme al aire. Como si nada fuera, esta máquina me lleva a Husi, donde ya me esperan los compañeros.

Durante los días de mi ausencia, se unió a nuestra unidad una escuadrilla rumana, utilizando también el mismo tipo de aviones: la Ju 87. Las tripulaciones se componen casi todas de oficiales. Algunos de éstos disponen de ciertas experiencias en la lucha aérea, pero sin embargo, pronto nos convencemos que salimos ganando si van incorporados a nuestro Grupo al partir al encuentro del enemigo. Así evitamos una cifra elevada de pérdidas entre ellos. Principalmente son los cazas enemigos los que les causan muchos dolores de cabeza. A paso de tortuga se van convenciendo de que pueden encontrar protec-

ción volando en formación, a pesar de estar en inferioridad de condiciones en lo que a velocidad se refiere.

Nuestra Plana Mayor ha sido adiestrada, en el pasar de los días, sobre un nuevo tipo de avión; se trata de la FW 190. Por el momento le ha tocado a nuestro 1er. Grupo, el cual fué retirado por ocho semanas del frente, para ser adaptado e instruido en esta máquina. Están estudiando por allá en la patria, en Sächsisch-Regen. Así ocurre que estos viejos y experimentados aviadores de Stukas comienzan a aprender a pilotear una máquina de un solo tripulante. A la larga será necesario este cambio para toda la unidad, pues las máquinas nuevas que salen son las últimas de la última serie. Una vez cumplido con esta orden de fabricación, no se construirán más. Para ganar tiempo y para evitar que me vuelvan a quitar del medio de mis obligaciones, aprovecho, en los intervalos que se producen entre los raids, para prepararlos desde ya para la nueva misión que tendrán que cumplir dentro de poco. Como modelos me sirven las primeras máquinas, que ya nos pertenecen y que están a cargo de nuestra Plana. Como para darle una terminación digna a este "curso", aprovecho los últimos días para volar unos raids con ella. Al poco rato ya la gobierno sintiéndome tan seguro como en una Ju 87.

Nos estamos acercando al mes de julio y nuestras fuerzas efectivas van en aumento, comenzando de esta manera nuestro contraataque en la zona de Jassy. Si bien no contamos con las cantidades de panzers que se habían comunicado al Führer, observamos ciertas mejoras y el arribo de fuerzas nuevas e intactas, como ya hace tiempo que no las veíamos. Nuestra meta es toda la región comprendida entre el Fruth y Targul Frumos, la cual es importante recuperar. Siendo ésta una posición que nos resultaría fácil de defender, le quitaríamos a la vez al ruso un punto estratégico de primera índole que le podría servir como base para futuras arremetidas. Todo el frente está en ebullición en este sector, y los nuestros logran echar al Iván de sus posiciones, obligándolo a entregarnos varios kilómetros de terreno. Sin embargo, logran mantener aquí, como allá, unos puntos de resistencia, sin que nosotros podamos lograr ponerlos fuera de combate; tienen suerte, pues nuestro Alto Mando se decide por la retirada, trasladando, semanas más

tarde, todo el frente en dirección al Oeste. Estamos obligados a renunciar de tal manera, pues ciertas unidades selectas, con las que todavía contamos, están ocupadas en hacer apariciones simultáneas, interviniendo así siempre en los focos más críticos. Por esta razón, los nombramos "los bomberos". Sorpresivamente son retirados de este escenario, y con esto queda definida la suerte del sector. Aquí es justamente donde yo cumplo con mi incursión número 2100, volando otra vez contra el ya hartamente conocido puente de Sculeni, pues ésta es una de las arterias por las cuales circula la vida de los soviets. Cada vez que despegamos de nuestra base podemos divisar cómo los bolcheviques se apresuran a cubrirla con niebla artificial, sin saber siquiera si ese puente será realmente nuestro blanco o si no llevamos más bien la intención de atacar otros puntos en las inmediaciones de la línea principal de combate. Cada vez que veo cómo los Iváns comienzan, sin desmayo, la misma maniobra, tengo que sonreír, pues trato de imaginarme las caras de esos bolcheviques que están sentados allá abajo como las ciuecas, mirándonos con ojos fastidiosos. Claro está que también aquí se escucha una batahola de voces, y aunque uno no sepa el idioma ruso, una palabra siempre se entenderá: "Stuka, Stuka y otra vez Stuka". Llevamos los días contados, aquí en Husi...

Después de haber festejado cumpleaños, en mi jardín repleto de vid, nos trasladamos a Zamosc, dando cumplimiento de esta manera a una orden superior. Este pueblo polaco nos resulta simpático y amable y está situado ahora en el medio del frente del Este. Por aquí se necesita nuestra presencia, pues el ruso acaba de iniciar una de sus conocidas ofensivas. Pasando por el ala norte de los Cárpatos y tocando Stry y Lemberg, llegamos a nuestra base.

En este pueblito ocupamos unos antiguos cuarteles polacos que están situados al norte de la localidad. Nuestra base se encuentra en las afueras y no es nada más que un trigal ya segado, contando, por lo pronto, con una pista sumamente estrecha, que ya en el primer intento nos exige un tributo doloroso. Cuando volvemos del primer raíd en esta zona, vuelca de punta la máquina pilotada por el Sargento Ayudante W..., quien se lesiona gravemente. Este muchacho es uno de mis mejores "cascanueces" y su conciencia ya carga con varios tanques

rojos; pasará un buen tiempo hasta que vuelva a estar entre nosotros, para proseguir su brillante carrera.

Justamente aquí nos vemos con un amplio campo de actuación, especialmente para los "cascanueces", pues como el frente está en movimiento, nos encontramos frecuentemente con tanques del enemigo. Todos los días, los bolcheviques logran irrumpir con sus colosos de acero en nuestra defensa, sirviéndonos así el "menú del día". Todavía mantenemos la ciudad de Kowel, mientras que el ruso pasó de largo a ambos flancos, seguramente con la intención de alcanzar las márgenes del Bug. Poco tiempo más tarde, sus puntas blindadas de asalto hacen su primera aparición en los parajes de Lemberg-Rawaruska, Tawaszow y más al Norte, Cholm. Otra vez nos mudamos; esta vez nuestro pueblito se llama Mielec. Se trata de una pequeña localidad polaca a unos 100 km. al noroeste de Cracovia.

Ahora ya podemos reconocer con más claridad la dirección de las avanzadas rusas, que nos delatan sus intenciones; está comprobado que quieren alcanzar el Vístula. Mientras que en estos parajes se están librando las primeras batallas, volamos con todas las máquinas disponibles contra el enemigo y sus concentraciones de tropas, armamentos y pertrechos, donde éstos intentan salvar la orilla opuesta del San, al norte de Przemyśl. De ningún modo debemos menospreciar la actividad de cazas que está desarrollando el enemigo, pues en más de una ocasión, nos atacan cazas del yanqui. Estos provienen de las unidades de bombarderos cuátrimotores, a las cuales han acompañado para ofrecerles su protección. Parten de las distintas bases a lo largo de las costas del Mar Mediterráneo y, como podemos comprobar, ya no se preocupan por volver a sus bases iniciales; al contrario, aterrizan cada vez más frecuentemente en suelo ruso, para cargar aquí gasolina y munición, y otro día vuelven, cumpliendo con una nueva orden para regresar definitivamente a la base de donde provienen: el Mar Mediterráneo. Cierta vez estoy volando a lo largo del San, cuando me encuentro, sorpresivamente, con una formación de 300 cazas americanos del tipo Mustang. Estoy volando con 15 máquinas, encontrándome a unos 30 kilómetros de distancia de Jaroslav, que debería ser mi meta para el día de hoy. Para no poner inútilmente en peligro a mis muchachos y, en primer

lugar, a los principiantes entre ellos, doy la orden de tirar las bombas, para estar de esta manera algo más movibles en los combates aéreos que nos esperan. Mucho me cuesta impartir esta orden, pues hasta la fecha, siempre hemos lanzado las bombas en los puntos indicados, a pesar de la defensa y de los ataques del enemigo. Es la primera vez en mi vida de piloto que me veo obligado a asumir tal actitud, y como iba a resultar más tarde, fué también la última. Por lo menos logro mi propósito, pues todos "mis pollitos" llegan ilesos a casa, y mañana podremos recuperar el tiempo perdido, contando, de esto estoy seguro, con condiciones más favorables. Unas horas más tarde queda comprobada la exactitud de mis cálculos, pues me informan que una Escuadra vecina ha sufrido muchas pérdidas en lucha con esta unidad gigante de Mustangs. Al cabo de unos días nos vuelve a sorprender una formación de americanos, que nos descubre en el preciso momento que nos estamos dedicando a cargar gasolina en las máquinas. Inmediatamente comienzan con el ataque, volando a ras de la tierra. Nuestra Flak no es muy potente y en el primer momento fué completamente sorprendida. Ahora comienza a abrir el fuego. Los americanos no habían contado con resistencia, y como en su programa de este día no figura "no volver a casa", desisten de sus ataques, prosiguiendo la marcha sin haber causado daños de mayor importancia. ¿Irán a buscar presas más fáciles?

En eso estamos, cuando nos llega un llamado telefónico de la Flota Aérea, en el cual se nos hace saber que los rusos acaban de pisar, por primera vez en esta guerra, suelo alemán. Surgiendo de la zona de Willkowiscen en dirección a Gumbinnen e Insterburg, penetrando así en la Prusia Oriental. Inmediatamente me quiero trasladar para allá y la orden nos viene a pedir de boca; al día siguiente ya nos encontramos igualmente en suelo alemán, en Insterburg. No llegamos a comprender, sumidos en la tranquilidad del paisaje de la Prusia Oriental, que la guerra ya ha llegado a sus umbrales y que debemos partir desde aquí, cargados con bombas y con munición antitanque. También parece que en la base misma de esta ciudad nadie siente todavía la magnitud de las horas que estamos viviendo, pues toda ella está ocupada de materiales que no sirven para nada y que jamás tienen algo que ver con los trabajos concentrados y febriles de una base en las inmediaciones

del frente de combate. Por esta razón nos mudamos otra vez y la localidad que nos recibe se llama Loetzen; está situada en medio de hermosos lagos. Aquí estamos solos; nadie nos molestará.

Estamos en pleno verano y el paisaje se muestra de su lado más atrayente y pintoresco. ¿Todo esto será arrasado por la furia de la guerra? Ahora comenzamos a comprender definitivamente que la lucha que estamos librando es una lucha por la existencia de nuestra patria. ¿Cuánta sangre alemana ya ha sido derramada aquí? ¿Cuánta sangre corrió inútilmente? Esto no debe ser; ¡jamás lo permitiremos! Cuando volamos al norte de Memel, cerca de Schaulen, en las inmediaciones de Suwalki o de Augustowo, siempre nos martirizan estos pensamientos. Volvimos a nuestros puntos de partida, de donde iniciamos, en el año 1941, la campaña contra el más alto exponente del comunismo: el bolchevismo soviético de características ajenas a nuestro sentir europeo. Aquí mismo se ha librado una de las batallas más grandes y más importantes de la primera guerra mundial. Aquí fué donde el Mariscal von Hindenburg batió mortalmente a los rusos al mando de Rennenkampff, librando así el suelo alemán de la posesión oriental. Era la batalla de Tannenberg. Volverá a tener un significado este monumento, que fué erigido aquí para recordar a las futuras generaciones la valentía y el arrojo de los antepasados, para los cuales el amor a la patria significaba más que la propia vida, perdurando los siglos de los siglos. Nuestras máquinas ya llevan desde su primera aparición en el frente oriental, la cruz negra cristiana sobre fondo blanco pintado sobre un escudo, siendo éste el mismo emblema que usaron los Caballeros de la Orden de los Teutones, cuando comenzaron a colonizar el Oriente pagano, predicando la nueva creencia: el cristianismo. Nunca tuvo un significado más alto este escudo para nosotros, que justamente ahora, en estas horas trágicas que estaba viviendo nuestra patria.

Encarnizadas son las luchas que se libran por la posesión de Willkowszen, que cambia varias veces de ocupante. Días enteros arremeten aquí los pueblos asiáticos contra una pequeña valla de defensores. Estos pocos "panzer" alemanes que se batan aquí con un heroísmo pocas veces visto, son ampliamente apoyados por nuestras máquinas, que desde el aire se dedican a quitarles todo impedimento del camino. Los

T 34 del bolchevique están escondidos en un trigal segado, y sus tripulaciones los esconden hábilmente a la vista, tapándolos con paja. Sin embargo, no necesitamos mucho para descubrir esta artimaña del enemigo, cambiando de inmediato nuestra táctica: nos dedicamos a encender todas las parvas con nuestra munición incendiaria, y de esta manera los tanques del Iván quedan al descubierto, como si estuviesen desnudos. Apenas comenzamos a divisar a los primeros, cuando ya nos largamos sobre ellos, como las aves de rapiña.

El verano es sofocante como pocos; entre los raids nos largamos al agua, siempre que las circunstancias lo permitan, recuperando de esta manera mucho de la energía perdidas; ¡es soberbio! Poco a poco se va reduciendo la resistencia del bolchevique, debido a nuestro espíritu, tanto en tierra como en el aire.

Nuestros contraataques se repiten cada vez con más frecuencia y de esta manera logramos estabilizar, en cierto sentido, nuestra línea principal de combate. Pero esta tranquilidad es relativa, pues si logramos restablecer el orden en su sector, nos llega, al poco tiempo, la nueva de que los bolcheviques lograron irrumpir en otro lugar; todo vuelve a empezar de nuevo. Desde hace cierto tiempo notamos que el ruso intenta apoderarse de cierta franja de Lituania; así podrá cortar toda comunicación terrestre a nuestras tropas que luchan en Letonia y Estonia, en la región del "báltico", luego de haber forzado el paso hasta el mismo Mar Báltico. En vista de esto, no creo que estaremos sin trabajo en esa región, más aún sabiéndose con qué fuerzas enemigas se debe contar, tanto en el aire como en tierra.

En el intervalo de una de las tantas incursiones, vuelve a festejar "cumpleaños" el Teniente 1º Fickel; también, ¡tiene razón demás para hacerlo!

Estamos en el medio de la batalla, dirigiéndonos con toda la unidad contra uno de los blancos indicados y como se vuelve a repetir, lo que pudimos comprobar en casos posteriores, el Iván está sobre la misma onda que nosotros. Por el micrófono se oye una batahola de voces, deduciendo de todo esto que estaban hablando de nosotros, pues oímos una y otra vez la tan conocida palabra "Stuka". Me adelanto a narrar lo que, más tarde, me pudo contar detalladamente mi oficial

"perito en idiomas" y una radioestación de nuestra unidad que también cuenta con un oficial que comprende el ruso. La conversación era, más o menos, la siguiente:

— Del Oeste vienen Stukas. ¡Atención, a todos los Halcones Rojos! Atacar inmediatamente a estas máquinas... Se trata, más o menos, de 20... A la punta vuela una sola, con dos varillas largas en las alas... Seguramente es el Grupo del Mayor Rudel, que nos destruye los tanques. ¡Atención a todos los Halcones Rojos y a todas las baterías de Flak! ¡Abatan a ese Stuka con las dos varillas! (Seguramente denominaban "varillas" a los dos caños de mis cañones, que sobresalen uno de cada lado de las alas de mi máquina).

El Teniente 1º Markwardt nos traduce lo más importante y gracioso, mientras seguimos volando, y el Teniente Fickel le interrumpe, diciendo con ironía: "Esos siempre apuntan a la primera máquina, derribando, comúnmente, a la segunda". Como acostumbraba a volar "segundo", detrás de mí, está hablando por experiencia.

En una carretera que corta varios bosquecillos, vemos delante nuestro y debajo de la máquina, a los rusos, con camiones, artillería y otros pertrechos. La Flak pesada tiene buena puntería, mientras que ya comienzan a presentarse los primeros Halcones Rojos; nos atacan Alrocobras. Vuelven a desarrollarse esos espectáculos impresionantes: todas las máquinas comienzan a describir las figuras más grotescas y atrevidas, para esquivar de esta manera las ráfagas del enemigo. Los cazas ven llegado el momento de actuación, mientras que las nubes de las explosiones de la Flak bailan a poca distancia, alrededor de nuestros aviones. Unos instantes antes de iniciar la picada, recibe la máquina de Fickel un impacto total en el motor; tirando la bomba, que sería únicamente un estorbo en estos momentos, emprende el regreso a casa, volando la misma ruta por la que acabamos de venir. Su máquina se convierte en una bola de fuego; lo alcanzo a ver unos segundos antes de largarme perpendicular al suelo, para atacar al Iván. Pocos instantes más tarde vuelvo a recuperar altura, intentando así tener una visión más amplia, que me permita descubrir a mi desafortunado amigo. Lo diviso en el momento en el que se apresta a efectuar un aterrizaje forzoso en un terreno completamente inadecuado, pues éste está cubierto

de zanjas, pozos, troncos de árboles y otros obstáculos. Su máquina salta como una cabra loca, salvando dos zanjones, y yo me quedo perplejo de asombro que no se haya clavado de punta. Apenas está quieto el avión, cuando ya aparecen los dos: Fickel y su artillero. La situación es sumamente desagradable; desde un cercano bosquecillo se adelanta una unidad de caballería al lugar en que se encuentran ellos, siendo seguida ésta por varios tanques. Todos intentan llegar lo más pronto posible, para apresar a estos odiados aviadores. Durante todo este tiempo nos atacan ferozmente los Airocobras, cayendo del cielo en picada como las avispas. Comunico por la radio:

Los sentimientos que me invaden en este momento, atormentando mi conciencia, son horribles; todavía oigo la voz clara y precisa que me acaba de prohibir el realizar esta clase de maniobras en el futuro. No puedo transgredir esta orden a sabiendas y sin tener una causa justificada. Todavía seguimos describiendo nuestros círculos; Fickel y Bartsch están abajo, seguramente sin poder comprender que se pudiera aterrizar sano y salvo, bajo estas condiciones. Los soviets se adelantan cautelosamente en dirección a nuestros compañeros, mientras que de nuestro lado, nadie puede decidirse a intentar el peligroso aterrizaje; además de esto, todas las tripulaciones están demasiado preocupadas en defenderse contra los cazas enemigos, como para poder intentar el salvataje. La decisión de realizarlo yo mismo, me cuesta una enormidad, pero, sin embargo, ya dí mi fallo: sino lo hago inmediatamente, tendremos que dar por perdidos a nuestros compañeros, y si uno de todos nosotros es capaz de realizar esta obra, lo seré yo, pues soy el que tiene la mayor experiencia. No hay disculpa para mí proceder. Estoy desobedeciendo una orden y lo sé muy bien; pero más que el cumplimiento de una orden vale para mí la vida de mis camaradas. Ya no pienso en nada más que en esto. No me interesan las consecuencias que seguirán a esta acción. Tengo que emprenderla... y cuanto antes, tanto mejor. Por eso comunico por el micrófono a las demás tripulaciones:

—“La 7ª Escuadrilla: ataques a salto “a la torera” sobre los tanques y la infantería. La 8ª Escuadrilla volará círculos de defensa sobre la máquina de Fickel y la mía. La 9ª Escuadrilla quedará arriba para

desviar la atención de los cazas enemigos sobre mi máquina; si llegaran a bajar éstos para atacarnos, deberán ser perseguidos por la 9ª Escuadrilla, que ha de combatirlos".

A muy poca altura sobrevuelo este escenario, buscando una franja que me ofrezca la mayor probabilidad de un aterrizaje exitoso. Poco a poco hago perder altura a mi "pájaro", regulándole minuciosamente la gasolina con el acelerador. Ya pasé el segundo zanjón. Ahora quito completamente el pie del acelerador... la máquina toca el suelo, salta como un borrico rabioso, levantando la cola. Por fin se detiene. Al instante comienzan a correr Fickel y Bartsch en dirección a mi avión, para ponerse a salvo. Es una carrera con la muerte. Por fin logran entrar a mi máquina, mientras que los proyectiles del Iván llenan el aire con sus chasquidos. Por suerte no han pegado en ningún lugar vulnerable. En un abrir y cerrar de ojos, meto a los dos atrás en el fuselaje y ya estoy con el acelerador a fondo, tratando de despegar. Son unos momentos de suspenso terrible. ¿Tendrá bastante impulso y bastante espacio la máquina como para elevarse antes de estrellarse contra un obstáculo cualquiera? De pronto aparece una zanja y de un tirón obligo a la máquina a dar un salto. Unos metros más adelante vuelve a tocar tierra, para quedar suspendida definitivamente en el aire. Poco a poco se me va pasando la nerviosidad. Ganando altura me reúno con los restantes del Grupo, emprendiendo así, en compañía de todos, el vuelo de regreso. Sin una sola baja alcanzamos nuestra base.

En los alrededores de los límites entre Letonia y Estonia desplegamos las carpas de la "Compañía Ambulante de Espectáculos Rudel". Nos hemos instalado en las inmediaciones de la ciudad de Wenden y nuestra pista vuelve a constituir un campo segado. El Mariscal Schoerner siempre está preocupado en tenernos al alcance, y así se explica como fuimos a parar aquí, al frente de "Kurland". Apenas hacemos nuestra entrada triunfal en este campo, convirtiéndolo en nuestra base, cuando ya se me obsequia la infalible torta del Mariscal, la cual me acompaña a cualquier punto; igual donde me encuentre. Parece estar dotada de facultades ocultas, pues sólo así me explico, cómo puede dar siempre con mi paradero. Casi siempre lleva como adorno la silueta

de un tanque ruso, artísticamente confeccionado en chocolate y ostentando en el centro de este monstruo, que por esta vez es dulce, el número correspondiente a la cantidad de tanques abatidos por mí. Hoy lleva el número 320.

La situación reinante se explica con pocas palabras. Aquí, en la zona de Tukum, se ha iniciado una pequeña contraofensiva alemana, para restablecer el contacto terrestre con el resto del frente oriental. Esta unidad destinada para cumplir con esta misión de suma importancia, es conducida por el Coronel conde de Strachwitz, un excelente oficial. Sus intentos, sus esfuerzos y la valentía inigualable de sus soldados, son coronados por el éxito; el contacto está restablecido. Comienza el ruso a ejercer su presión sobre la parte oriental de Kurland, pues este sector hace tiempo que está poniendo a prueba la paciencia del Iván. El heroísmo inimitable del soldado alemán pudo frustrar todo intento hasta el día de hoy, a pesar de que lucha en número muy inferior que el enemigo. Este frente está pasando otra vez un período angustioso y es por eso, que nos llama el Mariscal solicitando nuestra ayuda. Ya al hacer las primeras incursiones comprobamos que el frente ejecuta apenas algún movimiento, pues en todos los puntos podemos divisar las posiciones bien instaladas de los rojos. El camouflagage es grandioso; los rusos siempre han sido maestros en este asunto. La defensa antiaérea está apostada en las inmediaciones de la línea de combate e igualmente fuerte y tupida en todos los puntos. La acción aérea de los soviets es grande, contando con un elevado movimiento. Por todas partes se ven cazas, en números exorbitantes. De vez en cuando también se divisa una unidad de los nuestros. La escasez de propios aviones se explica con el problema de transportes. Gasolina, aceites, bombas y repuestos deben ser acarreados por centenares de kilómetros, antes de llegar de sus puntos de destino. Esto es lo primero que necesitamos cuando llegamos a una nueva base, y no se puede corresponder a estas exigencias de inmediato, debido a la escasez de los medios de transporte. Con toda la razón del mundo podemos decir que cada miga de pan que comemos aquí, se hace a costa de sudor y a múltiples sacrificios. Deberemos comer nuestro pan diario con lágrimas, en todo el sentido de la palabra, y observando siempre

las mismas condiciones, igual adónde nos dirijamos con nuestros "pájaros plateados": sea al Sur o al Este de este bolsón, al frente de Tukum o al encuentro de la avanzada rusa que corre en dirección a Reval, habiendo ya sobrepasado la ciudad de Dorpat. En una de estas ocasiones logramos aniquilar completamente a una columna motorizada de los rojos, destruyendo también a los tanques que la acompañaban. Todos estos vehículos encontraron sus tumbas en las puertas de Dorpat, destruidos sin piedad por las armas de nuestros Stukas. De esta manera, logramos sofocar una irrupción de los bolcheviques, dándoles a nuestros compañeros de las distintas unidades en tierra, la posibilidad de contener definitivamente esta avanzada. ¿De dónde saldrán todas estas incalculables fuerzas? ¡Esto ya es inquietante, misterioso! Los camiones que quedan reducidos a escombros son, en su mayoría, de origen americano. También cuando combatimos tanques, nos encontramos una que otra vez con pequeños grupos de Sermans. Sin embargo, el ruso no los necesita, pues para la guerra en estas zonas rinden mucho más los tanques rojos que los americanos, teniendo en cuenta, además, que la producción soviética es fabulosa.

En el aire tenemos que medir nuestras fuerzas con máquinas americanas de los tipos Airocobra, Kingcobra y Boston. La ayuda del yanqui, tanto en tierra como en el aire, es enorme. ¿Harán bien los americanos, apoyando de esta manera al bolchevismo? Probamos de ver las cosas del punto de vista del hombre de la calle en los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Le conviene fomentar, a tal punto, la victoria del comunismo internacional? Muchas veces discutimos estos problemas, sin llegar a una definición categórica. Una mañana me llama mi oficial, encargado de los raids a realizar, para comunicarme que el Mariscal Schoerner desea hablarme. Ya hace un buen tiempo que he quitado la costumbre de las llamadas telefónicas nocturnas; tengo que dormir lo suficiente como para rendir al día siguiente lo que se exige de mí. Por eso he indicado debidamente, que todos los mensajes telefónicos deben ser atendidos por el oficial encargado de la organización de los raids, pues éste no necesita participar en ellos el día siguiente. Sin embargo, destaco una sola excepción: cuando llama el Mariscal

Schoerner. Apenas tomo el auricular, cuando ya comienza a hablar, en forma terminante, como suele ser su costumbre:

— ¿Está usted en condiciones de salir inmediatamente? Acaban de pasar cuarenta tanques rusos por las líneas alemanas. Los muchachos dicen que se han dejado sobrepasar, quedando desapercibidos, y cuentan con que podrán tapar esta brecha cuando caiga la noche. No obstante eso me parece que es sumamente importante dar con ellos y destruirlos en lo posible, pues así se impedirá que ensanchen la brecha que acaban de abrir, originando los disturbios más serios, entre las unidades de retaguardia".

Ya conozco estas "cositas" del frente de Schoerner: los muchachos de avanzada se dejan sobrepasar por los colosos mecánicos, confiando en que nosotros, los de la Immelmann, acabaremos con ellos, quedándoles a ellos solamente el trabajo de cerrar el bolsón, para exterminar las unidades de infantería que ahora quedan sin apoyo, por haber perdido los tanques. Principalmente aquí en Kurland, es inmensamente importante aniquilar a todo grupo enemigo que haya logrado infiltrarse por las propias líneas, pues unos pocos T34 pueden derrumbar todo nuestro frente.

En pocos segundos recopiló lo que me acaba de comunicar el Mariscal, contestándole:

— Mi Mariscal, todavía estamos en plena noche, y una incursión de parte nuestra sería en vano, pues para descubrir a los tanques enemigos necesitamos, como factor esencial, la luz del día, o por lo menos del alba. Le prometo volar inmediatamente con los primeros rayos del sol, con todo mi Grupo, hacia el cuadrado indicado y no olvidaré de informarle, a la brevedad, sobre la situación reinante.

Según lo que me acaba de describir, la punta de asalto blindada de los soviets logró alcanzar, proveniente del Este, una región cubierta de lagos, mientras que sus primeros vehículos ya se encuentran sobre una carretera que corre por entre dos lagos. Para ganar tiempo, le ordeno al Teniente Weissbach que averigüe en todas las partes posibles la situación climática, para despertarnos oportunamente. Pienso salir todavía con la oscuridad, para llegar al punto indicado, junto con los primeros rayos del sol. Además de esto, doy una orden por teléfono a

los Capitanes de las Escuadrillas, y así comienza a marchar todo este complicado mecanismo que es la organización de un Grupo de la "Luftwaffe" (Fuerzas Aéreas alemanas). Todo lo que se ha ejercitado centenares de veces, se realiza ahora casi en sueño. Cada uno conoce sus obligaciones: el cocinero sabe cuándo tiene que tener listo el café; el suboficial técnico hará salir a cierta hora a sus mecánicos, para estar listo cuando llegue la hora de la salida, y muchas cosas más. Todas estas acciones están comprendidas en sólo diez palabras:

— ¡Listos para la salida; primera incursión a las 5.30 horas!

Al amanecer, nos vemos envueltos en una densa capa de niebla que se concentra más, cuanto más alta está. A unos 50 metros tenemos una cerrazón estupenda. Teniendo en cuenta la urgencia de nuestra misión y abrigando a la vez la esperanza de que a la vuelta, tanto como en la zona de acción, nos veremos en mejores condiciones, salimos de la pista, volando a muy poca altura en dirección al Sureste. Por lo menos contamos con la ventaja de que el terreno es plano como una tabla, pues en caso contrario sería imposible proseguir la marcha. La visual permite divisar los objetos y el paisaje en general, a un kilómetro de distancia, más no; teniendo en cuenta, eso sí, que todavía no se ha puesto el sol. Habremos llevado en vuelo como media hora, cuando observamos que comienza a descender la neblina, debido a que nos encontramos cerca de la zona de los lagos. Muy en contra de mi voluntad, doy la orden de emprender el regreso, ya que me acabo de convencer que apenas podemos proseguir nuestra marcha, manteniéndonos entre cinco y seis metros sobre la tierra. Para ir más seguros, cambiados de formación, volando ahora en línea, uno al lado del otro. ya no puedo ver las máquinas que vuelan a las terminales de ambas alas, de acuerdo a la formación que acabamos de adoptar, sumergiéndose alternadamente en la neblina del suelo o en las nubes. Atacar en estas condiciones sería un suicidio, pues si tiráramos las bombas, las esquirlas de éstas nos destrozarían las máquinas, debido a la escasa altura. Esto de nada nos serviría. Al contrario: nos infligiría lamentables pérdidas entre nuestra tripulación y entre nuestras máquinas. Además, a nadie le hacemos un favor, haciendo nuestra presencia en la zona indicada, para volver sin haber logrado nada. Recién me siento

aliviado, cuando volvemos con todas las máquinas a la base. Apenas están terminadas las maniobras de estacionamiento, me hago comunicar con Schoerner, para darle parte de lo observado. En el transcurso de la conversación me hace saber que también él ha recibido las mismas noticias con respecto a la situación climática.

Por fin — nosotros ya habíamos abandonado toda esperanza — comienza a desgarrarse la uniforme capa gris, dando paso, en uno que otro lugar, a los rayos del sol. A la vez comienza a subir la niebla, alcanzando una altura de 400 metros. Así me decido a salir con la Escuadrilla antitanque, debiendo acompañarme la 7ª con bombas, para ocuparse de los blancos en que valga la pena el empleo de tales proyectiles. Al llegar al margen inferior de la niebla, volvemos a enfilar en dirección al Sureste, pero cada vez que nos alejamos más, observamos volando otra vez a una altura de 50 metros en una cerrazón absoluta. Apenas si divisamos algún punto de referencia, viéndonos obligados a volar casi a ciegas, guiándonos por la brújula. Ya debemos haber alcanzado la región de las lagunas; el tiempo sigue pésimo. Me decido a no atacar estos blancos, viniendo de la dirección que traemos es decir del Noroeste; sino que creo más conveniente acercarnos al punto indicado por el Mariscal Schoerner, dejándolo al Oeste, para tomarlo del lado opuesto. Esto tiene la ventaja que estamos con las máquinas en dirección "a casa" en el momento en que iniciamos el "baile", y esto puede resultar sumamente importante si se tiene en cuenta el factor "climático". Pues si el enemigo cuenta con las fuerzas indicadas, seguro que llevará una defensa de Flak respetable, lo que aumenta en favor del Iván, teniendo en cuenta que se debe descartar desde un principio la táctica del "salto de torera", pues vendremos del lado del agua. Estamos obligados a considerar más minuciosamente que en otras ocasiones las tácticas de defensa del bolchevique. Tampoco sería recomendable salir sorpresivamente de las nubes para el ataque, desapareciendo inmediatamente en ellas una vez cumplida la misión, debido a la cercanía de la tierra; considerando a la vez que estamos volando en formación, lo que podría llevar como consecuencia colisiones entre las propias máquinas, conduciendo esto a pérdidas tan lamentables como inútiles. Sería otra cosa si se tratara de unas pocas

máquinas, si bien también los pilotos de éstas estarían más ocupados en realizar las acrobacias necesarias del momento, para evitar estrellarse en el suelo, que en hacer tranquilamente puntería sobre el blanco enemigo.

Así volamos, llegando del Sur, a poca altura sobre el agua. El día está semioscuro y lluvioso; apenas puedo reconocer algo a 700 u 800 metros de distancia. De pronto distingo algo negro, sobre una carretera, que corre a lo largo de mi dirección de vuelo. Esta masa negruzca parece como si se moviera... ¡Tanques, vehículos... soviéticos! Al instante me recibe la Flak del Iván. Se trata de un fuego de defensa concentrado que busca enredarme en sus huellas luminosas, que en esta media luz se asemejan a hilos luminosos de arañas gigantes. Me apuntan con cañones de cuatro caños, con cañones gemelos, con ametralladoras, con todo lo disponible. Estoy volando a sólo tres o cuatro metros de altura, comprobando que di en el medio de la columna de vehículos. ¿Tendré suerte? Las otras máquinas se desviaron hacia los costados y no se encuentran en el centro de la defensa del enemigo. Tomo un furioso salto con mi máquina de un punto al otro, para evitar así ser presa de los proyectiles del enemigo. Estoy tan cerca que casi me pueden alcanzar con las manos, y actúo sobre los disparadores de mis cañones, más con la intención de tranquilizarme que con la idea de abatir al enemigo. Así sigo esparciendo mis proyectiles en este embrollo, pues detenerme sólo por una fracción de segundo para apuntar detenidamente a cierto blanco, significaría para mí estrellarme en el suelo con una máquina destrozada por los impactos de los rojos. Ahora gano algo de altura y sobrevuelo a pocos metros los vehículos y los tanques. Estoy sentado como sobre alfileres, esperando a cada momento el estampido fatal que me indique el fin de mis días o, por lo menos, de mi máquina. Esto no puede ir bien; la cabeza me zumba como los proyectiles encandecidos que trazan sus huellas luminosas a pocos centímetros de mi cabina...

¡Bum!... Pocos segundos más tarde se produce el impacto que ya esperaba y a la vez oigo la voz de Gadermann, que me grita:

— ¡La máquina está ardiendo...!

El ruso nos ha dado de pleno en el motor. En seguida lo noto, pues el avión apenas se puede mantener en el aire, volando con las pocas fuerzas que le quedan. Las llamaradas relamea mi cabina.

— Ernesto, tenemos que saltar afuera; voy a ganar algo de altura para ver si puedo llegar lo más lejos posible, para no caer en manos de los rusos. No muy lejos de aquí acabo de descubrir nuestras tropas.

Trato de elevar la máquina; no sé a qué altura me encuentro, pues una capa oscura de aceite, proveniente del motor, se ha pegado del lado de afuera a los vidrios de la cabina, y no puedo ver absolutamente nada; corro la cubierta de la cabina para buscar la claridad. Tampoco esto me sirve de nada, pues las llamas me dan en la cara.

— ¡Ernesto, ahora tenemos que abandonarl...!

El motor salta y pateo como un potro, tirona, se para, vuelve a marchar, se para... De esta manera, nuestro "pájaro" se convertirá en nuestro crematorio. ¡Tenemos que lanzarnos con paracaídas!

— ¡No podemos saltar —me grita—; estamos volando a treinta metros de altura!

Gadermann puede ver hacia atrás, pues también corrió el techo de su cabina, pero, por desgracia, le rompe los cables de sus auriculares de la radiocomunicación, quedando así sin contacto conmigo. Las últimas palabras que oigo son:

— ¡Estamos volando sobre bosque!

A pesar de que estoy tirando del "bastón", no puedo ganar altura con mi máquina; está en una posición forzada y su estabilidad es tan delicada que el impulso más pequeño en las aletas nos puede resultar fatal. Gadermann me acaba de informar que la altura es tan reducida que no podemos saltar con nuestros paracaídas. Lograremos echar la Ju 87 en cualquier lugar. Quizás sea posible realizar esto; tendría que seguir funcionando el motor, aunque fuese solamente a fuerzas reducidas, y, además de esto, tendría que adaptarse el terreno. En este momento se produce un ruido inequívoco en el motor y la hélice se para con un tirón; el motor se engranó. La posición débil de la máquina, que sólo se mantenía gracias a que el motor seguía trabajando, es interrumpida bruscamente. Tampoco nos podemos salvar de esta situación, probando de estabilizar la máquina y aprovechando el

aumento de velocidad, pues nos encontramos en picada; es inútil. ¡Nos precipitamos a tierra! Ahora un estampido ensordecedor, mezclado con el rechinar de hierros retorcidos...; llegó el fin. Así terminó también tu vida de aviador... *Sic transit gloria mundi*.

Noto la tranquilidad que me rodea... ¡Estoy aún con vida! Trato de reconstruir lo que acaba de ocurrir; estoy tirado en el suelo; me quiero levantar, pero no puedo. Estoy apretado entre los escombros y siento unos dolores punzantes en la pierna y en la cabeza. De pronto se me ocurre que Gadermann tiene que estar aquí, y grito:

— ¿Adónde estás? ¡No puedo salir de aquí!

— ¡Espérate!... Quizás te pueda ayudar... ¿Estás muy herido?

Pasa un rato, al cabo del cual aparece renqueando Gadermann, intentando llegar hacia mí, abriéndose paso por entre los escombros. Ahora noto lo que me está produciendo estos dolores. Un trozo de metal de la cola se clavó en mi pierna y aprieta de tal manera con todo su peso sobre mí que no puedo moverme un ápice. Menos mal que a mí alrededor no se declaró un incendio; ¿dónde estarán las piezas ardientes? En seguida Gadermann se ocupa en extraerme ese pedazo de metal y a continuación me libra del peso de la cola, lo que logra al cabo de grandes esfuerzos. Una vez libre, le pregunto:

¿Crees que los rusos están cerca de aquí?

— Es difícil saberlo —me contesta—.

Estamos rodeados de arbustos que limitan un bosque cercano. Una vez en pie, inspecciono los escombros en mi alrededor; a unos cien metros delante mío está el motor, envuelto en llamas; a unos cincuenta o sesenta metros, a ambos lados, están las alas, de las cuales una también está a medio encender. Exactamente delante mío está el asiento del telegrafista, en el cual estaba apresado Gadermann cuando le llamé. Así se explica que la voz venía de adelante y no de atrás, como debe ser normalmente, pues el telegrafista está situado detrás del piloto. Nos dedicamos ahora a cuidar nuestras heridas, tratando de explicarnos la suerte que nos permitió salir con vida de esta catástrofe. Este trabajo es de suma importancia, pues sin un vendaje prolijamente confeccionado no podemos pensar en huir a pie, teniendo en cuenta, en primer lugar, que la hemorragia de mi herida es considerable.

A mi juicio, nuestra precipitación desde treinta metros de altura se ha producido de la siguiente manera: el golpe principal de la caída fué amortiguado por los árboles que están situados al borde del bosque cercano. A continuación el avión fué arrojado sobre la arena, esparciéndose todas las piezas como lo acabo de describir. Ambos ya habíamos soltado todas las ligaduras, listos para largarnos al espacio, valiéndonos de nuestros paracaídas. Cómo no he dado con mi cabeza contra el tablero de control resulta para mí un misterio. Yo mismo fuí a parar mucho más allá de los restos de mi asiento de piloto y me lo explico que probablemente fuí lanzado con la cola del avión hasta ese punto. Sí, sí... ¡hay que tener suerte!

En eso oímos ruidos de ramas y hojas en los arbustos. Como fascinados clavamos nuestros ojos en el lugar sospechoso, pero... ¡qué alivio!...; reconocemos que son soldados alemanes. Han oído desde la calle el estampido, después de haber observado desde lejos el combate, viendo, algo más tarde, una máquina alemana que abandonaba el escenario de la lucha, envuelta en llamas. Los muchachos nos advierten:

—Detrás de nosotros no hay ninguno más de los nuestros...; todos Iváns. Y uno agrega, irónicamente:

—Pero usted mismo ya los habrá visto de cerca..., me parece... —y mientras habla hace un ademán significativo en dirección a los restos humeantes de mi máquina. Pocos minutos más tarde, nos encontramos en plena marcha, en dirección al Noroeste, usando un vehículo del ejército que estos buenos muchachos tuvieron la previsión de traer.

—Era por las dudas..., ¿sabe, mi Mayor?...

En las primeras horas de la tarde estamos de vuelta en nuestro Grupo. Nadie ha observado mi derrota, pues cada uno estaba demasiado ocupado con su propia situación como para prestar atención a otras cosas. Durante las primeras cuatro horas de mi ausencia, nadie se preocupa, pues en más de un caso ya ha ocurrido que tuve que poner "de panza" a una de nuestras fieles Ju 87, presentándome algo más tarde por teléfono. Pero si estas cuatro horas pasan sin que se reciban noticias de mí, entonces sí que cambian las expresiones en los rostros de mis compañeros y más de uno comienza a dudar de mi proverbial ángel de la guarda, "que nunca falla". Inmediatamente me

pongo en contacto telefónico con el Mariscal de Campo, quien me expresa su alegría y su satisfacción, anunciándome, claro está, una de sus afamadas tortas, para que pueda festejar dignamente "mis cumpleaños". Afuera nos sonríe un cielo límpido; los últimos restos de neblina se han disipado y doy parte al Mariscal de Campo que saldremos nuevamente, y esta vez con más furor aún de mi parte, para darles su merecido a nuestros "amigos bolcheviques". ¡Ellos o yo!, ésta es una de las reglas fundamentales en el campo de batalla. A mí no me tocó esta vez; por lo tanto, les llega el turno a ellos. De la División me mandan, en un "Fieseler Storch", un médico, quien me aplica un nuevo vendaje, comprobando a la vez que tengo un principio de conmoción cerebral. Cadermann se ha fracturado dos costillas. No puedo decir justamente que me siento como un pez en el agua, pero las ganas de volar son superiores a todo otro sentimiento. En la conferencia que precede a todo raid, reparto los distintos blancos, dando las indicaciones que me parecen convenientes. Con todas las máquinas bombarderas combatiremos a la Flak, y una vez puesta fuera de combate aquélla, nos dedicaremos, con nuestras máquinas cañoneras, a combatir a los tanques y demás vehículos.

Al poco tiempo, todo el Grupo se eleva en el aire, tomando rumbo al Sureste. Después de unos minutos, distinguimos los lagos, volando a 2000 metros de altura. Para poder salir del sol, en el momento del ataque, nos arrimamos a nuestro blanco, volando desde el Suroeste. De esta manera, la Flak tendrá sus dificultades para combatirnos eficazmente, mientras que nosotros podremos distinguir con nitidez todo cuanto brille bajo el sol. Ahí están apostados, exactamente en el mismo lugar de antes. Parece que no quieren proseguir con el avance, hasta que lleguen refuerzos de retaguardia. Comenzamos a describir nuestros círculos sobre ellos, al igual que las águilas, para atraer la atención de la Flak invitándola a abrir el fuego, pues de esta manera delatan sus posiciones. Esta se encuentra, en parte, montada sobre camiones, mientras que el resto tomó posiciones en las inmediaciones del terreno. Ya comenzó el tiroteo y aprovecho para repetir lo dispuesto en nuestra reunión previa. A continuación doy la orden de iniciar el ataque, comenzando por la tan odiada Flak. Para mí, es una satisfacción, pues

por su culpa mi vida está siempre suspendida de un hilo de seda. Atravesando el humo de la pólvora y las nubes de tierra que levantan las bombas, volamos con nuestras máquinas cañoneras, destruyendo desde poca altura a los T34, con nuestros disparos certeros. En estas situaciones hay que tener cuidado, para no ser presa de las propias bombas. Pronto calla la Flak y un tanque tras otro vuela al aire, mientras que los demás vehículos quedan, uno por uno, envueltos en llamas. Estos, jamás alcanzarán Alemania. Doy por seguro que este grupo de asalto que tenía el deber de abrir paso a la invasión bolchevique, ha perdido definitivamente su pujanza.

Volvemos a nuestra base y en nuestros corazones reina la feliz convicción de que por nuestra parte hemos hecho todo lo humanamente posible.

Por la noche, me llega un llamado telefónico del "Feldmarschall" (mariscal de campo), el cual me comunica que el contraataque de las tropas de tierra ha sido un éxito. Han logrado cerrar la brecha, aniquilando por completo al enemigo. En nombre de todos sus soldados me agradece la ayuda eficaz que le hemos brindado; mañana se lo comunicaré a mi Grupo. Esta es nuestra mayor recompensa: oír de nuestros compañeros en tierra que nuestra actuación fué de suma importancia para ellos, logrando de tal manera el éxito y el triunfo en la batalla.

En Letonia recibimos la noticia alarmante que los soviets están penetrando en Rumania. Al día siguiente nos trasladamos para ese sector, volando por la Prusia Oriental, Cracovia, Debrecen a Buzau, una localidad al norte de Bucarest, la capital de Rumania. Así efectuamos un vuelo maravilloso por la Europa oriental, viendo bañado el paisaje por los últimos rayos de un sol de un verano que está por despedirse. En el aire se encuentra el 3er Grupo con el Estado Mayor, el 2do. Grupo está en las inmediaciones de Varsovia, mientras que el primero ya está en Rumania. En Debrecen nos demoramos con el abastecimiento de gasolina, no pudiendo salir esa misma noche en dirección a Rumania. Como tenemos que cruzar los Cárpatos, no quiero perder una sola tripulación en este vuelo de traslado. Por lo tanto, quedamos en este pueblo, y a una propuesta de mi parte, vamos todos

a bañarnos, que acabamos de descubrir que aquí existen varias fuentes termales deliciosas.

Mis soldados están alegres y asombrados a la vez: mujeres de todas las edades pueblan las piletas de natación, equipadas con carte-ras, libros, trabajos manuales y perritos, ocupándose de lo eternamente femenino: de sus conservaciones y chismes interminables. Para viejos soldados del frente ruso esta escena no es cotidiana, ver tantas mujeres con tan poca ropa, en un solo lugar...

Al día siguiente salimos a Klausenburgo, una ciudad hermosa y antigua, en la cual se instalaron hace ya centenares de años, los alemanes de Siebenbürgen, poniéndole el sello de su carácter. Por eso, hoy todavía se habla alemán por acá. Aquí solamente nos demoramos para proveernos de gasolina, pues estamos sumamente apurados. In-fluye en nuestro trabajo, la presencia en el aire de un explorador ameri-cano, que aparece a unos siete a ocho mil metros de altura, dando lugar a la sospecha, de que esta plaza será, dentro de poco, el blanco de una escuadrilla de bombarderos yanquis.

El vuelo por encima de los Cárpatos es maravilloso, como todos los cruces de montañas que se realizan con buen tiempo. Ahora divi-samos, delante de nuestras máquinas, la ciudad de nuestra meta. Antes no era más que un campo de abastecimiento para nuestra "Luftwaffe", en sus vuelos hacia Rusia. Ahora se ha convertido en una base impor-tante en el frente contra el bolchevismo. ¿Qué ha ocurrido con el frente, aparentemente firme que corría a lo largo de Jassy, Targul y Frumos? ¿Qué ha ocurrido con Husi? Nuestra base se encuentra en un terreno completamente abierto, no ofreciendo ninguna posibilidad de camuflar las máquinas aquí estacionadas. Ploesti, el centro del petróleo rumano, queda cerca y es el blanco permanente de los bombarderos yanquis que aparecen acompañados de una protección de cazas notable. Estos cazas se pueden ocupar de nosotros, a no ser que valgamos la pena de ser sacrificados con una de esas "alfombras de bombas", que acostum-bran tender los norteamericanos. Los cazas que acompañan general-mente a una formación de bombarderos, suelen ser más numerosos que todas las unidades de cazas que nosotros tenemos a nuestra disposición en todo el frente de Rusia!

Al hacer nuestra vuelta de rutina, para aterrizar en la base, descubrimos en las carreteras de acceso, cantidades incalculables de tropas rumanas, todas en dirección al Sur, y en parte vemos que están detenidas en su marcha, debido a que las calles están interrumpidas con vehículos de toda clase. Todas las clases de armas, también de las pesadas que tanta falta nos hacen, están aquí estacionadas. Por ningún lado nos encontramos con unidades alemanas. ¡Aquí se está desarrollando una tragedia! Varios sectores estaban ocupados por tropas rumanas que ofrecían eficaz resistencia al enemigo y éstas mismas están abandonando sus puestos; los bolcheviques se apresuran a ocupar el terreno que queda desamparado de esta manera. Más adelante siguen luchando los soldados alemanes, quedando sin contacto con la retaguardia para caer finalmente en manos de los soviets. A ellos les parece inconcebible que los compañeros rumanos dejen entrar al ruso en su país, sin ofrecerle ninguna resistencia, entregando la patria a un cruel y horripilante destino. El soldado alemán no lo cree; lucha por Rumania y por Europa. Apenas aterrizamos, me presento en la División que conozco ya de antes, habiéndome ocupado debidamente de poner a todas mis máquinas en estado de alarma. En la División me hacen saber que se alegran de contar con nuestro apoyo y a la vez me hacen saber que hay trabajo por demás. En Focani avanzan los tanques rusos con la orden de apoderarse inmediatamente de Bucarest y Ploesti. Más al Sur siguen luchando unidades alemanas, pertenecientes a la Agrupación Sur del Ejército.

Mientras tanto, han puesto en perfectas condiciones a todas las máquinas que integran mi Grupo, y aprovechamos para efectuar un vuelo a lo largo de la carretera en dirección al Norte, rumbo a Focani. A unos diez kilómetros al sur de la ciudad, divisamos una inmensa nube de tierra. ¿Serán los tanques de los soviets? ¡Acertado! Si fuesen de los nuestros, no irían retrocediendo a esta velocidad tan vertiginosa. No cabe duda de que se trata de T 34 del ruso. Inmediatamente iniciamos el ataque. Los T 34 abandonan la carretera y se dispersan por el terreno. Pero esta maniobra, tantas veces observada, no les vale para nada; una parte de estos colosos queda en el terreno, reducidos a un montón de hierros retorcidos. Interrumpimos nuestro ataque para

volver a nuestra base, donde nos aprovisionamos nuevamente de munición. Apenas cumplido esto, volvemos al escenario, para seguir con la aniquilación. Donde fijamos nuestra vista, se encuentran cantidades incalculables de hombres y material; todos rusos, y en su mayoría de raza mongólica. ¿Serán inagotables las reservas en hombres de las que dispone el ruso? Volvemos a comprobar, en toda su magnitud, que las capacidades de la producción soviética no han sido apreciadas debidamente; que nadie conoce a fondo las condiciones en la retaguardia de este inmenso imperio que se apresta a ahogar en un mar de sangre y de lágrimas a un mundo trabajador, inteligente y honesto. Estas cantidades enormes en tanques y pertrechos de toda clase, son el testimonio inequívoco. A esto se suma que muchos de los camiones, por ejemplo, son de origen americano. Un raid sigue al otro, como ya hace años; día y noche...

Estamos en los últimos días del mes de agosto. Salgo con mi máquina, acompañado por las primeras luces del alba, para hacer un vuelo de reconocimiento a uno de los sectores allá por el Norte y me encuentro a unos cincuenta metros sobre nuestra pista, cuando, de pronto, la Flak abre el fuego. Los artilleros son rumanos y tienen el deber de proteger la base contra ataques aéreos del ruso o del yanqui. Persigo con la vista las huellas luminosas hasta el punto donde estallan, para descubrir formaciones enemigas; pero no las descubro. ¿Habrán madrugado hoy los americanos? Describo una curva con las máquinas de mi Grupo, para ponerme bajo la protección de la propia defensa antiaérea, pudiendo esperar de esta manera tranquilamente el desarrollo de las cosas. Sin embargo, y eso es lo raro, los proyectiles de la Flak cambian de altura, y varios estallan en las inmediaciones de nuestro Grupo. Al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que los artilleros de la Flak persiguen con sus cañones todas las maniobras que describimos en el aire. Una salva de estos estalla a escasa distancia de mi máquina. En las inmediaciones no diviso un solo avión enemigo. Ahora ya no cabe más duda: ¡el fuego de la Flak está destinado a nosotros! La situación creada me confunde, pero, no hay lugar a malentendidos. Proseguimos nuestro raid, para atacar al enemigo bolchevique, de acuerdo a las

órdenes que se nos han impartido y que ataca en la región de Husi-Barlád-Foskani.

A la vuelta de nuestra incursión, ya estoy preparado para otra sensación de "nuestra" Flak que ahora es de los rumanos. Nuestro telegrafista en tierra nos comunica que, efectivamente, el fuego de la Flak estaba destinado a nosotros. ¡Rumania se encuentra en estado de guerra con nosotros! Quedamos a poca altura y volamos acercándonos de a uno a la pista, donde aterrizamos. La Flak dispara unos tiros pero con tan poco éxito como antes. Una vez en tierra, me dirijo inmediatamente a mi Plana Mayor y me hago comunicar telefónicamente con el General de la aviación rumana Jounescu. Este general rumano tiene a su cargo unidades de la aviación rumana, también Flak y lo conozco personalmente desde Husi; es portador de varias condecoraciones alemanas. Le comunico lo ocurrido esta mañana, añadiendo que el asunto me da lugar a sospechar que el fuego de la Flak estaba dirigido contra mi Grupo. A continuación le pregunto, si este es realmente el caso. Me contesta que sí; sus soldados de la Flak en Bucarest han observado cómo un caza alemán abatió a un avión de estafeta rumano y que por esta razón están tan amargados que abren el fuego, contra toda máquina que sea alemana. Del estado de guerra Alemania-Rumania no menciona nada. Le hago saber que no pienso ni remotamente en dejarme tratar de esta manera por sus soldados. Por el momento pensaba volar una incursión contra los soviets en la zona de Ramnicul Sarat, pero, en vista de lo sucedido, me dirigiré con mis Stukas contra la Flak estacionada en mi base, a objeto de borrarla con mis bombas y mis cañones, para poder contar de esta manera con una pista libre del enemigo y que me sirviera, en el futuro, para muchos raids que pienso efectuar todavía. Con el otro Grupo aniquilaré su Plana Mayor, en la que también él se encuentra, lo que no me resultará muy dificultoso, debido a que conozco perfectamente su posición.

— ¡Por Dios, no haga eso —me replica en el teléfono—, siempre hemos sido buenos amigos. ¡Qué culpa tenemos nosotros, si nuestros respectivos gobiernos deciden! — Y a continuación me dice:

— Le hago una propuesta: nosotros no haremos absolutamente nada; para nosotros no existe la declaración de guerra. Le garantizo,

que en mi sector no se disparará ni una sola bala contra sus aviones, en el futuro.

Después de este "armisticio tan original", me asegura su amistad por la cual se siente tan estrechamente unido a mí y su cariño para todos los alemanes en general. Así ocurre, que entra en vigor nuestro tratado y nunca más tuve ocasión de quejarme ante él o de él.

Sin embargo, la situación es más que curiosa: en esta base estoy estacionado con mis Stukas, en medio de un país que acaba de declararnos la guerra. Rodeando nuestra pista cuento, por todo, dos divisiones de rumanos, equipados con todos sus pertrechos, inclusive las armas pesadas. ¿Quién les impide que un buen día hagan "tabla rasa" con nosotros? De noche, esta situación es desagradable, pero de día volvemos a sentirnos fuertes. Contando con mis Stukas, dudo que se atrevan a atacarnos, aún contando con dos divisiones perfectamente equipadas, pues están concentradas en un terreno que no les ofrece ninguna clase de protección.

Mientras tanto, se van agotando nuestras reservas de bombas y gasolina. Ya no nos llega más abastecimiento de retaguardia, en vista de la imposibilidad de seguir sosteniendo a Rumania. La única solución que nos queda es trasladarnos al otro lado de los Cárpatos. Ahí podríamos tratar de formar un nuevo frente que se compondría de las unidades que logren salir de Rumania y de otras de reserva que habría que reunir penosamente. En vista de esto, está de más decir que la mayoría de las armas pesadas quedarían del lado rumano. ¡Si por lo menos pudieran salir una buena parte de nuestras valientes unidades de ese bolsón infernal, creado por un nuevo gobierno traidor rumano! ¡Armas, siempre se pueden sustituir, pero hombres, nunca— Nuestro personal de tierra, mecánicos y técnicos, se preparan para retirarse por el Paso de Buzau, mientras que nosotros volamos hasta la última gota de gasolina, contra las puntas de asalto de los bolcheviques que hora por hora se acercan más a Buzau. A veces volamos, penetrando profundamente en la retaguardia de los soviets, para ayudar a varias unidades alemanas que luchan desesperadamente. Es un aspecto que inspira desolación y miseria humana, el ver cómo estos combatientes experimentados del frente ruso se defienden con un desinterés y un valor

indescriptible, ofreciendo frente a las arremetidas de los soviets que atacan con una mayoría impresionante en hombres y material a estos últimos focos de la resistencia europea, en suelo ruso. Estos soldados, apenas cuentan con sus armas de fuego de mano; nada más... Ya hace rato que han gastado la munición para las armas pesadas y dentro de poco, también escaseará la munición para las pistolas y los fusiles. En cada incursión que realizo hacia esos parajes, tengo que obligarme a no pensar más allá. El único narcótico es: atacar y atacar. Un pequeño Stalingrado se está desarrollando ante nuestros ojos...

Ahora se agotaron definitivamente los abastecimientos en nuestra base y nos vemos obligados a trasladar más al Oeste, el centro de nuestras actividades. Así nos decidimos a cruzar los Cárpatos, para instalarnos en Sächsisch Regen, en Hungría. También en este pueblo se habla preferentemente alemán, pues es uno de los centros de los alemanes de Siebenbürgen. La población cuenta aquí con una iglesia y varias escuelas alemanas, y al pasear por las callejuelas, se tiene la impresión de estar ambulando por las calles de una población cualquiera en el Reich. Esta localidad está rodeada de un paisaje hermoso, contando con frondosos bosques que se acercan hasta las inmediaciones mismas del pueblo, situados sobre las pequeñas colinas de los alrededores. Nuestra base se encuentra en un claro de bosque, sobre un pequeño altiplano, y los cuarteles, tanto en el pueblo mismo como en otros puntos vecinos, en los cuales también se habla alemán. Nuestras incursiones están dirigidas especialmente contra el enemigo que intenta cruzar los diversos Pasos de los Cárpatos, provenientes del Este. El terreno se presta para una defensa, pero las fuerzas para mantenerla son débiles y además de esto, se han perdido las armas pesadas en Rumania. ¿Qué vale el terreno más ventajoso que se defiende con heroísmo, si el enemigo dispone de toda clase de armas modernas? En vista de esta situación seguimos luchando contra un enemigo superior, efectuando raids a escasa altura, en los Pasos de Oitz y Gynnoz, como también en las carreteras que corren más al Norte. Recuerdo muy bien las dificultades que entraña un vuelo sobre terreno montañoso, desde los tiempos en los que actuaba en el Cáucaso; sin embargo, los valles por aquí son tan angostos que para dar vuelta con la máquina, uno

se ve obligado a ganar altura. Las calles que corren por los diversos pasos son muy sinuosas y en parte atraviesan regiones rocosas. Como los vehículos y los tanques se refugian frecuentemente, hay que tener un cuidado sin igual en no llevarse por delante una de estas "montañas". Si por casualidad, otra unidad de las nuestras ataca los mismos blancos, arremetiendo al enemigo por la otra entrada del valle, y estando uno impedido de ver todo claramente por culpa de la neblina, entonces sí que se presentan momentos, en los cuales "la muerte tiene la mano en el bastón de maniobras", puede ocurrir que de pronto se encuentren en un mismo valle dos máquinas con rumbos opuestos. Estas situaciones son más temidas que la más recia defensa anti-aérea que de por sí ya es bastante fuerte, en estos puntos. En parte tiene ésta sus posiciones a una altura algo más elevada que la carretera, aprovechando las barrancas que limitan las calles a ambos lados, puesto que han reconocido que no son lo suficientemente eficaces, si permanecen en la columna mientras que nosotros por ejemplo, atacamos a otra sección que está situada más abajo. Lo único que todavía no pone de manifiesto su presencia, es la defensa con cazas enemigos. ¿Significa esto, que los rusos no han logrado aún poner en condiciones las bases rumanas, abasteciéndolas de munición y gasolina para sus máquinas? Lo dudo; cuentan con suficientes medios de transporte, como para solucionar este problema. Además cuentan con pistas que tienen una ubicación altamente estratégica para ser usadas en las luchas que se están desarrollando, por ejemplo: Buzau, Roman, Tecuci, Bakau y Silistea. Parece que los Iváns no confían mucho en esta clase de vuelos entre montañas, y sospecho que principalmente los vuelos a ras de los valles no son justamente de su agrado, ya que éstos tienen la particularidad de quedar obstruidos de pronto por un cerro que cruza de una ladera a la otra. Yo temía lo mismo cuando volaba en los valles del Cáucaso.

En estos días recibo orden de hacerme cargo de la Escuadra, abandonando de tal manera la jefatura de mi 3er Grupo. Tengo que proponer al oficial que ha de ser mi substituto y nombro al Capitán Lau. Este merecido oficial ya ha pertenecido a esta unidad en los tiempos de la campaña de Grecia en las luchas contra la armada británica,

ganándose en aquella ocasión sus laureles. Apenas se había iniciado la campaña de Rusia, fué trasladado a la Plana Mayor. Ahora vuelve a hacerse presente en el frente.

Con respecto a mis actividades, todo queda en su orden anterior, ya que incorporo a la Escuadrilla de la Plana Mayor a todos los hombres usuales en nuestra unidad, estando de esta manera en condiciones de poder participar yo a cualquier hora, con cualquier máquina, en los diferentes raids.

Cierto día, ya corre el mes de septiembre, me encuentro "de viaje" con mi 3er. Grupo. El 2do. Grupo nos acompaña para darnos protección mientras que piloteo una máquina antitanque, para ir con ella a la caza, en el Paso de Oitoz. Como la situación no es nada tranquilizadora, decido volver inmediatamente con mi FW 190, después de haber cargado nuevamente gasolina y munición. En este lapso, los demás pueden reacondicionar sus máquinas, con las cuales acaban de volver del combate. El Teniente Hofmeister tiene una máquina, y quiere acompañarme como piloto de ruta.

Así volvemos al Paso de Oitoz, realizando nuestros ataques a salto de torera, revisando todos los parajes minuciosamente, pues de nuestra observación pueden derivar muchas indicaciones valiosas, dándonos la posibilidad de formarnos una idea completa de la situación reinante. Prácticamente sin una gota de combustible y sin munición, vuelvo a la pista, volando a ras de tierra, cuando me encuentro ante la misma con una formación de unas cuarenta máquinas que brillan como plata a la luz del sol. A una velocidad vertiginosa nos cruzamos; no cabe ninguna duda: son americanos del tipo Mustang. Inmediatamente le paso a Hofmeister:

— ¡Aterrice inmediatamente!

Afuera con el tren de aterrizaje, afuera las aletas auxiliares... y ya se desliza mi máquina por la pista, antes de que la formación de Mustangs tenga tiempo de efectuar el viraje, para iniciar el combate. Antes del planeo para realizar el aterrizaje, tengo miedo; éste es el momento en el cual la máquina está indefensa, a merced de los ataques del enemigo, puesto que toda la atención se debe concentrar únicamente en las maniobras, para evitar una catástrofe. Parece que

el Teniente Hofmeister no ha tenido tiempo para aterrizar, dado que no lo puedo divisar más. Todavía va corriendo mi máquina por el suelo, cuando miro hacia atrás, divisando que un Mustang se está aprestando para darme el golpe de gracia. En un abrir y cerrar de ojos corro el techo de la cabina y mientras que la máquina sigue corriendo a razón de 50 km. por hora, me dejo caer a tierra desde un ala. En seguida me estiro a lo largo, tratando de ofrecer el menor blanco posible, y en el mismo momento oigo los disparos del cañón del Mustang. Mi máquina comienza a arder al primer ataque, siguiendo por un buen trecho su carrera, ¡Menos mal que ya no me encuentro en ella!

No contamos con Flak en nuestra pista. Nadie estaba preparado para este traslado que fué efectuado en forma harto precipitada. Como nuestro material es tan limitado, no estamos en condiciones de proveer "a todas las pistas de Europa" con su respectiva defensa anti-aérea. Nuestros enemigos que tienen material en gran abundancia, pueden poner un cañón de Flak en cada esquina; nosotros no, lamentablemente. Mientras tanto los Mustangs se han repartido por toda la pista y comienzan a practicar tiro al blanco sobre todo lo que ven. Abajo está mi Grupo, aprovisionándose para realizar otra incursión. Muchas máquinas de transporte están diseminadas por toda la pista, sin protección alguna y cargadas de munición, pertrechos y combustibles. Las máquinas listas para los raids, están en hangares protegidos en el bosque. No es fácil descubrirlos. Pero, por otro lado, las máquinas con accesorios, las de transporte y las que están cargadas de gasolina y munición, son fácilmente vulnerables. Una por una vuelan al aire. Los cañones de los Mustangs ladran sin interrupción. Todo lo que ven, es presa de sus ataques. Una rabia indescriptible se adueña de mí, pues estoy condenado a observar esta destrucción, sin tener ocasión de defenderme. Alrededor de la pista, se divisan los "hongos de humo" de las diferentes máquinas que están envueltas en llamas. En este estrépito ensordecedor, casi se podría creer en el fin del mundo. Es absurdo, pero trataré de dormir; cuando me despierte, ya habrá pasado todo, y si ese que me está tiroteando logra dar en el blanco, será más fácil aguantarlo dormido que despierto...

Seguramente, el piloto del Mustang, que destruyó mi máquina y me vió estirado a lo largo en el suelo, haya visto también como me largué durante la marcha; de todas maneras, este individuo vuela un ataque tras otro, tiroteándome con cañones y ametralladoras. Ida y vuelta, ida y vuelta. Parece que ve mal a través de su vidrio delantero, detrás del cual tiene su dispositivo apuntador, ya que él mismo no está del todo convencido de haberme matado, después de tantos ataques. Luego de haber volado dos o tres veces, pasa a una altura de 4 metros por el suelo, inclinando su máquina para observarme. Yo, por mi parte, sigo tendido cuerpo a tierra, habiendo inclinado solamente la cabeza hacia un costado, para poder observarlo por entre los párpados semicerrados. Cada vez que viene volando de frente, me salpica con tierra y arena por efecto de los impactos de los proyectiles que se incrustan en el suelo, mientras que otros pasan a diestra y siniestra del lugar en que estoy tendido. ¿Lograré dar en el blanco la vez siguiente? Ni pensar en salir corriendo. Todo lo que se mueve, es blanco seguro de los ataques enemigos. Las balas son más rápidas que las piernas del hombre. Así vuelve a repetir el ensayo. ¿Cuánto tiempo llevaré tendido aquí? A mí me parece una eternidad. Ahora, por fin, parece que se ha quedado sin munición. Luego de haberme tiroteado otra vez, pasa a escasa altura a mi lado, inclinando la máquina, para observar si doy señales de vida. También sus colegas han gastado toda la munición y con éxito; de esto puedo dar fe. Después de haberse reunido sobre la pista, desaparecen en dirección X.

El embrollo que han dejado en nuestra pista, ofrece un aspecto serio, principalmente en el primer momento. Primeramente, me ocupo de averiguar lo que ocurrió con el Teniente Hofmeister. Su máquina yace al borde de la pista. Esto significa que no tuvo tiempo de realizar la maniobra para aterrizar. Las ráfagas yanquis lo derrotaron antes de que pudiera tocar el suelo. El mismo está herido, debiéndole amputar un pie. En la base arden y explotan más o menos 50 máquinas. Menos mal que apenas fueron dañadas las máquinas que necesito para realizar las incursiones; éstas no fueron vistas de inmediato, gracias al buen camouflage. Poco más tarde me entero que los soldados de las distintas dependencias han obrado de acuerdo a lo ordenado por mí, tiroteando

al enemigo con todas las armas disponibles, como fusiles, pistolas, pistolas ametralladoras, ametralladoras, logrando así abatir a cuatro Mustangs, que están destrozados al borde de la pista.

Considerando que no contamos con una defensa aérea, se puede considerar esto como un éxito. Así, por lo menos esta diversión de los Mustangs, que ejercitaron su puntería sobre nuestras máquinas, no ha sido solamente un pasatiempo para ellos. Unos días más tarde llega nuestra Flak y doy por seguro que terminará esta clase de visitas tan exitosas.

Frecuentemente hacen su aparición máquinas de tipos alemanes. Se trata de rumanos que han sido equipados por nosotros con estos aviones y que ahora vuelan a favor del ruso. Algunas de estas máquinas llevan todavía, cuando vuelan a solas, las insignias alemanas para confundirnos. Las bases de las cuales parten estas máquinas de la aviación rumana, no quedan muy lejos de la nuestra y por eso resolvemos atacarla durante dos días consecutivos, volando a ras de tierra. Nuestros raids se dirigen contra las pistas en las inmediaciones de Karlsburgo, Kronstadt y Hermannstadt. Las malas lenguas dicen que hemos aprendido esta clase de ataques de los Mustangs que nos atacaron hace unos días. Ellos nos han enseñado como hay que hacerlo. De esta manera logramos destruir más de 150 máquinas en el suelo y algunas otras en combates aéreos. Si bien se trata en la mayoría de máquinas de estafetas y de instrucción, sirven de toda manera para la educación y el adiestramiento de los aviadores rumanos. El éxito en esta clase de raids depende ampliamente de la defensa antiaérea del enemigo, pues ésta indica por su comportamiento o por su número, hasta qué punto se pueden atrever los aviones atacantes.

Ha cesado la lucha en Rumania; los soviets inundan todo el territorio nacional rumano y ya se están prestando a forzar la entrada a Hungría. En nutridas columnas se están abriendo paso, en estos momentos, por el Paso de Roter Turm, en dirección a Hermannstadt. Muy difíciles son nuestros ataques sobre la punta de estas unidades, ya que cuentan con una defensa antiaérea formidable. De esta manera me ocurre, que un impacto de la Flak de 40 mm. me quita la cabina

de mi FW 190, quedando yo al aire libre. Por suerte, ninguna de las esquirlas me hiere.

Esta misma noche me comunica mi oficial del servicio telegráfico que desde hace un buen tiempo está escuchando discursos subversivos emitidos en idioma alemán. Se trata de narraciones sobre supuestas atrocidades cometidas por soldados alemanes y de invitaciones para plegarse a los movimientos de guerrilleros. El locutor habla desde Kronstadt. Después de haberme puesto en contacto con la División, trato con mis tripulaciones el ataque sobre esta radioestación, a realizarse mañana. ¡Ya le taparemos la boca a ese charlatán! La luz del alba nos acompaña cuando remontamos vuelo en dirección a Kronstadt, viejo centro germano de Transilvania. Al poco tiempo divisamos delante nuestro la mencionada ciudad, sumida en la bruma. No necesitamos sobrevolarla. La radioestación está a unos 8 km. del centro de la misma, al borde de una carretera. Entre dos grandes torres emisoras está ubicada la pequeña casilla, en la cual charla ese tipo. . . ¿Hasta cuándo? Ya estoy cayendo en picada sobre el pequeño edificio, cuando veo cómo un coche en la puerta abandona la plazoleta; ¿quién será el conductor de ese vehículo? ¿El agitador? Bien valdría la pena reducirle a él con su coche a un montón de escombros. La bomba destinada para esto estaría bien empleada. Pero tiene suerte. Desaparece en un pequeño bosque, para observar desde allí la ruina de su madriguera. No podemos acercarnos mucho a la tierra, puesto que ambas torres significan un serio peligro para nosotros; además, también nos pueden resultar fatales los cables que las unen entre sí y con la tierra. En mi mira óptica tengo enfocada a la radioemisora; aprieto el botón del disparador y atajo la caída, para sobrevolar en círculos el lugar del blanco. La casualidad quiso que una de las pequeñas bombas de 70 kgs. que llevamos debajo de las alas ha caído justamente en la punta de una de las torres, doblándola en ángulo recto. De la casilla radioemisora no puedo divisar absolutamente nada; las bombas han encontrado excelentemente su blanco. Creo que tardarán un poquito en volver a difamar desde aquí a nuestros soldados. . .

Llevando esta firme convicción, volvemos a la base.

La creciente presión sobre los distintos Pasos de los Cárpatos nos demuestra una vez más las fuerzas que hemos perdido en la tragedia rumana. Los soviets ya se han arrimado hasta más allá de Hermannstadt, llegando hasta las puertas mismas de Thorenburgo y se aprestan a arrollar a Klausenburgo. En este sector luchan encarnizadamente la 1ª y 2ª División Blindada Húngara. Faltan las unidades de reserva alemanas, que podrían servir de sostén y respaldo, justamente en este punto de gravedad en las luchas por Europa. Por lo tanto, el avance ruso se convierte de hora en hora y en forma creciente en un peligro amenazador para las pocas unidades alemanas que todavía luchan en las laderas de los Cárpatos, al Noroeste del sector. Están obligados a abandonar sus posiciones, lo cual puede resultar trágico, pues los Cárpatos representan una fortaleza natural que impide la entrada de las fuerzas soviéticas a las tierras bajas de Hungría. Será muy difícil resistir en estas posiciones, teniendo en cuenta la debilidad de nuestras propias tropas. Para los bolcheviques, por otro lado, el asunto se ha presentado muy fácil, pues atraviesan un territorio "aliado", para llegar hasta las zonas de combate. En este territorio, es imposible ofrecerle al ruso una defensa alemana organizada. Por lo tanto la consigna es: "Afuera de Rumania. La nueva línea de defensa son los Cárpatos".

Lamentablemente hay que contar con el inconveniente de que las fronteras de este país son muy extensas, lo cual significa una prolongación de nuestra línea principal de combate que apenas está debidamente ocupada por defensores.

Por breve tiempo, nos trasladamos a una localidad al Sur de Sächsisch Regen, realizando desde aquí nuestras incursiones a los parajes de Thorenburgo. Desde hace unos días, vuelve a atacarnos el Iván con sus aviones blindados, que en idioma militar alemán recibieron el nombre de "Eiserner Gustav" (Gustavo de hierro). En cada una de estas incursiones nos mantenemos en las zonas de combate, tanto como nos lo permite la reserva de gasolina en nuestros tanques, abrigando la esperanza de que la competencia "del otro lado" haga su presencia. Mientras que el 3er. Grupo combate al enemigo con bombas, el segundo Grupo lo acompaña con las veloces FW 190, ofreciéndoles la protección necesaria. También yo piloteo en estos raids una Focke Wulf. En

el transcurso de estos encuentros con el bolchevique, logramos varias victorias aéreas, cuando nos toca medir nuestras fuerzas y nuestra capacidad con los aviones de combate y los cazas de los rojos. Principalmente el Comandante del 2º Grupo, Capitán Kennel, portador de las Hojas de Roble de la Cruz de Caballero, tiene ocasión de demostrar sus cualidades de piloto de caza. No es justamente nuestro deber combatir aviones enemigos, trezándonos con ellos en vertiginosos combates aéreos; somos aviadores de Stukas y no de aviones de combate. Sin embargo, llegamos a la convicción de que, por el momento esto es de gran importancia, ya que de esta manera podemos aliviar la árdua tarea de nuestros compañeros en tierra. En estas ocasiones notamos, nosotros "los viejos zorros de Stukas", que es más agradable cazar que ser cazado. Sin embargo, todos seguimos queriendo a nuestras nobles Ju 87.

Corre el mes de septiembre del año 1944, y la lucha por la posesión de las llanuras bajas de Hungría, las "Púsza", se convierte en realidad. Es también en este nuevo escenario de la titánica lucha por el futuro de nuestro continente, donde me llega la noticia que acabo de ser promovido al grado de Teniente Coronel. Nuestra Escuadrilla de la Plana Mayor, queda sólo cierto tiempo junto con las unidades terrestres de mecánicos y técnicos en Tasnad, al Sud de Tocaí (donde se elaboran los mejores vinos del país que han alcanzado fama mundial). Al Sur de ésta, me instalé con el 1º y el 2º Grupo, mientras que el 3º se aloja en Miscołcz, donde chocan con diversas dificultades, debido al mal tiempo reinante; todo el paraje está convertido en un laberinto de lagunas, debido a las recias lluvias de los últimos días.

Aquí el lugar es propicio para combatir las fuerzas bolcheviques que se encuentran en la región de Grosswardein, Cegled, Debrecen, pero, lamentablemente, nuestra estadía dura pocos días. Los soviets avanzan, en masa, con gran velocidad, aprovechando el manto de la noche. Durante el día permanecen excelentemente escondidos en pequeños bosques, en maizales o en pequeñas localidades, eludiendo de esta manera ser descubiertos por parte de nuestros aviones patrulleros. Por lo tanto resulta que en todas las incursiones, pierde en importancia el hecho de combatirlos, tanto con bombas como con cañones. Antes

de proceder de esta manera, hay que cerciorarse minuciosamente, si se ha dado realmente con un centro de pujanza del enemigo.

Momentáneamente no existe un frente consistente de fuerzas alemanas en esta región; se trata, más bien, de unos pocos Grupos de Combate, compuestos rápidamente y que consisten en su mayoría de unidades de retaguardia o de fragmentos de tropas que lograron eludir la trampa de Rumania. Las componen soldados de todas las armas de la "Wehrmacht". Sólo en los focos más importantes, volvemos a dar con los hombres comprometedores de las unidades "élite". Son formaciones del ejército con nombres de antigua tradición: unas Divisiones Blindadas, unidades de la SS bajo Armas — la "Waffen - SS" — todos viejos amigos de antes, cuando confundíamos nuestras banderas con los laureles de la gloria, en los más distintos campos de batalla, en las llanuras inmensas de Rusia. Ellos aman a "sus Stukas" y les demuestran su más alta consideración, al igual que nosotros en lo que se refiere a ellos. Si sabemos que están "ellos" allá abajo, esperando nuestro apoyo, todo tiene que ir bien; entonces no tenemos por qué temer una sorpresa desagradable. Conocemos a la mayor parte de sus oficiales que nos indican los blancos que debemos atacar; a los restantes, por lo menos les conocemos la voz, cuando se enuncian en nuestros micrófonos. Nos guían sobre los nidos de resistencia más insignificantes que combatimos a continuación con bombas y ametralladoras. Inmediatamente después de nuestra actuación atacan ellos, arrollando todo lo que encuentran a su paso. Pero, a pesar de todo este espíritu, a pesar de esta valentía sin igual, estamos en una minoría desesperante, y los éxitos más notorios son como una gota de agua sobre una plancha candente. A diestra y siniestra de estas unidades también está apostado el enemigo y no tenemos a disposición tantos hombres como para poder contenerlo. Justamente allí, es donde los rojos logran irrumpir en nuestro frente, obligando a nuestros soldados a una retirada, para impedir ser separados del resto del frente, cayendo en las manos vengativas de la avalancha roja.

Igualmente ocurre aquí, a orillas del Theiss, donde nuestras unidades acaban de formar una nueva línea de resistencia. Este río es angosto y en esta guerra, en la que se cuenta con tantos medios técnicos,

no significa un obstáculo serio. Debido a esto, los rusos consiguen formar, en un tiempo relativamente corto, una cabeza de puente en la orilla de enfrente, en las inmediaciones de la localidad de Szeged; nuestras tropas se ven ante la imposibilidad de echarla al agua. Esta misma cabeza de puente es el punto de partida para un asalto en dirección a Kescemed que queda al Noroeste. Durante este tiempo hemos realizado otra mudanza y esta vez nos encontramos al Oeste de Szolnoc en la localidad de Farnos que es, a la vez, una estación en la línea ferroviaria Szolnoc - Budapest. Frecuentemente tenemos aquí visita de los cuatrimotores yanquis y sus raids tienen como objeto la destrucción del puente ferroviario en las afueras de Szolnoc. Con la alimentación tenemos suerte. Niermann ha conseguido permiso para ir de caza, haciéndose de esta manera cargo de la plaga de liebres en esta región. Todos los días nos trae varios ejemplares y el pobre "Fridolin" ya no las puede ni ver. De vez en cuando se presentan días de frío, lo que nos indica que nos estamos aproximando rápidamente al invierno. En mis carreras "cross - country" que realizo todas las tardes, llego a comprender y a amar el encanto de las llanuras. Como soy oriundo de las montañas, jamás hubiese creído que esto fuera posible.

En nuestros raids volamos frecuentemente a las inmediaciones del Theiss, donde bordeamos ambas orillas, puesto que los soviets consiguieron poner pie en la orilla de enfrente, formando otras cabezas de puente más. Como siempre, nuestras presas son las mismas: agrupaciones de tropas y de material y los puentes que los rusos vuelven a reconstruir cada vez que se los echamos abajo con nuestras bombas. Además combatimos, como es de imaginar, el tránsito por el río mismo, que es contenido con los medios más primitivos: troncos, vigas, barcas, barcos de pescadores, botes particulares; todas estas embarcaciones están en un continuo vaivén, cruzando el río que es, desde ya, bastante angosto. El Iván ha juntado todo lo disponible, para poder efectuar este tráfico. Sin embargo, las maniobras principales de trasbordo, las realiza en la zona de Szeged y de Szolnoc, y más tarde también más al Norte. Esta formación de diferentes cabezas de puentes a lo largo de la orilla opuesta, nos indica que los soviets están acumulando materiales y pertrechos, para iniciar desde aquí, un nuevo

avance en dirección al corazón de Europa. Para impedir esto, se ha puesto en marcha una contraofensiva nuestra de escala reducida que cuenta con buenos éxitos. El escenario de estas operaciones está en los parajes de Szolnoc, Mezotuer, Kisujzalas, Turkeve. Apoyamos activamente estas operaciones, atacando a cuanto lleve la estrella roja y cayendo del cielo como aves de rapiña. De esta manera conseguimos, a lo menos en el sector norteño, una interrupción de las líneas de abastecimiento de los rojos, lo cual tiene como consecuencia, la paralización temporaria de los preparativos bélicos de las fuerzas bolcheviques. Pero, a pesar de todos nuestros esfuerzos, la cabeza de puente en Szeged consigue ensancharse, uniéndose con otra más pequeña, situada más al Norte.

Para el mes de noviembre comienza en esta zona general la ofensiva dirigida contra Kescmed. Este ataque es alimentado del Este y del Sureste y lleva la dirección de empuje al Norte y Noroeste. Las intenciones de los soviets son claras: quebrantar la frágil línea de defensa a orillas del Theiss, para abrirse de esta manera paso a las llanuras de Hungría, hasta llegar a la capital Budapest y a las orillas del Danubio. Sus actividades en el aire son sumamente impetuosas y, como siempre, tenemos que batirnos con un enemigo varias veces superior en número. Parece que ha ocupado todas las bases disponibles alrededor de Debrescen, hasta el tope, con sus máquinas. A estos inconvenientes se suma el hecho lamentable de que he perdido varias máquinas por ataques aéreos contra mi base y que no contamos con una red de abastecimiento suficiente, como para hacer frente a las circunstancias reinantes. Esto no es un mérito de los soviets; son los aliados del occidente que con sus bombardeos ininterrumpidos efectuados con superfortalezas, destruyen sistemáticamente todas las estaciones, las carreteras y los centros de comunicaciones en el Sureste de Europa. El resto está a cargo de los cazas bombarderos del yanqui que controlan desde el aire todos los movimientos en las carreteras y en las vías férreas. Como se acentúa cada vez más la escasez de material y de hombres, en todos los puntos entregados a nuestra defensa, no estamos en condiciones de defendernos contra estas arremetidas. Con pocas máquinas de mi Escuadra, junto con la Escuadra Antitanque,

salgo frecuentemente para efectuar incursiones en la zona al Sureste de Kescmed. En consecuencia a lo narrado, el número disponible de máquinas en mi Escuadra se reduce hasta tal punto que un buen día salgo acompañado sólo por cuatro FW 190, para combatir en la región mencionada, a los tanques bolcheviques. Apenas me puedo fiar de mis ojos; mucho más al Norte de Kescmed veo una cantidad de tanques, todos en plena marcha. ¡No cabe duda; son rusos! Encima de esta columna, vuela como un racimo de uvas suspendido del cielo, una nutrida cantidad de cazas que tendrán, seguramente, el deber de proteger a los colosos contra posibles ataques. Uno de los oficiales que me acompaña habla el ruso y en seguida comienza a traducirme lo que oye: los soviets trasmiten, como ya ha ocurrido tantas veces, casi sobre la misma onda que nosotros. Todos gritan a la vez; es espeluznante. A mí me parece, que a pesar de este griterío consiguen entenderse entre ellos. Esto es lo que comprende mi intérprete:

— ¡A todos los "Halcones Rojos"! Se está aproximando a nuestra formación un solo Stuka que lleva dos varillas largas. Seguramente será ese odiado nazi, que nos destruye los tanques. Le acompañan varios Focke Wulf (mi protección de cazas). A todos: atacar únicamente al Stuka, no a los Focke. ¡Hay que abatirlo hoy, cueste lo que cueste!

Durante este embrollo de voces, he aprovechado el tiempo para mirarlos un poco más de cerca. En el primer ataque ya queda uno de los Iváns envuelto en llamas. Para despistar, dos Focke Wulf se han entrelazado en combates aéreos con varios Lag 5, describiendo sus círculos por encima de mi máquina. Los otros dos no se separan de mí y describen las mismas maniobras de defensa que yo; no me quieren abandonar, lo que ocurrirá en el acto que se hagan cargo de los Lag 5. Veinte o treinta Lag 5 y Jak 9 se desquitan con nosotros, mientras que el oficial ruso, que dirige a los cazas, grita como un condenado:

— ¿Qué están esperando para dar por tierra con ese odiado nazi? ¿No ven que ya está ardiendo uno de nuestros tanques?

Para mí, esto es el mejor comprobante de mis éxitos. Cada vez que me persigue un bolchevique, giro bruscamente. El pájaro del rojo no puede imitarme, debido a su elevada velocidad, lo que le hace per-

der su posición, pasando como una flecha a lo largo de mi máquina. A continuación de esta maniobra, vuelvo a girar, colocándome detrás de mi atacante, si bien a una distancia más bien prudente; acto seguido, y aunque me da lástima gastar mi munición antitanque, envío a este pajarraco unas descargas de mis cañones de 3,7 cm. Estas me faltarán para combatir a los tanques que se me presenten, pero logro que mi perseguidor se dé por entendido, al ver pasar las huellas luminosas a lo largo de su cabina. Ahora grita uno de los que acabo de tirotear de esta manera:

— ¡Atención! ¡Cuidado! ¡Han visto? El odiado nazi vuelve a disparar. ¡Atención!

El pobre diablo vocifera, como si ya lo hubiese abatido. Vuelve la voz de un oficial; seguramente se trata del Comandante de la unidad:

— ¡Tenemos que probar de tomarlo de varios lados a la vez. Reunirse sobre la población que estoy sobrevolando. Ahí conversaremos de cómo hacerlo...

Mientras tanto, me hago cargo de los tanques que ni se han tomado el trabajo de esconderse, creyendo quizás, que la protección de cazas es suficiente, como para garantizarles la vida. ¡Pobres! Otra vez se convierte uno en una pira. Los "Halcones Rojos" siguen describiendo sus círculos sobre la localidad convenida y todos gritan a la vez. Debo ser una persona muy importante, ya que todos dan sus opiniones y sus consejos, sobre la mejor manera de mandarme al infierno. El oficial que dirige el asunto desde tierra, está echando hiel por la boca, grita, vocifera, amenaza, insulta y pregunta si todavía no han visto que ya están ardiendo cuatro tanques del Padrecito Stalin. Ahora vuelven los cazas de la "República del Proletariado Liberado" y efectivamente, me arremeten de todos los lados. Estoy contento al comprobar que, después de haber mandado al infierno al quinto tanque de los bolcheviques, se me terminó la munición de Wolfram; reconozco que aún no se ha dicho que el asunto me salga bien. He transpirado copiosamente durante estos minutos, a pesar del frío reinante. La nerviosidad es la mejor calefacción y abriga mejor que una campera de piel. La misma experiencia hacen los muchachos en los Focke Wulf, Teniente 1º Biarmann y Kinader, al haber sentido más temor de que

se le cayera el objeto encomendado a su protección que de poder caerse ellos mismos. Es muy probable que uno de los "Halcones desplumados" se haya dicho: "Ya que no puedo mandar abajo al «Stuka con las varillas», me voy a despachar a un Focke".

En mi vuelo de regreso, los rojos sólo me acompañan un corto trecho; al poco tiempo pegan la vuelta y desaparecen. Durante buen rato sigo oyendo aún el vociferio insultante del oficial y las excusas balbuceantes de los "Halcones" de Stalin.

Fuera de pocas unidades de alarma, que están compuestas del personal integrante de las diferentes formaciones encargadas del abastecimiento en retaguardia, de artilleros de Flak y de mecánicos de las diferentes bases, ya nadie ofrece al ruso una resistencia seria. Faltan brazos; falta material, siempre el mismo canto. Las acciones heroicas, pero aisladas, de un solo individuo, las operaciones de unidades "élite" que luchan en puestos perdidos, podrán demorar las acciones del enemigo, pero jamás las podrán impedir. Las pocas unidades seleccionadas, de las que todavía disponemos, no pueden estar en todas las partes a la vez. Desde ya, nuestros compañeros están cumpliendo con su deber con un heroísmo, con un entusiasmo y con un espíritu jamás conocidos hasta la fecha. Ya no podemos resistir más la presión que se ejerce sobre nuestra línea de defensa a orillas del Theiss. La nueva línea principal de combate será el Danubio. Me preocupa el hecho de que se comienza a destacar una nueva ofensiva de los moscovitas en la región de Fünfkirchen, con dirección a Kaposvar. Si esto se realiza, también ésta posición correrá serio peligro. Más tarde se habrán de confirmar ampliamente mis temores.

XV

LA BATALLA POR HUNGRIA

Corre uno de los últimos días de nuestra estadía en Farmos, cuando nos llega la noticia alarmante de que una formación de tanques rusos está avanzando sobre la sierra de Matra, llegando casi hasta la localidad de Goengjes. Nuestras tropas se encuentran aún adelante con la intención de cerrar la brecha que acaban de abrir los bolcheviques. El tiempo es malo, lo que dificulta aún más la situación. Nos encontramos en un terreno ondulado, en el cual la neblina se acerca aún más al suelo que en otros parajes. Dejamos Budapest a nuestra diestra y al poco tiempo estamos sobrevolando la sierra de Matra, divisando a la vez la ciudad de Goengjes. Unos kilómetros más al Sur, se elevan al cielo unas columnas de humo y nos indican el lugar de acción, ahí deberá ser. Pronto descubrimos que varios tanques corren por la carretera; no son alemanes. Al describir una amplia curva, para poder apreciar la magnitud de la fuerza enemiga, ya me reciben las primeras ráfagas de la Flak liviana y mediana. Volando a escasa altura, describimos nuestros círculos sobre esta cuña soviética. Algo más atrás, vemos tanques de los tipos T34 y Stalin, mientras que bien adelante corre uno de un modelo hasta ahora desconocido. Primero me hago cargo del "incógnito", a continuación de los demás, y así se me termina rápidamente la munición, después de haber derrotado a cinco tanques rojos. También los demás componentes de la Escuadrilla Antitanque han tenido buen éxito; esta mañana ha resultado algo desagradable para las tropas de Stalin. Ahora nos reunimos en un punto convenido, teniéndonos que defender contra las arremetidas de varios cazas Jak 9.

Afortunadamente no tienen éxito con nosotros, dejándonos llegar sin pérdidas a nuestra base.

Estábamos volando a unos diez minutos, lejos de nuestro reciente escenario, cuando me pregunto: "¿Qué diré sobre ese nuevo tipo de tanque que acabo de destruir en primer término, cuando me toque dar parte de mi raid ante la superioridad? ¿Habrá trabajado perfectamente mi Leica automática que llevo en el ala, como para poder comprobar más tarde por las fotos de qué tipo de carro blindado se trata?" Es muy importante para el Estado Mayor General saber qué armas nuevas hacen su aparición en los distintos frentes, para poder calcular aproximadamente la capacidad de producción del enemigo, el tipo de armas que prefiere y los envíos que recibe de otros países. Debo saber de qué tanque se trataba. Al Comodoro del 2º Grupo le ordeno hacerse cargo de la formación. Yo mismo vuelvo al lugar de la reciente acción, describiendo una curva elegante en el azul del cielo.

Aminorando la marcha, comienzo a dar una vuelta tras otra a muy escasa altura, 4 ó 5 metros, observando con toda tranquilidad a este misterioso coloso. A su lado se ha apostado un Stalin, quizás haya venido desde lejos, para ver lo que ocurre y a prestar ayuda. El desconocido está ardiendo todavía y bajo la protección de las orugas que sobresalen notablemente, puedo descubrir, al hacer la última vuelta, a unos Iváns, acurrucados detrás de un trípode, manejando una ametralladora Flak de 13 mm. Permanecen pegados al chasis blindado del tanque y me observan. Veo, a la vez, como la boca de la ametralladora despidе humo; me están tiroteando. Llevo una distancia lateral de unos 50 a 60 metros y les será sumamente difícil dar en el blanco, a no ser que sean tan experimentados como para calcular exactamente el desplazamiento de mi avión.

Vuelo a corta distancia en altura suficiente, sumándose a estas circunstancias, las maniobras que describo, para confundirlos acaso, pero mientras estoy filosofando, oigo dos impactos consecutivos, sintiendo a la vez un dolor punzante en el muslo de mi pierna izquierda; estoy herido, no hay duda alguna. Lucho desesperadamente contra el desvanecimiento que amenaza nublar me la vista y noto como la sangre me corre por la pierna, dejándome una sensación caliente y húmeda.

Detrás mío llevo a Gadermann y le hago saber mi situación, pero él no me puede ayudar porque no puede llegar hasta mí. No tengo ni una sola venda para atenderme. La zona que estamos sobrevolando, apenas está habitada y el terreno no es apropiado para intentar un aterrizaje. Si bajáramos aquí, no podría contar con ayuda médica inmediata y la hemorragia acabaría conmigo. Tengo que probar de alcanzar Budapest que queda a 25 minutos de aquí. Mis fuerzas me están abandonando notablemente; la sangre corre sin parar... tengo una impresión tan rara en la cabeza... como si estuviese soñando... Sin embargo, todavía estoy volando; siento que aún dispongo de mis cinco sentidos. Conecto el micrófono y pregunto a Gadermann:

—¿Crees tú que me podré desmayar de pronto... o iré perdiendo las fuerzas progresivamente, como hasta ahora?...

—No creo que alcanzarás más a Budapest... pero... no te desmayarás de golpe...

Lo último lo añade precipitadamente, como para tranquilizarme.

—Bueno... entonces seguiré volando... lo voy a probar...

El acelerador está a fondo... minutos de suspenso sin igual... *no me rindo...* no quiero... ahí está la pista de cazas de Budapest... ¡fuera con las aletas de aterrizaje!... ¡fuera con el acelerador!... la máquina toca el suelo... ¡fin!...

Me vuelvo a despertar en la camilla de una clínica, donde las enfermeras que me rodean, me observan un poco confundidas. Gadermann está detrás del Profesor Fick, que me acaba de atender y menea la cabeza. Más tarde me cuenta que durante la narcosis estuve hablando cosas no muy edificantes, confundiendo a las pobres enfermeras que, clara está, no se mostraron muy encantadas con mi comportamiento. ¿Qué lo voy a hacer?... El profesor me explica, lo que acaba de hacer: me extrajo un proyectil de ametralladora de 13 mm. que se incrustó de rebote en mi pierna. La pérdida de sangre ha sido grande y me debo trasladar con mi pierna enyesada a un sanatorio a orillas del lago de Platten, para poder recuperar fuerzas allí, bajo el control de excelentes médicos que me vigilarán hasta que la herida se cure satisfactoriamente. Entre tanto apareció también "Fridolin", maldiciendo mi curiosidad que ha originado este lamentable trastorno, pero leo en las expresiones

de su rostro que está contento que todo salió de esta manera. Podría haber sido peor... Además me comunica que nos trasladaremos a Stuhlweissenburge y nuestro Grupo se alojará en Boergoend. A continuación me despachan en un "Fieseler Storch" de la Cruz Roja y éste me transporta al nombrado sanatorio en Hevis, donde me recibe el Dr. Peters. Antes de mi partida pregunté al profesor Fick, cuánto demoraría mi curación y cuándo me sería posible volver a caminar, o, por lo menos, a volar, pero la contestación fué algo vaga, posiblemente debido a una indicación de Gadermann, que ya conoce mi nerviosidad en estas situaciones. El Capitán Médico Peters tiene que quitarme el vendaje, para decirme precisamente cuánto tiempo calcula, hasta que vuelva a estar en plenas condiciones. Recién se decide, después de haberle insistido casi una hora. Me explica que no sería conveniente proceder así, en vista de que la herida necesita cuidado y reposo. Al fin se deja convencer; la revisa detenidamente, y me dice:

—Si todo va bien... unas seis semanas hasta poder dejar la cama...

Hasta este momento no me sentía desganado por la herida sufrida, pero ahora me veo incapacitado, desconectado del desarrollo de los acontecimientos allá afuera, donde se necesita hasta al último hombre, para contener la invasión nihilista del Este. No sé lo que sería capaz de hacer, de rabia. "Sería capaz de hacer", está bien dicho en esta situación, encontrándome clavado en la cama con una pierna firmemente enyesada que me impide moverme a gusto. Una cosa sé desde ya: no aguantaré jamás tanto tiempo de inacción. El buen tratamiento, la tranquilidad, todo será excelente, pero yo mismo no estaré tranquilo, hasta que esté de vuelta en el círculo de mis compañeros, volando con ellos contra el enemigo. Cada dos días viene "Fridolin" con la carpeta para las firmas, desde Boergoend; narrándome fielmente todas las novedades y los pequeños sucesos en el Grupo. Transitoriamente fué nuestra base la localidad de Veces, un pueblo situado a la entrada de Budapest. Durante los últimos días, el tiempo estuvo tan malo, que no se podían realizar los raids más necesarios, a pesar de la seriedad de la situación. A los ocho días vuelve "Fridolin" con la noticia de que los soviets están arremetiendo con fuerzas considerables a la capital de

Hungría, pudiendo formar durante las operaciones varias cabezas de puente en esta orilla del Danubio; además de esto, avanza otra cuña proveniente del Sur en dirección al lago del Platten. El pobre queda completamente sorprendido cuando le explico, que estoy harto de permanecer inmóvil en esta trampa y que quiero volver a la Escuadra.

—Pe... pero... —y no dice más; ya me conoce y sabe lo testarudo que puedo ser en estas ocasiones.

La enfermera oye el traqueteo de "Fridolin", quien está preparando ya mis cosas, y cuando abre la puerta para ver lo que ocurre, casi se cae de espaldas. Inmediatamente llama al Dr. Peters y cuando éste aparece ya me encuentra listo para partir. Ya sé que él no se puede responsabilizar por lo que estoy haciendo; ni se lo exijo. Meneando la cabeza, queda en el portal del sanatorio cuando nuestro coche sale con rumbo a la base.

Aquí vivimos igual como antes en Farnos. La población es más que amable con nosotros. Ha puesto todas sus esperanzas en el soldado alemán, rezando a Dios que éste logre expulsar al enemigo de la patria, que ya está ocupada en su mayor parte por las hordas asiáticas. Dahlmann, mi asistente, acaba de calentar la piedad que está destinada para mí, creyendo que se convertirá en un sanatorio en miniatura. Pasan varios días, hasta que se aclara el tiempo. Desde el primer día participo en todas las incursiones, después de haber mandado que se me refuerce el yeso, para responder a todas las exigencias. No me resulta fácil, pero me arreglo. A mediados de diciembre, la pista se convierte en un barrial, de tal manera que nos vemos obligados a cambiar de domicilio; nuestra nueva base se llama Varparlota. Este lugar es sumamente adecuado para nosotros; debido a su altura, siempre está libre de niebla.

De ahora en adelante nuestros pilotos deberán ser adiestrados para el manejo de las nuevas máquinas F. W. 190, que se usarán en un futuro cercano. Para evitar que tenga que renunciar a mis tripulaciones, máxime en la situación en que nos encontramos, mando cada vez un cierto número de pilotos a la Plana Mayor de la Escuadra. Aquí me ocupo yo mismo de darles las lecciones necesarias, como para convertirlos en pilotos eficaces de los Focke Wulf. Según las cualidades

que cada uno demuestra, los llevo conmigo en las incursiones y después de haberme acompañado 15 ó 20 veces, salen como aviadores experimentados con el nuevo tipo, dando lugar a los demás que seguirán el mismo camino. Así logro que el 3er. Grupo quede en el frente, cumpliendo con sus obligaciones en la batalla por Hungría.

Cuando los pilotos me acompañan las primeras veces, no se muestran justamente contentos; todavía están impresionados por las nuevas máquinas que están piloteando y por el hecho de no contar con un artillero que les proteja la espalda contra los cazas enemigos, como era el caso en los Stukas Ju 87. De esta manera ocurre que el Teniente 1º Staehler tiene que efectuar un aterrizaje forzoso, debido a que un proyectil de la Flak le dió en pleno motor de su FW 190. Tiene la suerte de llegar a tierra sin ningún otro contratiempo. Parece que este día será negro para todos. Estoy por partir junto con el Capitán M..., uno de mis alumnos, cuando veo cómo pasa una formación de JL II enemigos, acompañados por sus cazas protectores a lo largo de nuestra base, a unos 600 metros de altura. Como es un día de diciembre bastante frío, tendría que hacer marchar el motor de mi máquina durante un largo rato; en ese lapso se me pueden escapar los Iváns. En eso se me ocurre que nuestro mecánico vuelva a recurrir al "arranque a frío" que empleamos durante los días de bajas temperaturas; gracias a este nuevo método no es necesario esperar en tierra hasta que el motor haya alcanzado su temperatura mínima. Consiste el mismo en una preparación especial de la gasolina. Con la mano le hago señas al Capitán para que empuje el acelerador de mano. ¡Salimos! Llevamos bombas para cumplir con nuestra misión y las quiero conservar, ya que están destinadas para ciertos blancos que atacaremos a continuación. Posiblemente alcanzaremos a esa formación de JL II a pesar de nuestra carga. Parece que M... tiene una máquina lerda; yo, por el contrario, me acerco más y más al enemigo...; todavía nos separan 800 metros. Ahora ya vuelan sobre propio terreno, pero soy cabeza dura y los desafío, a pesar de encontrarme solo. Con mi FW 190 no tengo por qué temer a los Lag 5 y a los Jak 9 que los acompañan. De pronto se produce una detonación en el motor. Inmediatamente comienza a perder aceite, que me empuja los vidrios de la cabina con

una capa espesa, privándome de la visual. En el primer momento pienso en un impacto de la Flak, pero resulta que se trata de un desperfecto en el motor: ¡se fundió! Sigue marchando con un ruido aterrador; cada momento se puede parar del todo. En el momento que se produjo la detonación, describí inmediatamente una maniobra, obedeciendo a un movimiento intuitivo, que me llevó por encima de las propias líneas. Seguramente ya las he alcanzado. Ni pensar en saltar con el paracaídas: sería una catástrofe, con mi pierna enyesada y, además, no llevo la altura suficiente como para permitir que se despliegue el paracaídas. La máquina no está en condiciones de subir un solo metro. Para poder ver por lo menos hacia los costados y para atrás, echo la cabina. Estoy volando a 50 metros de altura y todavía no se me presenta un terreno apropiado para realizar el aterrizaje. Además de esto, quiero llegar a la base; cuanto más cerca caiga, tanto mejor. Cerca de mi máquina pasa la torre de una iglesia; ¡menos mal que no estaba delante! A corta distancia veo la banquina algo elevada de una carretera. En cada momento se puede parar la hélice; ¡ojalá consiga saltar con la máquina por encima de ese puente. Tiro de las aletas..., espero... ¡Saltará? ¡Menos mal..., saltó!

Ahora me arrimo hasta el suelo. Se oye un ruido como si se arrastrara una pieza pesada sobre un suelo duro, rechina, cruje; la máquina patina por el suelo helado; corriendo paralela a una zanja y se para. A mi pierna no le ocurrió nada; ésta fué mi preocupación principal. Me encuentro en un paisaje tranquilo, invernal, y sólo se oye a lo lejos el rugir de la artillería, recordando que no estamos en tiempos de paz, a pesar de que la Navidad se está acercando.

Con los brazos me apoyo a toda fuerza en el respaldo de mi asiento, para poder salir. Delante de mí el motor humeante; me quedo sentado sobre el fuselaje de mi máquina. En eso se aproxima de la calle un vehículo del ejército, ocupado por dos soldados. Primero me observan detenidamente antes de acercarse, para estar seguros de que no se trata de un ruso, ya que éstos suelen bajar más frecuentemente que nosotros en estos parajes..., abatidos, se comprende. Con una tabla que encuentran por allí forman un pequeño puente improvisado y me llevan hasta

el coche. Una hora más tarde estoy de vuelta en la base..., ¡pero sin máquina!

Nuestras viviendas se establecen en un cuartel, a pocos kilómetros más allá de la pista de Varpalota. Al día siguiente estoy estirado plácidamente en mi cama, descansando entre dos raids, cuando percibo el ruido de motores.

No se trata de máquinas alemanas. Mirando inclinadamente por las ventanas abiertas, veo a 400 metros de altura una formación del Iván; vuela con aviones tipo Boston. Vienen directamente enfilandos sobre nuestra base... Ya comienzan a silbar las bombas... ¡Brrumml! Con mi pierna sana no hubiese hecho un cuerpo a tierra más reglamentario que ahora. Una bomba de gran calibre cae a cinco metros de mi ventana y arruina completamente mi coche BMW, que me estaba esperando. Dahlmann, que entra para darme la noticia de que nos van a bombardear, se ve de pronto adornado con el marco de una ventana; lo lleva al cuello como un collar. Fuera del susto no le ha ocurrido nada. Sin embargo, desde este día lo vemos muy cabizbajo, quebrantado en su espíritu, con una cara fúnebre de anciano. Parece que ya no le ve gracia a la guerra, y a nosotros nos causa regocijo cuando vemos a este muchacho joven en su nuevo papel. La situación a orillas del lago Platten se apacigua algo, habiendo contribuido a ello con nuestras intervenciones desde el aire. Pero al este de nosotros el ruso logró ganar terreno, pasando a lo largo de Budapest, alcanzando las márgenes del Gran. Al sur de Budapest han adelantado igualmente, partiendo de las cabezas de puente ya formadas, avanzando conjuntamente con las fuerzas del Sur en dirección Noroeste. Sus puntas de ataque ya alcanzaron los parajes al este de la sierra de Cecec, al norte de Stuhlweissenburgo. Esto significa prácticamente que Budapest está encerrada por las fuerzas bolcheviques. Realizamos una parte de nuestras incursiones en esta zona o más al Este. Así tratamos de interrumpir los movimientos de abastecimiento detrás de las líneas rusas, en la zona de Hadvan, donde ya circulan los trenes para los soviets. En estas situaciones, en las que un suceso es seguido rápidamente por otro, nos convertimos en comodines: somos a la vez Stukas, aviadores de combate, bombarderos y patrulleros.

XVI

NAVIDAD 1944

Ya ha comenzado la lucha por la liberación de Budapest. Nuestra base se encuentra en Papa, cerca de Kemened St. Peter. Apenas nosotros, los pilotos, acabamos de llegar a Varpalota, sin habernos acomodado aún del todo en la nueva morada, cuando "Fridolin" nos recuerda:

—¿Todavía no se han dado cuenta que dentro de dos días será Navidad?

Cierto...; según el almanaque podría tener razón.

Salida — raid — aterrizaje — salida — raid — aterrizaje — este es nuestro ritmo; durante meses y años. En este ritmo vivimos en los períodos de frío, de calor, en invierno, en verano, durante los días hábiles tanto como durante los feriados. Nuestra vida está obsesionada por ideas, sin las cuales creemos no poder existir; de ideales que nos son imprescindibles, tanto más, cuanto esta guerra se ha convertido en una lucha por la existencia o por la muerte de nuestras vidas y de nuestro continente. Un día se suma a otro; un día pasa como otro, uniéndose todos como los eslabones de una cadena interminable.

¡Incursión! ¿Adónde? ¿Contra quién? ¡El tiempo..., la defensa enemiga! Estos son los pensamientos que preocupan, tanto al más joven de los pilotos como al Comodoro de la Escuadra. ¿Seguirá eternamente esto?

¡Así que mañana tendremos Navidad!... "Fridolin" salió con un empleado de administración a la División, para invitar a Santa Claus a pasar unos días con nosotros. Mientras tanto, varias unidades del ejército nos envían sus Papás Noel a nuestro domicilio, pues sienten

la obligación de mostrar su agradecimiento y su compañerismo con los muchachos de la Escuadra Immelmann. A las 5 de la tarde volvemos, después de haber cumplido, por hoy, con nuestra última obligación. ¡Qué sorprendidos nos quedamos al ver lo que fué creado por las manos rudas y toscas de nuestros compañeros combatientes! De inmediato nos invade una sensación como si estuviéramos en casa, tan lindo y tan festivo está todo. Como no disponemos de una sala lo suficientemente grande como para poder reunir a toda la unidad, cada Grupo festeja la gran fiesta de la cristiandad en el cuarto más grande que tenga a su disposición. Visito a todas las Escuadrillas, una por una, teniendo palabras amistosas para todos. Cada Escuadrilla se instaló a su manera, revelando cada una de ellas el gusto particular del oficial que las dirige. Todos los lugares me encantan igualmente. ¡Es hermoso! La mayor parte de esta fiesta la paso junto con los muchachos de la compañía de la Plana Mayor de la Escuadra. También aquí nos acoge un cuarto adornado con verdes pinos, inundado en la luz titilante y hogareña de numerosas velas de cera. Dos árboles de Navidad, con sus respectivas mesas, sobre los cuales se amontonan los más distintos regalos, nos hacen recordar los dichosos años de nuestra infancia. En los ojos de mis soldados creo adivinar un matiz soñador; estarán, en pensamiento, rodeados de sus familiares, por ahí en algún lugar de Alemania. Pensarán en sus padres, en los hermanos, en las esposas y los niños y en la novia amorosa. Esos ojos miran al pasado y al futuro, a la vez. En nuestra subconciencia, vemos cómo se destaca, por entre el verde de las ramas, el rojo escarlata de nuestro pabellón. Este nos obliga a volver a la realidad nuestros pensamientos. Estamos festejando Navidad en vista del enemigo. Ahora comenzamos a cantar: "Noche de paz..." y todas las demás canciones que ya sabíamos cantar en aquellos tiempos, cuando nuestras vocécitas se desviaban al falsete, por culpa de la emoción o por culpa de todas las cosas dulces que ya habíamos agrupado en nuestras pancitas. También ahora las voces rudas de los soldados parecen tener un tono blando y arrullador. Y es en estos momentos cuando se produce el gran milagro en nuestros corazones; todos los recuerdos de bombas, Flak, impacto, muerte, miseria; todas estas impresiones desaparecen al instante como por arte de

magia, para dar paso a un sentimiento profundo y dulce que sabe de paz; de la paz profunda y tranquila, de esa paz que uno siente cuando guarda su rostro en las manos de una mujer querida. Y nos sentimos capaces de pensar en todas estas cosas hermosas que una vez han sido realidad palpable, como podemos recordar las nueces, el ponche y las masas, hechas especialmente para recordar esta magna fecha del mundo cristiano. Se han perdido los últimos acordes de las canciones y comienzo a conversar con mis soldados sobre la Navidad alemana. Quiero que los muchachos sepan que no sólo sé ser el superior y el jefe; también soy de ellos el compañero y es importante que lo sepan. Varias horas pasamos así juntos, en amable reunión.

Así pasa Navidad.

San Pedro nos tiene compasión para el primer día de Navidad; una niebla densa cubre todo el terreno. Por mis conversaciones telefónicas me he enterado de que el Iván ataca con toda fuerza y que nuestra ayuda es requerida con urgencia, pero es absolutamente imposible volar. Por la mañana juego con mis compañeros al hockey en el hielo, es decir, esta vez me retiro al arco, munido de mis botas de piel, pues todavía me muevo con torpeza, con mi herida de hace cinco semanas. Ni pensar en patinar en este estado. Por la tarde estoy invitado por nuestros dueños a ir de caza, juntamente con varios compañeros. No entiendo mucho de esta "caza común terrestre". Somos muchos cazadores, pero poco batidores. Las liebres han reconocido inmediatamente las posibilidades que se les ofrecen en esta clase de caza y con tales cazadores... escurriéndose por entre nosotros, que formamos un bolsón muy amplio. Además, no podemos correr mucho, debido a la alta capa de nieve. El conductor de mi coche, Cabo 1º Boehme, camina a mi lado. De pronto veo en la misma dirección a un monstruo de liebre que corre por su vida. Apuntando con el rifle la voy siguiendo con la boca del cañón, como un cazador experimentado, girando todo el cuerpo sobre la cintura; cierro un ojo y... ¡pang!, ahí sale el disparo. Algo cae a lo largo en la nieve, pero no es la liebre; ¡es el Cabo 1º! En mi entusiasmo lo había pasado por alto. Todavía no se fía del todo de mí, pues queda tendido en la nieve, observándome con una expresión confundida y diciéndome con reproche:

— ¡Pero mi Teniente Coronell! — El buen hombre se había dado cuenta a tiempo de mi experimento, y en el preciso momento del disparo se tiró a tierra, escapándose por suerte de la munición con la misma elegancia que la libre, que, si murió, sólo habrá sido de risa por ahí en las densas nieves de la "pusta" húngara. Mi sensación personal no era precisamente para reír. Me llevé un buen susto, contentándome luego con que la sorpresa navideña no había sido una deplorable desgracia. El refrán de los Stukas sigue teniendo validez en todos los terrenos: "Nada sale bien si no se ensaya".

El día siguiente nace con un sol resplandeciente. ¡Por fin buen tiempo! El Iván se muestra muy madrugador y nos ataca a primera hora, pero los rusos tiran sus bombas miserablemente. En vez de volar a ras de tierra, se conservan a una altura de 400 metros, y apenas nos causan bajas. Todo el segundo día de Navidad lo pasamos en el aire, volando al horoeste de Gram y en el frente de Budapest, para ayudar en algo a nuestras unidades que luchan en tierra. Nuestros sentimientos pacifistas de Navidad se han esfumado. Volvemos a sentir la dureza de la guerra en toda su magnitud; el suave titilar de las velas de Nochebuena se ha alejado a una distancia inalcanzable.

Tanto en el aire como en tierra, se están desencadenando las luchas más encarnizadas. Lanzamos nuevas fuerzas a la batalla; todos son viejos conocidos míos. Compañeros del frente del Este, soldados de los "panzer", que son, a igual que nosotros, los "bomberos" de la Superioridad. Conjuntamente con ellos debemos liberar a los muchachos encerrados en Budapest, de la trampa de los soviets, abriéndoles un camino hacia las propias líneas. Con estos "bomberos" debería dar resultado nuestra acción. Casi todos los días, mes por mes, año por año, los llevo suspendido del cielo con mi máquina, sobrevolando todos los sectores del inmenso frente antibolchevique y estoy tan seguro de ello, que ya me puedo formar mi propia opinión sobre la táctica empleada por las unidades que luchan en tierra.

La experiencia nos demuestra que la práctica es lo fundamental. Ella decide lo posible y lo imposible de una acción; lo bueno y lo malo. Por nuestros vuelos cotidianos, conocemos el último zanjón, la trinchera más apartada, cada punto del terreno que sobrevolamos tocando casi el

suelo. Por eso sabemos que lo que ahora ocurre aquí no está bien; esto jamás se podrá aprobar. Sucede, por ejemplo, que los granaderos son separados de sus respectivos "panzer" que los deben acompañar; por lo tanto, los "panzer" ya no se sienten seguros, no pueden contar con la ayuda de una tropa que fué ensayada conjuntamente con ellos. Por otro lado, las unidades que les son anexadas no tienen la suficiente experiencia en esta clase de luchas y en la colaboración estrecha con los "panzer"; así ocurren esas sorpresas tan peligrosas que diezman nuestras líneas de defensa, que ya son de por sí bastante débiles. No comprendo cómo es posible que se emitan tales órdenes. Además, este terreno no es apropiado para ser tomado por "panzer", debido a los pantanos y a otros impedimentos naturales, teniendo en cuenta que muy bien se podría recurrir a otras soluciones mucho más seguras y eficaces. La infantería, por el contrario, se ve obligada a llevar adelante sus ataques en un terreno inmenso y completamente desolado, en el cual los soldados no pueden encontrar ninguna clase de defensa. Aquí sí que estarían bien los tanques. ¿Qué van a hacer los pobres infantes aquí? El enemigo sabe aprovechar todas estas deficiencias y así pasa que nuestros soldados de la infantería se ven, de pronto, frente a frente a los colosos de acero de los bolcheviques. ¿Por qué estas pérdidas innecesarias? De esta manera nunca tendremos éxito. ¿Quién es el que da estas órdenes descabelladas? Estas preguntas nos martirizan cuando nos reunimos, al caer la noche, después de haber cumplido con nuestra última obligación.

Para el 30 de diciembre me alcanza una orden telegráfica, indicándome que me debo presentar ante Goering en Berlín. Me enfado en vista de que justamente ahora se me necesita más que nunca. Por eso salgo el mismo día, vía Viena, a Berlín, con la intención de estar de vuelta, a más tardar, en dos o tres días. Ordenes son órdenes y hay que cumplirlas. Como equipaje llevo un portafolio con una muda y mis objetos de tocador. No creo que demoraré más, debido a la situación seria que reina en el frente.

Durante mi vuelo ya tengo el oscuro presentimiento de que no se tratará de algo agradable. La última vez que fui herido, ya se me prohibió participar en las incursiones. A pesar de esto, trepé inmedia-

tamente a mi máquina, una vez que fui dado de alta del hospital. Como hasta ahora nadie se detuvo a calificar mi proceder, estaba por pensar que se aceptaba mi comportamiento, pasándolo simplemente por alto, en una demostración magnánima. Sin embargo, parece que ahora me van "a sacar punta", pero bien sacada. Con muy pocas ganas prosigo mi vuelo; sé desde ya que no cumpliré una orden que me prohíba volar junto con mis camaradas. Una intranquilidad interior que siento constantemente no me permite actuar como observador, como consejero o recibir órdenes mecánicamente, si veo que la patria está en peligro latente, y menos aún teniendo en cuenta que me resulta mucho más fácil a mí cumplir con cierta clase de misiones, gracias a mi continua práctica en la materia, que a la mayoría de los demás. Ellos no tienen esa rutina que yo poseo. Por eso se explica que mis éxitos, los frutos de la experiencia, son mucho más amplios. Tengo la suerte incomparable de poder disponer siempre de las suficientes fuerzas que me permitieron volver a ocupar mi lugar en la máquina, volando día por día, mes por mes, durante años, recorriendo el frente del Este, de un punto al otro, empezando por el Mar Glacial del Norte, pasando por Moscú, siguiendo por Astracán hasta el Cáucaso. Y esto, teniendo en cuenta que fui herido cinco veces, y en algunos casos de gravedad. Conozco el frente ruso de punta a punta y por eso siento un deber que no me deja quedar inactivo. Quiero luchar y volar sin tregua, hasta que calle el rugir de los cañones y hasta que esté asegurada la vida y la existencia de nuestra patria. Ya de por sí estoy en condiciones de poder cumplir con mis obligaciones, gracias a la educación física a la que me he sabido someter; este hecho es uno de los factores más importantes.

Después de haber pasado unas pocas horas gratas entre mis compañeros en Viena, continuó mi vuelo, para aterrizar tres horas más tarde en Berlín, donde me pongo en contacto inmediato con Karin hall, la residencia del Mariscal del Reich Hermann Goering. Tengo interés en salir lo más pronto posible hacia allí, para poder dar por cumplida mi misión también lo más pronto posible; tengo que volver al frente. Me parece increíble que, a pesar de todo, se me ordene permanecer, por el momento, en el Hotel "Fürstenhof". Mañana debo conseguir un boleto para el tren especial del Reichsmarschall, el cual me será entre-

gado en el Ministerio del Aire del Reich. De esto derivo que mi estada lejos del frente se prolongará por varios días, seguramente; parece que este asunto nada tiene que ver con un apercibimiento de cumplir con la prohibición de vuelo.

Para la noche siguiente salimos de la estación berlinesa de Grunewald en dirección al Oeste. Pasaré el Año Nuevo en el tren; ni quiero pensar en mi Escuadra, pues su recuerdo me hace hervir la sangre en las venas.

¿Qué nos traerá el año 1945?

Para el 1º de enero de 1945 llegamos a las inmediaciones de Frankfurt sobre el Meno. Oigo ruido de motores y, obedeciendo a mi costumbre, miro al cielo gris, viendo cómo pasa una gran cantidad de cazas casi a ras del suelo. Lo primero que pienso es: ¿americanos? Hace mucho que ya no veo reunidos tantos aviones propios. Sin embargo, parece increíble: todos llevan las insignias alemanas, y se trata de máquinas del tipo Me 109 y de FW 190.

Todas vuelan rumbo al Oeste. Más tarde me entero de su misión. Ahora se detiene el tren y parece que estamos en la zona de Neuheim — Friedberg. Un coche me espera y me lleva a través de un bosque, deteniéndose ante un antiguo palacio, que se parece más a un castillo. Aquí me recibe uno de los ayudantes del Mariscal del Reich, haciéndome saber que su Jefe todavía no ha venido y que tendré que esperar un rato. Cuando le interrogo si sabe de qué se trata, me contesta que no tiene la más mínima idea. Así que no me queda otro remedio que esperar aquí, en el Cuartel General Oeste, hasta que se decida el asunto y pueda ver claro.

Aprovecho los minutos, para hacer un pequeño paseo. ¡Qué hermoso es el aire que se respira en los montes boscosos de Alemania! Lo aspiro a todo pulmón, gozando de la tranquilidad que me rodea. ¿Por qué me habrán ordenado que me presente aquí? A las 3 de la tarde debo estar de vuelta, pues es la hora en la que se espera al Reichsmarschall. ¡Ojalá me atienda rápido! Sin embargo, al preguntar, me contestan que aún no ha vuelto. Además de mí, ha venido otro General, un viejo conocido mío de los tiempos de Graz, cuando comenzaba a conocer lo que es un "Stuka". Me informa ampliamente sobre la acción aérea

del día de hoy, pues él es el principal responsable. A cada momento llegan las noticias sobre este ataque en gran escala, dirigido contra las bases aéreas de los Aliados en Bélgica y en el Norte de Francia.

— Los aviones de esta mañana representaron una parte de las unidades que deben atacar las bases enemigas volando a ras de la tierra. Esperamos destruir de esta manera tantos aviones de los angloamericanos, como para evitar que la superioridad en el aire del enemigo, no sea tan demoledora sobre las puntas de lanza de nuestra ofensiva en Ardenes, que ha sufrido una paralización.

Le hago entender al General que una acción tal sería imposible en el frente ruso, debido a las grandes distancias a recorrer hasta llegar a los blancos indicados y porque las pérdidas serían demasiado elevadas, debido a la formidable defensa antiaérea del enemigo, principalmente si se vuela a escasa altura. ¿Creerá él, que en el Este es otra la situación? Lo dudo. Si a los angloamericanos les dan resultado esta clase de raids, será únicamente porque nosotros no estamos en condiciones de defender debidamente bases que quedan en el recorrido del enemigo, por falta de hombres y material. Todas las unidades se atienen hoy en día a ciertos trayectos fijos en sus raids de acceso y más cuando vuelan a ras de la tierra. En Rusia, ya hace rato que hemos dejado de desarrollar la práctica, basados en la teoría; al contrario, lo hacemos al revés. Solamente al Jefe de cierta formación se le puede presentar un problema. Cómo lo resuelve, eso es cosa suya; él mismo debe guiar las operaciones. Además de eso, la guerra aérea se ha vuelto tan variable que ya es imposible partir de la teoría y sus dogmas. Sólo los Jefes de las unidades tienen la suficiente experiencia y únicamente ellos están en condiciones de resolver satisfactoriamente los problemas, determinando en cada caso con exactitud el modo de proceder. Y menos mal que hemos reconocido esta situación a tiempo, en el frente del Este. De lo contrario, ya ninguno de nosotros estaría volando. ¿Al fin de todo esto, todavía no hemos comprendido que jamás nos podremos oponer a las enormes cantidades de material del enemigo...?

500 aviones más o menos, no significan nada para nuestros enemigos, y menos todavía, si no se producen bajas en las tripulaciones.

Mucho más importante sería hacer entrar en función nuestros cazas que fueron retenidos durante tanto tiempo, para que pongan punto final a la superioridad de los aliados sobre nuestras propias líneas. ¡Cómo se sentirían aliviados nuestros compañeros en las trincheras, si se produjera un intervalo en esta pesadilla, representada por las cantidades inagotables de aviones adversarios. Cómo cambiaría la situación si pudiésemos desarrollar nuestro reabastecimiento y nuestros movimientos de tropas, sin vernos azotados continuamente desde el aire. Las pérdidas que sufriría el enemigo en el aire en este caso serían pérdidas definitivas, pues las bajas se producirían en sus tripulaciones.

Todo esto me pasa por la cabeza; pocas horas más tarde, las noticias justifican la exactitud de mi opinión. Faltan más de 220 máquinas nuestras con sus tripulaciones, mientras que logramos destruir 500 aviones en el suelo, pertenecientes a los aliados. Muchos viejos compañeros, jefes experimentados de unidades, "zorros viejos", figuran hoy en la lista de las bajas; muertos por el Reich y por su Führer, por una Alemania libre... en fiel cumplimiento de su deber... Me pongo inmensamente triste. Por la noche se le comunica esto al Reichsmarschall y al Supremo Comandante de las Fuerzas Armadas del Reich, como un éxito rotundo. ¿Será la ambición exagerada de ciertos individuos, o se trata de un propósito con fines determinados?

Ahora viene el ayudante y me comunica:

— Acaba de llamar el Coronel von Below, preguntando si usted no quisiera pasar a tomar una taza de café.

— Pero, ¿no podría aprovechar mejor el tiempo, presentándome al Reichsmarschall?

— Hasta el momento no ha venido el Reichsmarschall y con respecto a su visita al Coronel von Below, no hay ningún inconveniente.

Pienso, si sería conveniente mudarme en un santiamén, pero lo dejo, en la convicción de que debo guardar mi única camisa impecable para la presentación ante el Mariscal.

Salimos en coche, atravesando un bosque de pinos, para parar ante una pequeña ciudad, constituida en su totalidad por casas de madera y de barraca. ¡Estoy en el Cuartel Oeste del Führer! Durante la hora del té, narro al Coronel von Below mis últimas impresiones de

la situación en el frente del Este, y de los acontecimientos recientes. Al cabo de unos 20 minutos aproximadamente, se ausenta, para volver casi al instante, invitándome a pasar a una de las salas adyacentes. Sin sospechar nada, sigo sus pasos atravesando varios cuartos, hasta que él se detiene para darme paso a mí, abriendo a la vez una puerta con gesto caballeresco. ¡Quién no se explica mi sorpresa, cuando me veo ante el Führer! Lo único que se me ocurre en este momento, es que no me he puesto la camisa limpia; nada más. Comienzo a distinguir a los que le rodean: el Reichsmarschall Goering que demuestra una amplia sonrisa —algo raro en los últimos tiempos—, el Almirante Dönitz, el Mariscal de Campo Keitel, el Jefe del Estado Mayor General, el General de División Jodl, y varias otras personalidades del mundo militar, entre ellos varios Generales del frente del Este. Todos rodean un mapa gigantesco, en el cual figuran las actuales posiciones de los diversos frentes. Todos me observan y sus miradas me ponen nervioso. El Führer lo ha notado y me mira durante un instante, sin pronunciar una sola palabra. A continuación me estrecha la mano, expresándome sus felicitaciones y su admiración con respecto a mis éxitos. Me comunica que en vista de mi cumplimiento, me hace entrega de la condecoración de valor más alta: las Hojas de Roble Doradas con Brillantes y Diamantes para la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. A la vez me promueve al grado de Coronel. Hasta aquí oigo sus palabras con cierto estupor, pero cuando me dice:

— Basta ahora con participar en los vuelos. Usted tiene el deber de mantenerse en perfectas condiciones, para servir como maestro y como ejemplo a la juventud alemana, la que podrá aprovechar sus vastas experiencias.

Vuelvo de inmediato a la realidad. Esto significa para mí que jamás volveré a trepar una máquina de combate. ¡Adiós compañeros...!

— Mi Führer, no aceptaré ni la condecoración ni la promoción al grado de Coronel, si esto significa que ya no podré participar en los raids de mi Escuadra!

Su diestra todavía mantiene la mía; me mira firmemente en los ojos, mientras que con su siniestra me entrega una cajita negra, tapizada de terciopelo, en la cual está la nueva condecoración. Las nume-

rosas luces de la sala hacen fulgar los diamantes, en los más diversos colores. Su mirada se vuelve sumamente seria; un leve estremecimiento recorre su rostro severo, cuando me dice:

— Bueno, ¡vuele no más como antes!

Una sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca.

Ahora me invade una cálida ola de felicidad y la alegría se me asoma a los ojos. Más tarde me cuenta von Below que tanto él como todos los presentes esperaban que les partiera un rayo, cuando di mi opinión en público. Esas palpitaciones nerviosas en el rostro del Führer anuncian el desencadenamiento de una tormenta y no siempre se convierte en una sonrisa. Todos me felicitan cordialmente, entre ellos el Reichsmarschall, quien sigue siendo Jefe Supremo de la Luftwaffe, pellizcándome el brazo en mal disimulada alegría. La felicitación del Almirante Dönitz es algo relativa, pues agrega a sus palabras:

— Me parece que eso no fué digno de un soldado forzar del Führer el permiso para seguir volando. Yo también he tenido excelentes comandantes de "U-Boote" (submarinos), que un buen día tuvieron que renunciar a sus misiones.

¡Menos mal, que él no es mi Supremo Comandante!

El Führer me llama al mapa, explicándome que la reunión acaba de tratar la situación en el frente de Budapest; de cuyo sector también provenía yo. Vuelvo a repetir las causas que justifican, según los partes recibidos, que la operación que lamentablemente no se desarrolla satisfactoriamente, no haya logrado una comunicación terrestre con las fuerzas encerradas en Budapest. Se han mencionado los factores del tiempo, del transporte y de otras dificultades, pero no los errores que nosotros podemos comprobar todos los días, cuando realizamos nuestras incursiones. Me refiero a la separación de las Divisiones Blindadas y a la mala elección del terreno para la realización de tales acciones, tanto para los "panzer" como para la infantería. Doy mi opinión que se basa sobre mi experiencia de varios años de continua estada en el frente y reforzada por el hecho, de que justamente estuve durante el desarrollo de esta acción, hasta ocho horas consecutivamente, sobrevolando todo el terreno a ras de la tierra y a veces a salto de torero.

Todos escuchan, sin pronunciar una palabra. Después de un breve intervalo, el Führer dice, dirigiéndose a los presentes:

— Ya ven, señores; así me mienten. ¿Desde cuándo ya lo estarán haciendo?

No formula reproches a nadie, a pesar de estar ahora al tanto de lo que ocurre realmente. Sin embargo, noto la carga que lleva este hombre. Valiéndose del mapa, demuestra que tiene la intención de cambiar las agrupaciones, para tratar una vez más de librar a Budapest. Me pregunta, adónde se puede contar con terreno adecuado, para hacer atacar a los "panzer". Doy mi opinión. Esta operación se verá coronada, más tarde, por el éxito. El grupo de asalto logrará comunicarse con las avanzadas de los luchadores encerrados en Budapest, los cuales aprovecharán la salida.

Después de esta reunión, nos trasladamos a su aposento particular. Esta sala revela, por su instalación, un gusto delicado, contando con nada más que lo absolutamente necesario para la realización de sus tareas. Quisiera que mis compañeros pudiesen vivir conmigo estas horas, pues también por los éxitos que han logrado ellos, estoy yo aquí. El Führer me atiende personalmente y conversamos de varios asuntos. Se interesa por la salud de mi esposa, de mi hijito, de mis padres y de mis hermanas. Después de haberse enterado cabalmente de mis asuntos personales, comienza a hablar sobre las diversas propuestas tendientes a cambiar fundamentalmente la industria bélica.

Como es comprensible, comienza por la aviación y, principalmente, con ciertas perfecciones que se introducirán en las máquinas del tipo que volamos actualmente. Me pregunta si me parece conveniente seguir volando la Ju 87, que es bastante lerda y teniendo en cuenta que los cazas enemigos la superan en 400 kilómetros por hora. A la vista de varios esquemas y cálculos me demuestra que si le cambiara el tren de aterrizaje fijo por uno retráctil, se ganaría únicamente unos 50 kilómetros por hora en velocidad adicional. Por otro lado, sufrirían las cualidades que distinguen a esta máquina en los vuelos en picada. En todos estos asuntos, le interesa saber mi opinión. Conversa sobre los temas técnicos de armas, sobre problemas físicos y químicos, con una destreza que me asombra; y eso que yo también soy un observador muy

crítico en la materia. También me hace saber que piensa substituir los dos cañones de 3,7 cm. de nuestras máquinas por cuatro de 3 cm., los cuales serían colocados en las alas. Las cualidades aerodinámicas se corregirían notablemente en nuestras máquinas antitanques, si se recurriese a esta solución. Claro está que la munición empleada sería la misma: de Wolfram, logrando de esta manera una superación eficaz en el armamento.

Después de haber discurrido ampliamente también sobre otros asuntos, tocantes a la artillería, a las armas de infantería, a los submarinos, siempre con la misma facilidad y versación, me dice que se está confeccionando el documento de mi última condecoración, según las indicaciones que él mismo ha dado.

Llevaríamos conversando una hora y media, cuando se presenta un ordenanza, comunicando que la película está lista para ser presentada. Todas las películas del noticioso que tratan de las luchas del frente, son presentadas a él, antes de ser dadas al público. De esta manera, el Führer da su visto bueno. La casualidad lo sabe arreglar de tal manera que cuando nos trasladamos a un piso más abajo — donde está instalada la sala de espectáculos cinematográficos —, se nos ofrece precisamente una escena de mi central, en mi base en las inmediaciones de Stuhlweissenburgo, demostrando cómo salen mis Stukas y cómo procedo a abatir a los tanques de los bolcheviques, en la zona de Budapest. Después de haber presenciado esta película, me despido del Supremo Comandante. El Coronel von Below me entrega los documentos de la condecoración que acabo de recibir: de la Cruz de Caballero, de las Hojas de Roble, de las Espadas y de los Diamantes, que hasta ahora estaban depositados en la Cancillería del Reich. Cada una de ellas pesa varios kilogramos, y principalmente las dos últimas adornadas con marcos dorados, representando además del valor ideal, un valor material bastante considerable. A continuación, me traslado al Cuartel General de Goering. El Mariscal del Reich me expresa su alegría que es más grande aún, debido a su situación difícil con respecto a los últimos acontecimientos. Casi todo se veía obstruido por la superioridad del enemigo en el aire, o era prácticamente imposibilitado; ¿quién debería impedir todo esto? Que un hombre de los suyos haya obligado al

Führer a crear una nueva condecoración, es su orgullo y su satisfacción. Con picardía me explica, tomándose a un lado:

— ¿Ve usted, qué envidiosos son los otros y qué difícil es mi situación? El Führer expresó, durante una de las últimas reuniones, que iba a crear una nueva condecoración, para recompensar sus hazañas y sus éxitos, teniendo en cuenta que son únicas en toda la historia de la guerra. Los Comandantes Supremos de las demás armas replicaron que usted es un soldado de la "Luftwaffe", cuyos problemas preocupan actualmente a todos; si por lo menos no sería posible teóricamente, que otro miembro de las Fuerzas Armadas pudiera ganarse tal condecoración. Usted ve, en qué situación me encuentro con respecto a los demás.

Continúa su conversación, declarándose francamente que él jamás hubiera creído que yo iba a lograr cambiar la decisión del Führer, saliendo con las mías, para poder continuar la participación en los raids. En vista de que él lo ha permitido, no se puede oponer, prohibiéndomelo. Como ya ha sido el caso en otras ocasiones, me vuelve a ofrecer el cargo de General de los Aviadores de Combate. Pero como acabo de ganarme el consentimiento del Führer, no cree en que lo acepte.

Por la noche vuelvo a ocupar mi lugar en el tren especial que me traslada a Berlín, donde me espera mi máquina, para llevarme de vuelta al frente, donde están mis compañeros. En Berlín mismo, me demoro solamente unas pocas horas, pero estas bastan, para atraer a varios curiosos que quieren ver los Brillantes, puesto que se ha comunicado por la radio y los diarios. Por la noche me encuentro con Ritter von Halt, actual Jefe del Deporte Alemán. Me hace saber que pudo recibir, tras largas luchas, el permiso del Führer, para que se me nombre, una vez terminada la guerra, Jefe del Deporte Alemán. Una vez que haya confiado al papel mis experiencias de esta guerra y que otro se haya hecho cargo de mi puesto actual, se realizaría este proyecto.

A la vuelta, paso por Goerlitz, donde vive mi familia, saliendo el mismo día rumbo a Hungría. Las últimas noticias provenientes de ese frente me hacen saber que la situación se ha tornado más seria aún. Cuando llego, está formada toda la Escuadra y el Comodoro más

antiguo del Grupo se hace vocero de las felicitaciones de todos, con respecto a la condecoración recibida y al ascenso. A continuación salgo con los demás para combatir al enemigo en la zona de Budapest.

— ¡Si la Flak de los rusos supiera, cuánto oro, cuántos diamantes y brillantes pasan delante de sus narices, seguramente corregirían su puntería para tener éxito! — dice uno de los muchachos de los servicios terrestres, radiante de alegría.

En estos días recibo también una orden del Jefe de Estado de la Hungría Nacional, Salaszy, en su Cuartel General en Sopron. Me acompañan el Jefe de la aviación en Hungría, General Fütterer y "Fridolin". En reconocimiento de mi arrojo en la lucha contra el bolchevismo en Hungría, Salaszy me hace entrega de la condecoración húngara más alta: la Medalla de Valentía. Hasta la fecha fué entregada solamente a siete húngaros. Yo, el octavo poseedor, soy alemán y, por lo tanto, el único extranjero. El latifundio que se entrega conjuntamente, no me preocupa mayormente. Esto se arreglará después de la guerra y doy por seguro que se convertirá en una "zona de turismo de la Escuadra".

Poco antes de la mitad del mes de enero nos comunican una noticia alarmante: los soviets han iniciado su ofensiva, saliendo de la cabeza de puente de Baranov, adelantando profundamente en dirección a Silesia. ¡Silesia es mi tierra natal! Inmediatamente pido que se me traslade con mi Escuadra a este nuevo sector. La orden definitiva se demora hasta el 15 de enero. Mi Escuadra recibe la orden de mudarse sin demora a Udetfeld en la Alta Silesia, descontando al 1er. Grupo, que deberá quedar aquí. Como escasean las máquinas de transporte, llevamos en nuestras Ju 87 al Jefe de los suboficiales mecánicos y al personal armero, para poder entrar de inmediato en acción, una vez llegados a nuestra nueva base. En Olmütz hacemos una breve pausa, para cargar gasolina. Cuando estamos a la altura de Viena, me comunica por la radio el Teniente Korol, Jefe de la Escuadra Antitanque:

— ¡Estoy obligado a aterrizar... defecto en el motor!

Me enoja, no tanto porque sospecho que su novia, que vive justamente en Viena, tiene cierta influencia en los "defectos de su motor", sino porque lleva consigo al Teniente Weissbach, quien es el encargado de las acciones contra el enemigo. Por lo tanto, Weissbach no llegará

junto conmigo a la base y tendré yo que atender las llamadas telefónicas, que odio más que nada.

Sobrevolando las tierras natales, los Sudeste, con sus montes nevados, nos aproximamos al escenario de nuestras futuras acciones.

¿Quién hubiera pensado, que un día iría a efectuar mis incursiones contra el enemigo sobre estas tierras? Cuando todavía estábamos en la estepas de Rusia, a 2000 kilómetros de la patria y se iniciaban las primeras retiradas estratégicas, decíamos, con una sonrisa humorística:

— ¡Si esto sigue así, un buen día partiremos desde Cracovia, para combatir al enemigo!

Esta ciudad era la representante típica de una localidad de retaguardia, con todos sus pormenores y sus matices y ejercía sobre ciertos círculos de atracción mágica — por lo menos por unos pocos días... Y ahora, todo se ha convertido en realidad y la situación es peor todavía; Cracovia sigue siendo una ciudad de retaguardia, pero a centenares de kilómetros a espaldas de los rusos!

Aterrizamos en Udetfeld. Apenas puedo averiguar algo importante de la División Aérea que lucha por aquí. La situación es confusa. Falta el contacto con las distintas unidades que luchan más adelante. Dicen que a 40 kilómetros de Chenstojau están los tanques rusos en plena avanzada. Nada se sabe de seguro, como siempre en estos casos inciertos. Los "panzer-bomberos", las Divisiones Blindadas 16 y 17, han perdido el contacto con la retaguardia y luchan desesperadamente por su existencia, sin poder ayudar a las demás divisiones. Las fuerzas rojas que atacan, son formidables, como siempre. Sus ataques las llevan hasta las retaguardias mismas de la 16ª y 17ª División. Por lo tanto, tendremos que observar el máximo cuidado en nuestros ataques desde el aire, pues no es seguro, que todas las unidades en el escenario de las batallas, a espaldas de la vanguardia bolchevique han de ser rusas.

Es muy posible que nuestras tropas intenten una retirada desde esos parajes, para unirse a las demás que están luchando mucho más atrás. En vista de estos inconvenientes, imparto a todos los Grupos la orden de cerciorarse minuciosamente, en vuelos a ras de la tierra, si se trata del enemigo, antes de iniciar el ataque.

Un vistazo al indicador de la gasolina. Ya hemos cargado munición en Hungría, pero los vehículos de combustible aún no han llegado. Calculo que la que tengo me basta para un corto raid. Veinte minutos después de nuestra llegada a Udetfeld partimos en nuestra primera incursión en estos parajes. Al poco rato vemos la ciudad de Shentojuau. Quiero encontrar la carretera que sale al Este, para dar con los tanques que algunos dicen haber visto. A poca altura pasamos sobre los techos de las casas. Pero... ¿qué ocurre ahí?... En la calle principal corre un tanque... allá otro... por ahí otro... Si parece que se tratará de T34, ¡pero esto es imposible! Seguramente se tratará de "panzer" de las dos Divisiones. Vuelvo a describir una vuelta y se disipan todas dudas: ¡Son T34 con infantería montada! ¡Ivans, eso es seguro! Tampoco pueden ser tanques apresados, pues estos se darían a conocer con señales luminosas o por sus insignias, indicando la nacionalidad. La última duda se disipa cuando observo cómo la infantería que los acompaña, comienza a tirotearnos. En vista de ello, doy la orden para el ataque. No podemos tirar bombas, pues debemos tener en cuenta que toda la población está todavía presente, tomada de sorpresa por el enemigo, sin haber tenido ocasión de huir. Los edificios altos, con sus antenas, que son a escasa altura. Varios de los T34 comienzan a dar ininterrumpidamente vueltas a la manzana, perdiéndose de nuestra mira óptica.

Tres tanques en el centro de la ciudad son víctimas de mis cañones. De algún lugar deben venir estos tanques, pues supongo que no estarán solos estos primeros. Para averiguarlo sigo volando al Este. A solo unos pocos kilómetros de la ciudad, corren los otros en dirección a ésta, ya seguidos por camiones con munición y pertrechos, con infantería y cañones antiaéreos, la tan conocida Flak. Aquí, en terreno abierto, nos han llamado a nuestro juego y les preparamos una sorpresa poco agradable a estas horas de la tarde. Poco a poco va cayendo la obscuridad y volvemos a nuestra base. Ocho tanques quedan convertidos en piras que iluminan fantásticamente el cielo, dando cuenta de nuestro "trabajo". Ya no tenemos más munición.

Nunca hemos confundido nuestro deber con una diversión, pero sin embargo, hasta la fecha, en todos los raids latía un espíritu que

nos hacía ver todo más bien como un deporte; ahora siento que esto está cambiando fundamentalmente. Cuando ya no tengo más munición y veo que todavía han salido unos tanques ilesos, quisiera arrojarlos sobre ellos con toda la máquina. Una ira ciega se apodera de mí, con la sola idea de que estas hordas de la estepa se están preparando para invadir el corazón de Europa. ¿Se encontrará alguien capaz de volver a expulsarlos...? Ellos cuentan con aliados poderosos que los apoyan con armamentos y con la preparación del "segundo frente". ¿Habrá todavía tanta justicia en el mundo que vengará cruelmente este proceder de los angloamericanos?

Volamos desde el amanecer hasta la noche, sin reparar en las propias bajas, sin tener en cuenta el clima reinante; nos encontramos en una guerra santa. Entre los diversos raids y también por la noche, apenas si pronunciamos una sola palabra. Cada soldado cumple con su deber, ensimismado, hasta renunciar totalmente al propio *yo*. Oficiales y personal se sienten eslabones vivos en una unidad de espíritu y de camaradería; como siempre, desconocemos todas las diferencias de grados y de clases, como es uso en nuestra unidad y en las fuerzas armadas en general.

En estos días me llama un telegrama muy urgente del Reichsmarschall, debiendo presentarme en Karinhall; de ninguna manera se me permite seguir volando. ¡Se trata de una orden personal del Führer! La sangre me vuelve a hervir en las venas de la nerviosidad que siento; precisamente ahora y en esta situación tengo que privarme de un día en el frente y volar a Berlín. En este momento siento sólo la responsabilidad ante mí mismo. Entre dos incursiones, telefono con el Mariscal del Reich, para pedirle que me fije un plazo, hasta que hayan pasado estos días críticos. Además tengo que conseguir el permiso de poder seguir volando, apoyándome en el consentimiento que me dió el Führer personalmente. No puedo estar mirando el cielo sin hacer nada; ¡es imposible! El Reichsmarschall no está; trato de hablar con el Jefe del Estado Mayor General, pero todos están en una reunión con el Führer y no se les puede molestar. Las causas son urgentes. Antes de tener que violar a sabiendas una orden, quiero tener la tranquilidad ante mí mismo que he hecho lo posible para impedirlo. Como último recur-

so, pido hablar con el mismo Führer. Parece que la central telefónica en el Cuartel General del Führer no ha entendido del todo con quién tiene que comunicar, creyendo que se trata de un General. Cuando digo que quiero ser comunicado con el Führer, me pregunta una voz:

—¿Qué grado tiene usted?

—¡Cabol! —le contesto. Alguien larga una risita comprensible, allá al otro lado del alambre y realiza la comunicación. En el auricular suena la voz del Coronel von Below:

—Ya sé lo que usted quiere. No me lo enfade al Führer. ¿Todavía no se lo ha dicho el Mariscal del Reich?

Le explico que precisamente por eso estoy llamando por teléfono y le narro la actual situación y la urgencia de mi proceder. No hay nada que hacer. Me aconseja venir de todas maneras a Berlín, para conversar con el Reichsmarschall, quien tiene nuevas directivas para mí. Rabioso por no saber cómo oponerme al destino, cuelgo el tubo. En el comando de mi base reina una silenciosa expectativa. Todos saben que cuando en mi excitación llego hasta un punto crítico, mejor es dejar que se extinga por sí sola.

Mañana pensamos trasladarnos a Klein-Eiche. Conozco muy bien esa región, pues ahí nomás está la patria de nuestro tanquista —nuestro "Panzermann"— el Conde von Strachwitz. De todos los días que puedo perder, el que menos me duele es éste, y por eso lo aprovecho para volar a Berlín, donde me entrevistaré con Goering. Este me recibe en Karinhall con un aspecto amargado que sumerge todo en un ambiente desapacible. Durante un paseo por su bosque, iniciamos la conversación y el Reichsmarschall comienza a "atacar de entrada nomás", con sus calibres más pesados:

—"Hace unos días estuve con el Führer con respecto a sus asuntos, y él me ha hecho saber lo siguiente: Cuando Rudel está presente, soy incapaz de prohibirle que vuele; me es imposible. Pero, ¿para qué tengo a usted como Comandante Supremo de la "Luftwaffe"? Usted se lo puede decir; yo no. ¡Tanto como lo aprecio a Rudel, recién lo quiero volver a ver cuando se haya resignado, acomodándose a sus nuevas obligaciones! — Tales son las palabras del Führer, y así las

repito yo a usted; no quiero que se dispute más acerca de este asunto. Ya conozco por completo sus sugerencias y sus contemplaciones”.

Por el momento estoy completamente alicaído. Tomo mi máquina y vuelvo a Klein-Eiche. Durante el vuelo recapacito tranquilamente las últimas horas. Ahora sé definitivamente que tengo que actuar, oponiéndome a una orden impartida; me siento unido a mi patria, al suelo alemán. Tengo que aportar todas mis capacidades y mi experiencia para que los platillos del destino se inclinen a nuestro favor. Si no obro así, tendría vergüenza de mí mismo. ¡Seguiré volando; que ocurra lo que tiene que suceder!

Durante mi ausencia prosigue la Escuadra con sus incursiones. Al Teniente Weissbach le tuve que prohibir la participación, porque lo necesito para el normal desarrollo de toda la organización. No obstante esto, sale en una máquina con un poseedor de la Cruz de Caballero, el Sargento 1º Ludwin, un excelente entendido en las luchas contra tanques y un experto en puntería. Ambos son abatidos en este raid; perdemos dos camaradas inolvidables y capacitados. Estos días exigen lo último de nosotros y a mí me consumen más que antes, pues vuelo con la convicción de que estoy obrando en contra de las supremas órdenes de la superioridad. Si algo me ocurriese, se me quitarían todos los honores militares, sería degradado y varias otras cosas más. Estas ideas me preocupan constantemente. Pero no puedo comportarme de otra manera y sigo volando desde el amanecer hasta la noche. Todos los oficiales tienen instrucciones en el sentido de que “no estoy volando”, sino que acabo “de salir por casualidad”, si alguien viniera a buscarme. En los partes que indican el número de los tanques abatidos por nuestra Escuadra y que deben ser pasados todas las noches a la División, figuran siempre los éxitos individuales, como ser los tanques abatidos por las máquinas antitanques. Desde que rige mi prohibición, no se comunican más los éxitos que yo obtengo, sino que en el parte diario figuran bajo la cuenta “Escuadra en general”. Antes se registraban en este rubro los tanques del enemigo abatidos por dos o más aviones a la vez. Para evitar que se cuente un mismo tanque dos veces, figuraba esto abajo: “No se puede individualizar claramente al tirador — a cuenta de la Escuadra como tal”. En esta oportunidad nos pre-

guntan cómo hasta la fecha siempre hemos podido individualizar al tirador: ¿cómo se explica que ahora se acrecienta de tal manera la cuenta "en general"? Para salvar esta situación incómoda, recurrimos a una excusa, diciendo, por ejemplo:

"Cuando ahora uno ve un tanque, todos se lanzan sobre él; nadie puede ser retenido...".

Una vez estoy participando en una incursión, cuando aparece un "espía", representado por un oficial de la Flota Aérea. Este logra averiguar del encargado de la organización a qué se atribuyen estos partes sospechosos. Bajo la promesa de que no hablará nada con nadie mi encargado le hace saber los pormenores. Además me atrapa un General cuando vuelvo de un raid en Grottkau, adonde hemos trasladado nuestra base. Le aseguro con énfasis que estoy probando una máquina que acaba de salir del taller, pero no me cree; además no es necesario, pues me asegura "que no vió nada". Sin embargo, esta novedad llega pronto a oídos de la Superioridad, como lo puedo comprobar poco tiempo más tarde. Uno de los días siguientes comunica el Boletín Militar Público por la radio y en los diarios que he destruido once tanques de los bolcheviques. Al mismo tiempo llega la orden de Karinhall de presentarme inmediatamente. Con mi máquina parto para allá; será un informe sumamente desagradable el que tendré que dar. El Reichsmarschall me recibe:

— El Führer sabe que usted sigue volando. Usted mismo habrá leído la afirmación en el Boletín Militar de ayer. Me ha vuelto a decir que yo le prevenga. Debe dejar inmediatamente de volar. El Führer no quiere verse en la necesidad de tenerle que castigar por incumplimiento de una orden; además no sabe cómo se explica esto en un hombre que ostenta la más alta condecoración aérea que se ha dado en Alemania. Yo, por mi parte, no tengo nada más que agregar.

He escuchado sus palabras sin decir nada. Después de informarse brevemente de la situación en Silesia, me despido, para volver el mismo día a mi base. El asunto está, desde ya, forzado y no sé si hago bien en ponerlo más a prueba aún. Sé definitivamente que debo seguir volando más aún, considerando el *vía crucis* que está pasando mi patria. Tengo que seguir así; para poder mantener de esta manera mi equili-

brio espiritual. No me importan las consecuencias que pudiera tener mi comportamiento; sólo siento una responsabilidad ante mi propia conciencia y ésta me dice: "¡Cumple con tu deber! ¡La patria está en peligro de muerte! ¡Seguiré volando!".

En el centro industrial tanto como en las zonas boscosas de la Alta Silesia seguimos con la caza de tanques. El enemigo, por su parte, no tiene mayores inconvenientes en ponerse a cubierto de nuestras miradas, pues el terreno le favorece. Mucho nos cuesta dar con él, bajo estas circunstancias. Entre las chimeneas de las ciudades industriales de la Alta Silesia, aparecen en picada nuestros Stukas. Cerca de Kiefernstadt damos con nuestros "panzer" y con artillería de asalto y les ayudamos a abatir al bolchevique y a sus T 34, que se presentan en una superioridad numérica aplastante. Mientras tanto se va formando el frente del Oder y el mérito de organizarlo, sacando fuerzas de la nada, le corresponde al Mariscal de Campo Schörner. Solamente este hombre es capaz de realizar tal milagro. Muchas veces lo tenemos como huésped en nuestra guarnición, donde mantenemos conjuntamente reuniones, en las cuales tratamos la crisis reinante y las posibles operaciones a realizar; principalmente el resultado de nuestros vuelos de patrulla son para él de singular importancia. Somos "sus ojos". En estos días tenemos que lamentar la pérdida del Mayor Lau con su tripulación, pues queda para siempre separado de nosotros. Debido a un impacto que le fué inferido por la Flak del enemigo, se vió obligado a efectuar un aterrizaje en la zona de Gross-Wartenberg, donde cayó en manos de los rusos. Tuvo tan mala suerte que fué directamente a parar entre los soldados rojos. Fué imposible aterrizar a su lado para rescatarlo...

El frente del Oder se va estabilizando algo, mientras que me llega la orden de trasladarme inmediatamente con mi Escuadra a Märkisch Friedland, en la provincia de Pomerania, debiendo enviar el 2º Grupo a Francfort del Oder, donde, según dicen, la situación es más precaria aún que en Silesia. Una copiosa nevada impide volar en formación y por lo tanto, partimos de nuestra base saliendo de a tres y probando así de alcanzar a Märkisch-Friedland, pasando por Francfort del Oder. Varias máquinas se ven obligadas a aterrizar en las pistas intermedias de Sagan y de Sorau; el tiempo es pésimo. En Francfort ya me esperan

y se me indica que debo comunicarme inmediatamente con la localidad de Grottkau, mi antigua base en Silesia. Una vez recibida la comunicación, me entero de que apenas me había ausentado de allí, apareció el Mariscal de Campo Schörner, quien se puso iracundo al enterarse de la novedad. Pegando con el puño en la mesa, pidió a gritos que le explicaran quién dió la orden que me trasladaran, dejándolo solo a él. Mi actual Encargado de Organización, Capitán Niermann, informó que la orden vino de la División y de la Flota.

— ¿Qué quiere decir "División" - "Flota"?; todo esto son letreros; quiero saber *quién* me sacó a Rudel de aquí. Llámeme a Francfort y dígame que espere. ¡Solicito la sentencia arbitral del Führer! ¡Debe quedar de todas maneras conmigo! ¿Voy a mantener el frente con mequetrefes?...

De todo esto me entero por teléfono. Si quiero llegar a Märkisch-Friedland antes de que caiga la obscuridad, me tengo que apurar. Llamo al Cuartel General del Führer para que se me indique adónde debo ir: al Norte o de vuelta a Silesia. En el primer caso, el Mariscal de Campo Schörner debería dar libertad a mis unidades restantes que todavía permanecen en Grottkau, para que se reúnan con la masa de la Escuadra. Solamente así podré volar; sino no, me faltan los hombres y el material necesarios. Se me hace saber que ya ha caído la decisión; debo trasladarme al Norte, pues la situación en el sector del Jefe de las SS, Himmler, es realmente más peligrosa.

En medio de una tupida nevada aterrizo con unas pocas máquinas en Märkisch-Friedland; las otras vendrán mañana, mientras que el 2º Grupo usará como base la ciudad de Francfort sobre el Oder. Después de haberme ocupado de los alojamientos para mis soldados, llamo por teléfono a Himmler, quien se encuentra en el castillo de Krössingsee, para anunciarle nuestra llegada a su sector. Himmler expresa su alegría de verme por aquí, habiendo ganado así la disputa con el Mariscal de Campo Schörner. Me pregunta qué pienso hacer ahora, y como ya son las 23 horas, le contesto sinceramente:

— ¡Dormir!; pues mañana pienso dar un vistazo al sector, para ponerme al tanto.

Parece que no está del todo conforme con mi intención, contéstame:

— ¡Yo tampoco puedo dormir!

Le replico que él no necesitará volar mañana y que para mí el sueño es esencial para poder cumplir con mi deber. Después de ventilar esta situación por todos los lados posibles, me ofrece su coche, el cual me llevará a la brevedad posible a su castillo. Como me falta gasolina y munición, espero que una entrevista con el comandante del sector, quien me presentará en las diferentes unidades, resuelva estos problemas latentes y decido ir. En medio de la profunda nieve, en el camino al castillo, quedamos clavados con el coche. Al fin llegamos; son las dos de la mañana. Por lo pronto converso con el Jefe de su Plana Mayor sobre la situación reinante y sobre varios otros asuntos. En primer lugar me interesa saber cómo se las ha arreglado Himmler en su nueva tarea, pues creo que le faltan una instrucción y una experiencia militares como para encarar los distintos problemas que se le están presentando. El Jefe de la Plana Mayor proviene del Ejército y no de las unidades de la "SS bajo armas". Me dice que la colaboración con Himmler se presenta agradable, porque éste no se muestra testarudo y no se apoya en su posición autoritaria, queriendo saberlo todo mejor. Más bien se adapta a las proposiciones de los entendidos de la Plana Mayor, ocupándose únicamente del estricto cumplimiento de las órdenes y directivas, poniendo en juego en este caso toda su autoridad. De este modo, todo marcha bien.

— Sólo una cosa le llamará la atención: usted siempre tendrá la impresión de que Himmler jamás dice lo que piensa realmente.

Poco tiempo más tarde hablo con Himmler personalmente, tratando la situación y mi radio de acción en esta sección. El asunto marcha mal, de eso me puedo convencer casi al instante. Los soviets han avanzado a ambos lados de la localidad de Schneidemühl, corriendo a lo largo del valle del Netze, tanto al Sur como más al Norte, llegando hasta la provincia de Pomerania y a las márgenes del Oder. Estamos formando un Grupo de Batalla como unidad táctica en las inmediaciones de Märkisch - Friedland y ésta tendrá el deber de combatir al ruso que avanza, impidiendo que siga adelantando en dirección al Oder. Hasta

qué punto lograrán recuperar su libertad las distintas unidades encerradas o sobrepasadas por el ruso en Graudenz y Posen, todavía no se puede prever; de todas maneras ya no contarán con sus valores bélicos completos e intactos. También el reconocimiento deja mucho que desear, no sabiendo nosotros a qué atenernos por ahora, debido a la confusión reinante. Por lo tanto, éste será nuestro deber; además, combatiremos a este enemigo que se acaba de reconocer, dirigiéndonos principalmente contra sus componentes motorizados y blindados.

Presento a Himmler mis pedidos de combustibles, munición y bombas, elementos sin los cuales nos es imposible entrar debidamente en acción, quedando en pocos días indefenso si tuviera que abastecerme de las pocas reservas que me quedan. Me promete arreglar todo, en su propio interés. Por último, le explico cuáles posibilidades veo en este sector, para poder llevar a cabo mi misión, contando con el ambiente creado actualmente.

A las 4.30 horas abandono el castillo de Kröningsee, sabiendo que dos horas más tarde estaré en el aire, sobrevolando este sector.

Así ocurre que los Stukas, con el emblema de la antigua orden militar cristiana, despegan sin interrupción de la nueva base, para combatir al enemigo. Como hace 600 años, están trenzados en cruenta lucha contra el Este. Reina un frío impresionante. La pista está cubierta de una capa de 40 centímetros de nieve pulverizada, la cual se mete en todas las rendijas y en los cerrojos de las armas. Más tarde y ya en el aire, esta nieve se convierte en hielo, lo que significa que después de dos o tres disparos, tengo atascamiento en mis cañones; en estos momentos tiemblo en todo el cuerpo de excitación. Ahí abajo corren las columnas de tanques soviéticos, invadiendo nuestra patria; nos acercamos, burlando una defensa antiaérea por lo general sumamente activa, y cuando nos aprestamos a terminar con ellos, ¡no sale ni un solo disparo de nuestros cañones! Uno está por lanzarse con máquina y todo sobre los tanques, de rabia. Volvemos a caer en picada, una vez... dos veces... tres veces... ¡nada!

Así nos pasa en las inmediaciones de Scharnikau, cerca de Filehno y en muchos otros lugares; mientras tanto, los T-34 prosiguen su marcha con rumbo al Oeste. A veces basta un solo disparo, para destruir un

tanque, pero en muchos casos también falla. Hemos perdido días sumamente valiosos, hasta que por fin recibo fuerzas suficientes, para poder contar con una pista relativamente libre de nieve. Las cantidades de tanques bolcheviques son increíbles. Volamos en todas las direcciones, pensando que el día tendría que durar tres veces más. La colaboración con las propias tropas en este sector, es bueno. Están en condiciones de responder a la más mínima indicación de parte nuestra. "El enemigo se encuentra en tal y tal lugar" se les avisa, y ya entran en acción. De este modo podemos infligir al ruso pérdidas sensibles, al Este de Deutsch-Krone, al sur de esta localidad, cerca de Schloppo y en los bosques cercanos. Los tanques se meten, siempre que se encuentren en poblaciones, dentro de las casas, probando de esconderse en ellas. En estos casos sólo los reconocemos por la varilla que sobresale de uno de los lados: es el cañón del carro blindado. Por detrás y en sentido opuesto, está la pared caída. En estos chalocitos ya no vivirán más alemanes... Desde atrás les damos en el motor a los tanques. Este es el único método para combatirlos. Los tanques comienzan a arder para volar al aire con casa y todo. Cuando la tripulación todavía está ilesa, trata de salir con el vehículo envuelto en llamas para buscar otro refugio. Esto significa la muerte segura y definitiva, pues de esta manera, el tanque ofrece todas las probabilidades de combatirlo, ostentando todas sus partes vulnerables que antes estaban protegidas por la casa. Nunca atacamos con las máquinas bombarderas, tampoco este proceder se podría justificar militarmente; me estremece el sólo pensar que en las poblaciones puedan haber habitantes alemanes. Ya basta con lo que la pobre gente tiene que aguantar bajo el terror de los rojos.

Es horrible tener que volar y luchar sobre el propio suelo de la patria, más aún viendo cómo se desbordan las cantidades de hombres y materiales, comparables con una marea alta que inunda las tierras bajas. Somos como una roca: detenemos algo, pero jamás podremos parar a esta avalancha. El diablo se las está jugando todas por Alemania y por Europa. Fuerzas valiosísimas se desangran; el último bastión contra el Asia roja comienza a desmoronarse. Esta comprobación que acabamos de hacer, nos abate más que las ininterrumpidas incursiones,

cuando lo comentamos por la noche en nuestros alojamientos. La rebelión contra las fuerzas del destino y la firme voluntad "que no debe ocurrir", son las únicas fuerzas que nos hacen aguantar de pie firme. En cuanto a mí, jamás quiero tener que hacerme el reproche de no haber luchado con todas mis fuerzas disponibles y hasta la última consecuencia, para impedir que se cierna la desesperación, la esclavitud y el caos bolchevique sobre nuestra patria y sobre el continente europeo. Así como yo, piensa toda la juventud alemana honesta y pura; estoy convencido de ello.

Al sur de nuestro sector, la situación es peor aún. Francfort sobre el Oder está en peligro. Por esta razón me llega la orden de trasladarme a Fürstenwalde, de donde podré controlar mejor el citado sector. Pocas horas más tarde ya estamos volando en la zona de Francfort-Küstrin. Los soviets ya se han arrimado a la zona urbanizada de Francfort, pudiéndose aferrar de este lado del río. Más al norte está encerrada la ciudad de Küstrin, mientras que las fuerzas bolcheviques intentan formar una cabeza de puente en las inmediaciones de Göritz-Reitwein, valiéndose del hielo que cubre el Oder. De este modo piensan ganar el lado occidental del citado río.

Unos pocos días más tarde luchamos sobre suelo histórico, igual como el General de Caballería prusiano Ziethen lo hizo hace 200 años. Un pequeño grupo está encerrado por una unidad de tanques soviéticos. Inmediatamente nos dedicamos a atacarlos con nuestras máquinas. Los que no comienzan a arden instantáneamente, prueban ponerse a salvo, cruzando el campo abierto. Una picada sigue a la otra y los compañeros en tierra, que ya se creían perdidos, saltan de sus pozos y trincheras, lanzando de alegría las armas y los cascos al aire; persiguen a los tanques del ruso, sin ninguna defensa. Todos los tanques son abatidos por nuestras máquinas. Estamos entusiasmados que esta vez podemos comprobar tan eficazmente nuestro éxito. Después de haber destruido a todos los tanques, describo una vuelta, preparando un mensaje que expresa los saludos míos y de mi Grupo a los muchachos de allá abajo. Describo mis círculos a pocos metros de altura tirándoles a sus pies el pequeño recipiente que también lleva algo de chocolate. Miramos con ojos brillantes y agradecidos; esto nos dará fuerzas en

todas las incursiones futuras, obligándonos a poner toda nuestra persona y todo nuestro arrojo, para poder aliviar la situación a los compañeros del Ejército.

Lamentablemente, el tiempo se ha vuelto tan frío que el Oder se cubre con una gruesa capa de hielo, permitiendo a los rusos la circulación entre ambas orillas. Para estabilizar aún más la superficie, han puesto tablones a lo largo de la ruta transitada y en más de un caso puedo observar, como pasan vehículos. Sin embargo, parece que para los tanques, todavía no está lo suficientemente resistente. Como nuestro frente aún no está en evolución en estas zonas, contando con franjas que todavía no están ocupadas por soldados alemanes, el ruso logra formar varias cabezas de puente. Una de estas, por ejemplo, se encuentra en las cercanías de Reitwein. Fuerzas nuestras de "panzer", que acuden a este lugar para echar al Iván al agua, se encuentra con considerables fuerzas del ruso en la orilla occidental, las cuales cuentan con el apoyo de armas pesadas. Todos estos "pasos" cuentan con una defensa antiaérea formidable, pues el ruso sabe muy bien que al poco tiempo aparecemos nosotros. Tengo la directiva de destruir, día por día, todos los puentes formados por el ruso, para ganar tiempo que es empleado febrilmente por nuestras tropas, para reunir hombres y material, esperando así encarar las arremetidas del enemigo. En vista de lo narrado, comunico a mi superioridad que por el momento resulta inútil destruir puentes, teniendo en cuenta que el hielo del Oder es transitable en casi todas las partes. Las bombas abren boquetes relativamente pequeños, traspasando el hielo, sin causar mayor daño; esto es todo. Por eso soy de opinión de combatir las fuerzas del ruso en ambos lados y también estorbar o mejor impedir los movimientos del enemigo por encima del hielo, siempre que estos hayan sido reconocidos claramente, en vez de atacar puentes que en realidad no lo son. En las fotos aéreas parecen puentes, pero en verdad sólo son las huellas de los hombres y de los vehículos que quedan marcadas en el hielo; tanto éstas como los tablones auxiliares, hacen creer que se trata de puentes. Si se tiran bombas sobre esos "puentes", abriendo boquetes, entonces el ruso los desvía, pasando por ambos lados. Lo reconozco así en los primeros días, debido a que sobrevuelo este escenario a muy escasa

altura; además tengo mis experiencias sobre los distintos ríos en Rusia, como ser el Don, el Donetz, el Dnjester y otros más.

Sin tener en cuenta las órdenes, ataco por mi propia cuenta a las fuerzas de los bolcheviques, acumuladas a ambas márgenes del río. Tanques, cañones y vehículos son mis blancos preferidos. Un buen día llega desde Berlín un general, quien me dice que en las fotos, siempre se ven más y más puentes.

— En sus partes diarios, usted no los indica como destruidos. Usted los debe atacar continuamente.

Le explico que en la mayoría de los casos no se trata de puentes y al observar que en su rostro se dibuja una mueca interrogativa, me viene una idea excelente. Estoy por salir y le invito quiera tener la gentileza de acompañarme. Atrás en mi máquina tengo un asiento libre. De esta manera le podría mostrar todo, en la práctica. El general titubea un momento, pero a la vez mira a los ojos de mis jóvenes oficiales, quienes han presenciado con cierto regocijo la conversación, y acepta. El Grupo cumple con la orden ya dada y que es permanente: atacar los puentes. Yo mismo quedo a poca altura, recorriendo todo el curso del río, desde Schwedt hasta Francfort sobre el Oder. En algunos lugares la Flak nos recibe con un fuego infernal y pronto se oye la voz del general que justifica lo que yo le acababa de explicar. Se convence personalmente de que se trata efectivamente de huellas y no de puentes. Ya ha visto demasiado. Después de haber aterrizado, se muestra altamente satisfecho de haberme acompañado, habiendo tenido así una impresión personal que le pone en condiciones de dar un parte exacto y completo. Nos hemos librado de esta antipática orden: ¡Destruir continuamente puentes!

En una de estas noches anuncia su visita el ministro Speer, quien será portador de un mensaje del Führer, en el cual se ordena que yo sea el "pioneer". Concretando, se trata de los siguiente:

— El Führer sustenta la idea de atacar las represas de Siberia que alimentan con energía a las distintas plantas de la producción bélica. De esta acción se espera una paralización de un año en la industria soviética, lo cual incidiría principalmente en la producción de tanques.

Cree que este año se nos presentará una ocasión, para poder aprovechar exitosamente este paro. Usted fué elegido para organizar esta acción, pero el Führer no quiere que usted mismo vuele. Esta orden, la ha repetido con toda severidad. No quiere que usted vuele.

Le doy de pensar al ministro que para esta acción, sin duda, habrá otra persona más indicada, principalmente entre los bombarderos de largo alcance. Un hombre de esa arma se entiende mejor que yo con asuntos como, por ejemplo, la navegación astronómica y otros más, ya que provengo de la rama de los Stukas, contando por lo tanto, con una experiencia y con nociones muy distintas a las exigidas. Además, se me tendría que permitir que yo mismo participe en este raid, para poder presentarme con la conciencia limpia, cuando se proceda a distribuir los distintos cargos entre los muchachos que compongan la tripulación.

— El Führer quiere que lo haga usted! — me replica Speer.

A continuación le hago varias preguntas de carácter técnico. Me interesa qué tipo de máquina se empleará para realizar este vuelo y qué clase de bombas se empleará. Si se debe proceder sin demora, sólo viene al caso la He 177, si bien todavía no se han concluido los ensayos pertinentes, los cuales dirán, si esta máquina será realmente la indicada. Como bomba para este blanco se tendría que usar una clase de torpedo, a mi juicio. También este nuevo proyectil está aún en desarrollo. Se mencionan las bombas de 1000 kilogramos, cuya idea descarto enérgicamente desde un principio, pues con estas desde ya no tendríamos éxito. Muestro al ministro fotos del frente del Este, en el cual he arrojado bombas de 1000 kilogramos sobre los pilares de hormigón armado que llevan el puente sobre el río Neva, sin lograr derrumbarlos. Habría que aclarar, por lo tanto, el asunto de las bombas, y si se me permite participar personalmente en este raid tan difícil. Estas son las condiciones fundamentales que pongo antes de la realización del proyecto, en el caso de que el Führer insista en mi persona como "ejecutor". Mis objeciones, que mi práctica y mis experiencias se entienden en un campo muy distinto, ya las conoce.

Ahora observo detenidamente las fotos documentales, deduciendo que un gran porcentaje de esta industria ya se encuentra bajo tierra.

Esto significa que las fábricas, como tales, son invulnerables desde el aire. Las fotos reproducen las represas y las usinas, como también las mismas fábricas que se ven solamente en parte. Estas fotos provienen de los tiempos de esta guerra. ¿Cómo las habrán hecho? Recuerdo aquel tiempo, cuando estaba instalado con mi Escuadra en la Crimea y de pronto se me prende una luz. ¡Claro está! En aquellos tiempos yo practicaba deportes, como lo suelo hacer siempre, lanzando el disco y la bala, en una pista adyacente a la base, cuando me llamaba la atención una máquina pintada completamente en negro, que solía aterrizar en nuestra pista. Cada vez que venía, bajaban unos pasajeros de aspecto misterioso. Bajo la más estricta reserva, un miembro de la tripulación me contó lo que estaba ocurriendo en aquellos días. Se trataba de sacerdotes rusos, oriundos, de sus distintas tierras, amantes de la libertad, más allá del Cáucaso, que volaban como voluntarios en estas máquinas, ataviados con sus largas barbas y con sus ropas de oficio, para cumplir con importantes misiones que les había encomendado el Alto Mando de las fuerzas alemanas. Delante de sus pechos llevaban suspendidos unos paquetes, en los cuales transportaban explosivos y máquinas fotográficas. Aquellos hombres veían en la victoria alemana la libertad de sus pueblos y la única posibilidad de poder ejercer libremente su religión. Eran fanáticos fervientes en la lucha contra el bolchevismo mundial y por lo tanto, nuestros aliados. Todavía los veo claramente ante mí: muchas veces se trataba de ancianos de edad avanzada, con las cabezas coronadas de cabellos blancos como la nieve. Las cabezas eran viriles, como si fueran talladas en madera. Desde las entrañas más lejanas de Rusia traían documentos de toda especie. Muchas veces estaban en viaje durante meses, para volver, en su mayoría, con la misión cumplida. El que no volvía más, probablemente habría dado su vida por la libertad, accidiéndose al saltar con el paracaídas, al realizar su misión, o fué atrapado cuando intentaba pasar las líneas bolcheviques, en dirección a la propia línea principal de combate.

Quedé hondamente impresionado, cuando me narraban con colores vivos, cómo aquellos hombres clericales se lanzaban en la oscuridad de la noche, sin titubear un solo momento, poseídos por la fe en su gran

misión. En aquellos tiempos librábamos cruentas luchas por la posesión del Cáucaso, y aquellos sacerdotes se lanzaban desde los aviones, en los valles desolados, donde se unían a los suyos, para realizar actos de resistencia y sabotaje.

De todo esto vuelvo a acordarme, cuando medito sobre el origen de las fotos que tengo en mis manos y que representan partes de la industria bélica soviética al otro lado del Ural.

Después de unas observaciones con respecto al estado general de la guerra, en las cuales el ministro Speer expresa su plena confianza en el Führer se despide de mí, cuando ya se hacen notar las primeras luces del alba. Me asegura que dentro de poco tiempo oiré más al respecto.

Nunca se pudo realizar este propósito, pues la trágica fecha del 9 de febrero, pocos días más tarde, echó todo por tierra. Por lo tanto, otro tendría que hacerse cargo de esta misión...

La realización como tal, no pudo llevarse a cabo, debido al desarrollo precipitado del acto final de esta guerra.

XVII

LA LUCHA DESESPERADA DE LOS ULTIMOS MESES

Para el 9 de febrero me llega la noticia alarmante del Estado Mayor de que los rusos lograron formar en la última noche un puente más al norte de Francfort, en la cercanía de Lebus, habiendo alcanzado con algunos tanques la orilla occidental. La situación ya es más que seria, pues justamente en este sector no contamos con un solo soldado, sumándose a esto que demoraríamos mucho tiempo, hasta poder llevar nuestras armas pesadas hasta ese punto. Esto significa que los tanques pueden correr sin mayores dificultades hasta la capital del Reich o adueñarse tanto de la carretera como de la vía férrea entre Francfort y Berlín, interrumpiendo la principal arteria que tenemos y por la cual circula todo el aprovisionamiento del frente del Oder.

Salimos con nuestras máquinas, para comprobar la veracidad de la noticia. Desde lejos ya puedo reconocer el puente formado con pontones. Estamos todavía a una distancia considerable, cuando ya nos reciben las ráfagas de la Flak que nos obligan a observar con mayor cautela. Parece que los rusos no se fían mucho de nuestras intenciones. Un Grupo de mi Escuadra comienza a atacar, pero no espero que tengan mucho éxito sobre esta clase de puentes. No nos hacemos ilusiones, puesto que sabemos que el ruso dispone de tanto material para la construcción que está en condiciones de arreglar los daños efectuados, en un tiempo relativamente corto. Yo mismo vuelo con mi Escuadrilla antitanque mucho más bajo, tratando de descubrir tanques enemigos en la orilla occidental. Sólo distingo unas huellas de

orugas; de tanques, no se ve nada. ¿Serán las huellas de los tractores remolcadores de la Flak? Bajo más todavía y ahora descubro algunos, escondidos en las inmediaciones de la orilla y al norte de la ciudad de Lebus. Calculo que serán doce o quince, más o menos. En ese mismo momento un impacto de la Flak liviana me abre un boquete en una de las alas. No obstante esto, quedo a la misma altura. De todos los lados veo los disparos de la defensa antiaérea y calculo que se habrán concentrado unas seis u ocho baterías en este punto, para proteger las maniobras del bolchevique, tendientes a ganar la orilla opuesta del Oder. Parece que los artilleros de la Flak soviética son "viejos zorros", con mucha práctica en la lucha defensiva contra Stukas. Disparan proyectiles sin huellas luminosas, lo cual tiene para mí de malo que no veo cómo se aproximan esos típicos collares de perlas, notando recién que es hora de cuidarse al sentir la explosión en la propia máquina. Tampoco disparan cuando aumentamos la altura, haciendo imposible de esta manera que nuestras máquinas bombarderas los puedan atacar.

Al volar muy bajo, por encima del blanco, se pueden distinguir los fogonazos de las bocas de los cañones, como si fuera una luz titilante proveniente de una linterna eléctrica. Estoy pensando qué hacer en esta situación. No me puedo arrimar bajo cubierta, porque la costa llana no me ofrece ningún accidente de terreno que me pudiera ser útil. Tampoco existen en este sector árboles altos o edificios de cualquier especie. Pensándolo todo claramente, se llega a la conclusión que esto ya nada tiene que ver con experiencia ni con táctica, viéndose uno obligado a violar las leyes que prescriben todo lo que no debe hacerse y qué ser deducido, precisamente, de ellas. Lo único que resta es atacar con testarudez, esperando que la suerte le sea propicia a uno. Si hubiese actuado siempre de esta manera, más que seguro que me hubieran muerto ya varias veces. Del ejército no se ve nada; estamos a ochenta kilómetros de Berlín. Estos ochenta kilómetros son una distancia mortal si uno considera que aquí ya están adelantando los tanques del Iván. Ahora no es el momento para grandes miramientos y problemas. "Esta vez lo deberás hacer, esperando que la suerte no te abandone", me digo y me decido a atacar. Ordeno que las demás máquinas queden arriba; cuento con varias tripulaciones nuevas y no creo que el éxito que logren

pueda ser muy grande. Al contrario, tengo que contar con que las pérdidas serán probablemente demasiado elevadas. Estas máquinas deberán tirotear con sus cañones a las posiciones de la Flak, cuando se delaten con los fogonazos al abrir el fuego contra mí. Quizás el Iván se irrite algo con este proceder nuestro, fallando de tal manera algo en su puntería. Se trata de varios tanques del tipo Stalin; el resto se compone de T 34. Después de haber incendiado cuatro de ellos, quedando yo sin munición, emprendo el vuelo de vuelta. Inmediatamente comunico lo observado, dejando constancia de que ataco únicamente en vista de que estamos a 80 kilómetros de Berlín. En otras circunstancias esta manera de combatir tanques sería irresponsable en sumo grado. Si todavía estuviésemos luchando más al Este, esperaríamos tranquilamente una ocasión más propicia, hasta que los tanques saliesen, por lo menos, fuera de la órbita comprendida por el alcance de los proyectiles de la Flak que protege la cabeza de puente.

Durante dos incursiones contra estos tanques localizados, me veo obligado a cambiar de máquina, debido a los impactos recibidos de la defensa antiaérea. Cuando los ataco por cuarta vez, arden doce tanques enemigos. El número trece es el "Stalin", que es martillado en cada raid por los cañones de mi máquina. Está dejando una estela de humo, pero todavía no he logrado destruirlo completamente.

Para iniciar el ataque, trepo siempre con mi avión hasta los 800 metros, porque pude observar que la Flak no me persigue hasta esa altura. Desde aquí vuelo casi en picada hacia abajo, describiendo a la vez toda clase de movimientos de defensa, para confundir a los artilleros, haciendo girar principalmente a la máquina por el eje longitudinal. Cuando, acto seguido, llego al tanque, paro por un instante mis maniobras para poder apuntar y disparar. Apenas efectuado el disparo paso rozándolo casi y, describiendo las mismas piruetas, hasta llegar a un punto fuera del alcance de la Flak, donde vuelvo a recuperar la altura de 800 metros. Para tomarlos bien, tendría que acercarme tranquilamente al tanque y poder así apuntar con precisión; pero esto equivaldría, en todo caso, a un suicidio. Mantener la máquina tranquila por fracciones de segundo, pegándole al tanque justamente en los puntos vul-

nerables, eso sólo lo puedo hacer gracias a mi vasta experiencia y seguridad, que me permiten efectuar todos los movimientos automáticamente como un sonámbulo. Claro está que mis compañeros no están en condiciones de imitar estas maniobras, en primer lugar porque no cuentan con tanta seguridad en el combate.

La sangre me late en las sienes; sé muy bien que estoy jugando al "gato y ratón" con el destino, pero se me puso en la cabeza que este tanque Stalin debe arder. Otra vez subo a los 800 metros, para volver a largarme sobre este monstruo de 60 toneladas. ¡Todavía no arde! Ahora me sube la ira. ¡Tiene que convertirse en una antorcha!

Para completar mi mala suerte, los instrumentos me indican que uno de mis cañones se está quedando sin munición. ¡Esto es lo último que me faltaba! En el otro tengo atascamiento y éste quién sabe si todavía tiene más de una bala en el almacén cargador. Vuelvo otra vez a recuperar mi altura. ¿Así que me queda una sola bala? ¿No es una locura arriesgar todo con un solo proyectil? Y así comienzo a dialogar con mi "otro YO", que se hace presente en mi conciencia. "¡Vamos, no hables!" ¿Cuántas veces has abatido a un tanque con la última bala que te quedaba?

Dura mucho tiempo recuperar altura con la Ju 87; demasiado tiempo, pues me da ocasión de discutir con mi "otro YO": "Si el décimo tercer tanque no ha ardido hasta ahora, no vayas a creer que lo lograrás con la última bala que te queda. Anda a casa, carga munición; ya volverás a dar con este coloso". Pero el otro "YO" me contesta exaltado: "¡Quizás le falte a este tanque precisamente este balazo para impedir que prosiga su marcha al interior de Alemania!".

"Al interior de Alemania. ¡Qué expresión más solemne! Muchos tanques más entrarán en Alemania, arrasando todo en su marcha, si tú quedas fuera de combate. Y te aseguro que vas a pagarlo muy caro; ¡quédate tranquilo nomás! Es una locura volver a bajar a ese infierno con una sola bala: ¡es una locura!".

"Lo que falta todavía es que me digas que me las veré negras, porque se trata del tanque número 13. Todo tonterías, miramientos de

viejas lavanderas chismosas. Todavía tienes una bala. No lo pienses más... ¡A la carga!

Vuelvo a caer con una velocidad vertiginosa desde los 800 metros. Ahora vale la pena concentrarme completamente sobre este maldito blanco y en el ataque. Las maniobras de defensa... De múltiples bocas de cañones me relame el fuego de defensa del Iván. Ahora quieto..., disparar... ¡Hurra..., está ardiendo!

El júbilo me invade el corazón y, casi tocándolo, lo sobrevuelo, acompañado por el rugir triunfal de mi fiel Ju 87. Otra vez esos movimientos de defensa... Una explosión estremece mi máquina y algo me sube por la pierna, como si echara llamas. Como si un disco de acero incandescente me la cortara. Se me nubla la vista en el acto y la respiración se me hace dificultosa. "Pero si tienes que seguir volando..., volando...; no debes flaquear ahora, entregándote sin voluntad al destino. ¡Muérete los labios...; tienes que lograrlo!

Todo el cuerpo me tiembla.

— Ernesto, ¡mi pierna derecha no está más!

— ¡Qué no va a estar tu pierna! Si eso fuera el caso no podrías pronunciar ni una sola palabra. Pero está ardiendo el ala derecha; tenemos que bajar inmediatamente; tenemos dos impactos de la Flak de 4 centímetros.

En mi alrededor todo se sume en una obscuridad misteriosa; apenas puedo distinguir algo.

— ¡Dirígeme adonde pueda echar la máquina...; después sácame pronto de aquí para que no me queme vivo!

Ya no veo nada más. Todos los movimientos los efectúo subconscientemente. Recuerdo débilmente que siempre estuve atacando del Sur al Norte, saliendo en curvas hacia la izquierda; por lo tanto, estoy volando con rumbo al Oeste, para estar bien encaminado. Así sigo volando varios minutos. No puedo comprender cómo todavía no hemos perdido el ala incendiada. En realidad estoy volando con curso Noroeste, casi paralelamente al frente ruso.

— ¡Tira! — me grita Gadermann por los auriculares de la radio-comunicación. Pero siento como me voy deslizando en algo nebuloso..., agradable...

¡Tira! — otra vez grita Gadermann. ¿Qué pasa? Alambres de teléfono, árboles... Ya no siento nada en la mano y solamente tiro del bastón porque Gadermann me grita como un condenado. Si por lo menos pudiera terminar ese ardor inaguantable en la pierna... y el vuelo...; si por fin me pudiera dejar ir en esa tranquilidad singular, gris, tan amplia y agradable que me atrae...

— ¡Tira! — Otra vez tireo automáticamente del bastón, pero esta vez Gadermann me despierta definitivamente con su grito. Reconozco casi al instante que tengo que hacer algo.

— ¡Malo...; lleno de colinas!

Pero tengo que bajar a toda fuerza, si no me vuelve a invadir esa tranquilidad peligrosa que emana de mi cuerpo herido para apoderarse de mi voluntad. Piso a la izquierda en el pedal del timón y grito de dolor:

— ¡Pero si tengo lastimada la pierna derecha...!

Echo el bastón a la derecha, levantando la cabeza de la máquina, arrastrando de esta manera el avión sobre el suelo. Es posible que no funcione el dispositivo que lanza el tren de aterrizaje en casos de emergencia. De esta manera no lo puedo cortar. Si no lo hago, volcamos de punta. La máquina arde...; se oye un ruido de piezas que son arrastradas por el suelo...

Ahora estoy tranquilo..., me puedo deslizar en esa inmensidad gris... ¡Qué hermoso...!

Unos dolores brutales me vuelven a la realidad. ¿Me están tireando...? ¿Nos alejamos sobre un terreno descalabrado...? Ahora terminó todo...; la tranquilidad se adueña de mí...

Despierto, y lo primero que veo es que todo a mi alrededor es blanco..., rostros severos y atentos..., olor fuerte a éter y desinfectantes...; estoy tendido sobre una mesa de operaciones. Un susto repentino me invade: ¿Dónde está mi pierna?

— ¿No está más?

El médico mueve afirmativamente la cabeza. Adiós pasear en esquíes nuevos..., bucear..., decatlón..., salto con garrocha...; pero todo es sin importancia. ¡Cuántos compañeros han sufrido heridas mucho más serias que yo! ¿Recuerdas todavía... ese muchacho en un hospital de campaña en Dnjepropetrowsk, que había perdido ambas manos y el rostro por una mina? Todo es sin importancia...: la pierna..., la cabeza y el brazo; si todo esto pudiera contribuir a proteger a la patria del terrible peligro que la acecha...

Entonces, nada sería demasiado. Lo que es mucho más trágico es el hecho que no podré volar por unas semanas... y eso que estamos en una situación poco envidiable. En un segundo, quizás, pasaron todos estos pensamientos por mi cerebro. El médico se inclina, cuchicheándome al oído:

— No pude obrar de otra manera. Ya no había nada, fuera de unos girones de carne; lo único que quedaba de su pierna eran unos tendones. En vista de esto, me vi obligado a amputar.

— ¿Usted lleva en la otra pierna una venda enyesada? — me pregunta asombrado el médico.

— Sí, desde noviembre. ¿Adónde estoy aquí?

— En un hospital de campaña de la "SS bajo armas", cerca de Selow.

— Hum... Selow... Este pueblo queda a unos siete kilómetros detrás de la línea principal de combate; así que he volado con curso Noroeste y no al Oeste, como pensaba...

— Soldados de la "SS bajo armas" lo han traído a usted aquí, donde fué operado por un médico de nuestra unidad. Además, usted tiene que cargar en su conciencia con otro herido más —añade risueñamente.

— ¿No me va a decir ahora que he mordido al médico que me operaba?

— ¡Faltaba más! —me replica, meneando la cabeza—; no, no ha mordido a nadie, pero un tal Teniente Korol quería aterrizar con su "Tieseler Storch" en el lugar del siniestro. Parece que esto no fué tan

fácil, pues al intentar la maniobra volcó de punta...; ahora tiene la cabeza vendada, para hacerle compañía.

El buen Korol... Parece que he tenido un ángel tutelar mucho más grande de lo que yo mismo me imaginaba, mientras que recorría los últimos kilómetros de mi penoso vuelo.

Mientras tanto, el Reichsmarschall ha mandado a su médico, el cual me trasladará al hospital instalado en un "bunker" cerca del Jardín Zoológico de Berlín y que está construido a prueba de bombas. El médico que ha efectuado la operación no se muestra satisfecho; la pérdida de sangre ha sido demasiado fuerte, dice. Mañana quizás será posible.

El médico del Reichsmarschall me cuenta que Goering dió parte del siniestro al Führer. Hitler se mostró tranquilizado y contento al enterarse de que no obstante salí con tanta suerte de ese grave percance.

— Ahí tiene; claro, si los pollitos quieren ser más inteligentes que la clueca...

Esta es una de sus expresiones con respecto a lo ocurrido. A mí me tranquiliza el hecho de que no mencionara nunca la palabra "prohibición de vuelo". Creo que, en vista de la desesperante defensa de toda la Nación, resulte más que lógico a la Superioridad que también yo participe en las luchas, para probar de ganar lo poco que nos queda.

Al día siguiente hago mi "entrada triunfal" en el "bunker" del Zoo, el cual está equipado con cañones de la Flak pesada que tienen el deber de proteger a la población civil de Berlín contra los ataques aéreos de los aliados. Al segundo día me colocan un teléfono al lado de mi cama, pues tengo que quedar en contacto con mi Escuadra; tengo que conversar con ellos los distintos problemas, a saber: las incursiones, la situación reinante, etc. Ya sé de antemano que permaneceré mucho tiempo en este hospital, pero, por otro lado, no quiero perder la conducción y la jefatura de la Escuadra, y esta es la razón del por qué quiero saber los detalles más insignificantes, viviendo con ellos, aunque por el momento sea a través de los hilos telefónicos. Los médicos y las enfermeras, que me cuidan de una manera conmovedora, no están muy entusiasmados de su nuevo paciente; por lo menos en lo que se

refiere a estos asuntos. Siempre mencionan algo referente a "reposo, tranquilidad".

Casi todos los días tengo al lado de mi lecho a compañeros de la Escuadra y a otros amigos y también a otra clase de gente que se hace pasar como tales para poder llegar hasta mi cuarto. Cuando "se adelantan" chicas simpáticas, hacen ojos de tamaño "plato sobero", poniendo las cejas en forma de signo de interrogación, cuando descubren a mi esposa, que permanece sentada al borde de mi cama. "Cosas de la vida", diría el berlinés.

Ya comienzo a conversar ahora con los peritos sobre prótesis y piernas ortopédicas; ¿durará mucho todavía? Estoy intranquilo, y no quiero permanecer más en cama. Unos días más tarde pude atraer a un fabricante de prótesis hasta mi cama. Inmediatamente me debe hacer una pierna ortopédica que me permita volar, sin atender si ya se ha cerrado completamente mi herida o no. Varias firmas renombradas en estos asuntos desisten, justificando su proceder al indicar que todavía es demasiado temprano para un intento de esa índole.

Al fin, uno se hace cargo del asunto, si bien sólo fué una intentona. De todas maneras, se pone a trabajar en el acto con una decisión que me corta la respiración. Este hombre enyesa todo; el muslo y todo lo que encuentra en sus inmediaciones, sin antes haber colocado una venda protectora o haber puesto crema en lo que me restaba de la pierna. Todo esto lo deja secar y al cabo de un rato me dice lacónicamente:

— ¡Piense en algo agradable!

Ni empecé a elegir aquello en lo que iba a pensar, cuando este tipo me arranca de un tirón el yeso, arrancándome de esta manera, totalmente, el vello de la pierna que había quedado adherido al yeso. Creí que se venía abajo el mundo. Este tipo ha errado su profesión; hubiese sido excelente como herrador.

El 3er. Grupo de mi Escuadra y la Plana Mayor están instalados en Görlitz, donde yo iba a la escuela. A pocos kilómetros de distancia viven mis padres, y en estos momentos están entrando los bolcheviques en ese pueblo. Tanques soviéticos corren por los lugares, donde yo solía jugar, cuando todavía era pequeño. Me podría volver loco, cuando pienso en esto. Mis padres tuvieron que huir como muchos otros,

salvando únicamente las propias vidas... nada más. Y mientras ocurre esto, estoy tendido en una cama, condenado a la inactividad. ¿Por qué habré merecido esta crueldad del destino? Mejor es no pensar en todo esto.

Las flores y los pequeños regalos de toda especie, comprueban el cariño de la población para con sus soldados; todos los días llegan a mi pieza. Fuera de Goering, me hace una visita el ministro Goebbels que no he conocido hasta la fecha. La conversación que sostengo con él, se torna muy interesante. En el transcurso de nuestra conversación me pregunta mi opinión con respecto a la situación netamente estratégica en el Este.

—El frente del Oder es la última posibilidad de retener a los soviets —le digo—. No veo otra posibilidad de parar el avance ruso, pues si sucumbe esta posición, caerá Berlín en manos de ellos.

Pero él compara Berlín con Leningrado que tampoco ha caído en manos del enemigo, "porque la población civil supo convertir cada casa en una fortaleza". Lo que pudo realizar la población de Leningrado, también lo podrían hacer los berlineses, y con más razón todavía. Utilizando un nuevo método de comunicación que demostró su eficacia durante los ataques aéreos de los aliados sobre esta ciudad, y que consta de un método combinado entre teléfono y radio, quiere ponerse en contacto con cada casa, para organizar de esta manera lo máximo en organización que garantice la lucha casa por casa. El ministro está convencido de que "sus berlineses" prefieren morir, antes de entregarse a las hordas bolcheviques que sumirán todo en el más absoluto caos. El triste destino que tuvo que vivir más tarde, comprueba la seriedad de sus intenciones.

—Viéndolo del punto de vista militar, tengo mis dudas —le replico—. Si el ruso lograra vencer el frente del Oder, iniciando las luchas en las inmediaciones mismas de la capital del Reich, me parece imposible que logremos mantener libre a Berlín. Usted debe tener en cuenta que estas dos ciudades no permiten una comparación en este sentido. Leningrado contaba con varias ventajas: al Oeste estaba protegido por la Bahía de Finlandia, mientras que al Este, lindaba con el Lago de Ladoga. Al Norte contábamos con un frente no muy fuerte en

Finlandia. La única ventaja que se nos ofrecía era al Sur. En este lado, Leningrado estaba fuertemente fortificado, contando con un excelente sistema de posiciones de defensa. Además, de esto, jamás quedó privado del abastecimiento. Durante el verano, los barcos cruzaban el Lago de Ladoga, mientras que en invierno, los rusos ponían vía libre sobre el hielo, asegurando de tal manera el aprovisionamiento de la ciudad.

Sin embargo, no consigo convencerlo.

Al cabo de quince días puedo dejar por primera vez la cama, para tomar un poco de aire puro. Durante los raids de los aliados sobre la ciudad estoy arriba en la plataforma, al lado de los cañones de la Flak, observando el ataque desde abajo, lo cual puede ser sumamente peligroso, si uno estuviera en el aire. Nunca siento aburrimiento. "Fridolin" viene con la carpeta para las firmas, siendo acompañado en varias ocasiones por unos compañeros. También me visitan el Mariscal de Campo Greim, el libertador de Mussolini, Skorzeny, y la aviadora Hanna Reitsch, para conversar un rato conmigo. Siempre tengo algo que hacer y quisiera dejar a un lado una intranquilidad que me martiriza y siento a cada momento y que siempre me vuelve a recordar que no puedo participar en las luchas. Estoy condenado a la inactividad. Al hacer mi entrada en el "bunker" del Zoo, declaré "solemnemente", que al cabo de seis semanas volvería a caminar y a volar. Los médicos saben muy bien que su "no" no les valdrá de nada y que únicamente contribuiría a ponerme rabioso. A principios de marzo salgo por primera vez al aire libre — caminando con muletas.

En estos días, una de mis enfermeras me invita a pasar unas horas con su familia y así ocurre que de pronto me veo como huésped del ministro de Relaciones Exteriores, von Ribbentrop. Un buen soldado probablemente no será nunca un buen diplomático y por esta misma razón la visita adquiere un carácter poco común; esta conversación saca a la luz del día, la otra faz de la guerra que no es disputada con las armas. Al ministro interesa mi opinión sobre la fuerza efectiva del frente del Este y de nuestro potencial militar en estos momentos. Le explico que nosotros, los soldados combatientes, abrigamos la esperanza de que ocurra algo conveniente de parte de la diplomacia para amenazar un poco la presión que nos oprime de todos lados.

salvando únicamente las propias vidas... nada más. Y mientras ocurre esto, estoy tendido en una cama, condenado a la inactividad. ¿Por qué habré merecido esta crueldad del destino? Mejor es no pensar en todo esto.

Las flores y los pequeños regalos de toda especie, comprueban el cariño de la población para con sus soldados; todos los días llegan a mi pieza. Fuera de Goering, me hace una visita el ministro Goebbels que no he conocido hasta la fecha. La conversación que sostengo con él, se torna muy interesante. En el transcurso de nuestra conversación me pregunta mi opinión con respecto a la situación netamente estratégica en el Este.

—El frente del Oder es la última posibilidad de retener a los soviets —le digo—. No veo otra posibilidad de parar el avance ruso, pues si sucumbe esta posición, caerá Berlín en manos de ellos.

Pero él compara Berlín con Leningrado que tampoco ha caído en manos del enemigo, "porque la población civil supo convertir cada casa en una fortaleza". Lo que pudo realizar la población de Leningrado, también lo podrían hacer los berlinenses, y con más razón todavía. Utilizando un nuevo método de comunicación que demostró su eficacia durante los ataques aéreos de los aliados sobre esta ciudad, y que consta de un método combinado entre teléfono y radio, quiere ponerse en contacto con cada casa, para organizar de esta manera lo máximo en organización que garantice la lucha casa por casa. El ministro está convencido de que "sus berlinenses" prefieren morir, antes de entregarse a las hordas bolcheviques que sumirán todo en el más absoluto caos. El triste destino que tuvo que vivir más tarde, comprueba la seriedad de sus intenciones.

—Viéndolo del punto de vista militar, tengo mis dudas —le replico—. Si el ruso lograra vencer el frente del Oder, iniciando las luchas en las inmediaciones mismas de la capital del Reich, me parece imposible que logremos mantener libre a Berlín. Usted debe tener en cuenta que estas dos ciudades no permiten una comparación en este sentido. Leningrado contaba con varias ventajas: al Oeste estaba protegido por la Bahía de Finlandia, mientras que al Este, lindaba con el Lago de Ladoga. Al Norte contábamos con un frente no muy fuerte en

Finlandia. La única ventaja que se nos ofrecía era al Sur. En este lado, Leningrado estaba fuertemente fortificado, contando con un excelente sistema de posiciones de defensa. Además, de esto, jamás quedó privado del abastecimiento. Durante el verano, los barcos cruzaban el Lago de Ladoga, mientras que en invierno, los rusos ponían vía libre sobre el hielo, asegurando de tal manera el aprovisionamiento de la ciudad.

Sin embargo, no consigo convencerlo.

Al cabo de quince días puedo dejar por primera vez la cama, para tomar un poco de aire puro. Durante los raids de los aliados sobre la ciudad estoy arriba en la plataforma, al lado de los cañones de la Flak, observando el ataque desde abajo, lo cual puede ser sumamente peligroso, si uno estuviera en el aire. Nunca siento aburrimiento. "Fridolin" viene con la carpeta para las firmas, siendo acompañado en varias ocasiones por unos compañeros. También me visitan el Mariscal de Campo Greim, el libertador de Mussolini, Skorzeny, y la aviadora Hanna Reitsch, para conversar un rato conmigo. Siempre tengo algo que hacer y quisiera dejar a un lado una intranquilidad que me martiriza y siento a cada momento y que siempre me vuelve a recordar que no puedo participar en las luchas. Estoy condenado a la inactividad. Al hacer mi entrada en el "bunker" del Zoo, declaré "solemnemente", que al cabo de seis semanas volvería a caminar y a volar. Los médicos saben muy bien que su "no" no les valdrá de nada y que únicamente contribuiría a ponerme rabioso. A principios de marzo salgo por primera vez al aire libre — caminando con muletas.

En estos días, una de mis enfermeras me invita a pasar unas horas con su familia y así ocurre que de pronto me veo como huésped del ministro de Relaciones Exteriores, von Ribbentrop. Un buen soldado probablemente no será nunca un buen diplomático y por esta misma razón la visita adquiere un carácter poco común; esta conversación saca a la luz del día, la otra faz de la guerra que no es disputada con las armas. Al ministro interesa mi opinión sobre la fuerza efectiva del frente del Este y de nuestro potencial militar en estos momentos. Le explico que nosotros, los soldados combatientes, abrigamos la esperanza de que ocurra algo conveniente de parte de la diplomacia para ameniguar un poco la presión que nos oprime de todos lados.

— ¿No sería posible hacerles entender a las potencias del Oeste que su enemigo más grande es el bolchevismo, que los amenazará a ellas lo mismo que está amenazando ahora la existencia de Alemania, en el caso de que nosotros perdamos la guerra, y que ellas jamás estarán en condiciones de contenerlos, una vez que estén solas? Interpreta estas palabras como si fueran un escondido reproche contra él. ¿Cuántas veces ya le habrán obligado a escuchar este disco? Inmediatamente comienza a explicarme que ya hizo varios intentos que fracasaron todos, pues cada vez que había conversado con el "otro lado" acerca de estos asuntos, se producía una retirada de nuestras tropas en uno de los frentes, hecho que volvía a dar valor y fe a los aliados para proseguir la guerra, en vez de continuar las deliberaciones y las negociaciones diplomáticas. Para refirmar sus palabras, me nombra varios ejemplos, explicándome, no sin hacerme cierto reproche, que los tratados convenidos antes de la guerra con Inglaterra y Rusia, que fueron obra de él a favor de Alemania, no había sido una pequeñez cualquiera; al contrario: habían sido un gran éxito. Pero, de eso ya nadie habla; sólo se ven los lados negativos, por los cuales él no se siente responsable en todo sentido. Claro está que todavía hoy se está negociando, pero es improbable, que en vista de la situación reinante, podamos contar todavía con un éxito que solucione la misma. Habrá que esperar lo que nos depare el futuro. Este vistazo que puede dar en los entretelones de la diplomacia, me basta por completo — por el momento. No siento curiosidad de saber más.

A mediados de marzo aprovecho el sol primaveral, para dar un paseo en compañía de una simpática enfermera y justamente en este primer "aleteo" me ocurre una cosa curiosa. Como estamos en el Jardín Zoológico, nos sentimos atraídos, a igual manera que los demás visitantes, por la jaula de los monos. A mí me impresiona un bicho bastante grande que permanece acurrucado, lleno de pereza, sobre una rama, masticando algo indefinible. Todo lo que le rodea, no le parece digno ni de una sola mirada. Así parece filosofar, mientras que su larga cola le cuelga como un signo de interrogación. Me tienta, naturalmente, lo que no se debe hacer: paso las dos muletas por entre los barrotes para tocarle la cola, volviéndolo de esta manera al mundo de las realidades del enemigo, antes de iniciar el ataque.

dades. Apenas se la toqué, cuando éste se aferra con un movimiento veloz de mis dos aparatos, tirando con todas sus fuerzas simiescas de ellas, con la intención de hacerme pasar a mí a la jaula. Bailando sobre la pierna que me quedó, me obliga a arrimarme a su celda, pero creo que este bicho no logrará su propósito, de pasarme a la manera de las máquinas trituradoras de carne, por los barrotes de hierro. La enfermera Edelgarda se prende de mí, y así comienza la lucha. De un lado está prendido el mono, y del otro, nosotros, tirando todos con fuerzas sobrehumanas... y sobresimiescas, de mis muletas.

¡Hombres contra monos! Sus manos se han resbalado un poco en la pata de mis artefactos, tocando por casualidad los tapones de goma que sirven para impedir que se hundan en la arena o que pierdan el sostén en superficies lisas. Estos tapones llaman su atención; después de olfatearlos críticamente, los arranca de un solo tirón, para comérselos, casi sin masticar. Por último, me agradece con una amplia sonrisa que le hace llegar la boca de una oreja a la otra. En este momento consigo sacar rápidamente mis dos varillas de la celda de este simpático animal, impidiendo de esta manera, por lo menos, una victoria completa del mono sobre las cualidades físicas y morales del hombre. Pocos segundos más tarde comienzan a ulular las sirenas, indicando que comienza otro raid de los aliados sobre la ciudad. Tengo que correr, apoyado sobre mis muletas, que ahora se hunden a cada paso, en la arena. A los pocos metros, estoy bañado en sudor. A mi alrededor, todos corren precipitadamente, mientras que prosigo mi marcha, caminando a trancos torpes. Voy demasiado despacio y alcanzo con la enfermera la puerta del "bunker", cuando ya caen las primeras bombas.

Nos estamos acercando a Pascuas, y para el domingo quiero estar con mis compañeros. Mi Escuadra se ha instalado actualmente en Rosenhain, Sajonia, mientras que mi 1er. Grupo se ha trasladado, proveniente de Hungría, a las inmediaciones de Viena, quedando de tal manera, como siempre, en el sector Sureste del frente ruso. Gadermann ha iniciado sus tareas en una oficina enroladora de aviadores, mientras dura mi ausencia, para poder ejercitar su profesión como médico, allá en Braunschweig. Le llamo por teléfono, para comunicarle que he encargado una Ju 87 que me esperará en el aeródromo de Tempelhof,

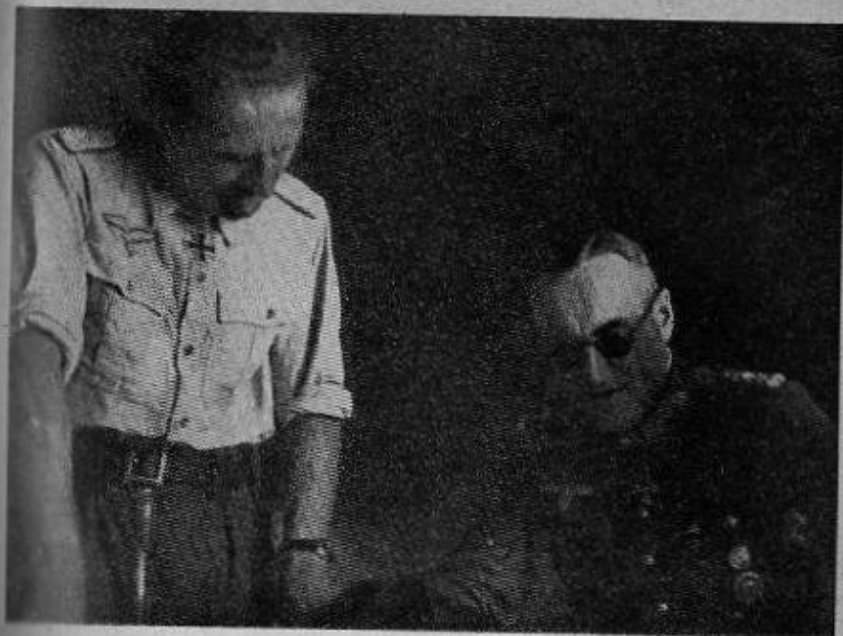
para llevarme a mi Escuadra. No se puede convencer del todo que ésta sea mi decisión, pues ha hablado con el profesor que me tiene en tratamiento. Además de eso, no se siente bien. No lo iría a ver más en la última misión de esta guerra.

Como nuevo artillero tomo al Capitán Niermann, oficial experimentado y portador de la Cruz de Caballero.

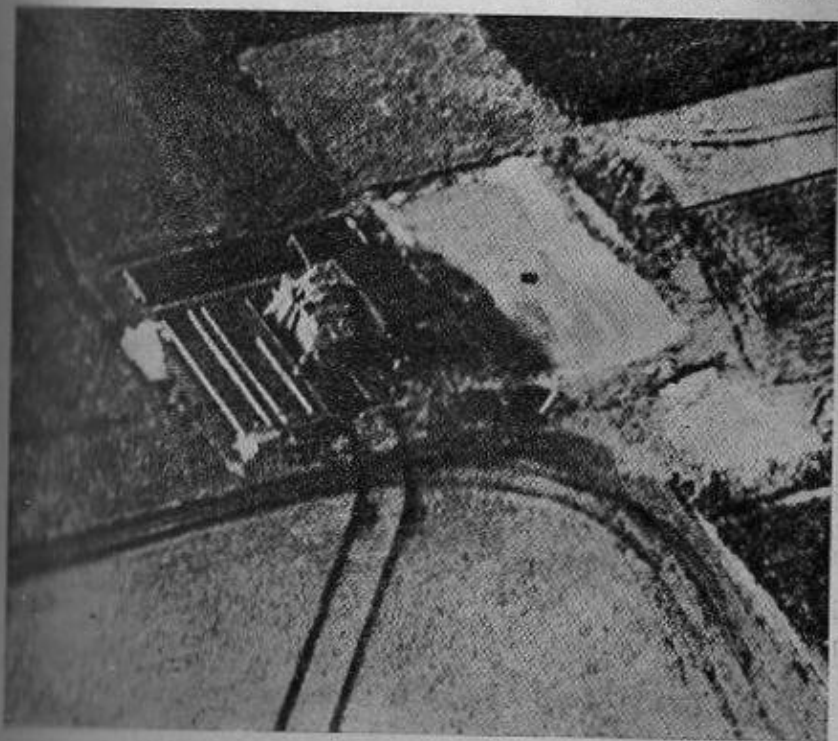
Abandono el bunker, después de haberme despedido debidamente del Führer quien en esta ocasión me vuelve a expresar su alegría de que, a pesar de todo, pude tener tanta suerte; de la prohibición no menciona nada; creo que ni le habrá venido la idea. Después de seis semanas vuelvo a ocupar mi asiento en mi máquina, volando rumbo hacia mis compañeros. Hoy es "Sábado de Gloria" y me siento inmensamente feliz. Poco antes de salir, me llama "Fridolin" por teléfono, comunicándome que me dirija a los Sudetes, pues él se está preparando para realizar el traslado a Kummer am See, cerca de Niemes. Todavía no puedo adaptarme a la máquina y vuelo como *el primer ser humano* que se atrevió a usar esta clase de aparato, pero con el pasar del tiempo vuelvo a familiarizarme con el avión. Algo dificultoso se me presenta el manejo de los alerones del timón, pues los puedo dirigir únicamente con un solo pie. No puedo pisar a la derecha, porque todavía no tengo una prótesis u otro dispositivo auxiliar; para salvar este inconveniente tiro con el pie izquierdo, logrando de esta manera que se baje el pedal derecho, realizando así la maniobra necesaria. Mi muslo está bien empaquetado y rodeado de una gruesa capa de yeso y cuelga debajo del instrumental, sin chocar en ningún lado. Volando así, aterrizo, después de hora y media de vuelo, en mi nueva base en Kummer am See. Los Grupos de pilotos de la Escuadra han llegado aquí hace ya una hora.

El paisaje que rodea a nuestra nueva base es hermoso; está situado entre las montañas de los Sudetes, rodeada de bosques y de lagos. En Kummer mismo contamos con un hermoso lago, en el medio del bosque. Hasta que se resuelva el problema de las viviendas para la Escuadra, permanecemos en la sala principal del restaurante.

Aquí, en los Sudetes, todo da la impresión de la paz más profunda y absoluta. El enemigo está apostado al otro lado de las montañas.



Mariscal General de Campo Schoerner en nuestra estación de combate.



Pese al buen "camouflage" la huella del tanque descubre el lugar.



Tanque destruído por el fuego.



Interrupción de una línea férrea.

El que protege este frente, no es otro que el conocido Mariscal de Campo Schörner personalmente. La tranquilidad es motivada, en vista de esto. Por la noche, a eso de las 11 horas, comienza a cantar delante de nuestra puerta un coro de niños: "Dios te salude". Se trata de la escuela de esta localidad que nos ofrece esta serenata junto con la maestra. Para las almas duras e insensibles de los soldados combatientes, esto es algo nuevo y hace vibrar en nuestro corazón sentimientos que preferimos no tener en estos momentos, donde nos toca volver a trenzarnos con el enemigo. Cada uno se ocupa de sus propios problemas, sentados todos sin pronunciar una sola palabra, mientras que afuera cantan las vocecillas de los niños. Todos sentimos que estos chicos nos tienen confianza; saben que nosotros haremos todo, para parar el inminente peligro, antes de que arrase sus hogares y sus campos. Todos prometemos en estos minutos dar hasta el último resto de energía. No haremos faltar nuestro arrojo, aquí delante de las fronteras de su patria. Cuando terminan, salgo para darles las gracias por la cordial bienvenida, invitándolos para los días siguientes, en los cuales les presentaré mis pájaros, pues sé, que se interesan vivamente por ellos. Así realizan su visita, un poco más tarde.

Para empezar, tiroteo desde el aire con mi máquina antitanque un blanco de un metro cuadrado. Los niños lo rodean en semicírculo, pudiendo imaginarse ahora, como se combaten los tanques del enemigo, mientras que para mí es una prueba, en la cual veo como lo puedo hacer con una sola pierna.

El otro lado de los Sudetes está envuelto en una densa niebla que nos impide realizar nuestros raids. Por lo tanto tengo algo de tiempo, para demostrarles con una FW 190 D 9 algo de vuelos acrobáticos, tanto arriba como abajo. Los frenos que son sumamente necesarios para esta máquina veloz en nuestra pista, son accionados a pedal, pero mi oficial técnico, "el genio" Capitán Klatschner, los ha cambiado, para que yo los pueda usar con las manos.

Cuando aterrizo, veo que los soldados me hacen señas con las manos, mostrando hacia arriba. Al mirar en la dirección que señalan distingo a varios cazas bombarderos del yanqui que lograron pasar la capa de niebla que muestra ahora varios boquetes. Se trata de aviones

del tipo Mustang y Thunderbolt que están describiendo sus círculos allá arriba. Están volando a una altura de 1600 a 1800 metros sobre una capa de bruma. No me vieron, si no ya hubiese tenido contacto con ellos en el aire. Los Thunderbolt llevan bombas y parece que están buscando; por lo visto el asunto está dirigido contra nosotros. Salgo ligeramente a los saltitos, siempre que un hombre con una pierna y una venda enyesada pueda ser "ligero", en dirección a mi central, ordenando que todos tomen cubierta completa. A los niños los conduzco al sótano; ahí por lo menos estarán protegidos contra esquirlas. Por lo tanto, esta casa solitaria que nos sirve de central, muy bien puede provocar a uno de esos pajaritos. Como último entro yo, para tranquilizar a los niños, cuando ya caen las primeras bombas. Una de ellas abre un pozo cerca de la casa, rompiendo todos los cristales y sacándole medio techo. Tenemos en la pista una defensa de Flak, pero es demasiado débil para impedir que el yanqui prosiga con su bombardeo; únicamente nos salva de los ataques a ras de la tierra. Afortunadamente no contamos con heridos entre los niños. A mí me da lástima que fueron arrebatados de un inocente romanticismo aéreo, para ser puestos, tan de golpe, en la cruda realidad. Pronto todos ellos se tranquilizan y la maestra sale en "fila de indio" con sus ovejitas en dirección al pueblo.

El Capitán Niermann irradia alegría, pues espera haber filmado todo el ataque. Durante todo este teatro estaba en una fosa, filmando las bombas desde el momento en que fueron desprendidas del avión hasta cuando explotaban en el suelo, levantando una nube de tierra y piedras. Estos son bocados para el experimentado filmdor de Spitzbergen, de donde también ha traído varias fotos raras y curiosas.

El boletín meteorológico de la región de Bautzen-Görlitz nos dice que aclarará dentro de poco. Dejando a un lado Görlitz, los soviets han sobrepasado Bautzen que quedó encerrado con su tripulación alemana, para alcanzar, por la ruta de Bischofswerda, la ciudad de Dresden. Siempre nos lanzamos sobre la punta de lanza de estas unidades que intentan romper las defensas del frente del Mariscal de Campo Schörner. Así apoyamos los contraataques, logrando liberar la ciudad de Bautzen, destruyendo una gran cantidad de tanques y vehicu-

los. No me resulta fácil volar; parece que la hemorragia ha sido copiosa y mis fuerzas físicas que creía inagotables, me hacen notar que también para ellas hay un límite. Una parte de estos éxitos van por cuenta de otras unidades de cazas y de aviones de combate que están bajo mis órdenes, estacionándose en nuestra pista y en la vecindad.

Durante la primera mitad del mes de abril, me llama una orden a la cancillería del Reich en Berlín. El Führer me dice que me tendré que hacer cargo de todas las unidades que vuelan máquinas a chorro, para mantener libre, de esta manera, la zona sobre el ejército del General Wenk que se está formando en las inmediaciones de Hamburgo. Como primer deber, este ejército deberá realizar una avanzada en dirección a los montes del Harz, partiendo de la mencionada ciudad, con el objeto de cortar a los angloamericanos, todas las vías de abastecimiento, puesto que éstos ya están situados más al Este. La condición para todas las acciones del ejército en esta situación, es poder contar con un cielo limpio de enemigos sobre los propios ejércitos y sobre el propio frente. Sin esta condición, todos los esfuerzos son vanos. Tanto el Führer como el General Wenk, quien deberá conducir esta operación, lo saben perfectamente.

Pido al Führer que me exima de esta misión, pues creo más importante colaborar en el frente del Mariscal de Campo Schörner que está envuelto en serias luchas defensivas. Además le propongo que nombre para la realización de la presente misión a un piloto experto en aviones a chorro, pues éste, por lo menos, no se encontraría ante un problema completamente desconocido. Le explico que mi especialidad se extiende sobre asuntos de Stukas y sobre el combate contra tanques y que hasta la fecha, solamente he ordenado cosas en las cuales he participado personalmente. Con respecto a los aviones a chorro, no lo podría hacer y me sentiría molesto ante los jefes de las distintas unidades y sus tripulaciones. Siempre tengo que volar a la punta.

—¡Pero si yo no quiero que usted vuele: usted sólo deberá organizar. Al que dude por eso de su valentía, lo hago colgar!

Estas palabras me parecen un poco bruscas, pero sin duda que las dice para disipar mis dudas al respecto.

—Hombres con experiencia, tengo bastantes, pero eso sólo no me basta; necesito a una persona capaz de organizar y de realizar severamente el proyecto.

Una resolución definitiva no se adopta este día; vuelvo con mi máquina a mi base. Unos días más tarde, me tengo que presentar al Reichsmarschall, donde se me ordena oficialmente hacerme cargo de lo tratado con el Führer. Mientras tanto, la situación general ha empeorado hasta tal punto que el territorio nacional corre peligro de ser subdividido en dos bolsones, imposibilitando de esta manera la conducción de las unidades. Por esta razón y por las otras ya mencionadas, rechazo hacerme cargo de lo ordenado. Como Goering me da a entender, que para él no es nada sorpresiva mi manera de proceder, porque conoce completamente mis puntos de vista, desde que desistí rotundamente a aceptar el puesto de General de los Aviones de Combate. A toda costa, quiero mantenerme en mi Escuadra, con la cual espero lograr valiosos éxitos de importancia general. El motivo principal es, esta vez, que no puedo hacerme cargo de una misión, estando yo mismo convencido de la imposibilidad de su realización. Pronto me doy cuenta de lo serio que Goering ve la situación. Cuando conversamos acerca de la misma en los distintos frentes, inclinándonos sobre los mapas, puedo oír como el Mariscal del Reich murmura:

—Estoy curioso por ver cuándo llegará el momento de prenderle fuego a esta choza.

Con esto se refiere a su residencia de Karinhall. Me aconseja que vaya personalmente al Cuartel General del Führer, para presentarle mi renuncia al cargo ordenado; pero como no tengo una orden para proceder de tal manera, vuelvo a mi Escuadra, donde ya me esperan con ansias. — Esta visita no iba a ser la última a Berlín.

Un telegrama para el 19 de abril, me hace volver otra vez a la Cancillería del Reich. Ya no es tan fácil volar solo con una máquina desde Checoslovaquia hasta Berlín. En varios puntos del Reich, casi ya se tocan los frentes del ruso y del americano. El aire está cargado de aviones, pero no de los nuestros, por desgracia. Llego a la cancillería, esperando en la antecámara del bunker del Führer. Entre los presentes reina la tranquilidad y la absoluta confianza en el futuro. En la ma-

yoría son militares que participan en las actuales operaciones. Afuera se oyen los estruendos de las bombas de 1000 kilos, que los aviones ingleses, del tipo Mosquito, lanzan en el centro de la ciudad.

A las 23 horas me veo frente al Comandante Supremo. Desde un principio reconozco la intención de esta reunión: se trata de la entrega definitiva de los diversos cargos a los presentes. Es una particularidad del Führer de comenzar con un tema, "*ad ovo*", para dar, finalmente, con el asunto principal. Hoy es igual. Para empezar pasa a explicar el papel importante que siempre ha ocupado la técnica alemana en los siglos pasados, en la cual siempre hemos llevado grandes ventajas. Esta hay que llevarla a cabo, para sacar nuestro provecho de la situación. Me explica que el mundo entero teme la técnica y la ciencia alemanas y me muestra varias informaciones que indican de qué modo los aliados piensan, desde ya, distribuirse a los sabios alemanes, y la técnica alemana, para hacerlos trabajar para ellos. Otra vez nos deja perplejos con su extraordinaria memoria para las cifras y sus nociones especiales en todos los asuntos técnicos. Ya llevo 6000 horas de vuelo, estando al tanto en los diferentes tipos de aviones, gracias a mi gran práctica y, sin embargo, no hay nada que él no me sepa explicar, como si se tratara de lo más fácil del mundo, haciendo a la vez propuestas de su parte, tendientes a corregir uno que otro desperfecto. Su estado físico no es tan bueno como hace dos o tres semanas; en sus ojos se refleja un brillo extraño. El Coronel von Below me dice que Hitler no ha dormido casi, durante las últimas ocho semanas. Una reunión era seguida por otra. El temblor de su mano se ha acentuado aún más y data desde el último atentado del 20 de julio. Durante las prolongadas disputas, en esta noche, ocurre, además, que se repite en ciertas explosiones, lo que antes nunca había sido el caso. Sus palabras son claramente pensadas y decididas.

Después de haber terminado con una introducción más bien prolongada, comienza a discutir sobre el tema principal que ya conozco. En este repite una vez más las razones que ya he oído hace unos días, y termina diciendo:

"Es mi deseo que esta difícil misión sea llevada a cabo por usted, quien es el único portador de la más alta condecoración de valor".

Valiéndome de los mismos argumentos y de otros parecidos a la vez pasada, rechazo la oferta, teniendo en cuenta que la situación se ha agravado aún más y que hay que contar, de un momento a otro, que se reúnan ambos frentes en el centro del Reich, obligándonos a operar con dos bolsones completamente separados uno del otro. Para realizar este propósito, sólo nos podríamos valer del bolsón del Norte, en el cual estaríamos obligados a reunir todas las máquinas a chorro. Interesante para mí es el número de aviones que se dan como listos para entrar en acción: se trata de 180 máquinas, incluyendo cazas y bombarderos. En el frente estamos notando, desde hace tiempo, la superioridad del enemigo que es más o menos de 1 a 20. Como estos aviones a chorro necesitan pistas grandes para despegar, sólo podríamos disponer de un número más bien limitado de pistas en el bolsón del Norte. Opino que estas pistas estarían, día y noche, bajo la lluvia de las bombas del enemigo, una vez ocupadas por las máquinas mencionadas, lo cual tendría, como consecuencia, una fuerza efectiva propia que equivaldría a cero. Y esto dentro de pocos días. Por lo tanto y en vista de lo expuesto, es prácticamente imposible mantener libre el cielo sobre el ejército del General Wenk, lo cual originaría la catástrofe, debido a que el mencionado ejército quedaría sin abastecimientos e impedido de realizar las diferentes operaciones tácticas. De mis conversaciones personales con el General Wenk sé que el ejército hace depender todos sus cálculos de mi contestación afirmativa, pues "el cielo libre" es el factor más importante, como lo hemos podido comprobar en varias ocasiones, en Rusia.

Como esta vez no puedo asumir la inmensa responsabilidad, viéndolo desde mi punto de vista, quedo firmemente con mi "no". En esta ocasión puedo comprobar que, si Hitler tiene la convicción de que uno sólo piensa en el provecho de la nación y de la comunidad, le concede la libertad más amplia de expresar abiertamente lo que uno piensa. Si por el contrario, se trata de personas que ya le desilucionaron en otras ocasiones, es lógico que Hitler no les crea más.

No quiere tomar como asunto definitivo mi teoría de los dos bolsones, justificando su punto de vista, al mencionar que los Jefes de los frentes le han prometido firmemente resistir en las actuales posiciones,

lo que equivaldría a poder contar con un territorio comprendido, en el Oeste por el río Elba, al Norte por los mares del Norte y del Báltico, al Este por el río Oder, el Niesse y terminando por el Sur con los Sudetes. Expresó también, que justamente creía capaz al soldado alemán, en el suelo de su patria, de realizar proezas de arrojo y valentía, pero que si el ruso llega a concentrar un contingente fuerte de tropas, tarde o temprano logrará irrumpir en nuestras líneas, para reunirse con el americano, apostado ya a nuestras espaldas. Menciona varios ejemplos de los años pasados, ocurridos en Rusia. Tanque tras tanque fué echado por los rusos a la batalla y si no lo lograban con tres, entonces hacían atacar a diez divisiones blindadas. Sacrificando de esta manera cantidades inimaginables de material y de vidas, lograban, por fin, ganar terreno en el débil frente alemán, sin que nosotros lo pudiéramos impedir. En aquellos tiempos, todo giraba alrededor de la pregunta, si estas masas inagotables se irían a extinguir antes de que sucumbiera Alemania, o no. No se agotaron, porque la ayuda del occidente era demasiado eficaz. Viéndolo desde el ángulo netamente militar, se trataba de éxitos defensivos, cuando entregábamos franjas de terreno a los rusos, sufriendo éstos el máximo de bajas, tanto en sus tropas como en su material. Aunque el lado contrario siempre supo ridiculizarlo, sabemos que ha sido así y no nos importan sus comentarios irónicos. Pero esta vez, de nada nos servirá una retirada exitosa, entregando terreno al enemigo, pues con solo perder unos pocos kilómetros, el ruso se apuesta a espaldas de nuestro frente occidental. Una inmensa responsabilidad — quizás por siglos — han cargado los angloamericanos, debilitando a Alemania con el solo fin de fortificar cada vez más a los rusos. Un día, la historia lo dirá. Al terminar esta conversación, le digo verbalmente al Führer:

— En mi opinión, creo que ya no es el momento, para terminar exitosamente la guerra contra ambos lados, pero muy bien contra uno solo, si logramos convenir un armisticio con uno de los dos bandos.

Con una sonrisa algo cansada, que se refleja en su rostro, me contesta:

— Para usted todo resulta muy fácil; desde 1943 estoy tratando ininterrumpidamente de hacer las paces, pero los aliados no quieren.

Exigen, desde un principio, la capitulación incondicional. Mi destino personal, nada tiene que ver en esto, pero es que no puedo aceptar la capitulación incondicional para el pueblo alemán; esto lo comprenderá todo hombre razonable. También ahora seguimos negociando, pero ya no creo en un acuerdo. Por eso tentaremos de pasar esta crisis hasta que las armas nuevas nos concedan la victoria.

Después de haber conversado algunas palabras sobre la situación del ejército del Mariscal de Campo Schörner, me hace saber que esperará unos días, para ver si se desarrolla todo en el ambiente general, tal cual se lo imagina él, o si tendré razón yo. Si se realizara lo primero, me hará llamar de nuevo a Berlín, para darme definitivamente sus directivas. A eso de la 1 de la mañana, salgo del bunker del Führer, mientras que en la antesala ya esperan los primeros felicitantes para su cumpleaños.

Estoy volando de regreso a Kummer am See; tengo que mantenerme a poca altura, pues encima de mí están los rusos, mientras que un poco más allá, se encuentran los Mustangs, los Thunderbolts y los cuatrimotores del yanqui. Así prosigo mi ruta casi sin interrupción, hasta llegar a la base. Cuando hay que volar a ras de la tierra, siempre con el temor: "¿te vieron, o no te vieron?", es más agotador que el más severo raid en el frente. Si Niermann y yo transpiramos de la tensión nerviosa, no es nada asombroso. Un suspiro de alivio se nos escapa, cuando por fin, tocamos nuestra pista.

La presión de los rusos al Oeste de Görlitz se ha reducido algo, y esto se debe, en no poco, a nuestro apoyo, pues los hemos atacado días tras días, infligiéndoles considerables bajas. Por la noche, y después de haber cumplido con la última obligación, hago una visita en coche a Görlitz, mi tierra natal, y que ahora está comprendida en el frente contra los rusos. Aquí me encuentro con muchos conocidos de mi juventud. Todos tienen un cargo y hasta se incorporan al "Volkssturm" (la defensa popular), para defender a su patria. Es una entrevista más bien rara; muchas cosas quedan sin ser comentadas. Preocupaciones, sufrimientos y aflicción; cada uno carga con su problema. Todos ven, por el momento, el peligro que los amenaza y que viene del Este. Mujeres que trabajan como negros, cavando fosas antitanques, dejando

por breves instantes la pala de punta, para darles el pecho a los bebés; hombres de edad avanzada olvidan las molestias que les imponen los años, trabajando de tal manera que las gotas de sudor les corren por el cuerpo semidesnudo y las muchachas reflejan en sus rostros juveniles la más firme y severa decisión, pues saben muy bien lo que les espera, si las hordas rojas consiguen inundar toda esta región. Es un pueblo entero que se está defendiendo en una lucha mortal. Si los pueblos occidentales pudiesen ser testigos oculares de estos dramáticos hechos y del destino fatal que acecha, seguramente abandonarían su frívola relación con el bolchevismo, que se prepara para dar el zarpazo mortal a toda la cultura y la civilización de un continente.

Solamente el 2º Grupo se ha instalado en Kummer. La Plana Mayor de la Escuadra ha instalado su central en la escuela de Niemes, alojándose en su mayoría, en las casas habitadas todavía por la población que en un 95% habla alemán. Nos leen todos los pedidos en los ojos. No es fácil llegar o salir de la base. Siempre tenemos que llevar a un soldado sentado sobre un guadabarro, para que nos prevenga de la presencia de aviones enemigos. A cada rato pasan bramando aviones del ruso o del americano por esta región, volando a escasa altura, pues en este sector se encuentran sus recorridos. Los unos, los más desagradables, vienen del Oeste; los otros, del Este.

Cuando salimos para nuestros raids, comúnmente nos esperan de un lado los "amis" (americanos) y del otro los "ruskis" (rusos). Estamos corriendo baquetas aquí arriba, en el propio cielo de nuestra patria. Nuestras viejas Ju 87 son lerdas como los caracoles, en comparación a las máquinas del enemigo y cada raid exige lo último de todos nosotros, cuando volamos acercándonos a nuestros blancos. También cuando atacamos, el cielo está poblado de máquinas contrarias; cuando volvemos a la base nuestra propia Flak nos tiene que "limpiar el cielo", antes de que podamos aterrizar. Durante el vuelo de vuelta tenemos que abrirnos un camino hasta la pista, atravesando las barreras aéreas del enemigo.

Los cazas del yanqui no nos atacan cuando reconocen que nos dirigimos al frente del ruso, trezándonos en combates aéreos.

De la pista en Krummer salimos todas las mañanas con cuatro o cinco máquinas antitanques, acompañándonos doce o catorce FW 190, que llevan bombas y que a la vez se encargan de ofrecernos protección contra los cazas enemigos. En estos casos nos espera el adversario con un inmenso número de aviones. Sólo en casos muy raros, cuando disponemos de suficiente gasolina, podemos salir con todas las máquinas disponibles de la Escuadra. En estos casos el enemigo nos supera solamente cinco veces.

Podemos decir tranquilamente que el pan que estamos comiendo lo tenemos bien ganado.

Para el 25 de abril me llega otro telegrama del Cuartel General del Führer, pero es ilegible, dado que está completamente mutilado. A pesar de esto, puedo comprender que me debo trasladar inmediatamente a Berlín. En vista de tal orden, llamo por teléfono a la Superioridad, para darle parte de lo acontecido. El General no me da permiso de salir con mi máquina, pues acaba de informarse por el Boletín Militar de que los rusos ya han alcanzado el aeródromo de Tempelhof, en el cual se libran cruentas luchas. Además no sabe si todavía hay una pista libre de enemigos. Su opinión es:

— Si usted llega a aterrizar entre los rusos, me cortan la cabeza por haberle dejado salir.

Sin embargo, quiere tratar de ponerse en contacto telegráfico con el Coronel von Below, para enterarse del contenido del telegrama que acabo de recibir en tan mal estado y para que le indique una pista en la que pueda aterrizar. Durante los días siguientes no tengo noticias al respecto. Por fin, el 27 de abril, a eso de las 11 de la noche, me llama por teléfono para comunicarme que acaba de lograr una combinación, dándome las siguientes instrucciones: Debo salir esta misma noche con una He - 111, para Berlín, aterrizando en la gran avenida de Berlín, el "eje Este - Oeste". Sobre esa misma avenida está situada la Puerta de Brandenburgo —el emblema de Berlín— y la Columna de la Victoria. Niermann me acompañará.

No resulta fácil remontar con la máquina bimotor He - 111 en plena noche, pues no tenemos ni una sola luz marginal en toda la pista, ni otra cosa cualquiera que nos pudiera servir de guía. Además de esto, es

bastante pequeña, estando limitada, de un lado, por una alameda. Para poder salir de aquí nos vemos obligados a quitarle gasolina de los tanques de combustible, para que la máquina sea algo más liviana. Claro está que esto va en perjuicio del tiempo que nos podremos mantener en el aire y esto significa, en otras palabras, que es sumamente reducido.

Salimos a la una de la mañana. La noche es negra como boca de lobo. Sobrepassando los Sudetes, nos internamos en la zona de batalla, volando con rumbo al Noroeste. Debajo de nosotros todo está fantásticamente iluminado; muchos pueblos y ciudades están ardiendo. ¡La patria está ardiendo por las cuatro puntas! Al llegar a la zona urbanizada de Berlín, comienzan a tantearnos los reflectores y la Flak del ruso. De la misma ciudad no podemos reconocer nada, debido al humo y a la bruma que la envuelven en un manto mortífero. En parte nos impiden la visibilidad los incendios, que alumbran todo casi como la luz del día y que nos encandila completamente.

Me veo obligado a mirar por un tiempo en la oscuridad para volver a acostumbrar los ojos. Reconocemos nuestra incapacidad para impedir esta catástrofe... ¡Mejor no pensar! Un incendio al lado de otro, fogonazos de la artillería; es un aspecto infernal el que se nos ofrece. El telegrafista de a bordo ha entrado en contacto con la estación radiogonométrica en tierra y ésta nos indica: "¡Esperar!" ¡Esto era lo único que nos faltaba todavía! Estamos casi sin combustible. Al cabo de quince minutos nos llega un mensaje del Coronel von Below, quien nos comunica que es imposible aterrizar, debido a que la "pista" prevista está bajo el fuego concentrado de los morteros soviéticos, mientras que éstos ya han ocupado la Plaza de Potsdam. Debo proseguir mi vuelo a Rechlin, para hablar desde allí por teléfono con Berlín y recibir las órdenes pertinentes.

El telegrafista tiene la frecuencia de esta localidad y seguimos con rumbo al Norte, llamando a Rechlin. Es hora que suceda algo, pues nuestro combustible está a punto de acabarse. Debajo de nosotros divisamos un mar de llamas; esto significa que los rusos han irrumpido también por el otro lado de Berlín, ocupando la zona de Neuruppin, dejando únicamente una pequeña salida de la capital del Reich hacia

el Oeste. Rechlin se niega a prender las luces de posición y marginales, cuando se lo pedimos, por temor a los ataques de las fuerzas aéreas del enemigo. En texto normal, les comunico a esos de allá abajo la misión que debo cumplir, acompañando mi mensaje con varias expresiones poco amables. Cada instante se nos pone más desagradable la situación; a cada momento se nos pueden parar las hélices; estamos volando con las últimas gotas de gasolina que aún nos quedan en el tanque de combustible. De pronto vemos abajo, algo a la izquierda, una iluminación pálida, e inmediatamente nos apresuramos a aterrizar. ¿Dónde estamos? La localidad se llama Wittstock, a unos 30 kilómetros de Rechlin. Como esta pista ha escuchado nuestra conversación, prendió sus luces para ofrecernos su ayuda. Una hora más tarde, a eso de las tres de la mañana, llego a Rechlin, donde me encuentro con un aparato de ondas decimales instalado en el despacho del General, con el cual puedo alcanzar telefónicamente a Berlín. El Coronel von Below me comunica que ya no se exige mi presencia en la capital, pues el General Greim, quien, muy al contrario de mí, fué alcanzado a tiempo por el telégrafo, se ha hecho cargo de mi misión. Además, por el momento es completamente imposible aterrizar en Berlín. Le hago la propuesta siguiente al Coronel:

— Le propongo aterrizar hoy, de día, con un Stuka en el eje Este-Oeste. Calculo que con una máquina de estas características, todavía se puede realizar tal propósito y más todavía, teniendo en cuenta que hay que proceder inmediatamente a sacar al Supremo Mando de esa posición sumamente expuesta, para que no pierda el control general sobre las diversas acciones y los sucesos.

El Coronel me hace esperar un rato, para preguntar y vuelve al aparato:

— El Führer ha decidido lo siguiente: de todas maneras, quiere defender a Berlín y por esta razón no puede abandonar la ciudad, teniendo en cuenta lo serio de la situación. Justifica su proceder, diciendo que en tal caso los combatientes de Berlín muy bien podrían decir, y con mucha razón, que él mismo da por perdida la capital del Reich, sacando en conclusión que toda resistencia es inútil. En vista de esto, el Führer permanecerá en Berlín. No quiere que usted entre

aquí, sino que le ordena trasladarse inmediatamente a su base en los Sudetes, para apoyar las operaciones del Mariscal de Campo Schörner, quien iniciará igualmente su ofensiva para librar a Berlín.

Preguntando al Coronel, cuál es la moral en estas horas, él me narra todo como si fuera la cosa más lógica y natural del mundo.

—Por lo visto nuestra situación no es agradable —me contesta— pero sin embargo, es muy probable que una ofensiva del General Wenk o Schörner logre abrir una brecha en el anillo que nos estrecha.

Admiro la tranquilidad que denota en sus palabras. Para mí, la situación es clara; vuelvo a mi base, para proseguir las luchas.

La impresión y la consternación en la tropa, cuando llega la noticia de la muerte del Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas del Reich es inmensa. Pero, las hordas rojas siguen desolando nuestra patria y por eso es preciso seguir luchando. Recién rendiremos las armas cuando nuestra Superioridad así lo ordene. Así lo exige el juramento a la bandera; así lo exige el terrible destino que nos amenaza, si capitulamos incondicionalmente, tal como nuestros enemigos lo desean. Así también lo exige nuestra misión que nos ha puesto en el centro de Europa, obligándonos por siglos enteros a servir de bastión y de represa contra las oleadas que provenían del Este. Si Europa nos comprende, si lo desea o si observa todo con una indiferencia mortal, si nos contesta con enemistad,... ¡todo esto no cambia en nada el hecho de que tenemos que cumplir con nuestra misión europea!

¡Queremos poder llevar altiva la cabeza, cuando se escriba la historia de nuestro continente y esto principalmente en los rudos y críticos años que nos esperan!

Los frentes del Este y los del Oeste se acercan cada día más y más, y nuestros vuelos cada vez se tornan más dificultosos y complicados. La disciplina en la tripulación de mi Escuadra es admirable y tal cual como en los primeros días de la conflagración, y esto me hace sentir inmensamente orgulloso. Para mis oficiales, el castigo más severo es, como siempre, no poder volar.

Tengo mis grandes dificultades con el tronco de mi pierna amputada. Mis mecánicos de aviación me han construido un aparato de metal que se asemeja a la pata del diablo, y con éste vuelo. Está ajust-

tado debajo de la rodilla y a cada presión, cuando piso en los pedales del timón, se pone tirante la piel, desgarrándose nuevamente donde está por curarse la herida, sangrando copiosamente. Principalmente durante los combates aéreos, cuando me veo obligado a describir vueltas muy cerradas a la derecha, me molesta mucho la herida y en más de un caso, mis encargados tienen que limpiar la sangre de las piezas de la máquina.

Vuelvo a tener una suerte enorme en los primeros días del mes de mayo. Acabo de reunirme con el Mariscal de Campo Schörner y quiero pasar por la Plana Mayor de la División que se ha alojado en un palacio, a 80 kilómetros más al Este, cerca de la localidad de Hermannstädtel. Vuelo para allá con un "Fieseler Storch" y al llegar, descubro que el mencionado palacio está rodeado de árboles; sin embargo, creo posible aterrizar en el patio delante del edificio. Atrás en la máquina llevo a mi fiel "Fridolin". Aterrizamos sin mayores dificultades y después de guardar unos planos en la máquina, nos aprestamos a despegar, enfilando en dirección a los árboles y subiendo a la vez una pequeña colina. El "Storch" apenas aumenta la velocidad y para ayudar el despegue, saco los alerones auxiliares. Con todo esto, sólo llego hasta la altura de la copa de los árboles. Comienzo a tirar del bastón de comando, pero no basta, y no conviene tirar más aún, pues la máquina ya se pone "blanda", sin obedecer del todo a los impulsos del timón de altura. En eso, se oye un ruido de leña partida, a la vez que comienza a crujir sospechosamente en mi alrededor. Ahora me romperé definitivamente lo que me queda de la pierna amputada y posiblemente más todavía. De pronto reina una tranquilidad absoluta. ¿Estoy en la tierra?... No, muy al contrario: estoy sentado en mi cabina, y "Fridolin" también; ¡nos estamos hamacando plácidamente!... Estamos en la copa de un pino del mediterráneo, encajados en una orqueta del árbol, con nuestra cabina. Todo el árbol se mece con nosotros de un lado a otro, como si quisiera demostrar que esta clase de carga le es demasiado pesada. Temo que el "Storch" nos haga una mala jugada a último momento, dejándose caer al suelo en el momento que se zafe de la orqueta que sostiene la cabina. "Fridolin" se corre para adelante, preguntándome asustado:

— ¿Qué ha ocurrido?

Yo le grito: —No te muevas, por Dios, si no, nos caemos con "Storch" y todo al suelo. ¡Mira, que estamos a unos diez metros de altura!

La cola se ha quebrado, como también la mayor parte de las alas; todas estas partes yacen repartidas por allá en el suelo, debajo del árbol. Todavía sostengo el bastón en la mano, mientras que el tronco de la pierna está completamente tranquilo, sin haber chocado en ningún lugar. ¡Hay que tener suerte! No podemos bajarnos del árbol, pues es muy alto y tiene un tronco muy liso y muy grueso. Así esperamos, hasta que después de un rato aparece el General; ha oído el ruido y ahora nos ve sentados tranquilamente sobre este pino; se alegra muchísimo de que todo salió tan bien. Como no hay otra posibilidad para bajarnos, hace llamar a los bomberos del pueblo y estos nos ayudan a bajar, usando una de esas escaleras extensibles, montadas sobre un vehículo.

Los rusos han envuelto la ciudad de Dresden y se aprestan ahora a pasar las Sierras del Erz viniendo del Norte y llegando así al Protectorado de Bohemia y Moravia (Checoslovaquia), para cortar de esta manera al ejército de Schörner. Las fuerzas soviéticas se han concentrado principalmente en los parajes de Freiberg y al Sureste de esa plaza. En uno de estos últimos raids, vemos una columna de fugitivos en la cual se encuentran unos tanques rusos en avanzada, triturando todo lo que les sale al paso con sus orugas. Esto ocurre al Sur de Dippoldiswalde. Inmediatamente atacamos a los tanques y los destruimos, mientras que la columna prosigue su marcha penosa al Sur. Parece que quieren pasar los cerros, los cuales les ofrecen cierta protección, para refugiarse en los Sudetes, donde creen que estarán seguros. En estas mismas zonas atacamos otros tanques más, mientras que la Flak nos tirotea rabiosamente. Estoy atacando a un tanque Stalin, recuperando una altura de 200 metros, después de haber efectuado mis disparos, cuando veo, al darme vuelta, una lluvia de piezas encendidas que caen al suelo. Vienen de más arriba. Pregunto:

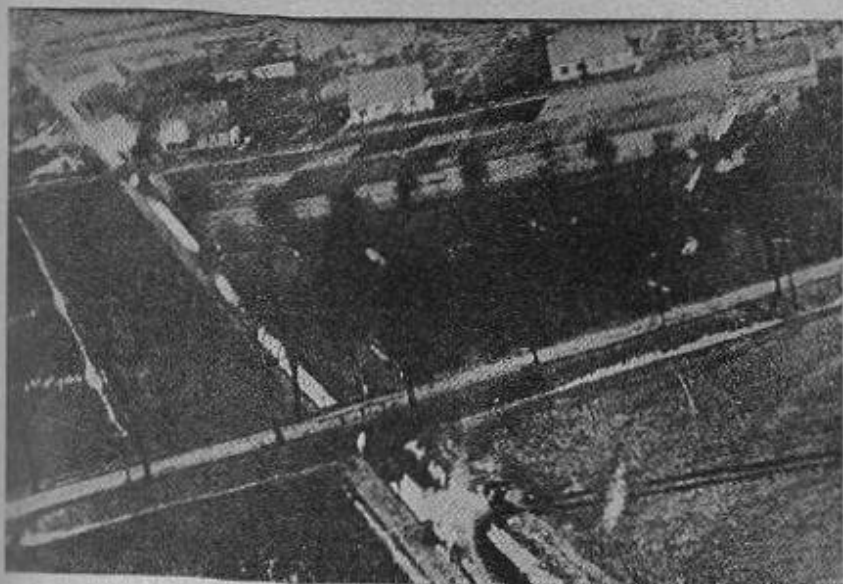
—Niermann, ¿a quién de los nuestros acaban de abatir?

De otra manera no me puedo explicar lo visto, y Niermann es de la misma opinión. En el acto comienza a contar precipitadamente las

máquinas; ¡no falta ninguna! Quiere decir que ninguno fué abatido. Miro hacia abajo, donde se debe encontrar mi Stalín y sólo descubro una mancha negra. ¿Significa esto, que todo el tanque explotó, convirtiéndose en átomos y llegando las piezas hasta esta altura?

Una vez que hemos aterrizado en la base, me confirman las otras tripulaciones que me seguían, que el Stalín tiroteado por mí voló en una inmensa explosión al aire y las piezas encandecidas que ví caer, eran efectivamente de él. Posiblemente estaba cargado de explosivos altamente sensibles y tenía el deber de limpiar las carreteras de trampas antitanques y de otros obstáculos. No le tengo envidia a Niermann durante estas incursiones.

En la actualidad, mis raids ya no son un seguro de vida como antes, por supuesto; si me veo obligado a efectuar un aterrizaje forzado, no tengo posibilidades de huir. Sin embargo, siempre me acompaña Niermann con una serenidad pasmosa. Admiro su espíritu.



Al norte de Frankfurt (Oder). En el momento que el tanque pretendió atravesar la zanja, lo atrapé.



Acto durante el cual se me confiere, en el cuartel general del Oeste, el 1º de enero de 1945, la distinción "Hojas de Roble" de oro.
De izquierda a derecha: Jodl, Keitel, el Führer, Goering y Doenitz.



La distinción "Hojas de Roble" de oro con espadas y brillantes a la "Cruz de Caballero" de la "Cruz de Hierro" y la presilla de oro y brillantes con motivo del 2000º vuelo contra el enemigo, que se otorga para vuelos en el frente.

XVIII.

EL FINAL

Para el 7 de mayo están reunidos todos los jefes de las unidades de la Luftwaffe en la zona comprendida y ocupada por el ejército de Schörner, en la División, donde se trata un nuevo plan que acaba de ser comunicado del Comando Supremo de las Fuerzas Armadas del Reich. Se ha resuelto retirarse en etapas del frente del Este, hasta alcanzar las posiciones de los angloamericanos en el Oeste. Sentimos que se avecinan grandes decisiones. ¿Reconocerá el Occidente la última ocasión que le queda para contener al Este, plegándose a nosotros contra el bolchevismo, o no comprenderá la seriedad de la actual situación? Entre nosotros, las opiniones están divididas.

El 8 de mayo salimos a buscar tanques al Norte de Bruex y en las inmediaciones de Oberleutensdorf. Por primera vez en esta guerra, no soy capaz de concentrar mi atención en el ataque, pues me siento apesadumado por un sentimiento ahogador, indefinible. No destruyo ninguno de ellos, porque están metidos entre los cerros, donde no los puedo combatir.

Preocupado con mis pensamientos, vuelvo a la base, donde nos dirigimos al edificio de la jefatura, después de haber aterrizado. "Friedlin" no está; lo han llamado urgentemente de la División. ¿Significa esto...? Contra mi voluntad, obligo a mis pensamientos volver a la realidad.

—Niermann, hable por teléfono con el Grupo en Reichenberg y convenga con ellos un nuevo raid; arregle con ellos el punto donde nos debemos encontrar con los cazas.

Miro un mapa que demuestra la posición actual... no se puede... ¿Dónde diablos está "Fridolin"? Veo como afuera aterriza un "Storch"; ¿será él? ¿Salgo corriendo a su encuentro? No; esperaré aquí, es mejor... me parece bastante caluroso para la estación... y ayer, dos de mis soldados fueron asesinados en una emboscada por francotiradores checos... ¿Dónde estará "Fridolin"?... ¿Por qué se demorará tanto?... Escucho cómo se abre la puerta, alguien entra y hago fuerza para permanecer inmóvil. No me quiero dar vuelta. Alguien tose disimuladamente. Niermann sigue telefoneando... así que no era "Fridolin". Niermann tiene dificultades para conseguir una comunicación... ¡qué raro!... noto, cómo mi memoria registra hoy todo con una nitidez asombrosa... detalles ridículos...

Giro sobre mis talones; la puerta se abre... ¡"Fridolin"! Está pálido; nos miramos en los ojos y noto cómo se me cierra la garganta. No puedo formular otra pregunta que: "¿...? ¿Y...?"

—Terminó... todo ha terminado... ¡Capitulación incondicional...!

"Fridolin" casi murmulla.

¡El fin!... Siento como me sumerjo en un vacío que me quita la respiración; todos comienzan a desfilar ante mis ojos alucinados, mezclados al azar: todos los compañeros que he perdido, los millones de soldados, en el mar, en tierra, en el aire, que han dado sus vidas por la patria... los millones de sangrientos sacrificios en la misma patria... los muertos en los bombardeos de las ciudades alemanas... las hordas rojas que ahora se volcarán incontinentemente sobre el suelo de la patria, sembrando el terror y la desesperación... "Fridolin" grita con una voz vibrante de nerviosidad:

—¿Qué está telefoneando ahí, Niermann? ¡La guerra ha terminado!... ¿Me escucha? ¡Ha terminado!

—¡Cuándo *nosotros* debemos terminar, eso lo fijaremos *nosotros*! —le contesta tranquilamente Niermann.

Alguien estalla en risa... una risa demasiado fuerte... irreal. Tengo que hacer algo... tengo que decir algo... tengo que preguntar.

—Niermann, comuníqueme al Grupo en Reichsberg que en una hora aproximadamente aterrizará allí un "Storch" con importantes órdenes.

"Fridolin" nota lo desorientado que estoy y comienza a narrar detalles, con la voz temblorosa de la impresión:

— Ya no viene más al caso una retirada ordenada en dirección al Oeste...; los ingleses y los norteamericanos exigieron la capitulación incondicional... ¡clave el 8 de mayo... es decir, hoy! La orden dice que hasta las 23 horas hay que entregar todo incondicionalmente a los rusos...; como la Checoslovaquia será ocupada por los soviéticos, se ha decidido que todas las unidades alemanas se desvíen al Oeste, para no caer en manos de los rusos. Las unidades del aire deberán volar, a casa, o qué sé yo...

— ¡"Fridolin", haz formar a la Escuadra —le interrumpo—. No puedo oír más. Comienzo a meditar: "¿Pero no será mucho más difícil lo que tú piensas hacer ahora...?" ¿Qué le vas a decir a tus soldados...? ¡Nunca te han visto cabizbajo y ahora estás espiritualmente arruinado!... "Fridolin" interrumpe mis pensamientos:

— ¡Ya están formados!

Ahora salgo afuera. La pierna ortopédica de emergencia, apenas me deja caminar derecho. El sol ilumina con todo su brío primaveral... una leve bruma se refleja en uno que otro lugar, allá en lontananza... Ahora me coloco delante de mis soldados:

— ¡Compañeros...!

No *puedo* hablar. Aquí está formado mi 2º Grupo; el 1º está por allá abajo, en Austria. ¿Los volveré a ver una vez en mi vida?... Y el 3º está en Praga... ¿Dónde están todos ellos que justamente ahora quisiera tenerlos todos reunidos?... ¡a todos..., también a los muertos de la Escuadra...!

Reina una tranquilidad lúgubre; todos mis soldados me miran... tengo que decir algo.

"...Después de haber perdido tantos compañeros... después de que corrió tanta sangre alemana en todos los frentes y por la patria..., un destino incomprensible no nos ha brindado el honor de ver coronados nuestros esfuerzos, dándonos la victoria de esta guerra... Las hazañas de nuestros soldados... de todo nuestro pueblo... no se pueden comparar con nada, en su inmensidad... la guerra está perdida..."

perdida... les agradezco la fidelidad, con la cual habéis servido... en la Escuadra... y a la Patria...".

A cada uno le doy la mano. Nadie dice una palabra, pero el firme apretón de manos me demuestra que me han comprendido también ahora. Al irme, oigo por última vez la voz de mando de "Fridolin":
"¡Vista a la dereeee cha!".

Sí; así es: "Vista a la derecha", por los muchos, muchos compañeros que han brindado sus vidas jóvenes a la patria. "Vista a la derecha" por los enormes sacrificios que supo aportar la población civil; por su heroísmo, que ha sido lo más alto que jamás se ha exigido de una población. "Vista a la derecha" por el legado más valioso que jamás han dejado los muertos por Alemania. "Vista a la derecha" por las tierras del occidente que ellos quisieron defender y que ahora es entregada al abrazo mortal del bolchevismo...

¿Qué vamos a hacer nosotros ahora? ¿Se terminó la guerra para la Escuadra "Immelmann"? Si por lo menos la juventud alemana se pudiese erguir en el recuerdo de que toda la Escuadra se lanzó, como última hazaña de esta guerra, sobre un Cuartel General del enemigo, o sobre cualquier otro blanco importante, entonces habríamos puesto con nuestra muerte un punto final digno de nuestro espíritu. Toda la Escuadra participaría; de esto, estoy plenamente convencido. Llamamos a la División, para que nos den su opinión, pero se nos prohíbe terminantemente. Es posible, que tengamos razón... pero, ya se ha derramado bastante sangre y quizás nos espere otra misión, con la cual haya que cumplir.

Me voy a hacer cargo del personal de tierra de la Escuadra. La columna será muy grande, pues también llevamos a la Flak. A las 18 horas estaremos listos para emprender la marcha. El Comodoro del 2º Grupo volará con sus máquinas al occidente. Cuando el General se entera que me quiero hacer cargo del transporte por tierra, ordena inmediatamente que me traslade en avión, debido a mi herida y que "Fridolin" se haga cargo de la unidad.

En la base de Reichenberg está estacionada una formación que está a mis órdenes. Como ya no puedo comunicarme con ellos telefónicamente, decido trasladarme allá con un "Storch", acompañado por

Niermann, para darles la triste noticia. Por el camino, mi "Storch" pierde el techo de la cabina, perdiendo por esta razón, mucho de sus particularidades especiales que le permiten ganar pronto altura; justamente ahora las necesito más que nunca, pues la ciudad de Reichenberg está detrás de las montañas. Volando a lo largo de un valle, me acerco a hurtadillas a la base que presenta un aspecto de abandono. Como por el momento no veo a nadie, estaciono la máquina cerca de un hangar, para ir al edificio de la jefatura, del cual pienso telefonar. Estoy aprestándome a salir del "Storch", cuando una explosión hace volar al aire el hangar. Apenas tengo tiempo de echarme cuerpo a tierra con Niermann, esperando en esta posición la caída de los escombros, los cuales nos abren varios boquetes en las alas del avión. Los dos quedamos ilesos. Al lado de la jefatura arde un camión con señales luminosas que explotan convirtiendo la zona en un espectáculo de fuegos artificiales. Es un aspecto de desolación total y el corazón se me contrae de dolor... mejor es, no pensar. Seguramente que aquí ya nadie espera mi noticia de la capitulación; por lo visto, ya la han recibido mucho más temprano y por otro conducto.

Volvemos a ocupar nuestros asientos en el "Storch" averiado, y después de recorrer un trecho interminable, se eleva perezosamente en el aire. Volviendo por el mismo valle, llegamos de vuelta a Kummer. Aquí todos están ocupados en hacer las maletas, preparando todo para la retirada y formando una columna lo más adecuada posible, ordenada bajo el punto de vista táctico. Los cañones de la Flak son repartidos entre toda la formación que se está por poner en marcha, para poderla defender, en casos de emergencia, contra atacantes y contra todo lo que intente impedirnos la marcha hacia el occidente. Como meta hemos elegido la zona alemana ocupada por los yanquis, al Sur del territorio nacional. Una vez que salió la columna, cada uno vuela con su máquina a su antojo, si es que no quiere esperar hasta que yo mismo despegue de la base; para muchos será posible evitar la prisión de guerra, si logran aterrizar cerca de sus casas, sin que nadie los descubra. Para mí, esto no viene al caso, debido a mi herida que necesita una atención médica inmediata. Aterrizaré en una base ocupada por los yanquis. Debido a mi situación especial, no me puedo mantener

escondido y, además, serían muchos los que me reconocerían. Fuera de esto, no se porque no voy a aterrizar en una pista normal; creo que los soldados aliados serán tan caballeros, como para respetar también la eficiencia del enemigo vencido, como éste se lo merece. Como terminó la guerra, no creo tampoco que perderé demasiado tiempo en campos de prisioneros o que seré retenido más de lo necesario. Espero más bien que a cada uno le llegará el tiempo, en el que se le permita volver, sin ningún inconveniente, a sus respectivos hogares.

Estoy parado cerca de mi columna, para observar las tareas y los preparativos. En eso siento el bramido de aviones sobre nosotros y a una altura considerable; se trata de 50 ó 60 bombarderos rusos, del tipo Boston. Apenas me queda tiempo para prevenirlos, cuando ya se oye el silbido de las bombas. Estoy tendido en el suelo con mis muletas y pienso que si esos bolcheviques tienen una puntería regular, habrá un gran número de pérdidas, debido a que estamos todos juntos y en tanta cantidad, en un lugar tan reducido. En eso se oye el crepitar de las bombas. Una pequeña "alfombra" cae a unos 300 metros al lado de la carretera en la que estamos formados, pegando en el centro de la ciudad. ¡Pobre población de Niemes!

Los rusos lanzan sus bombas en dos ataques y también en el segundo no logran dar con nuestra formación. Ahora estamos listos y partimos. Por última vez veo el grueso de mi Escuadra que durante años ha sido mi mundo y la base de mi vida completa. ¡Cuánta sangre hemos derramado juntos y que nos une! La saludo por última vez...

Al Noroeste de Praga, en Kladno, se encuentran con tanques rusos y grandes cantidades de enemigos. Según lo convenido en la capitulación hay que depositar y entregar las armas. Sin armas pueden proseguir la marcha sin molestias; pero al poco tiempo se lanzan sobre ellos unos grupos de checos armados y, valiéndose de las más bestiales brutalidades, asesinan a los soldados alemanes que están ahora indefensos. Son muy pocos los que llegan al Oeste, entre ellos el joven oficial de comunicaciones Haufe. También mi mejor amigo, "Fridolin", es víctima de aquellas bestias. El resto cae en prisión rusa o checa.

Es inmensamente trágico, encontrar este fin, después de haber sido acordada la capitulación incondicional, deponiendo las armas. Como los

compañeros muertos durante la guerra, también éstos son los mártires de una Alemania libre del opresor.

Salió la columna y me dirijo a la pista de Kummer. Katschner y "Fridolin" me acompañan, para plegarse más tarde a la formación que acaba de salir, emprendiendo así el camino a la muerte brutal que les fué deparada por un cruel destino. Quieren volar conmigo siete máquinas más: tres Ju 87 y cuatro FW 190. Entre ellos se encuentran el Comodoro del 2º Grupo y el Teniente Schwirblat, mi compañero con una sola pierna que en las últimas semanas supo destruir tanques con excelente puntería. En estos casos, siempre solía decir:

"A los tanques les es completamente igual, si nosotros los mandamos al diablo, con una o con dos piernas".

Después de una triste y apesadumbrada despedida de "Fridolin" y del Capitán Katschner, —un presentimiento oculto me dice, que no nos volveremos a ver más en este mundo— salimos con nuestras máquinas, para emprender el último vuelo. Un sentimiento raro nos invade... soy incapaz de describirlo. ¡Nos despedimos de un mundo! Resolvemos volar a Kitzingen, pues sabemos que en esa ciudad hay una pista grande que seguramente ya estará en uso por parte de las unidades de la aviación yanqui. En la zona de Saaz tenemos un encuentro con varios rusos que salen de pronto de la bruma, como los fantasmas, creyendo, ebrios por la victoria, que nos pueden tragar para completar su festín. Lo que no lograron durante cinco años, tampoco lo logran hoy — ¡y hoy fué la última vez!

Después de dos horas de vuelo nos acercamos a la base, con la incertidumbre, de si la Flak de los norteamericanos entrará en acción o no. Ahí está la inmensa pista de Kitzingen. Ordeno a todas las máquinas que solamente deben ser aterrizadas con averías; no queremos entregar ni una sola máquina intacta. Para tal propósito, hay que desplegar el tren de aterrizaje, para poder quebrarlo, lo cual realizaremos frenando de un solo lado y actuando a la vez sobre el timón del mismo lado. En la pista veo una gran cantidad de soldados en formación. Parece que están haciendo algo como una ceremonia de victoria. Sobre ellos ondea el pabellón yanqui. Para empezar, sobrevolamos la base a muy poca altura, para asegurarnos de la actitud que asumirá la

Flak del yanqui. Unos de los soldados nos descubren y cuando ven los emblemas alemanes en las alas, la mayoría de la formación se echa cuerpo a tierra. Todos aterrizamos como fué ordenado; sólo una máquina aterriza normalmente. Un Sargento del 2º Grupo lleva en la cola de su avión a una chica y teme lesionar, en un aterrizaje "de panza", ciertas partes nobles de ese ser femenino. Claro está que él "naturalmente" no la conoce; la pobre estaba toda confundida al borde de la pista en Kummer y no quería caer en manos de los rusos. Sus compañeros, sin embargo, lo saben mejor...

Soy el primero que quedo tirado con mi máquina en medio de la pista. En el acto viene corriendo un GI, amenazándome con una pistola ametralladora. Abro el techo de la cabina y ya adelanta su mano para arrancarme las Hojas de Roble Doradas. De un puñetazo lo echo para atrás y vuelvo a cerrar el techo. Posiblemente este primer encuentro no me hubiese hecho provecho si en ese momento no hubiesen aparecido unos oficiales norteamericanos en un Jeep, quienes retan a este tipo, mandándolo no sé adónde. Se acercan a mi máquina y ven que llevo una venda completamente ensangrentada. Esto proviene del último combate aéreo sobre Saaz. Por el momento me llevan a la enfermería, donde se me aplica el primer auxilio. Niermann me sigue siempre, como una sombra, y más tarde llegamos a una gran sala, situada en uno de los pisos superiores, donde los americanos han instalado algo así como un casino.

Aquí me encuentro con los demás compañeros, los cuales han sido traídos inmediatamente hasta aquí; cuando entro, se ponen de pie y me saludan en la forma que nos fué ordenado por el Comando Supremo de las Fuerzas Armadas del Reich. Al otro lado de la sala se encuentran varios oficiales de la U. S. Army; parece que a ellos no les place este saludo cordial, pues se levanta un murmullo. Creo que pertenecen a un Grupo mezclado de cazas que está estacionado aquí con sus "Mustangs" y "Thunderbolts". Un intérprete se me arrima, preguntándome si hablo inglés. Acto seguido me hace saber que el señor Comandante no deseaba este saludo provocador.

— ¡Aunque supiera hablar el inglés, no tendría ninguna importancia, aquí estamos en Alemania y hablamos alemán! —le contesto—.

En lo que se refiere al saludo, éste nos ha sido ordenado así por la Superioridad, y como nos sentimos soldados, estamos acostumbrados a cumplir con las órdenes que se nos imparten. Además, poco nos interesa si este saludo es de su agrado o no. Dígale a su Comandante que constituimos la Escuadra "Immelmann" y que no nos sentimos prisioneros, pues la guerra ha terminado sin que nadie haya logrado vencernos en el aire. El soldado alemán no ha sido vencido, sino que la enorme cantidad de material lo ha sofocado. Hemos aterrizado aquí porque no queremos permanecer con los soviets. Tampoco es nuestra intención discutir sobre este asunto. Quisiéramos lavarnos y comer cualquier cosa.

Algunos de los oficiales ponen todavía malas caras, pero nos podemos lavar en el cuarto de baño, en el cual hacemos una pequeña inundación. ¿Y por qué no? Nos sentimos como si estuviéramos en casa. ¡Si estamos en Alemania! Conversamos animadamente. A continuación comemos y vuelve el intérprete para preguntarnos en nombre del Comandante si deseamos conversar algo con él y con sus oficiales. Por interés técnico y como pilotos, aceptamos sabiendo que no debemos hablar sobre el tema "guerra perdida o ganada, porque sí y porque no, etc.". Afuera suenan los disparos y las carcajadas. Los negros están festejando la victoria y el alcohol calienta los ánimos. No tengo el menor interés en pasar por la sala de abajo, donde las balas surcan el aire, para convertir, con el tiempo, las paredes en coladores. Ya es muy tarde cuando conseguimos conciliar el sueño.

Casi todo lo que llevábamos encima nos es sustraído durante la noche. Lo más valioso que me falta a mí es mi diario, en el cual figuran todas mis incursiones, desde la número 1 hasta la 2530, con todos los datos y detalles de importancia. También me falta el facsimil de los "brillantes", el documento de entrega del "broche para pilotos, con brillantes", la alta condecoración húngara y varias otras cosas más, sin mencionar relojes, anillos y las demás cosas. Hasta mi pierna ortopédica. Niemann se la quita a un sujeto que la había escondido debajo de su cama. Posiblemente quería llevarse un recuerdo, usando este material, para venderlo en los EE. U. como un objeto personal de un "highranking Jerry officer".

Por la mañana se me comunica que me debo trasladar inmediatamente al Cuartel General del 9º Ejército del Aire en Erlangen. Me niego a cumplir la orden hasta tanto no se me restituyan todos los objetos robados. Recién cuando me aseguran firmemente que el asunto es muy importante y que se devolverán todos mis elementos, una vez que hayan dado con los ladrones, me dejo convencer y parto para la ciudad mencionada, siempre acompañado de Niermann. Aquí, en el 9º Ejército, somos interrogados, primeramente, por tres oficiales del Estado Mayor, todos con el grado de Coroneles. Para empezar, me muestran varias fotos de supuestas torturas y calamidades hechas por nosotros y fotografiadas por ellos. Como nosotros "hemos luchado para eso", somos cómplices y culpables. No me quieren creer que jamás he visto u oído algo de campos de concentraciones. Manifiesto con respecto a esto que si han ocurrido estas cosas, sería muy lamentable y despreciable en todo sentido y que habría que castigar severamente a los verdaderos culpables. Sin embargo, les digo, no solamente en nuestro pueblo ha ocurrido esto. Todos los pueblos han hecho en todos los tiempos cosas semejantes. Les recuerdo lo que han hecho los ingleses con los Boers en el Sur de Africa. Por lo tanto, habría que juzgar con justicia. No me puedo imaginar que estos montones de cadáveres que figuran en las fotos, sean de los campos de concentración. Estas escenas, así les hago saber, figuran tan sólo sobre papel, pero en la realidad se han visto después de los raids de los cuatrimotores aliados sobre Dresden y Hamburgo y muchas otras ciudades alemanas que fueron atacadas y bombardeadas al azar con bombas y con fósforo. Miles y miles de mujeres y niños han perecido de esta manera. Sí, además de esto, los señores demuestran tanto interés por atrocidades y crueldades, encontrarían suficiente material "viviente", en los campos de sus aliados del Este.

Nunca más vuelven a mostrarme las fotos. Después de mis palabras, un oficial, Jefe del Protocolo, dice, lanzándonos una mirada envenenada: "¡Típicos oficiales nazis!" No comprendo del todo, por qué soy "típico oficial nazi", si únicamente he dicho la verdad. Parece que estos señores desconocen, que nunca hemos luchado por un partido político, sino por Alemania. Cumpliendo este ideal, han muerto millones

de nuestros compañeros. Cuando les aseguro que algún día se arrepentirán de haber destruido el último bastión contra el bolchevismo, sólo dan una importancia propagandística a mis palabras y no me lo quieren creer.

Son de opinión que tenemos únicamente la intención de separar a los aliados entre sí, cuando pronunciamos estas palabras.

Unas horas más tarde, nos presentamos al General en Jefe de este Ejército. Es el General Wyland. Dicen que este general es de descendencia alemana, oriundo de la ciudad de Bremen. A mí me hace buena impresión este hombre. Durante la conversación le informo que me han sido robados en Kitzingen los objetos mencionados, que para mí tienen un elevado valor personal. Los ladrones son de su 9º Ejército. El General comienza a vociferar, pero no porque yo me haya permitido hablar con tanta franqueza, sino porque está avergonzado por el robo ocurrido. Inmediatamente ordena a su ayudante a telefonar con el Jefe de esa unidad, indicando que se entreguen en el acto dichos objetos, amenazando con un proceso ante el tribunal de guerra. A mí me pide ser huésped en Erlangen, hasta que se me hayan entregado los objetos robados.

Después de esta conversación me llevan en un Jeep al límite de la ciudad, donde nos indican instalarnos en un chalet desocupado. Sólo un centinela nos recuerda que no somos del todo hombres libres. Cuando llega la hora del almuerzo o de la cena, nos viene a buscar un vehículo para llevarnos al casino. Entre los pobladores de esta ciudad ya corrió como un reguero de pólvora la noticia de que nos encontramos aquí y el centinela está constantemente ocupado con los visitantes que se aprietan curiosos a lo largo del cerco. Cuando no teme un recorrido del oficial de guardia, nos dice, en mal alemán: "Ich nix sehen" ("Yo no ver nada"). Así pasamos cinco días en Erlangen. A los compañeros que quedaron en Kitzingen, no los volvemos a ver más, pues son encaminados por una vía menos complicada que la nuestra.

Para el 14 de mayo aparece el Capitán Ross, del IC del Ejército. Habla bien el alemán y nos comunica de parte del General Wyland que todavía no se ha podido dar con los ladrones en Kitzingen. Por otro lado acaban de recibir la orden de trasladarnos inmediatamente a.

Inglaterra, donde tendremos que prestarnos a un interrogatorio. Haciendo una breve escala en Wiesbaden, llegamos el 16 del mismo mes a las inmediaciones de Londres, donde nos alojamos en un campamento de interrogatorios. Las viviendas y la comida son poco agradables, mientras que el trato por parte de los oficiales ingleses es muy correcto. El viejo "Captain" que se debe "hacer cargo" de nosotros, es abogado de patentes en su profesión civil y tiene su oficina en Londres. Todos los días nos hace su visita y en una de estas ocasiones ve sobre mi mesa las Hojas de Roble Doradas. Observándolas detenidamente, murmura, meneando la cabeza: "¿Cuántos muertos nos habrá costado esto?".

Cuando le explico que las he ganado en el frente ruso, observo como una expresión de alivio se dibuja en su rostro.

Durante el día me visitan frecuentemente oficiales del interrogatorio, tanto ingleses como americanos que demuestran interés por varios asuntos. No necesito mucho, para notar que nuestras opiniones son opuestas. Esto no es extraño, pues he volado la mayoría de mis incursiones con una máquina relativamente lerda, habiendo llegado, por esta razón, a otras conclusiones que los pilotos de los aliados, quienes dan una importancia sin igual a cada kilómetro que puedan ganar en velocidad y que por cierto, les garantiza la seguridad personal... según ellos. Apenas se pueden imaginar que yo haya efectuado con una máquina tan lerda, 2500 raids y no demuestran el más mínimo interés por imitarme; para ellos esto no es precisamente un seguro de vida. Por otro lado alaban sus cohetes, que ya conozco y que pueden ser disparados de los aviones más veloces; no les agrada escuchar, cuando les explico que la puntería es mucho más reducida, en comparación a los cañones de mi máquina. Este interrogatorio no me pesa en la conciencia, pues no son secretos técnicos, los que me han permitido tener tanto éxito. Al fin, este interrogatorio toma cada vez más el carácter de una conversación sobre asuntos de aviación y sobre la guerra que acabamos de perder. Cuando converso con oficiales ingleses de la misma isla puedo notar siempre como vibran en sus palabras el reconocimiento de las hazañas del enemigo. Estos hombres tienen una manera, digna de caballeros, para ver las cosas; es ese mismo espíritu que tiene el deportista, cuando habla con su adversario que acaba de

ser superado. Tal manera nos es sumamente agradable. Todos los días pasamos 45 minutos al aire libre, ambulando a lo largo del alambre de púas; durante el tiempo restante leemos o hacemos nuestros planes para el futuro de postguerra.

Quince días más tarde nos trasladan a un campamento común al Norte de Inglaterra que es vigilado por los yanquis. Este campamento tiene muchos miles de prisioneros. La alimentación es escasa y una gran parte de los compañeros que ya se encuentran aquí desde hace varios meses, están debilitados por la pérdida de peso. El tronco de mi pierna me molesta constantemente; habría que operarlo. El médico cirujano se niega a tratarme, con la justificación de que también he podido volar con esta pierna; además, no le interesa lo que me ocurre con ella. El trenco está hinchado por la inflamación y tengo que soportar fuertes dolores. Mejor no puede ser la propaganda que están haciendo los jefes de campamento ante los miles de soldados alemanes, en favor de sus oficiales. Una gran parte de los centinelas en este campo conocen a Alemania; se trata de emigrantes que abandonaron el territorio del Reich después de 1933. Hablan el alemán como nosotros. Los que siempre son bonachones son los negros..., a no ser que estén alcoholizados.

Tres semanas más tarde salimos con el tren a Southampton. Somos un gran número de heridos de gravedad y también Niermann me acompaña, como siempre. Una vez llegados al puerto, nos pasan a bordo de uno de los barcos "Kaiser" de carga. Cuando ya pasaron 24 horas sin comer, comenzamos a sospechar de que esto seguirá así hasta Cherburgo, pues la tripulación piensa vender todos los víveres en la bolsa negra a la población civil francesa. Penetra en las despensas un comando de experimentados combatientes del frente ruso, para hacerse cargo de la repartición. Cuando se entera la tripulación ya es tarde y sólo les queda poner cara de pocos amigos.

El viaje a través de Cherburgo hasta el nuevo campamento en las cercanías de Carentan, no es muy agradable; la población civil francesa recibe con pedradas hasta a soldados heridos de gravedad. Muchas veces pensamos en la vida tranquila que llevaban los obreros franceses en Alemania. Muchos de ellos sabían apreciar el hecho de que conte-

níamos a los rusos en el Este. También estos tiradores de piedras despertarán algún día.

Las condiciones en este campamento son más o menos las mismas que en Inglaterra. Tampoco aquí me quieren operar, por el momento, ni puedo pensar en que me den de baja, sobre todo por el grado que tengo. Un buen día me transportan al aeródromo de Cherburgo y ya creo que me quieren entregar al Iván. ¡Esto sí que sería algo para los soviets! Tener en sus manos al Mariscal de Campo Schörner, representante de las luchas en tierra, y a mí, exponente de la guerra aérea. La brújula indica que volamos con rumbo 300 grados. ¿Así que vamos a Inglaterra? ¿Por qué? Aterrizamos a unos 30 kilómetros en el interior de la isla, en la pista de Tangmere, donde está instalada la escuela de pilotos de la RAF. Aquí me entero de que el Group-Captain Bader ha sido el promotor de mi traslado. Bader es el "as" número 1 de Inglaterra y a la vez el aviador más popular de la RAF. Durante las luchas en Francia fué abatido por nosotros y desde ese momento vuela con dos piernas ortopédicas. Se había enterado de que me encontraba en el campamento de Carentan. El mismo estuvo prisionero de los alemanes, haciendo varios intentos de fuga, y sabe contar otras cosas que aquellos eternos difamadores que nos quieren presentar a toda fuerza como bárbaros.

Esta temporada en Inglaterra es un veraneo para mí, en el que puedo recuperar las fuerzas perdidas en los diferentes campamentos; por primera vez vuelvo a sentir aquí que todavía existe una estimación por las hazañas y los sufrimientos del enemigo, que todavía hay un sentir caballeresco que debería ser común en todos los cuerpos de oficiales del mundo.

Bader hace venir de Londres a su fabricante ortopédico, indicándole que me haga una prótesis a mí. Le ruego que desista, porque no estoy en condiciones de pagar los gastos. He perdido todo en el Este y no sé cómo se me presentará el futuro. Por lo menos, no me será posible pagarle en divisas. El Group-Captain Bader casi se ofende cuando le digo esto. Me trae a su fabricante y éste me hace una impresión en yeso. Unos días más tarde vuelve, dándome la noticia de que el tronco debe estar inflamado internamente, pues se ha demostrado

que es más gordo abajo que arriba. Por esta razón hay que proceder a una operación antes de pensar en la colocación de una pierna ortopédica. Unos días después de este acontecimiento llega una demanda de los yanquis con respecto a mí, pues sólo me "habían prestado", pidiendo que se me devuelva a ellos. Así termina mi estada en Inglaterra, que tanto me recuperó.

En los últimos días sostenemos una conversación con el curso de pilotos, que merece ser mencionada. Un miembro de la RAF que no es inglés me quiere provocar o intimidar, preguntándome lo que harían los rusos conmigo si me viera obligado a volver a Silesia, adonde perteneczo.

"Tomo a los rusos por tan inteligentes que sabrán aprovechar debidamente mis experiencias. Principalmente en lo que se refiere a la caza de tanques, que será de máxima importancia en una guerra futura; puede ser que resulte perjudicial mi actuación para el enemigo. Yo mismo he obtenido más de 500 victorias sobre tanques del enemigo, y si yo instruyera en los años venideros a 500 ó 600 pilotos, de los cuales cada uno destruyera sólo 100 tanques, entonces ustedes mismos pueden sacar la cuenta, cuántos tanques deberán ser sustituidos por la industria bélica, solamente por culpa mía".

Al terminar mis palabras se oye un murmullo confuso y consternado. Unos me preguntan, irritados, cómo se puede conciliar lo que acabo de decir con mi manera de pensar que siempre he demostrado con respecto al bolchevismo. Hasta ahora no estaba permitido decir algo negativo sobre Rusia —¡el aliado!—. Ahora comienzan ellos mismos a narrarme las deportaciones hacia el Este, las violaciones, las crueldades, el terror sangriento con el que martirizan "las hordas de las estepas asiáticas" a los pueblos subyugados. Para mí esto es algo completamente nuevo; hasta la fecha se evitaba prolijamente mencionar esta clase de temas, que son una fiel reproducción de nuestras palabras, copiando hasta la terminología usada por nosotros. Pilotos y jefes de unidades de la RAF que volaban al lado de los rusos por allí, en Murmansk, con "Hurricanes", me cuentan las impresiones que han tenido; es conmovedor y horrible a la vez. De nuestros muchachos que

se vieron obligados a efectuar aterrizajes forzosos o a saltar con paracaídas sobre terreno ruso, apenas uno ha quedado con vida.

—¿Y en vista de todo esto, usted quisiera trabajar para los rusos...?

—Para mí fué muy interesante oír lo que ustedes piensan realmente de los aliados rusos. Además, no he hablado de mis intenciones, sino que he contestado a las preguntas formuladas por ustedes —les respondo.

Nunca más se menciona el tema "Rusia" en mi presencia.

Una máquina me lleva de vuelta al campamento en Francia, en el cual me veo obligado a pasar unos días. Gracias a las gestiones de médicos alemanes, consiguen trasladarme, por fin, a un campamento de la Cruz Roja. A Niermann lo dieron de baja unos días antes y él se despidió de mí, para radicarse en la zona británica de ocupación. Ya no era posible fingir más; ya lo había hecho varias veces para poder quedar conmigo. Del campamento francés me llevan, antes de pasar una semana, en un tren ambulancia a un hospital a orillas del lago Starnberg. Sin embargo, en Augsburg lo vuelven a llevar y prosigue la marcha a Fürth, donde, por fin, me dan de baja para el mes de abril de 1946.

Como uno de los millones de soldados que supo cumplir con su deber y que pudo salir con vida de esta guerra, gracias a un capricho del destino, he descrito la lucha contra la Unión Soviética, en la cual se desangraron la juventud alemana y muchos europeos convencidos de su misión. Las páginas de este libro no deben interpretarse como glorificación de la guerra y tampoco tienen la intención de rehabilitar a cierto núcleo de personas y sus sistemas. Sólo los acontecimientos hablan por sí mismos, ateniéndose a la verdad y a la absoluta fidelidad de lo ocurrido.

Dedico este libro a nuestros muertos de esta guerra y especialmente a nuestra juventud. Esta juventud está viviendo ahora el horrible caos de la postguerra; sin embargo, no debe perder el espíritu y la fe en la patria, conservando la esperanza en el futuro, pues "¡sólo quien se da por vencido, está perdido!".

INDICE

	Pág.
Prólogo	9
I. Para despertar la vocación, basta un paraguas	13
II. La guerra contra los Soviets	27
III. Un vuelo tormentoso	35
IV. Luchando por la fortaleza de Leningrado	45
V. Ante las puertas de Moscú	63
VI. Instrucción y práctica	75
VII. Stalingrado	87
VIII. La retirada	99
IX. Stukas contra tanques	107
X. A orillas del Kuban y en la zona de Bjelgorod	113
XI. La retirada al Dnieper	129
XII. Sigue la retirada al Oeste	137
XIII. Mi fuga en las inmediaciones de Dniester	159
XIV. El verano fatal 1944	197
XV. La batalla por Hungría	251
XVI. Navidad 1944	259
XVII. La lucha desesperada de los últimos meses	291
XVIII. El final	321